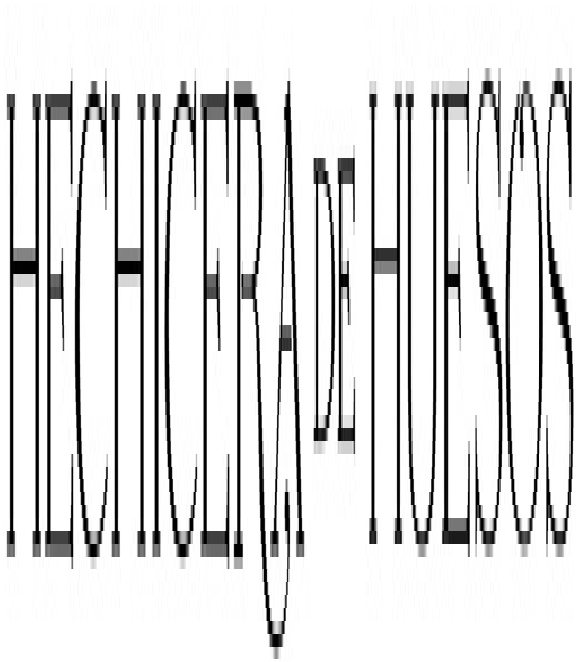
KATHRYN PURDIE

AUTORA *BEST SELLER* #1 DEL *NEW YORK TIMES*

HECHICERA DE HUESOS

EL AMANECER



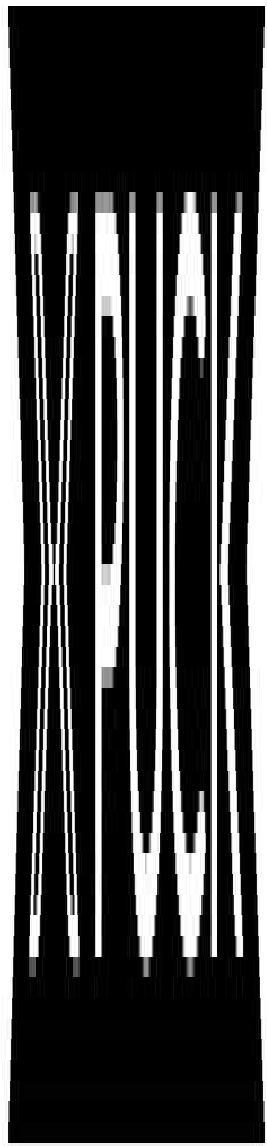
EL AMANECER

HECHICERA DE HUESOS

EL AMANECER

KATHRYN PURDIE

Traducción de Marta Carrascosa Cano



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Bone Crier's Dawn*
Editor original: Katherine Tegen Books, un sello de HarperCollins*Publishers*
Traducción: Marta Carrascosa Cano

1.ª edición: febrero 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2021 *by* Kathryn Purdie
Derechos de traducción cedidos por ADAMS LITERARY
y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 *by* Marta Carrascosa Cano
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-10495-13-5

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A mi madre, Elizabeth,
por creer en mí desde el principio con la fe más pura.

LAS TIERRAS DE
GALLE
DEL SUR
Del Norte
Las Tierras
Le Coeur
Percé
Chapelle
de Pauvre
Douvré
Mirvois
Río
Las Ruinas
De La Cupula
La Chaste
Dame
Château
Creux
La Pradera
La Camara
Secreta
El Puente
Del Castillo
Beau
Palais
La Hondonada
El Barranco
Puente
De Tierra
Interior
Meridional
Astillero
Real
La Laguna
N
O
E
S
MAR
NIVOUS

1
Sabine

—¡Sabine, cuidado! —me advierte la voz bajita y aguda de Jules desde la galería. Apenas tengo tiempo de echarme a un lado antes de que caiga en el túnel. Una corriente de aire choca contra la vela de Bastien y la llama se apaga. Nos sumimos en la más absoluta oscuridad.

—*Merde* —maldice Bastien.

—Relájate —dice Jules—. Marcel siempre lleva un mechero en la mochila.

—Y otra vela —añade Marcel.

—Genial —responde Jules—. La tormenta es lo bastante fuerte. Es hora de volar ese muro.

Estamos en las minas bajo las catacumbas que hay cerca del Beau Palais, el castillo donde vive el príncipe Casimir y donde tiene a Ailesse prisionera. No por mucho tiempo. El corazón me late más deprisa.

Hoy vamos a rescatar a mi hermana.

Unos segundos después, se produce una chispa. El suave resplandor se encuentra con una vela y se convierte en una llama que brilla más.

Bastien y yo nos abalanzamos sobre la vela. La alianza que he establecido con el chico que quiere a Ailesse —y al que ella, de algún modo, también quiere— es, en el mejor de los casos, frágil. Que sus amigos y él me ayuden a rescatarla no significa que los haya perdonado por haberla mantenido prisionera ellos también.

—Lo haré yo mismo —dijo Marcel.

—¡Espera! —Jules abre grande los ojos en dirección a su hermano pequeño.

Es demasiado tarde. Baja la vela hacia el polvo.

Se escucha un silbido.

El fuego traza una línea iracunda hacia el barril.

Jules obliga a Marcel a levantarse. Bastien se da la vuelta y corre en la otra dirección. Lo empujo para que vaya más rápido. Ailesse nunca me perdonaría que muriese.

Corremos hasta que la densa atmósfera devora toda la luz y el sonido a nuestras espaldas. Me tiemblan los nervios, a la espera de la explosión. ¿Se habrá apagado el fuego antes de llegar al barril? Miro por encima del hombro.

BUM.

Un enorme estallido de fuego viene hacia nosotros y me lanza hacia atrás. Atropello a Bastien. Nos estrellamos contra el suelo. Un segundo después, Marcel y Jules caen sobre nosotros. El humo calcáreo y los escombros pasan a toda velocidad por nuestro lado. Los escombros me rozan las mangas. Al final, el caos se reduce a unos copos de ceniza.

Durante un buen rato, nadie se mueve. Nos quedamos tumbados en una maraña de piernas, brazos y cabezas. Al final, Marcel se separa de nuestros cuerpos amontonados y sacude su pelo alborotado.

—Puede que haya calculado mal el impacto de la explosión.

Jules gruñe.

—Voy a matarte. —Sale rodando y se sacude el polvo y la ceniza de la trenza dorada—. Más te vale que eso haya sonado parecido a un trueno o en cualquier momento todos los soldados del Beau Palais invadirán este túnel.

Hemos estado esperando la tormenta perfecta para que enmascare el ruido de la explosión y, para nuestra mala suerte, coincidió con la luna nueva. La noche de travesía. Si este intento de rescate falla, tendré que guiar a mi *famille* por el puente y transportar las almas de los muertos: es el deber sagrado de todas las Leurress, un deber que nos fue confiado por los dioses del más allá, de quienes descendemos. Pero no puedo guiar a mi *famille*. Ailesse es la única persona con vida que conoce la canción de la flauta de hueso que abre las Puertas del Más Allá. Ella estaba destinada a ser *matrone*, no yo.

Me aparto de Bastien y le tiendo una mano para ayudarlo a levantarse. Duda, suspira y la acepta. A pesar de nuestras riñas, necesito su ayuda. Si trabajamos juntos, encontraremos a Ailesse más rápido.

Nos ponemos uno al lado del otro y miramos la luz grisácea y

borrosa que brilla desde el agujero que hemos volado. Respiro hondo. Después de quince largos días, por fin tenemos acceso al Beau Palais.

—¿Todo el mundo listo? —Bastien se toca con cuidado la espalda donde lo apuñaló mi madre. La herida aún está cicatrizando. Solo hace una semana que puede caminar sin hacer muecas por el dolor.

Jules asiente y se ajusta la capa. Yo aprieto los puños. Marcel se pone cómodo. Va a hacer de vigía.

En caso de que el túnel se vuelva un sitio peligroso, encenderá un pequeño explosivo lleno de semillas de azufre y pimienta. El hedor nos advertirá que no volvamos por este camino. Mientras tanto, Jules vigilará la entrada al castillo.

Bastien nos hace señas para que avancemos. Los tres caminamos hasta el final del túnel. Soy la primera en llegar a la pared y trepo por los escombros. A través del agujero de un metro y algo, contemplo el interior de un pozo seco revestido de roca de río. Aún no está terminado. El rey Durand, el padre de Casimir, lo encargó para sustituir un pozo más vulnerable que había fuera del recinto del castillo.

Mientras Bastien y Jules han estado haciendo de espías en Dovré y recopilando estos datos sobre el Beau Palais, me he visto obligada a pasar la mayor parte del tiempo en Château Creux con mi *famille*.

Las Leurress están destrozadas por la noticia de la muerte de Odiva. Solo les conté que nuestra *matrone* murió transportando a los muertos con Ailesse en un antiguo puente dentro de una caverna subterránea. Si supieran que Odiva atravesó las Puertas del Inframundo para reunirse con su amor verdadero —mi padre, un hombre que no era el *amouré* que habían elegido para ella—, podría desatarse la anarquía. Cuando Ailesse regrese y me sustituya legítimamente como *matrone*, dejaré que decida qué revelar sobre nuestra madre y me retiraré a la comodidad de su sombra.

Salto al otro lado del pozo, me agarro de una barra de hierro y subo por una escalera hecha para los excavadores del pozo. Hoy no están en el castillo. Nadie trabaja durante La Liaison, salvo los artistas y los que preparan la comida para el festival de tres días.

Esperábamos colarnos por la entrada principal, pero el rey Durand no celebrará ninguna fiesta pública. Según los rumores, está demasiado enfermo. Pero ya lo estaba antes de que tomaran prisionera a Ailesse, y las puertas del castillo han sido cerradas desde que el príncipe Casimir la trajo.

Jules salta la escalera detrás de mí. Envidio los pantalones elásticos de cuero que lleva. Mis zapatos se enredan con el dobladillo de mi sencillo vestido azul.

Bastien es el último. Los tres subimos unos dieciocho metros hasta la boca del pozo. Está cubierta por una rejilla de hierro que hace ruido cuando la deslizamos. Un trueno amortigua el sonido. Por ahora, la lluvia no nos alcanza. Estamos en el reducido espacio de la torre del pozo del castillo.

Me acerco a hurtadillas a la puerta de la torre y me asomo por la diminuta ventana de arriba. No puedo ver mucho del patio del castillo más allá de la lluvia torrencial —ni siquiera con mi visión de largo alcance, gracias al poder de mi hueso de la gracia de un atajacaminos —, pero logro distinguir los toldos de rayas azules y doradas que bordean el perímetro y dan cobijo a unos cuantos sirvientes que se apresuran a cruzar los adoquines mojados para llegar al otro lado. Un toldo cubre un pasadizo en forma de arco que conduce al interior del castillo: la entrada que utilizaremos.

Bastien se quita su capa llena de polvo y se la tiende a Jules. Debajo lleva el sencillo atuendo de un soldado de las mazmorras del castillo. También me quito la capa y escondo unos rizos negros en la cofia de sirvienta. Deslizo mi collar de huesos de la gracia bajo el escote del vestido que Bastien robó para mí y escondo mi cuchillo de hueso en la funda que llevo bajo el delantal.

Bastien se vuelve hacia Jules.

—Nos vemos pronto.

Se sienta en el borde del pozo, aún sin aliento por la subida.

—Prométeme que mantendrás la cabeza fría, ¿vale? Si no lo consigues hoy, no seas imprudente. Ya se nos ocurrirá otra cosa. Todavía tenemos diez meses y medio antes de…

—Saldrá bien. —Tensa los músculos de la mandíbula—. Vamos, Sabine. —Se escabulle por la puerta antes de que Jules pueda decir algo.

Me apresuro en seguirlo. Tampoco quiero hablar del vínculo entre las almas de Ailesse y Casimir, el vínculo que Bastien creía compartir con ella hasta que descubrí la verdad. Ahora Ailesse tiene que matar a Casimir en el plazo de un año desde el momento en que los dioses sellaron sus vidas, o morirá con él. Me aseguraré de que suceda antes de que dejemos el castillo. Le daré el cuchillo de hueso y la persuadiré para que se salve.

Bastien y yo nos dirigimos bajo la lluvia hacia el pasadizo abovedado. Nos hemos aprendido de memoria el mapa del Beau Palais que confeccionó tras conversar con un criado jubilado del castillo. Bastien me contó que después de tres cervezas en la taberna, el hombre fue un libro abierto.

Nos libramos de la lluvia una vez dentro del castillo. Estamos en un vestíbulo de piedra que se abre a un largo pasillo que va a izquierda y derecha. Más adelante está el gran salón. Los sirvientes van de un lado a otro, colocando platos y copas de oro en algunas mesas. Guirnaldas de flores frescas de finales de verano se enroscan en las altísimas columnas que sostienen el techo abovedado. Estandartes azules bordados con el símbolo dorado del sol de Dovré, un homenaje al dios del sol, Belin, cuelgan junto a estandartes verdes con el símbolo del árbol de la diosa de la tierra, Gaëlle. Me han dicho que La Liaison se celebra para pedir la bendición de ambos en la próxima cosecha.

Bastien y yo compartimos una mirada rápida y asentimos con la cabeza antes de separarnos. Él se dirige a la izquierda y yo a la derecha. Su dirección lleva hacia la entrada de las mazmorras y la mía accede a la escalera del tercer piso. Ailesse también podría estar encerrada en uno de los aposentos reales de ahí arriba.

Apenas he dado unos pasos cuando un apuesto muchacho de pelo rubio rodea una columna en el gran salón, a unos cuatro metros de donde estoy. Me quedo paralizada, la sangre se me hiela y luego me arde.

El príncipe Casimir.

Lleva un jubón de color bordó sobre una camisa suelta de lino y unos pantalones ajustados. Una sencilla corona hecha con una fina cinta de oro le cruza la frente.

Aún no me ha visto, pero no me atrevo a moverme. Las imágenes de la última luna llena se cuelan en mi cerebro: Casimir haciéndose con los huesos de la gracia de Ailesse, llevándosela en brazos; Ailesse forcejeando contra él mientras su pierna herida chorreaba sangre; yo viéndolos desde lejos mientras luchaba contra sus soldados; Bastien, también indefenso, tendido en el puente y desangrándose por la puñalada.

—¿Puedes añadir más flores silvestres? —pregunta Casimir a una sirvienta mientras observa la guirnalda que rodea la columna—. A Ailesse le gustan mucho.

—Por supuesto, Alteza.

—Quiero que todo esté perfecto para cuando conozca a mi padre esta noche.

Me quedo perdida en sus palabras. *¿Flores para Ailesse? ¿Una audiencia con el rey?* Miro a Bastien. Se ha escondido detrás de una maceta en la esquina del gran salón y el pasillo contiguo. Por su ceño fruncido, está tan confundido como yo. *¿Cómo va a asistir Ailesse a una cena con el padre de Casimir? ¿No está encerrada?*

—Lo entiendo, Alteza. —La sirvienta hace una reverencia y Casimir empieza a girar hacia mí. Me doy la vuelta, me arrastro hasta la mesa más cercana y me pongo a juguetear con un cubierto. Me tienta agarrar el cuchillo de hueso. Si pudiera apuñalarlo ahora mismo, lo haría. Pero eso mataría a Ailesse. Sus vidas están entrelazadas. Debe ser ella quien empuñe la hoja ritual y mate a su *amouré*.

Los pasos del príncipe se acercan a mí poco a poco. Se me acelera el pulso. Agacho la cabeza y rezo a la diosa de los Cielos de la Noche. *Elara, no dejes que me reconozca.*

—Disculpa, ¿eres nueva aquí?

Me pongo tensa, dándole la espalda.

—Sí —digo con voz chillona.

—¿Cómo te llamas?

Podría correr. Con la velocidad de mi atajacaminos podría llegar al tercer piso antes de que Casimir tuviese la oportunidad de atraparme. Si tan solo supiera en que habitación está Ailesse… Para cuando la encuentre, tendrá a todo el castillo en alerta.

—Ginette —murmuro, fingiendo timidez.

—Ginette, soy tu príncipe y el futuro rey. —La voz de Casimir es acogedora y transmite el encanto que me aturdió cuando nos conocimos. Había realizado un ritual para invocar y matar al *amouré* de Ailesse, esperando que viniera Bastien, pero en su lugar vino Casimir y durante unos segundos, maravillosos y horribles, pensé que era mi *amouré*, no el suyo—. No debes tenerme miedo —dice—. En este castillo, trato a mis sirvientes con estima.

Un resoplido de burla sale de mi garganta.

—¿Y cómo tratas a tus prisioneros? —Mi artimaña es inútil. Tanto si huyo como si me enfrento a él ahora, va a descubrirme—. No puedes ganarte a Ailesse con flores, oro y un falso honor. Ella siempre te verá como su secuestrador.

Mi oído de chacal capta su respiración entrecortada.

—¿Sabine? —pregunta.

Levanto la barbilla y me giro para encararlo. Casimir me devuelve la mirada con los ojos color azul claro muy abiertos. Lucho por controlar el fuego de mi mirada. Su actitud comedida transmite sabiduría, seriedad y fuerza. Me cuesta recordar que es la misma persona que se creyó con el derecho de robarme a mi hermana.

—¿Dónde tienes a Ailesse? —le pregunto. Saco el collar que llevo oculto y dejo que mis huesos de la gracia cuelguen, expuestos, sobre el corpiño del vestido. Los tres huesos cuelgan uno al lado del otro: un cráneo de salamandra de fuego, un colgante en forma de media luna tallado con el fémur de un raro chacal dorado, y la pata y la garra de un atajacaminos.

Dos guardias situados al final de la sala dan un paso adelante, pero Casimir levanta una mano para detenerlos. Puede que no entienda lo que soy, lo que es Ailesse, pero sabe que mis huesos tienen poder.

—Ailesse no es mi prisionera. La invité a quedarse conmigo y aceptó.

Mentiras. Ailesse nunca aceptaría eso.

—Entonces dile que me encantaría hacerle una visita.

—Sabes que no puedo hacer eso. —Su tono destila un nivel de tranquilidad exasperante—. Intentaste matarme, Sabine. No eres bienvenida en este castillo.

El chacal dorado que hay en mí explota. Saco el cuchillo de hueso que llevo bajo el delantal. Casimir saca rápido una daga enjoyada. Nuestras hojas se topan con la garganta del otro al mismo tiempo. El filo de su daga presiona el tendón de mi cuello.

—¿Qué pensaría Ailesse si mataras a su hermana?

—No menos de lo que pensaría si tú…

Un chillido animal resuena en mis oídos y ahoga el resto de sus palabras. Un pequeño reflejo aparece en sus pupilas. Un pájaro con la cara blanca en forma de corazón.

De alguna manera, mientras miro fijamente a Casimir, el pájaro se hace más grande. Jadeo. Es una visión. Tiene que serlo. Estoy viendo a la lechuza plateada, el pájaro de la diosa Elara. No se me había aparecido en su forma física o translúcida desde la noche en que Casimir secuestró a Ailesse. Visiones como esta son poco comunes entre las Leurress, pero la lechuza plateada me ha mostrado dos visiones antes y ambas estaban relacionadas con salvar a mi hermana.

La lechuza alcanza su tamaño real y se cierne frente a Casimir con las alas desplegadas. Él no puede verla, me mira a través de ella. Es como si lo protegiera.

No lo entiendo. Una vez, la lechuza plateada quiso a Casimir muerto. Me guió para matar al chacal dorado, tallar una flauta con su hueso y usarla para atraer al príncipe durante mi rito de iniciación. Podría haberlo matado entonces sin condenar a Ailesse a morir a cambio. El ritual la habría protegido.

La lechuza bate las alas una vez y mi entorno cambia. Siento el suelo del castillo a mis pies, pero arriba veo los acantilados que dominan el mar Nivous. Es la noche de la última luna nueva. Ailesse está tocando el canto de sirena con la flauta de hueso, intentando abrir las Puertas del Más Allá.

Sigue tocando. La desgarradora melodía flota en mis oídos y recorre mi memoria. Antes recordaba fragmentos, pero no todos los compases. Ahora todas las notas laten vivas en mi interior y echan raíces profundas. Dudo que pueda olvidarlas.

¿Qué e*stá pasando?* Vine aquí a rescatar a Ailesse, no a ver un recuerdo, no vine para aprender una canción. Vine aquí para ayudarla a matar a Casimir. ¿Por qué no me ayuda la lechuza plateada?

Vuelve a batir las alas. Ahora Ailesse está en la caverna subterránea sobre el frágil puente del alma. Avanza hacia las Puertas del Inframundo con una determinación obstinada. Me oigo gritarle que se aleje, pero no me escucha.

Parpadeo y vuelvo a ver a Casimir a través del cuerpo de la lechuza. Mi cuchillo de hueso tiembla en su cuello. Tal vez la lechuza no lo esté protegiendo de mí. Tal vez está protegiendo a *Ailesse* de mí.

Podría amenazar a Casimir, luchar contra sus soldados, encontrar a Ailesse, liberarla… pero ¿y si mi hermana no debe liderar la travesía esta noche? Apenas pudo contener la tentación de atravesar las Puertas del Inframundo la última vez. Lo único que la distrajo fue Odiva apuñalando a Bastien.

Quizás… Quizás mi hermana esté más segura en el Beau Palais. Por ahora.

La vista se me empaña por las lágrimas furiosas. Casimir frunce el ceño. No sabe qué pensar de mi reacción. Llevo mucho tiempo intentando salvar a Ailesse. ¿Por qué me lo impiden siempre?

Aparto el cuchillo de hueso. La lechuza plateada desaparece. Maldigo a la mensajera de la diosa, pero he aprendido a confiar en

ella. Me advirtió sobre Odiva antes de que conociera los crímenes de mi madre. Me condujo hasta Casimir, que me ayudó a encontrar a Ailesse. Volverá a ayudarme cuando llegue el momento, cuando la libertad de Ailesse no la lleve a la muerte. Sabe más que yo.

La daga de Casimir se mantiene firme en mi cuello. Abre la boca como si quisiera decir algo, pero su expresión se debate entre la ira y la lástima. Lo miro con dureza a pesar de que se me saltan las lágrimas. Sigo odiándolo. Mis acciones no cambian eso.

Uno de sus soldados se aclara la garganta.

—¿La llevamos a las mazmorras, Alteza?

La punta de la hoja de Casimir se desliza para levantarme la barbilla mientras lo medita. Traga saliva.

—Sí.

Los soldados avanzan. Casimir baja la daga por mi cuello. Va a cortarme la cuerda del collar. Con la velocidad del atajacaminos y la fuerza del chacal, lo tomo de la muñeca y le clavo la empuñadura de mi cuchillo en el brazo. La daga se le cae de las manos. Antes de que caiga al suelo, le doy un rodillazo en el vientre. Se dobla hacia delante. Lo empujo al suelo y le clavo el codo en la espalda. Recojo la daga que se le ha caído. El primer soldado se abalanza sobre mí. Salto por encima de su espada y me separo del cuerpo de Casimir. Salgo corriendo antes de que el segundo soldado pueda atacarme.

Casimir grita mi nombre. Vuelve a ponerse en pie y me persigue. Sus soldados lo siguen. Corro hacia el pasillo, pasando por delante del escondite de Bastien.

Me lanza una mirada colérica.

—¿Qué demonios estás haciendo? —sisea.

—Irme. Dile a Ailesse que me sé el canto de sirena. Puedo abrir las Puertas.

Me doy la vuelta y le lanzo la daga enjoyada a Casimir, pero desvío la puntería a propósito. Vuela por encima de su cabeza y choca contra una columna de piedra. Mientras Casimir está distraído, arrojo el cuchillo de hueso contra un árbol en una maceta frente a la de Bastien.

—Dile a Ailesse que acabe con él —le pido. Entrecierra los ojos en dirección a la empuñadura apenas expuesta del cuchillo. Tendrá que volver a por él más tarde. Me hace un gesto decidido con la cabeza antes de escabullirse en otra dirección.

Paso corriendo junto al pasadizo abovedado que conduce al patio.

No puedo salir del castillo por el pozo seco. Pondría en peligro a Jules y a Marcel y expondría la salida segura de Bastien.

Casimir grita pidiendo más soldados. Las botas se acercan por una escalera que hay al lado y un pasillo que se bifurca.

Aparece un hombre corpulento e intenta agarrarme. Lo esquivo por los pelos y sigo corriendo. Me centro en una vidriera ubicada casi treinta metros más adelante. La luz del sol de la última hora de la tarde entra por los cristales de colores e ilumina una majestuosa imagen de Belin, el dios del sol, cabalgando por el cielo en su corcel blanco.

Me quito la cofia y el delantal de sirvienta y acelero. Me desato los lazos de los hombros que sujetan el sobrevestido. Se desprende de la camisa que llevo debajo y lo aparto de un puntapié. No puedo permitirme que sea un lastre.

—¡Detente! —grita Casimir detrás de mí.

La vidriera está a menos de cinco metros. Aprieto los dientes y salto al vacío. Mi gracia de atajacaminos eleva el salto. Levanto los brazos para protegerme la cara.

Mi cuerpo golpea el cristal. La ventana estalla en un arcoíris de fragmentos de cristal.

Dieciocho metros más abajo, el río Mirvois fluye a toda velocidad. Caigo al agua.

2
Ailesse

Un rayo atraviesa el parteluz cuando corro por el pasillo. O *intento* correr. La bata con cola no ayuda. La muleta tampoco. Pero aprieto la mandíbula y avanzo cojeando lo más rápido que puedo.

Ahora la puerta ornamentada solo está a cuatro metros y medio. Ignoro el dolor de mi rodilla destrozada y sigo moviéndome. Se supone que no debo apoyar peso en la pierna hasta dentro de un mes. Cuando llegue ese día, quemaré esta miserable muleta. Estar prisionera en las catacumbas no era nada comparado con ser prisionera de mi propio cuerpo.

Paso por delante de otra ventana en el tercer piso del castillo. Un rayo, como un dedo puntiagudo, ilumina un antiguo puente más allá de la muralla. Castelpont. Me detengo. No había visto el puente desde la noche de mi rito de iniciación. Desde la noche que conocí a Bastien.

Tu ne me manques pas. Je ne te manque pas. No me faltes. Yo no te faltaré.

La frase que me enseñó ha sido mi mantra desde que llegué al Beau Palais. Pronto estaré con Bastien. No necesitaré palabras de gallés antiguo para conservar su recuerdo o ayudarme a visualizar sus ojos azules como el mar y su pelo oscuro despeinado. Está vivo. Tiene que estar vivo.

Avanzo hacia la puerta. Me tiembla la rodilla de tanto cojear con la muleta, pero por fin pongo la mano en la manivela. Estoy a punto de hacerla girar cuando un grito resuena en todo el castillo.

Me quedo inmóvil. Intento enterarme de qué ocurre. No consigo distinguir las palabras por encima del estruendo. Trato de no preocuparme. Los asuntos de este sitio no son de mi incumbencia. Abro la puerta, entro arrastrando los pies y me encierro en la habitación.

Estoy en una biblioteca privada cerca de las habitaciones del rey Durand. Nunca había estado aquí, pero estuve haciendo preguntas discretas a los criados. No me quedé de brazos cruzados mientras esperaba a que se me curase la rodilla. He averiguado la distribución básica del castillo, incluida esta sala, que solo usan el rey y el príncipe Casimir. Al parecer existe una biblioteca más grande en el segundo piso.

Aparte de una ventana en forma de arco por la que entra la sombría luz de la tormenta, cada una de las cuatro paredes está

cubierta de estanterías que van desde el piso hasta el techo. La mayoría están llenas de libros, pero entre ellas descansan algunos tesoros: un busto de mármol del rey Durand, un mapa enmarcado de Galle del Sur, una colección de plumas exóticas, un jarrón de oro, copas adornadas con joyas, algunas botellas de vino y un pequeño cofre… Me fijo en el cofre, el escondite perfecto para mis huesos de la gracia. Cuando los recupere, me iré de este castillo.

El corazón se me acelera. Dejo la muleta a un lado —me duele la axila de usarla— y me apoyo en una enorme mesa lacada. Avanzo dando saltitos pegada a ella hacia la estantería con el cofre en la pared del fondo. Ya he registrado todos los rincones y grietas de mi habitación, de la de Casimir y de la habitación en la que ha estado durmiendo desde que me trajo al Beau Palais. Esta biblioteca privada parece el siguiente lugar más lógico donde podría haber escondido mis huesos de la gracia. Según los criados, viene aquí a menudo.

Llego a la estantería y saco el pequeño cofre. En la tapa lleva tallado un precioso árbol ubicado dentro de un círculo de un sol espléndido. Son los símbolos de Gaëlle, la diosa de la tierra, y de Belin, el dios del sol. El Beau Palais está lleno de estos símbolos mientras que el chacal dorado de Tyrus y la luna creciente de Elara brillan por su ausencia.

Me siento en el borde de la mesa para que mi pierna no soporte peso. Me tiemblan las manos al hacer fuerza para abrir el cierre, que está duro. Por favor, Elara, que mis huesos estén aquí. Casi puedo sentir el frío que desprenden cuando descansan sobre mi pecho, donde deben estar: un colgante tallado con el esternón de un íbice alpino, el hueso del ala de un halcón peregrino y el diente de un tiburón tigre.

Ninguno puede curarme como hace el cráneo de la salamandra de fuego de Sabine, pero me hacen más fuerte, más rápida y más ágil. Necesitaré cualquier ventaja para llegar al puente de tierra esta noche. Ahora soy la *matrone* de mi *famille*. Soy la única que conoce la canción para abrir las Puertas del Más Allá. Nadie podrá transportar las almas de los muertos sin mí.

Al final consigo abrir el cierre. Al mismo tiempo, la puerta de la biblioteca se abre de golpe. Me sobresalto y el cofre se me cae de las manos. Su contenido se desparrama por la mesa.

Se me desploman los hombros. Mis huesos de la gracia no están ahí.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Casimir, sorprendido.

Levanto la vista y el corazón se me acelera, es mi reacción instintiva siempre que veo a mi *amouré*, pero esta vez no es por la atracción innata que siento hacia él. Algo va mal. Jadea y una gota de sudor le recorre la sien. Empuña una daga. Separo los labios.

—Solo estaba…

Entra en la habitación, mira detrás de la puerta y echa un vistazo bajo la mesa.

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

—¿Has visto a alguien más? —me pregunta.

—¿A quién…?

Está a punto de responder cuando tres guardias irrumpen en la habitación con las espadas desenvainadas. En cuanto me ven, se quedan quietos y miran confusos a Casimir. Se recompone y mueve la cabeza.

—Aquí no. Registrad los aposentos reales, empezando por la habitación de Ailesse. Avisadme cuando sepáis que esos lugares son seguros.

—¿Hay algún peligro? —pregunto.

Baja la mirada a la daga y pasea el dedo por el arma, distraído. Espera a que los guardias se marchen antes de responder.

—Hay una… una banda de disidentes cada vez más numerosa en Dovré. Gente que culpa a mi padre de la última plaga. Algunos de ellos se han colado en el castillo.

Sé lo de los disidentes. Los sirvientes dicen que están molestos porque las puertas del Beau Palais llevan cerradas más de dos semanas y no pueden solicitar audiencias al rey Durand para hablar de sus problemas.

—¿Por qué culpan a tu padre?

—Cuando pasa algo malo siempre se culpa a los reyes. Esa es la carga que conlleva ser monarca. Si los dioses de verdad han elegido a alguien para gobernar, esa persona debería tener la influencia suficiente para evitar que ocurra una tragedia multitudinaria. Si eso ocurre, ese rey o reina debe haber perdido el favor divino. Ya no son aptos para gobernar… o eso dicen los habitantes de otros reinos que han logrado derrocar a sus monarcas. Para Galle del Norte se ha convertido prácticamente en un deporte.

Casimir está raro. Habla más rápido que de costumbre y con una despreocupación forzada que no es propia de él, aunque esos rebeldes

parezcan ser una preocupación importante.

Guarda la daga.

—No hay nada de lo que debas preocuparte. Tengo la situación bajo control. —Me ofrece una pequeña, pero tranquilizadora sonrisa y me pasa la muleta. La acepto sin dejar que nuestros dedos se rocen.

No culpo al príncipe por traerme aquí hace quince días. Pensaba que Sabine era una amenaza; al fin y al cabo, amenazó con matarlo. Además, acepté quedarme por voluntad propia. Pero miente sobre mis huesos de la gracia. Me dijo que los perdió en el viaje al Beau Palais, una mentira evidente. No me mira cuando los menciono.

—Ojalá te permitieras descansar más y le dieras a esa pierna una oportunidad para curarse como es debido —comenta—. Si querías otro libro de la biblioteca, solo tenías que pedírmelo.

—Estoy harta de estar en mi habitación.

—Lo sé. —Pone su mano sobre la mía y me tenso. No dejaré que su calor me altere la sangre. No me importa si es mi *amouré* diseñado a la perfección para encajar conmigo, y yo con él.

—Estoy haciendo todo lo posible por complacerte, Ailesse —dice —. Esta noche verás más del castillo, te lo prometo. —El hoyuelo de su mejilla derecha se acentúa cuando sonríe y maldigo a Tyrus y a Elara por lo encantador que resulta—. Es la primera fiesta de La Liaison. Mientras hablamos, los sirvientes están decorando el gran salón y… —Sus ojos bajan hacia el cofre que se ha caído y su contenido derramado: un collar de perlas, una carta doblada, un mechón de pelo rubio atado con una cinta color lavanda y un pequeño retrato de una mujer muy parecida al príncipe.

Casimir frunce el ceño.

—¿Qué hacías con las cosas de mi madre?

Me sonrojo.

—Es-estaba aburrida y… —Sacudo la cabeza—. Lo siento, no sabía lo que había ahí dentro. —La reina Éliane murió durante la gran plaga cuando Casimir era un crío. Era su único hijo, y también el único hijo del rey Durand, ya que nunca se volvió a casar.

Casimir se calla y vuelve a colocar las cosas en el cofre poco a poco. Recojo el collar de perlas para ayudarle.

—Puedo hacerlo yo —dice, y alarga la mano hacia las perlas. Pero entonces duda en agarrar las joyas. Sus dedos se ciernen sobre los míos. Al final exhala y cierra mi mano sobre las perlas—. Deberías ponértelas esta noche. —Sus ojos azules suben para mirarme a la cara.

—No, no puedo —digo sin pensarlo dos veces. Solo con tocarlas me siento una ladrona—. Son demasiado valiosas.

—No digo que te las dé. Solo estoy dejando que las tomes prestadas. —Esboza una sonrisa—. A lo mejor no soy tan generoso como piensas.

Me echo a reír. No puedo evitarlo. Llevo días hecha un manojo de nervios y no creía que Cas tuviera un sentido del humor oculto bajo ese carácter tan serio.

Se ríe entre dientes conmigo, pasándose la mano por la nuca con timidez.

—¿Sabes que es la primera vez que te oigo reír? Suena… —Busca la palabra adecuada—. Saludable.

—¿Saludable? —Resoplo—. ¿Estás diciéndome que cuando estoy de mal humor parece que estoy enferma?

—Es difícil saberlo. Siempre estás de mal humor.

—¿Ah, sí? —Vuelvo a ver su hoyuelo.

—Pero reír te sienta bien. Deberías permitirte hacerlo más.

—Mmmm. —Levanto la barbilla y me paso el pelo por el hombro —. Bueno, deberías saber que suelo reírme a menudo. —Sabine me lanza una mirada irónica y yo me parto de risa—. Es solo que todavía no me conoces lo suficiente.

—Tienes razón. —Sus ojos adquieren un brillo travieso—. Estoy en ello.

Me pongo seria cuando me mira con intensidad y lucho por dominar el calor que se apodera de mi vientre. Las perlas me pesan en la mano.

—¿Qué es lo que te gusta de mí? —pregunto, hablando antes de pensar otra vez. Hago una mueca, sintiéndome una estúpida, pero deseando saber la respuesta. Casimir no tuvo más remedio que sentirse atraído por mí después de que tocase el canto de sirena durante mi rito de iniciación, pero el hechizo de atracción se habría desvanecido enseguida, sus efectos desaparecieron después de aquella noche.

Arquea una ceja y vuelve a reírse, aunque esta vez es una risa más nerviosa.

—Discúlpame, me has pillado con la guardia baja. Me gusta… —Se rasca el brazo—. Bueno, expresarlo con palabras no es que sea lo más fácil.

Un relámpago parpadea en el exterior y me hace recuperar la

cordura.

—Déjalo. —Me levanto de la mesa y me apoyo en la muleta. No tengo tiempo para resolver el misterio de mi *amouré*. Tengo que salir del castillo antes de que anochezca—. Voy a volver a mi habitación —le digo. Cuando Casimir me vea allí acomodada, haré el último intento de encontrar mis huesos de la gracia y huiré de este sitio.

—Ailesse, espera. —Se mueve para bloquearme el paso—. Eres muy… muy cautivadora —empieza a decir a trompicones.

Pongo los ojos en blanco.

—No hace falta que…

—La primera vez que te vi sentí que te conocía de toda la vida.

—Me viste desde lejos.

—Pero la canción que tocaste…, tu talento para tocar la flauta me asombró.

—Pues claro que lo hizo. —Intento pasar por su lado. Son todo recuerdos del hechizo de atracción.

—Eres más feroz que cualquier chica que haya conocido —continúa.

Hago una pausa.

—Fue Sabine la que te retuvo a punta de cuchillo.

Cuando menciono su nombre, se le encienden las fosas nasales y entiendo por qué. Sabine lo llevó al puente de la caverna y me dijo que terminase mi rito de iniciación. Casimir no podía saber lo que significaba aquello, salvo que Sabine quería que lo matara.

—Tu hermana no luchó contra tu madre en un puente muy estrecho sin armas como hiciste tú —me contesta.

—Lo habría hecho. —Esa noche, Sabine había cambiado, ya no era la chica con solo la salamandra de fuego y muchas pegas sobre el sacrificio de sangre. Tenía tres huesos de la gracia y un fuego en los ojos que era nuevo. Estaba preparada para hacer cualquier cosa con tal de protegerme.

Casimir exhala.

—¿Por qué estamos hablando de Sabine?

—No lo sé. —Exasperada, me las arreglo para pasar por su lado.

Me agarra del brazo un segundo y me doy la vuelta. El collar de perlas se mueve, colgando de mi puño. Las he seguido agarrando sin darme cuenta.

—Me recuerdas a mi madre —me dice.

Lo miro fijamente sin saber qué responder.

—Me recuerdas a mi madre —repite después de tragar saliva.

Una punzada me llega a lo más profundo del pecho. Podría haber dicho: *Me recuerdas a tu madre*. Las palabras se acercaban mucho.

Se muerde el labio.

—¿Es raro que lo confiese?

Niego con la cabeza despacio, aunque no sabría decir. Al crecer, nadie de mi *famille* me dijo que era como mi madre, nunca, daba igual lo duro que entrenase o lo mucho que intentase demostrar mi valía. Una vez, para consolarme, Sabine me dijo: «Eres mejor que la matrone, al menos en las cosas que de verdad importan». Todo eso me inspiró a cazar con más ímpetu para conseguir un hueso de la gracia más poderoso.

—Si hubiese tenido el pelo más oscuro, habría sido como el tuyo, con mucha cantidad y un poco salvaje. —Casimir se fija en un ondulado mechón color caoba que me cae por encima del hombro—. Pero vuestras similitudes van más allá del parecido. Vives como lo hacía ella. Radiante. Entraba en una habitación y la gente acudía en masa para estar cerca de ella. Reían cuando ella reía. Bailaban toda la noche si ella lo hacía.

Por un momento, me pierdo, desconcertada por las diferencias entre su madre y la mía. Odiva también atraía a la gente, pero más por su carácter intimidante que por su encanto.

—Debió de ser una mujer increíble.

Su boca se curva.

—Lo era.

Bajo la mirada. Casimir fue testigo de la verdadera naturaleza de mi madre en el puente de la caverna. Me la imagino apuñalando otra vez a Bastien y me estremezco.

—No puedes compararme con ella, Casimir. Llevo con un humor de perros desde que me trajiste aquí. *He estado destrozada.*

—Cualquiera estaría así después de lo que tú has pasado. Eso no disipa tu luz.

Vuelvo a quedarme sin palabras. ¿Quiere decir luz o Luz? No puede referirse a la Luz. Las Leurress son las únicas que conocen la energía de los Cielos de la Noche de la diosa Elara. Todos los mortales tienen fuerza vital, pero las Leurress necesitan reponerla igual que deben alimentar sus cuerpos con comida y agua.

—Me voy —digo. Casimir no sabe lo que soy o lo que necesito para sobrevivir—. Tengo que descansar antes de esta noche, Cas.

Sonríe.

—Por fin me has llamado Cas.

Me maldigo a mí misma.

—Se me ha escapado.

—Me alegro. Sabes que lo prefiero.

El corazón se me acelera de esa forma que tanto odio, la forma que confirma por qué los dioses sabían lo que hacían cuando eligieron al príncipe para mí.

Me acerco cojeando con la muleta y le pongo las perlas en la mano. Una expresión de dolor cruza su rostro. Me da igual. No me permitiré sentir culpa por un chico que está escondiendo mis huesos de la gracia.

—No soy como tu madre. No puedo serlo. —Estoy destinada a ser una Ferrier de los muertos, la *matrone* de mi *famille*…

Estoy destinada a matarte, igual que mi madre intentó matar a Bastien, Cas.

Me giro y me dirijo a la puerta. Pero todavía no puedo irme. Uno de los soldados ha regresado y está en el umbral.

—Su Alteza —El hombre corpulento se inclina ante Casimir—. *Mademoiselle* Ailesse ya puede regresar a sus aposentos. No hemos encontrado señales de más intrusos.

—Gracias. —La voz de Cas suena apagada, sin su habitual simpatía y energía—. Dile a la guardia del castillo que pueden volver a sus puestos.

Cuando el hombre se va, me giro hacia Cas y no puedo evitar volver a mirarle a los ojos. Han perdido el brillo, aunque no la amabilidad. ¿Por qué no puede ser más villano? Me ayudaría a entender sus razones para haberme engañado. Sería mucho más fácil odiarlo. O matarlo.

—Te veré esta noche en la fiesta —le digo, movida por una inexplicable necesidad de animarlo.

Se anima un poco, levanta las cejas sutilmente y suaviza un poquito los labios.

—Los criados te llevarán un vestido para la ocasión —comenta—. Espero que no te ofenda. Lo mandé a hacer por encargo, así que nunca perteneció a nadie. —Echa un vistazo al collar de perlas que lleva en la mano y lo vuelve a guardar en el cofre. Cierra la tapa con delicadeza—. Lo que quiero decir es que no espero nada por el vestido.

No puede decirlo en serio, aunque quiera. Cuando hay sentimientos, siempre se espera algo.

—Si es así, será un honor ponérmelo —le respondo, tratando de ser considerada, pero sin darle falsas esperanzas al mismo tiempo. También estoy protegiendo mi corazón, manteniéndolo a salvo para Bastien.

Mis palabras le arrancan una sonrisa sincera a Cas y, rápidamente, aparto la mirada antes de que pueda quedarme embobada con sus hoyuelos. Salgo a toda prisa de la habitación con la muleta.

Solo es un vestido, Ailesse. Sin falsas esperanzas. Sin esperar nada.

3
Bastien

No puedo dejar de mirar a una de las criadas que está en el gran salón. Es por su pelo. Rojo. No se acerca ni de lejos al tono caoba perfecto de Ailesse, pero es largo y ondulado como el suyo. Además, cada tanto, cuando está en zonas menos iluminadas, donde la luz de la enorme lámpara de araña no llega tan bien, su pelo parece un poco más oscuro. Como ahora. Si entrecierro los ojos lo suficiente, se parece a…

—¡Que todo el mundo deje de hacer lo que está haciendo!

Respiro con fuerza. Un hombre pasa junto a mi escondite. Me arrastro hacia atrás desde el borde del tapiz hasta el espacio entre la tela y la pared. Si el hombre no hubiera ido cargado con un cajón que le tapaba la cara me habría visto asomar la cabeza.

Me apoyo contra las piedras frías. Abro y cierro las manos apretadas en puños. Llevo aquí demasiado tiempo esperando el momento oportuno para ir sin que me vean hasta la maceta donde Sabine escondió el cuchillo de hueso. Pero el gran salón está abarrotado de sirvientes que se preparan para el primer banquete de La Liaison.

—¡Tenemos una emergencia! —grita el hombre. Se escucha un golpe cuando deja caer una caja sobre la mesa—. Echad un vistazo vosotros mismos. Velas de sebo, no de cera de abeja. —Hace una pausa, lo más probable es que esté esperando jadeos que reflejen su pánico. No se oye ninguno—. Al parecer, el fabricante de velas nunca recibió nuestro pedido y todas las tiendas de Dovré están cerradas por vacaciones. —Otra pausa. Da unos golpecitos en el suelo—. Bueno, ¿vamos a permitir que unas velas que echen humo apesten el primer evento al que asiste Su Majestad en semanas, además de insultar a la invitada especial del príncipe?

¿*Invitada especial*? Contengo una risotada cargada de burla. ¿Así llama Casimir a su prisionera favorita? Me imagino a Ailesse sentada a su lado esta noche, con una cadena sujetándole el tobillo a la silla y entonces me viene a la mente otra imagen: Ailesse en las catacumbas, con las manos y los tobillos atados con la cuerda con la que la sujeté. Se me revuelven las tripas. Sí, yo también la secuestré, pero entonces pensaba que era una asesina despiadada. Jamás pretendí salvarla, como hizo el príncipe.

—La respuesta es no —el hombre, seguramente sea el mayordomo

encargado de esto, continúa hablando—: Así que así es como solucionaremos esta tragedia. Cada uno de vosotros buscará en el castillo velas de cera de abeja en candelabros, faroles y portavelas. Lleváoslas, aunque ya estén encendidas. Usaremos las más altas para la mesa principal y nos apañaremos con el resto. —Da dos palmadas —. ¡Vamos, ya! Daos prisa.

Se oyen pasos. Los murmullos de los más o menos doce sirvientes se desvanecen mientras se dispersan en diferentes direcciones. El paso decidido del administrador sigue al último.

Ahora es mi oportunidad.

Salgo a hurtadillas de detrás del tapiz, me aseguro de que la sala está vacía y me lanzo hacia la maceta que hay al otro lado del gran salón. Por suerte, no hay soldados a la vista. Casimir tiene a sus guardias registrando el castillo por si Sabine no ha venido sola.

Sabine. Aprieto los dientes. ¿De verdad tenía que irse tan de repente? Podía luchar contra el príncipe y sus hombres. Podría haberlos distraído mientras yo liberaba a Ailesse. Ahora tengo que hacerlo solo, después de que Ailesse mate a Casimir.

Agarro el cuchillo de hueso de la maceta donde está el árbol y me giro hacia la otra dirección. Me dirijo al pasillo que lleva a la escalera del tercer piso. Se suponía que Sabine iba a comprobar los aposentos reales mientras yo registraba las mazmorras. Pero después de lo que dijo Casimir —que quería más flores silvestres para Ailesse esta noche —, supongo que le ha hecho una prisión más cómoda en una de las mejores habitaciones del Beau Palais. No significa que sea un hombre considerado, solo un manipulador.

Más adelante se ve la escalera, una enorme pieza de piedra caliza con peldaños de mármol y pasamanos de hierro. Una alfombra de terciopelo verde cubre los peldaños. Seguro que cuesta más que la comida que se necesitaría para alimentar a todos los niños de las calles de Dovré durante un mes entero.

Subo los escalones de dos en dos. Me duele la herida de la puñalada, pero no reduzco la velocidad. No tengo mucho tiempo antes de que vuelvan los soldados y los criados y…

Un criado con un remolino en el pelo que hace que se le quede hacia arriba en la parte de atrás aparece por la esquina del piso de arriba. Aparenta unos tres años menos que yo, quizá tenga unos catorce o quince años. Salta al rellano con cinco velas de cera de abeja entre las manos. Va mirando hacia abajo y canturrea distraídamente.

Me quedo inmóvil ocho pasos más abajo. Tengo el cuchillo de hueso a la vista. Tenso el brazo para ocultarlo. Demasiado tarde. Levanta los ojos. Son de un color marrón rojizo, un tono más oscuro que el ámbar tostado de Ailesse. La veo en todos. Pero su rostro nunca palidecería ante un extraño armado. Se pondría seria. Adoptaría una postura defensiva y se prepararía para luchar.

—No voy a hacerte daño —le digo—. Solo prométeme que no…

—¡Socorro! —grita a pleno pulmón.

—…gritarás. —Desplomo los hombros.

Se oyen gritos y pisotones de botas que vienen de arriba y del pasillo de abajo.

Merde.

Salto escaleras arriba hacia el chico. Me lanza dos velas.

—¡Ay! —La tercera vela me da en la frente—. ¡Ya basta! —Le quito la cuarta de un manotazo antes de que me la clave en el ojo. Subo los tres últimos escalones e intento agarrarlo. Me da en la mano con la última vela. Se la quito y la tiro por encima de la barandilla.

—¡Socorro! —vuelve a gritar.

—Cállate. —Lo inmovilizo contra la pared de la esquina y levanto el cuchillo de hueso hacia la garganta del chico—. Te he dicho que no voy a hacerte daño. —Pero tendré que tomarlo como rehén. Solo un rato. Es mi única baza.

Se sacude con fuerza. Está delgado y parece débil. No sabría luchar contra mí ni con los puños.

Las botas de los soldados resuenan con más fuerza. Están avisando al príncipe Casimir. El sirviente gimotea. Le empieza a moquear la nariz. «Por favor», articula con la boca. Los tendones del cuello se le tensan cuando trata de alejarse de la hoja.

Estoy colorado y sudando por el calor. Ajusto bien la empuñadura del cuchillo. Lo agarro con fuerza. No puedo volver a hacerlo: secuestrar a otra persona para conseguir lo que quiero.

Bajo el cuchillo. Retrocedo un paso. Asiento una vez.

—Vete. —Mi voz es fuerte y ronca. ¿Cómo voy a liberar a Ailesse ahora?

El chico sale por patas y corre escaleras abajo. Dos soldados suben corriendo, esquivándolo para llegar hasta mí. Otros tres hombres bajan del piso superior.

—¡Detened al ladrón!

Miro hacia arriba. Desde el tercer piso del castillo, el príncipe

Casimir se inclina sobre la barandilla. Las líneas de sus hombros son anchas y duras.

Saco el segundo cuchillo que llevo encima. Considero mis posibilidades de escapar. No son muy buenas, sobre todo con la espalda herida. No pasa nada.

Envaino con rapidez el cuchillo de hueso y sujeto el segundo entre los dientes. Justo cuando el primer soldado de abajo intenta agarrarme, me balanceo sobre la barandilla y me agarro a ella desde el otro lado. Las puntas de mis botas se apoyan en los bordes de los escalones, que apenas sobresalen. Bajo a toda prisa. Los soldados ya me han rodeado.

A dos metros del suelo, salto. Cuando aterrizo me duele la herida. Me saco el cuchillo de la boca y me obligo a seguir adelante.

Corro por el pasillo en dirección al gran salón. El vestíbulo de enfrente conduce al patio y al pozo del castillo.

Lo siento, Ailesse. Siento una punzada de dolor en el pecho. *Volveré por ti, te lo prometo.*

Espero que la próxima vez su mejor amiga no me abandone y salte a través de una vidriera.

Más le vale a Sabine haber sobrevivido. Vi lo alta que era la caída hasta el río. Cuando Casimir y sus guardias se fueron, me escabullí hasta el borde de la ventana destrozada y eché un buen vistazo hacia abajo en persona.

Los soldados se acercan por detrás. Corro más rápido y paso junto a la primera columna del gran salón. Está envuelta en guirnaldas con las flores silvestres que Casimir pidió para Ailesse.

Lo que le dijo a Sabine resuena en mi cabeza. *Ailesse no es mi prisionera. La invité a quedarse conmigo y aceptó*. Suelto un resoplido a modo de burla y me trago un sabor amargo en la boca. Qué buen mentiroso tendrá Galle del Sur como rey.

Paso la segunda columna. Un soldado corpulento salta desde atrás y se abalanza sobre mí. Caigo de espaldas al suelo. La mano se me estrella contra las piedras. El cuchillo se me cae de las manos y resbala varios metros más allá.

Me cuesta respirar. Me arde la espalda. Tengo a los soldados del pasillo casi encima. El que me ha tumbado se acerca.

Parece que no voy a escapar.

Le doy una patada en la espinilla al guardia que está más cerca. Me arrastro hasta la segunda columna. Saco el cuchillo de hueso de la

funda. Otro soldado me agarra del brazo izquierdo. Al mismo tiempo, deslizo el cuchillo de hueso bajo la guirnalda en la base de la columna. No dejaré que se lo lleven. Ailesse lo necesita para matar a Casimir. Lo necesita para seguir viviendo.

Un tercer soldado me tira del cuello. Un puño enorme vuela hacia mi cara.

El dolor me atraviesa la cabeza.

Todo se vuelve negro.

4
Ailesse

—Es una pena lo de la muleta —dice mi doncella, pasándomela mientras me ayuda a levantarme. Me pone frente al espejo que cuelga de la pared de mi habitación—. Si no la llevase podría bailar esta noche.

Echo un vistazo a mi reflejo. Un charco de agua estancada estaría mejor que esta lámina de plata pulida, pero distingo vagamente indicios del cuidadoso trabajo de mi doncella: polvos blancos para disimular mis pecas dispersas, algo llamado colorete que me ha aplicado con cuidado sobre las mejillas y un bálsamo labial de cera que huele a vino y tiene el tono de las bayas silvestres. No consiguió depilarme las cejas. Después de arrancarme el primer pelo, mis reflejos se apoderaron de mí. Agarré las pinzas y las lancé por la ventana, bajo la tormenta.

Me inclino hacia el espejo para acercarme más. No me gusta lo pálida que está mi piel ni el color oscuro de mis labios —me recuerdan demasiado a la belleza austera de mi madre—, pero sí me gusta cómo me ha peinado mi doncella. La mitad superior está recogida en un moño con cintas que hacen juego con el vestido verde musgo y la mitad inferior cae en unos tirabuzones largos que ha formado con unas tenacillas calientes. El pelo de Sabine es así de rizado por naturaleza.

Sabine…

Una punzada de dolor se me clava en el corazón. Tengo que encontrar la manera de irme pronto de la fiesta esta noche. Sabine y mi *famille* deben de estar desesperadas pensando en cómo transportar a los muertos sin mí.

—Tampoco es que quiera bailar —le respondo a mi doncella, y le doy la espalda al espejo. Bailar significa ritos de muerte y sacrificios de sangre en puentes aislados bajo la luna llena…

…aunque bailar también significa las manos de Bastien en mi cintura y en mis caderas, mis manos recorriéndole el rostro y la suavidad de su boca. No apagaré ese recuerdo bailando con otro chico, ni siquiera si es mi *amouré*.

Mi doncella se ríe.

—Es usted una chica peculiar, *mademoiselle*.

Me encojo de hombros.

—Eso me han dicho.

Tocan la puerta tres veces. Mi doncella se sobresalta.

—¡Debe ser el príncipe! —Me arregla el vestido de brocado y terciopelo por última vez. Me queda pegado a los hombros, igual que el vestido del rito de iniciación. Quizá Cas lo encargó a propósito para que se pareciera a ese vestido. Me vio de lejos en Castelpont la noche en que le atraje con la flauta de hueso… la noche en que creí haber atraído a Bastien.

Satisfecha, mi doncella cruza hacia la puerta y la abre unos centímetros.

—Alteza. —Hace una reverencia—. *Mademoiselle* Ailesse está lista para acompañaros al banquete.

La puerta se abre más y deja ver a Casimir. Aprieto los dientes y me pongo de pie. *Deja de acelerarte*, le ordeno a mi corazón. Maldigo a los dioses por haberme elegido un *amouré* tan guapo.

Cas lleva un jubón de color rojo vino que complementa a la perfección el tono verde de mi vestido y lleva el pelo rubio peinado hacia atrás y sujeto con una corona de oro finita. Me mira a los ojos y luego recorre despacio el vestido, mi cara y mi pelo. Avanza con movimientos vacilantes como si caminase sobre un puente que podría derrumbarse en cualquier momento. Cuando llega hasta mí, me toma la mano y la besa. Me sonrojo. Mi doncella podría haberse ahorrado el colorete.

—Estás deslumbrante —dice Cas, sin aliento.

Se me enroscan los dedos de los pies en los elegantes zapatos. Ahí va mi corazón otra vez.

—¿Tienes ganas? —pregunto, y frunce el ceño—. De la fiesta, quiero decir. —Mejor acabar con esta fiesta cuanto antes para volver a la búsqueda de mis huesos de la gracia.

—Sí, claro. —Esboza una sonrisa—. De hecho, me muero de ganas. ¿Vamos? —Extiende el brazo. No sé cómo rodearle el brazo con el mío sin dejar la muleta. Además, no quiero que me haga de muleta esta noche. Me empeño en pasar por su lado cojeando.

Salimos, recorremos el pasillo del tercer piso y llegamos a la escalera que baja hasta la planta principal. La lluvia golpea las ventanas con parteluz mientras contemplo los escalones cubiertos de terciopelo. Parecen kilométricos. Maldita pierna rota.

Cas inclina la cabeza hacia mí.

—¿Me permites llevarte en brazos?

Abro mucho los ojos.

—Ni hablar.

—Deberías guardar fuerzas para el banquete.

—¿Cuánta energía requiere sentarse y cenar?

—No quisiera que estuvieras exhausta cuando conozcas a mi padre.

—Estoy bien. —Pongo la muleta en el primer escalón y salto hacia abajo—. Soy más que capaz de… —Me inclino hacia delante. *Merde*. La muleta se me engancha en la falda del vestido.

Justo cuando estoy segura de que voy a caerme y romperme otra extremidad, Cas me agarra con fuerza entre sus brazos. Me quedo sin aliento y le miro a los ojos. Todavía estoy alterada por haber estado a punto de caerme.

—Cuidado. —Se ríe entre dientes—. Estas escaleras tienen fama de torcer tobillos. —Llama a un criado para que me lleve la muleta y empieza a bajarme él mismo.

Tengo el cuerpo tenso y la mandíbula apretada. No puedo dejar de pensar en mi colgante tallado en forma de media luna. No habría sido tan torpe con mi hueso de la gracia de íbice colgado del cuello. Habría sido ágil, habría estado perfectamente equilibrada, incluso elegante.

Encontraré dónde ha escondido Cas mis huesos de la gracia. Tal vez estén en el gran salón, en el centro del festín. Incluso podrían estar escondidos bajo el trono, en algún lugar donde cree que nunca me atrevería a buscar.

—Le he hablado a mi padre mucho de ti —comenta—. Ya te lo habría presentado, pero no puede soportar la indignidad de estar postrado en cama cuando os conozcáis. Gracias a los dioses que hoy se encuentra mejor.

Lo escucho a medias. Estoy demasiado distraída con los latidos de

su corazón contra mi hombro. Quizás la verdad razón por la que no me he ido de este castillo sea porque, muy dentro de mí, sé lo que tengo que hacer: matar a Casimir. Detener los latidos de ese corazón.

—¿Sabías que La Liaison era la festividad preferida de mi madre? —dice Cas mientras me lleva con paso firme escaleras abajo.

Puede que no necesite un cuchillo ritual. Cualquier hoja podría servir. Lleva una daga enjoyada en el cinturón. ¿Sería muy difícil quitársela y completar el ritual?

—Me temo que la reunión de esta noche será muy pequeña, pero cuando mi madre vivía, abría las puertas del castillo a todos los que deseaban asistir al primer banquete. Les ofrecía pan dulce y almendras garrapiñadas.

Sus palabras se quedan un momento en mis oídos. Imagino a la reina Éliane viva otra vez, sus hermosos ojos azul claro, tan parecidos a los de su hijo, abriéndose de par en par con horror mientras la vida abandona a su hijo. Imagino al padre de Casimir, el rey Durand, enterándose de la muerte de su hijo. ¿Le daría un infarto al enterarse? ¿Lo mataría yo también?

—El baile duraba toda la noche, hasta la mañana. Mi padre siempre se reservaba el primer y último baile para mi madre. El gran salón se quedaba en silencio mientras todos los miraban.

¿Y si no puedo matar a Casimir? Me prometí perdonarle la vida cuando acepté quedarme aquí. Si no lo hago, estaré traicionando a Bastien. Sería como si hubiera matado a su padre.

—Se suponía que para entonces debía estar en la cama, pero me escapaba de mi habitación y me escondía debajo de una mesa de banquete. —Cas se ríe—. Me atiborraba a tartas glaseadas y espiaba a todos los invitados a la fiesta. Sonreía al ver sonreír a mi madre. Nunca era tan feliz como la noche del primer banquete.

Estamos en el último tramo de escaleras. Mi cuerpo se ha relajado entre sus brazos. Ahora escucho cada palabra que dice, encantada por la historia que cuenta de una familia que vive en paz. Es fácil ver a Sabine en ese entorno, pero no a Odiva, quizá ni siquiera a mí. Quizá me parezco más a mi orgullosa madre que a mi dulce hermana.

Cas va más lento en los últimos peldaños.

—Ojalá hubieras podido participar en las fiestas como entonces. Lo que he preparado esta noche parece muy inadecuado en comparación.

—Estoy segura de que será genial. —Las palabras salen de mi boca antes de que las piense mejor. Es todo el ánimo que necesita y aparece

su hoyuelo derecho. El corazón me da un vuelco.

—Mi padre estará allí… y tú también. Eso es lo único que importa.

Una música alegre recorre el pasillo principal desde el gran salón. Giro la cabeza hacia el sonido. Durante un segundo, dejo a un lado los pensamientos sobre mis huesos de la gracia y mi vínculo de almas mortal.

—¿Ha empezado el baile? —pregunto, curiosa por ver a los invitados. Solo conozco la *danse de l'amant*. ¿Cómo son los otros bailes?

—Me temo que sí. —Cas llega al final de las escaleras—. También la celebración. Perdóname, pero mi intención era que entraras más tarde. Siempre he considerado que el comienzo de la fiesta es bastante aburrido y no quería aburrirte. Ahora ya habrán anunciado a los invitados y el rey habrá recibido el homenaje de todos los nobles. No tendremos que perder el tiempo antes de que puedas hablar con mi padre.

Me pone de pie con cuidado. El criado que ha hecho llamar nos espera y me pasa la muleta. La acepto de mala gana. Equilibro mi peso sobre la pierna sana y observo el largo pasillo, inquieta.

—¿Qué pasa? —pregunta Cas.

Me giro y lo miro. No está agotado de haberme cargado escaleras abajo. En todo caso, parece rejuvenecido. Sus mejillas tienen un brillo sano y tiene una postura fuerte y estable. Me muerdo el labio.

—¿Podrías llevarme otra vez? —pido en voz baja—. Esta vez no me importaría. Pero solo hasta que lleguemos al gran salón.

Arquea un poco las cejas y esboza una pequeña sonrisa. Se acerca y me pone la mano en la espalda. Su tacto me calienta la piel y suelto una exhalación temblorosa.

—Siento no poder pedirte el primer y el último baile de esta noche —se lamenta, señalando con la cabeza la muleta—. Quizá este pueda ser nuestro baile.

Antes de que pueda responder, me envuelve entre sus brazos. Dejo la muleta al cuidado del criado.

—¿Y cuál es mi papel? —pregunto con una sonrisa burlona, con la esperanza de crear un ambiente más relajado entre nosotros. Cas no deja de mirarme los labios como si tuviera ganas de besarme, pero no se lo permitiré. Solo acepto este baile porque en realidad no se puede considerar un baile—.

—¿Un baile no requiere una pareja?

—Supongo. —Me lleva por el pasillo principal.

—Bueno, tengo los brazos libres. —Sonrío, burlona—. ¿Los muevo en el aire, así? —Los balanceo hacia delante y hacia atrás al ritmo de la música.

Se ríe.

—Sí, perfecto.

—¿Qué más puedo hacer?

Esta vez se le iluminan los dos hoyuelos.

—Tienes que dar palmas para que mis pies sigan el ritmo.

—Muy bien. Intenta seguir este ritmo.

Aplaudo erráticamente, acelerando, ralentizando, lo que sea para dificultar el ritmo. Él sonríe y hace todo lo posible por seguirme. Corre, hace pausas, salta y brinca. No puedo parar de reír mientras me muevo entre sus brazos. El pobre criado con mi muleta nos sigue, esforzándose por mantener el ritmo.

Seguimos «bailando» por el pasillo hasta que Cas se queda sin aliento. Se ríe, casi sin aire, hasta que se detiene a seis metros de la primera columna cubierta de guirnaldas del gran salón. El resplandor de las velas ilumina el interior.

—Será mejor que nos recompongamos —susurro, riéndome. Le pido al criado que me traiga la muleta. Cuando lo hace, le doy las gracias y se excusa enseguida—. Creo que soy su persona favorita —le digo a Cas. Sonríe, pero no se ríe. Tampoco me reprende. Sus ojos vuelven a posarse en mis labios. Inclina la cabeza para acercarse a mí.

Se me acelera el pulso. Me pongo nerviosa. Por un instante, quiero entender por qué los dioses lo eligieron para mí. Quiero experimentarlo en su beso. Pero de repente estoy en otro lugar: un túnel, no un pasillo. Estoy en brazos de otro chico, uno con los ojos azules como el mar y el pelo oscuro despeinado… un chico que me abrió su corazón cuando tenía todo el derecho de odiarme. *Nunca te hizo falta tocar una canción para mí, Ailesse*.

Giro la cara antes de que la boca de Cas toque la mía. Su aliento me acaricia la mejilla, exhala con suavidad y se aparta.

—Lo siento —me disculpo, dándome cuenta de su decepción—. Eres dulce y amable, pero…

Un hombre que viene del gran salón irrumpe en el pasillo. Es Briand, uno de los capitanes más jóvenes de Cas. Le reconozco del puente de la caverna de hace un mes. Cas echa un vistazo a su rostro preocupado y se apresura a dejarme en el suelo. Me apoyo en la

muleta.

—¿Hay más intrusos en el castillo? —Cas se adelanta para hablar con Briand en privado, pero cada palabra me llega por el eco del pasillo.

Briand niega con la cabeza.

—No es eso, Alteza. Como amigo vuestro, solo quería prepararos antes de que os unáis al banquete.

—¿Prepararme para qué?

Briand suspira y se pasa los dedos por el pelo corto.

—Vuestro padre… No está aquí. No ha podido venir.

—¿Ha empeorado? —El cuerpo de Cas se tensa.

—No exactamente. He hablado con su ayuda de cámara. Al parecer, vuestro padre ni siquiera era capaz de mantenerse en pie después de bañarse y vestirse esta noche. Su médico insistió en que continuase en reposo unos días más.

Cas se queda en silencio un rato.

—Ya veo. —Agacha la cabeza y el ver sus hombros caídos hace que me duela el pecho. Lo que más quería esta noche era complacer a su padre. Comprendo ese tipo de anhelo. Yo siempre quise complacer a mi madre y casi siempre fracasé. Pero la decepción que siente Cas debe ser mucho más dura. Hasta ahora, creía que su padre se estaba recuperando.

—Pero tenéis mi palabra de que no hay más intrusos —dice Briand en un vano intento de consolar a su amigo—. No había más cómplices, solo el ladrón.

El corazón me late a mil por hora.

—¿Ladrón? —Me acerco, cojeando con la muleta—. ¿Qué ladrón?

Cas se tensa. No se gira para mirarme. Briand le lanza una mirada nerviosa.

—Nadie que deba preocuparla. Ya nos hemos ocupado de él —responde con cautela.

—¿Qué ladrón? —Miro fijamente a Briand cuando Cas sigue sin darme una respuesta.

El capitán traga saliva y mira al príncipe para pedirle permiso. Cas suelta un largo suspiro y asiente con la cabeza.

—Bastien Colbert —responde Briand—. Pero está a salvo, *mademoiselle*. —Sus siguientes palabras están a punto de hacerme caer de rodillas—. El ladrón será ahorcado. Su Alteza lo encerró en las mazmorras.

5
Sabine

Me tiemblan las rodillas mientras llevo a las treinta y tres Ferriers de mi *famille* desde nuestra casa en Château Creux a los acantilados encima de la cala en forma de brazo del mar Nivous. Todas, excepto a las cinco novicias demasiado jóvenes para transportar a los muertos y las seis Leurress demasiado mayores para luchar contra los muertos, están aquí conmigo… aquí para presenciar si triunfo o fracaso.

El vestido para la travesía que me he puesto está empapado por la tormenta y me duelen los brazos de tanto nadar por el río bajo el Beau Palais. Cuanto más acerco a las Ferriers al puente de tierra, más dudas me asaltan. ¿De verdad puedo abrir las Puertas?

Tarareo en voz baja la melodía que la lechuza plateada grabó en mi cabeza.

—Silencio, Sabine —susurra Roxane detrás de mí—. Esa canción solo puede escucharse si viene de la flauta de hueso.

Me sonrojo y asiento. Las Leurress tienen prohibido cantar cualquier canción ritual; Odiva nos enseñaba que nuestras voces mancillarían la música sagrada. Pero tengo la costumbre de tararear o cantar cuando estoy nerviosa.

Cuando llegamos a los acantilados, recorremos el pasadizo secreto que hay entre dos rocas hasta llegar a las escaleras de piedra caliza tallada que descienden a una cueva situada frente a la orilla. Caminamos hasta la playa, mojada por la lluvia.

El pulso se me acelera. Es medianoche. Tiene que serlo. La marea está lo más baja que puede estar y las rocas del puente de tierra han emergido del agua. Forman un sendero de doce metros que atraviesa la mitad de la ensenada. Ya es la hora de transportar a los muertos.

Dejo que las Leurress se me adelantes y ocupen sus puestos en intervalos uniformes sobre el puente de tierra. Las faldas de sus vestidos ceremoniales de color blanco se agitan bajo la lluvia torrencial, pero se mantienen firmes, con el bastón preparado. Me miran para que me una a ellas. Sigo en la playa, con los pies hundidos en la arena mojada.

—Vamos, Sabine. —Isla está tiritando. Tiene su pelo pelirrojo pegado a la cara. Se ha colocado al pie del puente para molestarme, estoy segura. Es la Ferrier más joven, aparte de mí, si es que yo cuento como Ferrier. Puede que tenga tres huesos de gracia, pero nunca tuve

un rito de iniciación.

Las Leurress se han pasado la primera mitad de la noche debatiendo si debería estar aquí. Al final, ganó una pequeña mayoría porque tengo la única flauta de hueso que existe, y porque ahora conozco el canto de sirena para transportar a los muertos. Tuve que demostrarlo tarareando cada estrofa con torpeza. Roxane no me reprendió por profanar la música. Lo consideró necesario, y el resto de las mayores siguieron su ejemplo.

—¿Qué estás esperando? —pregunta Isla.

Miro hacia los altos acantilados que sobresalen de la orilla. Ailesse no está por ninguna parte. Eso significa que Bastien no ha podido liberarla.

Debería de estar aliviada, la lechuza plateada me advirtió lo que podría pasar si mi hermana transportaba a los muertos esta noche, pero sigo con el estómago revuelto. Ailesse habría aprovechado esta oportunidad para dirigir la travesía mientras que lo único que quiero hacer yo es enterrarme en la arena.

Contrólate, Sabine. Hazlo por tu hermana.

Agarro con fuerza mi bastón, me vuelvo hacia la ensenada y doy el primer paso tentativo hacia el puente de tierra.

Isla arquea una ceja cuando paso junto a ella y me acerco a Maurille, la siguiente Ferrier de la fila. La Leurress de mediana edad me da un apretón en el brazo con su mano de bronce. Le devuelvo la sonrisa. Es una de las pocas que me han apoyado desde el principio.

Paso junto a ella por el camino de piedras de unos tres metros y medio de ancho y me acerco a dos de las mayores, Roxane y Milicent. Retroceden y me dejan espacio para cruzar una sección más estrecha del puente. Un gesto generoso, aunque se ve empañado por sus expresiones desconfiadas. Estaban dispuestas a acatar cualquier orden de Odiva, pero no las de una chica de dieciséis años que ni siquiera es la heredera legítima de la *matrone*. Para ellas, solo soy la chica que Odiva nombró heredera cuando Ailesse desapareció. He mantenido la verdad en secreto; de lo contrario, tendría que explicar que Odiva era mi madre, además de la de Ailesse, y que me había concebido con un hombre que ni siquiera era su *amouré*. Mi *famille* no necesita un motivo más para despreciarme.

Sigo avanzando hasta el final del puente. La lluvia me cae sobre la cara mientras paso por delante de las Ferriers que quedan: Isabeau, Vivienne, Alainne, Giselle, Chantae, Élodie, Jacqueline, Maïa,

Rosalinde, Daphné, Fleur, Valerine, Adélaide, Orianne, Rochelle, Séraphine, Alette, Jessamyn, Nadine, Damiana, Joselle, Clémence, Laurinne, Cecille, Désirée, Zoelie, Bernadette, Dolssa y Pernelle.

Todas son mayores que yo, tienen más experiencia, están más comprometidas… Yo ni siquiera quería ser Ferrier. Resbalo con el pie con las rocas mojadas, a pesar de la agilidad agraciada de mi salamandra. Me estabilizo y doy el último paso para reclamar mi posición al final del puente: la posición de la *matrone*. Suelto un suspiro tembloroso y desenvuelvo la flauta de hueso de un trozo de lana de cordero.

Pernelle, la que más cerca está de mí en el puente de tierra, acude a mi lado. Se aparta el pelo rubio miel de la cara y me cubre la cabeza con una manta de lana. Así mis notas no borbotearán con la lluvia. Me acerco la flauta a la boca, cierro los ojos e intento concentrarme.

—Relájate, Sabine —me dice Pernelle. A sus treinta y nueve años, es la más joven de las mayores y la única que me apoya—. No es la primera vez que las Leurress transportan a los muertos en mitad de una tormenta. Me quedaré a tu lado. Por ahora, concéntrate en tocar el canto de la sirena.

Se me forma un nudo en la garganta, por la culpa, no por agradecimiento. Pernelle confía en mí, pero, aunque tuviera buenas intenciones, he dicho muchas mentiras. No he querido empeorarles las cosas a mi *famille*. Todavía están de luto por Odiva, y no confían en que pueda liderarlas. No saben que Ailesse está en el Beau Palais y que su alma está atada a la del príncipe de Galle del Sur. O que Odiva sacrificó miles de almas a Tyrus, muertos desencadenados que merecían el Paraíso, pero que mi madre transportó al Inframundo. Ni siquiera saben que el mes pasado maté al chacal dorado que buscábamos con desesperación. Les dije que la flauta que sostengo es de Odiva, que ella encontró y mató al chacal, y que talló esta flauta en su hueso antes de morir, cuando en realidad fui yo quien hizo esas cosas.

Pronto Ailesse ocupará mi lugar. Ella hará que todo vuelva a funcionar bien.

Pero ¿y si nunca puedo traerla de vuelta? ¿Cómo le contaré la verdad a mi *famille*?

Por ahora, concéntrate en tocar el canto de sirena. Me repito mentalmente lo que acaba de decirme Pernelle. Tomo aire, lo suelto y empiezo a tocar.

La melodía del canto de sirena atraviesa el ruido de la lluvia. Cada nota, dolorosa y hermosa, atrae, provoca e infunde deseo. Si más personas, además de los muertos, pudieran oírla, vendrían y vislumbrarían la oscura maravilla del Más Allá.

La música se eleva en el último compás y luego desciende para una última nota que reverbera. Separo la flauta de mi boca y la envuelvo de nuevo en la lana de cordero. Creo que la he tocado bien.

—Bien hecho. —Pernelle quita su toldo improvisado. Señala el final del puente de tierra, a dos metros de distancia, donde las rocas se hunden en el agua. Allí, una ola baja empieza a hacer espuma y a borbotear.

El corazón me late con fuerza. Guardo rápido la flauta de hueso en el bolsillo empapado de mi vestido. Nunca había visto la Puerta de agua. Solo había visto su extraña contraparte, la Puerta de polvo, al final del puente del alma en la caverna subterránea. Cada una de esas Puertas, aquí y allá, conducen al mismo lugar: El Inframundo de Tyrus.

La ola sube sin desbordarse sobre el puente de tierra. Sigue subiendo hasta que alcanza una altura de cuatro metros y queda suspendida en el aire como un velo que se ondula con el viento. El agua sigue subiendo, pero nunca llega a la cresta, y su color azul noche se oscurece hasta convertirse en un negro aterciopelado.

El más puro canto de sirena comienza a sonar, no desde mi flauta de hueso, sino desde los dos reinos del Más Allá. Es tan cautivador que casi me deja sin aliento. Sobre la profunda melodía del Inframundo se eleva el sonido del Paraíso.

Echo un vistazo a la Puerta de Elara, que también acaba de aparecer. Está unos metros a la derecha en el límite del puente. Apenas se ve la Puerta, es un sutil resplandor plateado, como una ventana empañada por la lluvia. Su aspecto es idéntico al del otro puente del alma, salvo que la escalera de caracol que conduce al Paraíso no desaparece en el techo de una caverna, sino que se extiende hasta el cielo, más allá de las nubes de tormenta cargadas de relámpagos.

Suelto un suspiro. Mis labios se curvan hacia arriba. He hecho lo que no ha podido mi madre la última vez que estuvo aquí: he abierto las Puertas. Mi canto de sirena ha sido aceptado. Lo que significa que también ha desbloqueado el resto de Puertas transportadoras del mundo. Ahora las Leurress, las que están cerca y las que están lejos,

pueden cumplir con nuestro trabajo sagrado.

Por primera vez en mi vida, siento un poco de orgullo por haber nacido Leurress.

Un grito resuena en los acantilados que rodean la ensenada. La sensación de alivio en mi interior se desvanece. Ya vienen los muertos.

Me giro, preparo el bastón y me anclo al puente con los pies. Esta noche, mi papel es crítico. Además de abrir las Puertas, debo llevar a cada alma a través de una de ellas. El acto final de la travesía es el deber de la *matrone*, mi deber.

Cerca de mí, Pernelle también adopta una posición defensiva. Las otras Ferriers a lo largo del puente hacen lo mismo, cada una empuña un bastón. Las espadas y las dagas serían inútiles. Podemos luchar contra las almas rebeldes, pero no se puede matar a un alma; solo se las puede transportar al Más Allá.

Los acantilados comienzan a brillar con el destello del *chazoure*. Sin la visión de mi atajacaminos, no podría ver el color brillante de las almas. Las otras Ferriers también tienen la visión para percibir el color por sus inconfundibles huesos de la gracia. Se giran y se mueven, observando cómo las almas descienden por los acantilados y salen de la cueva de la orilla.

La primera alma que llega al puente es la de un Encadenado, marcada por los dioses por sus pecados imperdonables. Es un hombre corpulento, mide al menos medio metro más que yo. Y es rápido. Avanza por el puente y esquiva la mayoría de los bastonazos y golpes de las Ferriers. Los golpes que recibe no le afectan. Sigue avanzando a toda velocidad con sus ojos *chazoure* clavados en mí. Viene a por mí porque he tocado la flauta. El Encadenado, al igual que todas las almas, no puede resistirse a que lo convoquen a venir aquí, pero sigue desesperado por evitar una eternidad en el Inframundo.

Elara, ayúdame. No estoy preparada.

Pernelle hace girar su bastón para abarcar los tres metros de ancho del puente. Intenta entretenerlo y hacerme ganar tiempo, pero solo retrocedo.

El canto de sirena de Tyrus retumba en mi columna vertebral. Miro detrás de mí y jadeo. Estoy a escasos centímetros de la Puerta de agua. Avanzo a trompicones para alejarme de ella. El Encadenado gigante empuja a Pernelle y se abalanza sobre mí.

—¡Finta, gira y ataca! —me grita.

Enseguida caigo en el patrón de contraataque que me inculcaron

cuando era una novicia. El movimiento funciona. Engaño al Encadenado lo suficiente como para dar una voltereta frente a él, luego me giro y le golpeo la espalda con la cabeza del bastón.

Su cuerpo tangible se tambalea hacia delante, pero entonces planta los pies. Gruñe y se gira hacia mí… y rápido. Agarra mi bastón antes de que pueda volver a atacar. Mira mi collar de huesos de la gracia. Abre mucho los ojos. No estoy segura de lo que le ha pasado, pero le arrebato el bastón y se lo clavo en el pecho. Cae hacia atrás por las sedosas aguas negras de la Puerta.

Contengo la respiración. Asiento con la cabeza para darle las gracias a Pernelle. Ella me devuelve el gesto y avanza por el puente para ayudar a Dolssa con una niña que está nerviosa, es una Desencadenada, pero le aterroriza la vida después de la muerte. El resto de las Ferriers también están ocupadas animando, engatusando y luchando contra otras almas. Espero al final del puente a que empujen a alguien hacia las Puertas, manteniendo las defensas altas contra la tentación del Inframundo.

Es poderoso, pero al final resistible, al menos para mí. El esfuerzo que tuvo que hacer Ailesse es innegable, pero de las dos, ella siempre fue la que buscaba emociones, impulsada por su pasión más que por la razón.

«Sabine».

Frunzo el ceño. ¿Dónde está la mujer que me llama? Apenas se oye por encima de la marea y la lluvia.

«Sabine».

Su voz suena como si fuese música.

«Sabine, date la vuelta. Estoy aquí».

Se me revuelven las tripas. No puede ser…

Me doy la vuelta. Miro. Miro más allá del velo negro del Inframundo. Me siento como si tuviese sangre chorreándome por la cara. Mi madre… está de pie dentro de la Puerta de agua.

Odiva aún es serena, hermosa de una manera que resulta severa. Piel blanca como la nieve, cabello negro azabache, labios rojos como la sangre. Luce sus majestuosos huesos de gracia, igual que en vida. Su collar de tres vueltas lleva las garras y el colgante de hueso en forma de garra de un oso albino, junto con la tira de dientes de una raya de cola látigo. Las hombreras de plumas que luce sobre los hombros reflejan las garras de un búho real. Una de las garras, como el colgante de garra de oso, también está tallada en hueso. Lo más

intimidante es que las vértebras de una víbora áspid y el cráneo de un murciélago gigante forman su corona de *matrone*.

Pero mi madre no puede estar… no puede estar viva.

—Estás muerta.

Mi voz ronca apenas llega a ser un sonido, pero mi madre tiene que oírme, porque me responde:

—¿Brillo con *chazoure*?

Niego con la cabeza. Mi corazón palpita como un eco en el cielo.

—Pero… ¿cómo…?

—¿Dónde está tu hermana, Sabine?

Parpadeo.

—Está… Está…

La niña Desencadenada está a mi lado, sorbiéndose los mocos. Es aún más pequeña que Felise o Lisette, las más jóvenes de nuestra *famille*. Le doy la mano y la acompaño hasta la Puerta de Elara. Los ojos negros de mi madre siguen a la niña. Después de acompañarla, vuelvo a la Puerta de Tyrus, sin querer. Me siento extrañamente desconectada de mi mente y mi cuerpo. Nada de lo que está ocurriendo puede ser real, pero tiene que serlo. Nunca lo habría imaginado por voluntad propia.

—Estoy aquí atrapada, Sabine. —Odiva coloca la mano contra la Puerta de agua—. Necesito a mi primogénita para ser libre. ¿Dónde está?

—Ailesse no está… —Frunzo los labios. No debería estar hablando con mi madre. Me alejo un paso y busco a Pernelle con la mirada. Ella me dirá qué hacer. Pero la más joven de las mayores está forcejeando con dos Encadenados. El resto de Ferriers tampoco se fija en mí. Están ocupadas con las almas que llegan.

—¿Por qué Ailesse no está transportando a los muertos como *matrone* esta noche? —Odiva observa mi posición al final del puente de tierra. El canto de sirena de Tyrus suena tras ella, y su oscura belleza hace que se me vaya la lengua.

—Su *amouré* es el príncipe de Galle del Sur. Su padre, el rey, está muriéndose, así que… así que pronto Ailesse será reina. —Dejaré que mi madre se lo crea si eso protege a mi hermana, aunque me niego a que Casimir se salga con la suya—. Prefiere una corona de oro a ser *matrone*. —No puedo evitar añadir eso para provocar a Odiva, aunque estoy segura de que no es cierto. Ailesse se ha preparado toda su vida para dirigir nuestra *famille*.

Odiva inclina la cabeza con una elegancia propia de ella.

—¿Y qué pasará con esa corona cuando Ailesse tenga que matar a su *amouré*?

Levanto un hombro, fingiendo más audacia de la que tengo.

—Seguirá siendo reina.

Frunce los labios.

—Tráemela, Sabine. Solo tiene que tocarme la mano y entonces Tyrus me liberará.

No puedo creer lo arrogante que es.

—¿Por qué iba a ayudarte? ¿Por qué querría que volvieras después de lo que has hecho?

—Querrás decir que hice lo que un *dios* me pidió que hiciera. —Resoplo a modo de burla.

—No soy malvada, niña. ¿Me ves envuelta en cadenas?

—Solo los muertos llevan cadenas.

Odiva no responde a mi comentario. Se toca el collar que lleva, pero no el de sus huesos de la gracia. Es el que le regaló mi padre, sea quien fuere: una calavera de cuervo con un rubí incrustado en el pico abierto.

—Tu padre quiere conocerte, Sabine. Si Ailesse me libera, también podré traerlo de vuelta.

—No. —Mi voz es más afilada que mi cuchillo de hueso y las piernas empiezan a temblarme. Por fin entiendo lo que mi madre quiere. Su pacto con Tyrus está incompleto. El dios aún le pide el sacrificio de mi hermana antes de liberar a mi padre Encadenado del Inframundo—. No quiero conocerlo. Y Ailesse nunca vendrá. Me aseguraré de que así sea.

Sus ojos color ónice se clavan en mí.

—¿Eso harás? Cuidado con la gracia que llevas, hija. El chacal dorado de Tyrus es astuto. Se aprovechará de tus debilidades.

Se me revuelve el estómago. Tyrus tiene que haberle dicho que tengo el hueso de la gracia del chacal dorado. Cuando estaba viva, le dije que el colgante que había tallado era de un lobo negro.

—El chacal me hace fuerte.

La mano de Odiva se extiende hacia mí, su palma vuelve a presionar el velo de agua que nos separa.

—Quiero ayudarte, Sabine. He aprendido muchas cosas en este reino. Podemos compartir tu gracia.

—Eso es imposible.

—No para mí. Ya no. Puedo enseñarte a sacar todo tu potencial con el chacal. Sin mi ayuda, su poder te consumirá.

Trago saliva. ¿Una gracia puede ser así de peligrosa?

El canto de sirena de Tyrus se hace más fuerte, más rápido.

Los gruñidos de los Encadenados se me acercan. Tengo que transportarlos, pero no puedo apartar la mirada de los penetrantes ojos de mi madre.

—Ven a mí, hija —me dice. Su pelo negro se arremolina. Su vestido azul noche se balancea sobre sus tobillos—. Solo tienes que tocarme la mano.

—Sabine, ¿qué estás haciendo? —grita Pernelle—. ¡Transpórtalos!

Jadeo. Mi mano está a un palmo del velo. Ni siquiera recuerdo haber levantado un dedo. Retrocedo de golpe y me doy la vuelta. No veo a Pernelle. Tengo a dos Encadenados delante. Uno me golpea. El otro busca mi cuello. Este último se sobresalta cuando ve mi collar.

Los esquivo y corro en dirección contraria por el puente de tierra.

—¡Sabine, vuelve! —grita Pernelle.

No puedo. Tendrá que transportar las almas a través de las Puertas por mí. Tengo que alejarme de mi madre.

Las otras Ferriers no me ven hasta que paso por delante de ellas. Paso entre sus bastones y las almas *chazoure* con las que luchan.

—¡Detente, Sabine! —grita Maurille cerca del final del puente—. ¡Las Puertas se cerrarán!

Sigo corriendo. No tiene sentido. Las Puertas permanecen abiertas mientras queden almas que transportar.

Isla es la última. Intenta agarrarme, pero no puede por la Encadenada que hay entre nosotras.

—¡Eres la *matrone*! —dice cuando salto desde las rocas hacia la orilla—. ¡Tienes que quedarte en el…

Mis pies tocan la arena.

—…puente!

La Puerta de agua se convierte en una ola alta y se estrella contra el otro extremo del puente. No vuelve a elevarse. El resplandor plateado que conduce al reino de Elara también se desvanece.

Todas las personas que están en el puente de tierra —Ferriers y almas— se detienen de golpe.

Las almas se quedan boquiabiertas al ver que las Puertas ya no están allí. Se oyen gritos de confusión. Se convierten en rugidos descontrolados.

Las almas huyen del puente. Se lanzan al agua. Corren hacia la orilla. Sube las escaleras ocultas. Escalan los acantilados de piedra caliza. Las Ferrier y yo intentamos detenerlas, agruparlas. Pero no podemos contener el caos.

No, no, no. Lo que pasó la última noche de travesía no puede volver a pasar.

Los muertos están sueltos, los Encadenados y los Desencadenados. Se dirigen hacia Dovré, hacia la mayor población de Galle del Sur.

Pero esta vez es culpa mía.

6
Bastien

Maldigo a Casimir una vez más y ya van cien cuando pateo la paja que hay en mi celda del calabozo y golpeo los adoquines con la bota. Otro prisionero podría haber escondido aquí algo fino y afilado. Me hace falta algo así. Los soldados me confiscaron las ganzúas después de dejarme inconsciente. Me desperté con un fuerte dolor de cabeza y un rencor aún más profundo contra el príncipe.

Bastardo. Me lanzó en esta celda maloliente. Tengo el recuerdo borroso de la mirada chulesca que me dedicó cuando se cerró la puerta de barrotes. Me llamó «ladrón», como si esa palabra me resumiera. Solía enorgullecerme de ese título. He sido un criminal buscado en Dovré durante años, pero nunca me habían atrapado hasta hoy.

Un guardia de las mazmorras, con el cuello grueso, pasa por delante de mí y me sorprende hurgando entre las piedras.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —Se cruza de brazos.

Cruzo los míos.

—Bailando. No puedo evitarlo. —Inclino la barbilla hacia el techo —. La culpa es de la música de la fiesta. —Debe ser bastante más tarde de la medianoche, y por los escasos sonidos que llegan hasta aquí, la primera fiesta de La Liaison aún está en pleno apogeo—. Me sorprende que no estés bailando una giga.

El guardia frunce el ceño.

—Cuidado, muchacho. Aquí matamos más rápido a los listillos.

Mantengo la sonrisa hasta que se aleja. En cuanto lo pierdo de vista, exhalo y me paso las manos por el pelo. Tengo que salir de aquí. Y ya que estoy liberar a Ailesse.

Fuera se oyen truenos. Me subo a un banco de piedra en el fondo de mi celda para llegar a una pequeña rejilla que hay al final del conducto del techo. Por ella entra un poco de luz antes de la puesta de sol, aunque no hay mucha. Esta tormenta no cesa.

Lucho con la rejilla para hacer palanca y quitarla. Quizá pueda usarla como arma. No se mueve. Ignoro el dolor insoportable de la herida y sigo tirando. *Venga*.

—¿Bastien?

Mis músculos se tensan. Esa voz. *Ailesse*. Contengo la respiración y me doy la vuelta. Está a un metro y medio de los barrotes de mi celda. Su pelo rojizo resplandece bajo la luz de las antorchas. Su piel

cremosa brilla suave y radiante, casi perfecta. Echo de menos sus pecas y el rubor natural de la punta de su nariz. Está maquillada. Pero no importa. Sigue siendo más guapa de lo que recordaba. Un vestido verde le cuelga de sus hombros desnudos y un cinturón dorado y esmeralda cae desde la esbelta curva de su cintura.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Estás vivo —dice con la voz entrecortada—. ¿Cómo es que…? —Traga saliva—. Mi madre te apuñaló.

—Estoy bien. —Apenas puedo hablar. *Está aquí de verdad*—. Ahora estoy mucho mejor.

Me mira para asegurarse, luego sus ojos se endurecen, su mandíbula se tensa.

—No deberías haber venido.

—Ailesse… —La tensión que me paralizaba se libera. De repente, estoy desesperado por abrazarla. Salto del banco y corro hacia los barrotes. Ella se mueve más despacio, tambaleándose. Sus fosas nasales se encienden. Está enfadada. No la culpo. Lo único que he hecho es complicarlo todo.

Al acercarse cojeando, la manga suelta se desliza hacia atrás. Una muleta descansa bajo su brazo izquierdo. Estiro la mano para ayudarla. Todavía no está a mi alcance, igual que en el puente del alma, cuando se aplastó la pierna. Estaba desangrándome y a punto de morir. No pude evitar que Casimir se la llevara.

Avanza cojeando un paso más y nuestros dedos se tocan. Luego se agarran, tiro de ella. Ahora está pegada a los barrotes. Hay suficiente espacio para que nuestras bocas se unan. Deja caer la muleta. Sus manos se agarran a mis mangas. Sus uñas se clavan en mis brazos. Le acaricio la cara. Le quito la humedad de la mejilla. No dejo de besarla. Malditos barrotes. No está lo bastante cerca.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Encuentro la manera de hablar con su boca sobre la mía, apartándome lo justo para formar unas pocas palabras a la vez—. Tienes que tener cuidado. Ese guardia… volverá en cualquier momento.

—Está ocupado. —Me besa con más ganas—. Hay otra entrada a las mazmorras. Vi a Sophie colarse para encontrarse con él.

—¿Quién es Sophie?

—Una sirvienta.

Intento responder, pero no puedo. Ailesse huele increíble. A tierra fresca, a flores silvestres y a vida que da vértigo. Mis manos se

enredan en su pelo. No me canso de ella. Nos deslizamos por los barrotes hasta arrodillarnos. Encuentra una posición más cómoda para su pierna rota. Una parte de mi cerebro que está enterrada me dice que deberíamos parar, que deberíamos escapar primero, que deberíamos esperar hasta más tarde para perdernos así el uno en el otro.

Es difícil pensar en eso ahora que por fin la tengo entre mis brazos.

—Ailesse… —murmuro.

—¿Mmm? —Me mete las manos por dentro de la camisa y me estremezco.

—¿Tienes algo… afilado?

—¿Afilado? —Su risa suena entrecortada y afectuosa.

—Y finito… —Paso los dedos por la piel suave de sus hombros—. Para poder… forzar… la cerradura.

Se echa hacia atrás y parpadea.

—Uh… Eh… Creo que sí. —Tiene los labios hinchados y rojos y la cara sonrojada. Se toquetea el pelo revuelto, rebuscando—. No puedo creer que te hayan atrapado.

—Ahora mismo no es que esté en plena forma.

Ailesse suelta un pequeño suspiro.

—De verdad que no deberías haber venido. Podrían haberte matado.

—Dime que te habrías quedado de brazos cruzados si nuestras situaciones fueran al revés. —Su silencio cargado de culpa lo dice todo —. Eso pensaba.

Me mira fijamente, apretando los labios para no sonreír. Se arranca una peineta ornamentada del pelo.

—¿Puedes arrancar una de las púas? —Me lo pasa.

Hago un poco de presión y la peineta empieza a doblarse.

—Dudo que las púas sean lo bastante largas. Además, el oro es demasiado flexible. Suele atascarse en una cerradura. ¿Tienes horquillas? —Niega con la cabeza. Examino su vestido—. ¿Ese corpiño lleva ballenas? Huesos, digo.

Arruga la nariz.

—¿Las mujeres llevan huesos de ballena en la ropa?

Me río entre dientes.

—No puedo creerme que eso te escandalice, justo a ti.

Sonríe, pero las comisuras de los labios se le curvan hacia abajo. Se rasca la nuca.

—Ahora no tengo huesos.

—¿Casimir te los quitó? —Resoplo, burlándome—. No me sorprende. —Otra razón para odiar al príncipe. Le doy la vuelta a la peineta en mis manos—. ¿Qué hace dándote oro?

Ailesse se encoge de hombros y mira hacia el suelo.

—Me ha ofrecido mucho más que eso.

Se me revuelve el estómago.

—Esa oferta no puede ser tan tentadora cuando no tienes libertad… ¿verdad?

—Casimir me da libertad. No es por eso por lo que me niego.

—¿A qué te refieres con que te da libertad? —Un trueno retumba en el pasillo de las mazmorras—. El príncipe te secuestró.

—No, Bastien. Elegí quedarme aquí desde el principio.

—¿Llamas a eso una elección? Tenías una pierna rota y ningún hueso de la gracia.

—Podría haberme ido si hubiera querido igualmente.

No la creo.

—¿Por qué no puedes admitir que el príncipe consigue cualquier cosa que quiera, de quien quiera? —Levanto la voz—. Se cree con derecho a hacerlo.

—Shhh, el guardia nos oirá.

—Pues que nos oiga.

Suspira.

—No entiendes la situación.

—Ilumíname.

—Casimir es una buena persona. Cuando me trajo aquí, me pidió que le diese una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué? ¿Para ganarse tu corazón? —No puedo creer lo que estoy escuchando—. ¿Es eso? —Señalo con la mano el vestido que lleva. Debe haber costado una fortuna. Prácticamente la están vistiendo como a una reina—. ¿Le estás dando una oportunidad?

—Quizá no en el sentido que él pretendía, pero sí. Es mi *amouré* y…

—¿Así que ahora sientes algo por él?

Entrecierra los ojos.

—Pensaba en ti cuando tomé la decisión de no matar a Casimir.

Me quedo con la boca abierta y por un momento ni siquiera puedo hablar.

—Que tu… ¿qué?

—¿Y si te hubiera matado cuando nos conocimos en Castelpont? ¿Y si a tu padre le hubieran dado una oportunidad y no lo hubieran matado tan a la ligera?

Una imagen nítida de él siendo apuñalado por una Hechicera de Huesos se apodera de mi mente.

—No compares a Casimir con mi padre. —Se me tensa la mandíbula—. Eso no es justo.

—Intento que lo entiendas. —Ahora habla más alto—. Tu padre merecía vivir. Casimir también. Por eso no puedo matarlo.

—Pero morirás con él.

—Encontraré una manera de romper el vínculo, como tú y yo…

—Soñábamos, Ailesse. Estábamos equivocados. —¿Qué le pasa? Lo sabe. Ya ha pasado por esto una vez. ¿Por qué no puedo hacer que lo entienda?—. No se puede romper un vínculo entre almas.

Frunce los labios, terca.

—No puedes saberlo seguro.

—Ailesse, por favor… —Paso los barrotes y le agarro los brazos con manos temblorosas—. No discutas conmigo sobre esto. No puedo… —Se me quiebra la voz. De repente, vuelvo a ser un crio, sosteniendo el cadáver de mi padre—. No puedo perderte a ti también.

Le brillan los ojos y la ira desaparece. Se acerca a mí.

—No lo harás, Bastien. —Me acaricia la cara—. Lo solucionaremos, te lo prometo. Tenemos tiempo. Pensaba irme de aquí cuando se me curase la pierna. —Levanta un hombro—. En realidad, iba a irme esta noche, es noche de travesía.

Se me revuelve la barriga.

—Pero vine.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Pero viniste. Y no podía irme sabiendo que estabas aquí encerrado.

Inclino la cabeza contra los barrotes. *Merde*, he complicado las cosas.

Me peina el pelo con los dedos.

—Me escabullí de la fiesta en cuanto pude. Le dije a Casimir que no me sentía bien.

Levanto la vista.

—¿Te fuiste de una cena con el príncipe y el rey con esa facilidad?

—El rey Durand no pudo venir. Está enfermo. Y Casimir se bebió

su decepción con varias copas de vino. No fue tan difícil excusarme.

Exhalo con fuerza.

—Sabine se pondrá furiosa cuando sepa que soy la razón por la que te quedaste aquí esta noche.

Abre grandes los ojos.

—¿Has hablado con Sabine?

—Estaba aquí hoy. Planeó esta entrada conmigo, Jules y Marcel.

Ailesse jadea.

—Bueno, ¿está bien? ¿Qué ha pasado? —Me agarra la mano—. Bastien, cuéntamelo todo.

Le resumo las dos últimas semanas todo lo que puedo, incluida la aventura de hoy con la pólvora.

—Espero que Jules y Marcel hayan salido bien del castillo —digo —. Los soldados se pondrán a buscar por dónde hemos entrado.

Cuando le explico lo que pasó con Sabine —su encontronazo con Casimir y cómo huyó del castillo sin dar explicaciones—, Ailesse frunce el ceño.

—Quizá no oíste todo lo que hablaron.

—Puede ser —admito.

—Sabine tuvo que tener una buena razón para marcharse tan de sopetón.

Me rasco la mandíbula.

—Me pidió que te dijera algo.

—¿Qué? —Ailesse se acerca a mí.

—Parece ser que Sabine sabe el canto de sirena para abrir las Puertas.

Echa la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No me lo dijo. Estaba ocupada haciendo la salida más dramática del mundo.

Ailesse se queda callada mientras piensa en todo. Parece… disgustada. Es comprensible, dado lo sobreprotectora que es con su hermana.

—Sabine estará bien. —La tranquilizo dándole un beso en la palma de la mano—. Tiene una flauta de hueso que funciona. Así es como atrajo a Casimir cuando lo llevó al puente de la caverna, dijo que era una especie de ritual de representación. Así que no tienes que preocuparte por la travesía de esta noche. Lo dirigirá igual que ha estado dirigiendo a tu *famille* todo este tiempo que has estado fuera.

Ailesse enarca las cejas.

—¿Ha estado dirigiendo la *famille*? ¿Como *matrone*?

No entiendo por qué está tan alterada.

—Solo hasta que vuelvas.

Hunde los hombros.

Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que… mi *famille* no habría dejado que Sabine asumiese el cargo a no ser que mi madre ya la hubiera declarado su heredera. Debió hacerlo cuando estaba contigo. —Ailesse esboza una sonrisa, pero su mirada está vacía—. Todo formaba parte del plan de mi madre para sacrificarme a Tyrus.

Hace dos años, Odiva hizo un trato con el dios del Inframundo: la vida de su primogénita a cambio del hombre al que amó. No su *amouré*, sino el padre de Sabine. Se suponía que el pacto lo resucitaría, pero no lo hizo porque Odiva no cumplió su parte del trato. Nunca mató a Ailesse. En su lugar, se sacrificó a ella misma.

—Pero sigues viva, sigues siendo su heredera —le digo, intentando consolarla.

—Lo sé —murmura, pero sus ojos siguen vacíos.

Unos pasos resuenan en el pasillo de las mazmorras. El guardia regresa. Ailesse se sobresalta y agarra la muleta. Cruzo los barrotes con los brazos y la ayudo a ponerse en pie.

—Volveré pronto… esta noche, más tarde —me dice—. Traeré una ganzúa en condiciones.

Empieza a darse la vuelta, pero la atraigo hacia mí y le doy un beso en la boca. Se aparta enseguida y se encierra en sí misma. Sacude la cabeza disculpándose.

—Tengo… Tengo que irme.

—Espera. —Intento comprender qué he hecho para ofenderla. Hay una brecha entre nosotros que no estaba hace un rato—. Sabine trajo un cuchillo de hueso. —Me doy prisa en explicarle dónde lo escondí —. Por favor, piensa en lo que te he dicho. Puede que, cuando nos vayamos del Beau Palais, no tengas otra oportunidad de estar cerca de Casimir. *Ojalá pudiera matar a ese bastardo por ella.*

Retrocede cojeando con la muleta.

—Bastien, yo…

—Por favor, Ailesse.

Aprieta los labios y mira hacia el lugar de dónde viene el sonido

del guardia que se acerca. Al final asiente con la cabeza, se apoya en la muleta para darse la vuelta y se oculta entre las sombras detrás de la luz de las antorchas.

Suelto un suspiro tembloroso. Lo que le he pedido que haga es una traición a la memoria de mi padre, pero aun así estoy desesperado porque lo haga y mate a Casimir para salvar su vida.

7
Ailesse

La empuñadura del cuchillo de hueso se me clava en la espalda. Lo metí entre las lazadas del vestido después de sacarlo de la guirnalda de flores sin que nadie me viese, el escondite en la entrada del gran salón del que me habló Bastien. Conseguí sacarlo de allí sin tener que volver a la celebración y sin que nadie me viera. Ahora mi larga cabellera oculta la hoja, pero el corazón sigue latiéndome a mil por hora.

Cálmate, Ailesse. Que hayas ido por el cuchillo no significa que vayas a matar a Cas de verdad.

Pero deberías, me dice otra voz. Tiene el tono de voz más grave de Bastien, aunque cuando vuelve a repetirse suena como Sabine. Las personas que más me quieren se preocupan por mí, claro que quieren que viva, pero no conocen a Cas. Es más fácil decir que alguien debe morir cuando es un desconocido.

Avanzo cojeando por el pasillo lo más rápido que puedo. Los guardias que hay cada tanto en el tercer piso del Beau Palais no me molestan. Tampoco los criados que aún están despiertos. Me saludan y hacen reverencias como si fuera una princesa. No saben quién soy en realidad. No se dan cuenta de que cuando lleve una corona estará hecha de huesos.

Seré la que lidere a mi *famille* en la próxima noche de travesía, aunque mi madre nombrase heredera a Sabine. Estoy destinada a ser *matrone*. Sabine lo sabe en el fondo de su corazón. Mi *famille* también. Me verán digna y me devolverán a mi puesto legítimo… ¿no?

Se me revuelve el estómago. Me doblo sobre mí misma durante un segundo como me ha pasado con Bastien en las mazmorras. No sé qué me pasa salvo que, de repente, echo de menos más que nunca a mi *famille*. Esos sentimientos divididos son como si me desgarrasen el cuerpo físicamente. Llevo demasiado tiempo fuera. Cuando libere a Bastien, tengo que volver a casa.

Miro el largo pasillo. Mi habitación aún está a varias puertas de aquí. Maldigo mi rodilla destrozada, mi lentitud y los huesos de la gracia que me faltan. Mi halcón peregrino podría estar dándome velocidad ahora mismo, mi tiburón tigre fuerza y resistencia, mi íbice alpino agilidad y equilibrio con esta muleta. Suelto un suspiro, intentando no pensar en lo que no tengo. En lugar de eso, hago una lista mental de los objetos que hay en mi habitación. ¿Hay algo que

Bastien pueda usar como ganzúa?

Doy otro paso justo cuando un débil sonido reverbera por todo el castillo. La risa de una mujer. Es una risa frenética, pero espeluznante, que me eriza el vello de los brazos. Miro detrás de mí y no veo a nadie. Este tramo del pasillo está vacío.

—…ojalá hubieras podido conocerla.

¿Cas? Miro en dirección contraria. Reconozco su voz. Viene de la habitación más cercana, más allá de una puerta alta y ornamentada que se ha dejado abierta de par en par. Los aposentos del rey Durand. Tengo que pasar por delante para llegar a mi habitación.

Avanzo con cuidado, intentando no hacer ruido. Si Cas me ve, tendré que explicarle por qué mentí cuando me fui de la fiesta pronto.

—No te preocupes —dice—. Sé que necesitas ahorrar fuerzas. Encontraremos otra forma de que conozcas a Ailesse.

Cuando paso por la puerta no puedo evitar echar un vistazo al interior. Cas está sentado en una silla junto a la cama con dosel del rey. Las cortinas de terciopelo están corridas, excepto un espacio abierto en el que Cas se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y sostiene la mano extendida de su padre. Me quedo un rato ahí. Es la primera vez que veo al rey Durand.

Puede que alguna vez fuera guapo —su rostro tiene una estructura ósea que lo hace guapo—, pero su piel es de un color grisáceo enfermizo, incluso a la luz de las velas. Y está tan delgado que parece un esqueleto. Sus ojos color verde claro son su mejor rasgo, tal vez sea por la mirada afectuosa que le dirige a su hijo. Abre la boca para hablar, pero empieza a toser. Cas enseguida le acerca un vaso con agua a los labios, que le cae por la barbilla mientras se esfuerza por beber.

Aparto la mirada. Cas no querría que viese a su padre así. Empiezo a avanzar con sigilo por delante de la puerta, esperando que no vea mi sombra, pero no llego al otro lado. La risa espeluznante regresa. Me retumba en los oídos, pasa junto a mí y entra en la habitación. Pero no veo a la mujer por ninguna parte.

Cas se gira. Frunce el ceño.

—Ailesse, ¿qué estás…? —Se sobresalta cuando la risa sin cuerpo pasa por su lado—. ¿Qué ha sido eso?

El terror me recorre las venas. Por fin lo entiendo.

—No, esto no puede estar pasando. Otra vez no.

—¿Qué no puede estar pasando?

Me echo el pelo a un lado, saco el cuchillo de hueso de los cordones de mi vestido y entro en la habitación usando la muleta para impulsarme.

—¡Protege a tu padre, Cas!

Se levanta y saca su daga enjoyada. Sus ojos recorren los tapices y los rincones sombríos de la habitación.

—¿Quién anda ahí? No la veo.

—Es una Encadenada. —Tiene que serlo. Lo que significa que Sabine no pudo abrir las Puertas del Más Allá esta noche. Las almas que no han transportado vuelven a andar sueltas. Después de todo, mi *famille* me necesita.

—¿Encadenada? —repite Cas.

—Algunos los llaman fantasmas.

Abre los ojos de par en par.

—¿Perdón?

—Fantasmas —repito. No sabe nada sobre la muerte. Tendrá que aprender rápido. Rodeo la cama del rey para que esté protegido por ambos lados—. Pero es de los malos. —Podría ver su *chazoure* si tuviese mi visión de halcón peregrino, o saber dónde está con el sexto sentido de mi tiburón tigre—. No dejes que llegue al rey. Ya está muy débil.

Un relámpago ilumina la ventana. Acto seguido, se escucha un trueno ensordecedor. No puedo oír nada más durante un segundo.

—¡…en paz, demonio! —ruge Cas.

Aparto las cortinas de terciopelo. El rey Durand está sentado recto, pero suspendido en un ángulo extraño. La Encadenada lo está sosteniendo.

Golpea sin fuerzas a su atacante invisible, con los ojos fuera de sus órbitas por el terror. Cas blande la daga a ciegas, pero su hoja no golpea nada. No se atreve a acercarse a su padre.

Le doy la vuelta a mi cuchillo de hueso y lo sujeto por la hoja.

—¡Cas, muévete! —Se aparta enseguida. Lanzo el cuchillo. Se detiene en el aire, un centímetro por encima de la cara del rey. Se oye el terrible grito de la mujer.

El rey cae sobre su almohada. El cuchillo que flota en el aire retrocede y cae. A los pies de la cama, las cortinas de terciopelo se despliegan. La Encadenada las ha atravesado.

Todo queda en silencio, solo se escucha la lluvia que golpea el cristal de la ventana. Intento oír a dónde ha ido la mujer. Cas está

conmocionado. Nunca había presenciado un ataque de un muerto. Sabine lo llevó al puente de la caverna cuando terminé de transportar las almas.

—¿Cómo es posible que se pueda apuñalar a un fantasma? —susurra. Está tan quieto como yo, con la daga en la mano.

—Los Encadenados son tangibles. —Me apoyo en el colchón con la rodilla buena. Levanto el cuchillo de hueso—. Todas las almas lo son.

Cas asiente, aunque sigue con el ceño fruncido.

—¿Y estos Encadenados no sangran?

—Ni mueren.

Traga saliva.

—Estupendo.

El rey Durand empieza a toser otra vez. Cas se apresura a apoyarlo en otra almohada.

Un pensamiento horrible se apodera de mí.

—¿Cuándo enfermó tu padre?

—Hace un mes.

—¿Cuando enfermaron también las otras personas de Dovré? —Algunos lo llaman la segunda plaga. No saben nada sobre los Encadenados porque para ellos son invisibles. No saben que el motivo por el que mucha gente de la ciudad sigue débil y sufre es porque los Encadenados les robaron su Luz la última vez que los muertos estuvieron por ahí sueltos y no pudieron ser transportados al Más Allá. Y la Luz que se roba no puede reponerse.

—Sí. —Cas estudia mi cara a la luz de las velas—. ¿Por qué?

Las cortinas a los pies de la cama se abren de golpe. Me acerco con el cuchillo, pero no soy lo bastante rápida. Me dan una patada en las costillas y me hacen retroceder varios metros.

—¡Ailesse! —grita Cas mientras caigo al suelo. La muleta sale volando. Mi cuchillo de hueso da vueltas por el suelo.

La Encadenada se ríe. Cas salta hacia el sonido, pero no consigue atrapar nada. Otra carcajada suena a su lado.

Jadeo en busca de aire. No me queda aliento para advertirle.

Se vuelve y apuñala con la daga, pero entonces su mano se queda inmóvil. Le ha agarrado la muñeca.

—Príncipe estúpido —ronronea la mujer—. Serás igual que tu padre, ¿verdad?, muy a gusto aquí en tu castillo y sin ver lo que sufren los demás.

Es una de las rebeldes, me doy cuenta. Culpa a la monarquía de la

última plaga.

Cas fulmina con la mirada el lugar donde debería estar su rostro.

—¿Te parece que mi padre está a gusto?

La mano en la que tiene la daga se retuerce con brusquedad, obligándole a soltar el arma. En cuanto la suelta, sale despedido hacia atrás. Se golpea contra un muro de piedra, y su cabeza vuela hacia atrás, estrellándose también contra el muro.

El pánico me invade. Si Cas muere, yo muero. Me arrastro hacia mi cuchillo de hueso. No tengo tiempo de recuperar la muleta y nadie viene a ayudarnos. Los soldados del castillo no podrán oír nuestra lucha con el ruido de los truenos.

El colchón se hunde. La Encadenada está sobre la cama.

—Los dioses te castigan por maldecir la tierra —le dice al rey, mientras arrastra su cabeza levantándola de la almohada. Gime con los ojos desorbitados—. Voy a ayudarlos.

—¡Suéltalo! —Ahora tengo el cuchillo a metro y medio de donde estoy. Me muevo más rápido—. ¡Cas, ayuda!

El príncipe lucha por ponerse de pie, aturdido por el golpe en la cabeza.

—Tu padre ya ha perdido mucha Luz —le explico. Tuvieron que atacar al rey antes, cuando los Encadenados estuvieron sueltos por Dovré—. ¡Lo matará! ¡Matará su alma!

El rostro de Cas se vuelve ceniciento.

—¿Eso es posible?

—¡Sí!

Palidece aún más y busca a tientas la daga. Por fin alcanzo mi cuchillo de hueso, lo agarro y me levanto sobre mi pierna buena. Apunto y lanzo la hoja. Vuela nuevamente cerca de la cabeza del rey, pero esta vez se hunde en el poste de la cama, justo detrás de él. No le he dado a la Encadenada.

Los ojos del rey Durand se ponen en blanco. Su pecho se agita como si lo estuvieran succionando. El horror me invade. Me lanzo hacia la cama, desesperada.

—¡Deprisa, Cas! Está ocurriendo.

Avanza a toda velocidad. Nunca lo había visto ser tan feroz. Salta sobre el colchón y lanza un puñetazo despiadado. Oigo que impacta en la Encadenada y el rey cae sobre la cama. Cas se abalanza de inmediato sobre la mujer. La apuñala una y otra vez. Se me revuelve el estómago, aunque ella es invisible y no sangra. Cas sigue

apuñalando, pero no puede detenerla para siempre.

Echo un vistazo a la ventana. Es igual que la de mi habitación, con cristales encajados en contraventanas.

—¡Cas, tráela aquí! —Salto hacia la ventana, ignorando mi rodilla dolorida—. Es la única manera de librarnos de ella. *Al menos por ahora*.

La arrastra sacándola de la cama y sigue apuñalándola, ella grita. Aparecen arañazos en su cara mientras ella se defiende.

Llego a la ventana, tiro del pestillo y abro los postigos. Las cortinas se agitan con el viento. La lluvia golpea la habitación. Cas tira de la mujer invisible para acercarla.

—¿No volverá volando?

—Las almas no vuelan.

—Claro —murmura.

Lo ayudo a levantarla cuando la bota de Cas resbala en el suelo mojado. No tarda en recuperar el equilibrio, pero la daga se le cae de las manos.

—Ailesse, ella… —Se pone tenso y empieza a ahogarse.

Entonces se le ponen los ojos en blanco.

¡No! Agarro aire. Mis manos se aferran a los hombros de la Encadenada. Empujo y golpeo, pero no se mueve. Maldigo a Cas.

—¿Por qué escondiste mis huesos de la gracia? ¡Los necesito!

Mueve la boca, pero no puede hablar. Empujo a la mujer hacia la repisa de la ventana. Arrastra a Cas con ella. Mi espalda choca contra el alféizar. Los tres forcejeamos mientras la lluvia nos azota. Estoy a punto de estrangular a la Encadenada cuando empiezo a ahogarme. No lo entiendo. La mujer no me tiene agarrada por el cuello. La sensación de asfixia se extiende por todo mi cuerpo. Me doblo contra el suelo.

Los latidos de mi corazón se agitan en mis oídos. Estoy perdiendo Luz, como Cas. De algún modo, la Encadenada también me está robando la mía. Me retuerzo, desesperada por hacer que pare. Mis dedos rozan el metal húmedo. La daga de Cas.

Agarro la empuñadura. Hago acopio de las últimas fuerzas que me quedan. Apunto a lo que espero que sea la pantorrilla de la mujer. Me balanceo sobre mi rodilla buena y la apuñalo con toda mi fuerza. La hoja da en el blanco. La Encadenada grita y suelta a Cas. Se agarra al alféizar de la ventana. Respiramos con dificultad al mismo tiempo.

—¡Ahora, Cas! —grito.

Empuja hacia el espacio donde debería estar la Encadenada. Al mismo tiempo, agarro sus piernas invisibles y las levanto del suelo. Juntos, la lanzamos por la ventana.

Sus gritos sobrenaturales resuenan y luego se desvanecen cuando cae tres pisos hasta el suelo. La tormenta amortigua el sonido de su caída.

Cas suelta un suspiro largo. Se desliza hasta el suelo a mi lado. Nos sentamos con la espalda apoyada en la pared, jadeando uno al lado del otro, completamente empapados por la lluvia.

—¿Qué… acaba de pasar? —me pregunta.

—Creo que hemos perdido algo de nuestras… —Trago saliva—. Nuestras almas.

—¿Nuestras?

Me castañetean los dientes.

—Eres mi *amouré*. —Sé que escuchó esa palabra en el puente del alma de la caverna, pero nunca le he explicado qué significa—. Nuestras almas están unidas. Lo que te pase a ti, también me pasa a mí. —Lo dejaré ahí. Lo dejaré así. Yo misma apenas puedo comprender la revelación. No tenía ni idea de que podía perder mi alma si él la perdía.

Cas asiente despacio, su mirada se desenfoca mientras lucha por aceptar esta realidad junto con todas las demás extrañas verdades que ha aprendido esta noche.

—¿Vamos a estar bien? —pregunta. La lluvia se desliza por su corona—. Me refiero a nuestras almas.

Pienso en lo que le pasó a Jules. No la atacaron de la misma forma que a nosotros. Un Encadenado la poseyó durante unas horas.

—Debemos haber perdido solo una pequeña porción de Luz —respondo—. Tuvimos suerte.

Mira hacia la cama de su padre y se levanta de un salto.

—Debería ver cómo está. —Se apresura a traerme la muleta y luego va a atender al rey.

Me levanto y cierro la ventana por si la Encadenada decide escalar los muros del castillo. Estoy cerrando el pestillo cuando oigo un sollozo entrecortado. Me doy la vuelta.

Cas está llorando en silencio. Tiene la mano sobre la frente de su padre. El rey Durand tiene los ojos cerrados. Me acerco cojeando, pero cuando veo la cara del rey, me quedo quieta. Está totalmente cambiado, no solo sin vida, sino terriblemente hueco, aunque sus

rasgos parecen los mismos. Ahora no hay nada dentro de él… de algún modo, es evidente. Su alma no está en su cuerpo esperando la llamada de la próxima noche de travesía. Su alma se ha ido para siempre.

—Ay, Cas. —Se me forma un nudo en la garganta. Lo que acaba de pasar es horrible, casi imposible de comprender. Las almas son sagradas, están destinadas a la vida eterna. No puedo imaginarme perder así a un ser querido. Camino alrededor de la cama apoyándome en la muleta y le pongo una mano temblorosa en el hombro—. Lo siento mucho.

Agacha la cabeza. Parece más pequeño, como un niño abandonado.

—Ahora he perdido a toda mi familia.

Un sirviente de pelo canoso aparece en la puerta abierta. Lleva una bandeja con varias tinturas y pociones de hierbas. Sus ojos se abren de par en par al ver al rey, deja la bandeja sobre la mesa y hace una profunda reverencia.

—Mis más sinceras condolencias, Su Majestad.

Cas levanta la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—Mis más sinceras…

—No, ¿cómo me has llamado?

Me doy cuenta de en qué Cas está estancado, qué es lo que le cuesta aceptar. El criado no se ha dirigido a él como Su Alteza, el título honorífico de un príncipe.

—Su Majestad —repite el sirviente y hace una reverencia aún más baja—. Larga vida al rey Casimir.

8
Sabine

La lluvia se abre paso bajo las ruinas de Château Creux. Me detengo junto a tres de las Leurress mayores en el límite del espacio al que llamamos patio. Aquí, estamos a salvo de la lluvia.

—Lo siento —digo por enésima vez—. Nunca me enseñaron que la *matrone* debía permanecer en el puente del alma.

—Hay muchas cosas que no te enseñaron. —Nadine suspira, recolocándose la peineta de cráneo de anguila en el pelo. Aún tiene los mechones castaños empapados. Hemos vuelto a casa para avisar a nuestra *famille* mientras que el resto de Ferriers siguen fuera, en medio de la tormenta, intentando reunir a todas las almas que puedan—. La que fue criada para ser la heredera de Odiva es Ailesse, no tú.

Su tono no es despectivo, pero sigue doliendo.

—Soy muy consciente de ello. —Me muerdo el labio tembloroso. La caza, la lucha, todas las habilidades que las Leurress aprecian, son habilidades que a Ailesse le salían mejor que a mí por naturaleza—. No pedí ser *matrone*.

—Claro que no. —Pernelle me toca el brazo.

Chantae se pasa la mano por el ceño, impaciente.

—¿Qué ha pasado esta noche, Sabine? Te vi luchar la última vez que los Encadenados estuvieron sueltos. Eras mucho más hábil.

Niego con la cabeza y me muevo hacia atrás, me duele el pecho. Ni siquiera puedo sacar fuerzas de mi colgante de chacal para superar la ansiedad. No sé cómo explicar que mi madre está viva, aunque la haya visto en el Inframundo. Entonces, para empezar, tendré que explicar por qué está allí: que tuvo un amante además de su *amouré* y una segunda hija con él. A mí. Con eso basta para desatar una anarquía. Ahora no puedo hacer frente a una rebelión.

Pernelle se acerca a mí.

—¿Adónde vas?

Sigo retrocediendo. No puedo respirar. No sé cómo hacer todo a la vez: dirigir a mi *famille*, transportar a los muertos, liberar a Ailesse, lidiar con mi madre y detener a los Encadenados.

Nadine frunce el ceño.

—Ni siquiera hemos trazado un plan sólido.

—Tenemos que preparar un sitio para retener a los Encadenados —añade Dolssa—. Aún no has despertado a la *famille*, Sabine. Tienes que hablar con ellas.

—Lo sé, pero… —Me falla la vista. Apoyo la mano en la pared de la caverna—. Solo necesito un momento para… —Avanzo a toda prisa hacia el túnel que lleva al exterior—. Enseguida vuelvo.

Salgo corriendo por los túneles que han tallado las mareas. El eco de las olas resuena en mis oídos, más fuerte gracias a mi oído de chacal. No puedo dejar de ver a Odiva detrás del velo de agua, con la calavera de un murciélago nóctulo en su corona de huesos, mirándome. ¿Cómo podré volver a transportar a los muertos con los ojos negros de mi madre mirándome por encima del hombro?

Llego a un nivel superior donde los túneles de la cueva se encuentran con los pasillos del antiguo castillo. Los escudos de Château Creux no dejan de llamarme la atención. Se repiten en los arcos y a lo largo de los muros, el cuervo y la rosa, símbolo de la monarquía que antaño gobernaba Galle del Sur. Las imágenes me golpean como una advertencia, pero estoy demasiado abrumada para entenderlas. Me dirijo a toda prisa hacia el arco derruido que mi *famille* utiliza como entrada y luego subo por la escalera de piedra en ruinas. Hundo los pies en la hierba húmeda del exterior.

Me agacho, apoyo las manos en las rodillas e intento abrir los pulmones. La lluvia cae sobre mi pelo y la cara y resbala por la punta de la nariz. *Cálmate, Sabine. Respira.* Este día no acabará nunca. Todo ha sido demasiado.

—¿Sabine?

Levanto la cabeza al oír la voz grave y ronca de Jules. A casi quince metros, la veo salir de detrás de las ruinas del muro del jardín del castillo. Lleva puesta la capucha para protegerse de la lluvia, pero mi visión de atajacaminos capta el temblor de sus hombros. Me apresuro a llevarla hacia el castillo, al cobijo de una almena.

—¿Qué haces aquí? —siseo—. Si mi *famille* te ve… —No quiero imaginarme su cólera. Se supone que nadie de afuera debe saber dónde vivimos. La gente de Dovré siempre se ha mantenido alejada de este sitio. Creen que estas ruinas del castillo están malditas, embrujadas por el antiguo rey de Galle del Sur. El padre de Casimir no siempre gobernó este país.

—¿Que qué hago aquí? —Jules se lleva una mano a la cadera—. Nos abandonaste a Marcel y a mí.

Cierro los ojos un momento. ¿Acaso he hecho algo bien hoy?

—Lo siento. No pude rescatar a Ailesse y… bueno, era noche de transportar a los muertos. Tenía que… —Me distraigo con la palidez

enfermiza de la piel de Jules—. No deberías estar aquí, sabes… ni fuera. —Bastien me contó que ya había perdido mucha Luz—. La travesía fue un desastre. Los Encadenados vuelven a estar sueltos y…

—Han arrestado a Bastien.

Se me ponen los ojos como platos.

—¿Qué?

Jules se quita la capucha y me fulmina con la mirada.

—No estabas allí para ayudarlo. Escuché a los soldados hablar. Decían que te habías ido para salvarte.

—Eso no fue lo que… —Me masajeo las sienes mientras la culpa me abruma—. Pensé que estaba a salvo cuando me fui.

—Bueno, pues ahora está en los calabozos gracias a ti. Y la ley no es compasiva con los ladrones. —Su expresión dura se quiebra y empieza a temblarle la barbilla—. Podrían ejecutarlo si no actuamos rápido.

Pongo una mueca. No puedo dejar que Bastien muera. Se lo debo a Ailesse.

—¿Descubrieron nuestro camino al castillo?

Asiente con la cabeza.

—Marcel y yo apenas escapamos con vida.

—Entonces, ¿de qué otra manera podemos infiltrarnos en el Beau Palais? —Nos llevó quince días preparar nuestro plan a través de la ruta del pozo.

Suspira, como si hubiese estado ensayando la respuesta.

—Creo que sé cómo entrar. La primera noche que Bastien, Marcel y yo llevamos a Ailesse a las catacumbas…

—¿Te refieres a cuando la secuestraron?

—Sí, sí. —Jules hace un gesto con la mano para restarle importancia—. Odiva intentó rescatarla… una distracción para darle a Ailesse la oportunidad de escapar. Casi funcionó. —Me explica rápidamente cómo una colonia de murciélagos gigantes asaltó su cámara de las catacumbas.

Pienso en esa noche.

—Odiva estaba orando, rezándole a Tyrus —murmuro. Cuando las Leurress mayores salieron en busca de Ailesse, Odiva se quedó en Château Creux—. La vi cortarse el dedo con los dientes de su calavera de murciélago nóctulo. Su sangre tuvo que ser parte del ritual. —Por supuesto que lo fue. Como su hija, Ailesse tenía su sangre. El ritual mágico envió a los murciélagos al lugar donde la tenían.

—Genial —dice Jules—. Entonces ya sabes cómo hacerlo.

—Puede ser. —Tal vez sea similar al ritual de representación que hice—. Pero no deberíamos recurrir a un ritual de sangre con Tyrus a menos que estemos desesperadas.

—¿No me has oído hace un momento? A los ladrones los cuelgan. Estamos desesperadas, Sabine.

Se me seca la boca y trago saliva.

—Bueno, no creo que una bandada de atajacaminos o una manada de salamandras sean tan amenazadoras como unos murciélagos nóctulos gigantes.

—¿Y los chacales dorados? —pregunta Jules.

—No son autóctonos de Galle del Sur. —El que maté era extremadamente raro. ¿Quién sabe cómo los dioses lo trajeron hasta aquí?—. Los rituales Leurress son poderosos, pero no pueden crear nueva vida.

—Me lo imaginaba. —Inclina la cabeza—. ¿Así que el animal debe ser común por estos lares si queremos que todo un nido ataque el castillo?

Frunzo el ceño, desconfiando del brillo ansioso de sus ojos color avellana.

—Ya tengo tres huesos de gracia, Jules. No puedo…

—Odiva tenía cinco.

—No soy *matrone*. No de verdad. Ailesse volverá pronto y…

—Hasta entonces eres la *matrone*. Así que reclama otro hueso. —Se encoge de hombros—. Puedes tirarlo cuando Ailesse lleve la corona. La traerás a casa incluso antes una vez que las serpientes creen una distracción.

—¿Serpientes? —Se me revuelve el estómago.

Se acerca a mí.

—¿No lo entiendes? Ailesse y Bastien se darán cuenta de que es la magia de una Hechicera de Huesos. Aprovecharán la oportunidad y encontrarán la forma de escapar durante la locura.

Se me escapa una risa estridente.

—A menos que se intoxiquen con veneno de serpiente.

—No tenemos que preocuparnos por eso. Te lo enseñaré. —Jules corre hacia el muro del jardín. Desde ahí, levanta un saco de tela áspera con un nudo en la parte superior. *Uh, no*…

Vuelve enseguida y su amplia sonrisa deja ver un hueco entre sus paletas. Ya está jadeando por haber corrido muy poco. Está mucho

más débil que la chica con la que luché bajo el puente durante el intento de rito de iniciación de Ailesse. Nunca se recuperará de la Luz que perdió. Ninguna de las personas que atacaron en Dovré lo hará.

Hago un gesto ante el saco que se mueve.

—¿Qué has atrapado ahí?

—Una serpiente látigo gala. —Se pasa la trenza dorada por detrás del hombro—. No son venenosas, pero Marcel dice que a menudo se las confunde con las víboras venenosas de los prados. Sus escamas son parecidas y achatan la cabeza en forma de triángulo para parecerse a una víbora cuando se sienten amenazadas.

Me masajeo las sienes. Me duele la cabeza.

—No sé, Jules. —Las mayores me esperan dentro. Aunque quizá si vuelvo con otro hueso de la gracia crean que me estoy esforzando más por convertirme en una buena *matrone*—. Quiero liberar a Bastien… pero ¿y si Ailesse está más segura en el Beau Palais?

Vuelvo a imaginarme la cara astuta de mi madre. Sus palabras resuenan en mi mente: «Lo único que tiene que hacer es tocarme la mano y Tyrus me liberará».

—¿Más segura? —se burla Jules—. Has dicho que los Encadenados andan por ahí sueltos. La última vez Ailesse era un faro para ellos.

—Eso pasó porque tocó el canto de la sirena para abrir las Puertas. —Esta noche hice lo mismo, pero al parecer espanté a los Encadenados en lugar de atraerlos. Cuando veían mi collar, se asustaban.

—Sigue siendo peligroso —insiste Jules—. Tenemos que volver a refugiarnos bajo tierra. Cuando Bastien y Ailesse vuelvan…

—¡Ailesse no puede volver! —exclamo—. ¡Mi madre está viva, Jules!

Frunce el ceño.

—Me dijiste que había atravesado la Puerta y…

—La he visto a través de la Puerta esta noche. Ha dicho que está viva y le creo. —Suelto un largo suspiro. Mis problemas no están ni mucho menos resueltos, pero me alegro de haberme quitado eso de encima—. Por ahora, Odiva está atrapada, pero quiere que Ailesse la libere.

Jules se toma un momento para asimilarlo.

—Bueno, ¿no crees que deberías avisarle a Ailesse?

Me paso la mano por la cara.

—No lo sé. —Hoy he tenido mi propia advertencia. Pensé que la

lechuza plateada protegía a mi hermana de la atracción del Inframundo, pero tal vez sabía que mi madre estaría en la Puerta esta noche, esperando a Ailesse.

Jules se muerde el labio y mira hacia Dovré. Si las altas torres de Château Creux siguieran en pie, podríamos ver las murallas del Beau Palais desde arriba.

—Mira —me dice—. No sé muy bien qué decir de tu madre y de Ailesse, pero Bastien es mi mejor amigo. Hoy lo has dejado tirado y ahora tienes que hacer algo para arreglarlo. —Me tiende el saco. La tela se retuerce por la serpiente látigo que hay dentro—. Así que haz algo, Sabine. Arregla esto.

Suspiro. Hay mil cosas que tengo que arreglar. Tal vez deba empezar por esto. Me recompongo y acepto el saco.

—Bien —dice Jules—. Ahora date prisa.

Murmuro una despedida rápida y entonces vuelvo al interior de Château Creux a toda prisa y subo a una de las torrecillas que aún están en pie y que lleva a las antiguas estancias de mi madre. Tenía una colección de armas rituales, armas de hueso que usó para sacrificar animales y reclamar sus gracias. Agarro la hoz de hueso con la que mató a su víbora áspid.

Desato el saco y lo dejo caer al suelo. Sostengo la hoz en alto, lista para atacar. A la vieja Sabine se le revolvería el estómago, pero en cambio a mí me rugen las tripas. Si hay algo que me asquea, soy yo misma. Odio la sed de sangre que me ha dado la gracia del chacal. Y las gracias que obtendré de la serpiente no harán más que empeorar el ansia. Me estremezco. ¿Qué otros «regalos» recibiré esta noche? Mi madre tenía las gracias de una serpiente, una víbora áspid. ¿En qué la cambiaron?

La serpiente se asoma por la abertura del saco. Sus pupilas son redondas, su cabeza es achatada de forma triangular. Se siente amenazada. Claro que se siente amenazada.

No pienses, Sabine. Confía en la gracia del chacal y haz lo que tengas que hacer.

Mi sed de sangre aumenta. Muevo el cuchillo. Golpeo. La cabeza de la serpiente rueda lejos.

No miro. Se me hace agua la boca. Corto el vientre de la serpiente, le arranco la piel y la carne y dejo al descubierto el borde de una de sus vértebras. Me corto la palma de la mano con el cuchillo de hueso y presiono la vértebra contra mi sangre. Las gracias de la serpiente se

abalanzan sobre mí con una oleada de calor punzante. No me detengo a analizarlas. Quiero acabar con esto.

Aprieto el puño. Derramo la sangre sobre el suelo de piedra. Extiendo los brazos con las manos ahuecadas hacia el Inframundo. Pronuncio una plegaria similar a la del ritual de representación.

—Escucha mi voz, Tyrus. El canto de sirena de mi alma. Encuentra a mi hermana con la sangre que compartimos. Invoca a otras criaturas como esta. Envíalas para que ataquen el castillo en el que reside mi hermana.

Ya está. Está hecho.

Me envuelvo enseguida la mano con un trapo y agarro otro para limpiar el desastre del suelo. Cuando levanto la cabeza de la serpiente, jadeo. Incluso sin vida, sigue siendo triangular. Y sus pupilas ya no son redondas por la penumbra del saco; están rasgadas como las del resto de razas venenosas.

Esto no es una serpiente látigo gala. Es una víbora de los prados mortal.

Puede que Marcel le haya explicado la diferencia a Jules, pero dudo que haya ido a cazar con ella. Se equivocó de serpiente.

Miro fijamente mi sangre derramada en el suelo, el horror se retuerce en mi interior. No puedo revertir lo que he hecho. Los rituales de huesos y sangre son vinculantes.

Acabo de enviar un nido de víboras a atacar el Beau Palais.

9
Bastien

Me paseo de un lado al otro de los barrotes de mi celda observando las sombras tras la luz de la antorcha que hay al otro lado. Falta más o menos una hora para el amanecer. Ailesse aún no ha vuelto. Ahora sería el momento perfecto para que se colase aquí. La fiesta ha terminado, al menos la música cesó, y mi guardia está durmiendo. Sus ronquidos se oyen en el silencio entre trueno y trueno.

Vamos, Ailesse.

Incluso con la muleta, incluso con todos los tramos de escaleras, ya debería haber vuelto. Le doy vueltas a su peineta dorada con la mano. ¿Y si el príncipe Casimir se enteró de que ha venido a verme? Si no la ha encerrado antes, ¿lo hará ahora?

Me paso las manos por el pelo. Tengo que encontrar la forma de salir de aquí por mis propios medios. Y liberarla a ella también. Sacarnos a los dos de este maldito castillo. Pero… ¿cómo? Doy dos vueltas más a la celda y entonces se me ocurre algo.

Me apoyo en los barrotes de hierro.

—¡Eh! ¡Guardia! —Al no oír respuesta, silbo, alto y con fuerza.

—¡Ay! —La voz del guardia es ronca y carraspea por el sueño—. No hagas eso, a menos que quieras una paliza, chico. —Una amenaza vana porque no viene. Empieza a roncar otra vez.

—¡Me aburro como una ostra! —grito—. Ven y hazme compañía. Podemos hablar de tu chica, Sophie. —Me río entre dientes—. ¿Sabe tu capitán lo que hacéis aquí abajo?

Una pausa. Luego, se oyen pisotones de botas. Aparece la cara de pánico del guardia.

—¿Quién te ha hablado de…? —Se le tensa la mandíbula—. No conozco a ninguna Sophie.

—Hablas en sueños, amigo. —Le guiño un ojo.

En tres rápidas zancadas, está junto a los barrotes. Su mano carnosa los traspasa e intenta agarrarme por la garganta. Salto hacia atrás y sonrío.

—Tranquilo, no me chivaré. Sobre todo, si estás dispuesto a hacer un intercambio. He encontrado un pequeño tesoro enterrado en la paja. —Le enseño la peineta—. Es oro de verdad. Y esmeraldas. Vale suficientes francos como para abrir la puerta de esta celda, ¿no crees?

El guardia la mira y sus dedos se crispan.

—¿Crees que puedes sobornarme? —Resopla—. El capitán pedirá

mi cabeza si te dejo libre.

—Pues hagamos que parezca que soy mejor que tú. —Me encojo de hombros—. Te dejo un ojo morado y la llave colgando de la cerradura. Te echas una siesta en la paja, y cuando el capitán haga su ronda, te encontrará algo peor, pero también como la viva imagen de la inocencia.

El guardia refunfuña.

—Dame la peineta primero y me pensaré lo de… —Abre mucho los ojos. Una mirada de terror se apodera de él. Mira al techo detrás de mí. Me doy la vuelta justo cuando una serpiente cae por la rejilla del conducto. Se desliza con rapidez desde el banco de piedra hasta la paja del suelo.

Retrocedo arrastrando los pies. Era una maldita víbora de los prados.

—Abre la puerta —le digo al guardia, pero se queda inmóvil—. ¡Rápido, o no hay trato!

Busca a tientas el llavero que lleva en el cinturón. Algo le roza la punta de la bota. Maldice y patalea como un loco.

Miro detrás de mí. La paja de mi celda se ha quedado quieta. No tengo ni idea de dónde se ha escondido la víbora.

—¿Tenéis un problema de víboras aquí abajo?

El guardia niega con la cabeza.

—Nunca he visto siquiera una serpiente común.

Por el pasillo, el suelo en penumbra empieza a moverse como si estuviera hecho de agua negra. *No reacciones, Bastien*. No quiero asustar al guardia y que salga corriendo.

—La peineta de oro a cambio de tus llaves —le exijo, manteniendo el rostro serio mientras una de las víboras empieza a enrollarse justo detrás de él. Una mordedura no es mortal—. Ahora. Hagamos el intercambio a la vez.

El guardia asiente y se acerca. Tiene gotas de sudor en la frente. Levanta las llaves. Levanto la peineta.

—¿Preparado? —le pregunto—. Uno, dos, tr…

La víbora hecha un ovillo ataca. Hunde los colmillos en la pierna del guardia. Él grita. Se estrella contra los barrotes. Deja caer las llaves. No las agarro, sino que saco la espada del guardia de su funda. La víbora de mi celda sisea. Me doy la vuelta y golpeo. Mi espada atraviesa a la serpiente justo cuando salta desde el montón de paja.

El guardia grita y cae al suelo. Otra víbora lo ha mordido. *Merde*.

Más serpientes se deslizan hacia él y hacia mí.

—¡Levántate! —grito. Atravieso los barrotes con la espada. Otra serpiente retrocede. Lucho por levantar al guardia. Es peso muerto y gime, pero por fin consigo ponerlo en pie. Dos víboras más atacan. Le doy a la primera con la espada. La segunda se lanza hacia mi celda. Genial.

Me mantengo en guardia y no pierdo de vista mi celda. Deslizo con cuidado la bota entre los barrotes, e intento agarrar las llaves. Una serpiente ataca al guardia desde el otro lado. Se aferra a su mano izquierda. Se desploma. No puedo sujetarlo. Cae al suelo con tres mordiscos. Se me cae el alma a los pies. Nada puede remediar tanto veneno.

La víbora de mi celda se hace un ovillo. Muestra los colmillos. Golpeo antes que ella, pero se me escapa, apartándose como un rayo. Otra serpiente cae de la rejilla del conducto. Dos más se deslizan entre los barrotes. *Merde, merde, merde*.

Muevo la espada en todas direcciones. Las serpientes sisean. Abren grande sus fauces. Se abalanzan sobre mí. Sigo luchando. Ahora sé lo lo que es esto: magia de Hechicera de Huesos. Ya me han atacado así antes. Lanzo otra mirada al pasillo. ¿Dónde está Ailesse? Tenemos que salir de aquí juntos.

Decapito a dos víboras y me lanzo hacia los barrotes. Las serpientes pululan por el cuerpo sin vida del guardia. Me trago la rabia y me concentro en las llaves que se han caído. Ahuyento a otras tres serpientes y engancho el llavero en la punta de la espada. Me quito de encima una serpiente que me rodeaba el tobillo y corro hacia la puerta de la celda.

El llavero tiene seis llaves. Las dos primeras no encajan. Estoy trasteando con la tercera llave cuando una víbora cae desde arriba. *Merde*. Estaba enroscada en los barrotes. Antes de que pueda apartarme, sus colmillos me perforan la muñeca. Siento un dolor cegador. Grito y suelto las llaves.

—¡Bastien!

Ailesse. Se me nubla la vista. Detrás de las serpientes, la veo. Lleva su pelo color caoba mojado. El vestido está empapado y rasgado en algunas partes. Empuña su cuchillo de hueso. Está manchado de sangre. ¿Es la sangre de Casimir?

—No de-deberías haber bajado aquí. —Hablo con los dientes apretados—. Es demasiado peligroso.

Echa un vistazo al guardia muerto, y su piel tersa palidece.

—Ve-vete —grazno. Apenas puedo hablar, apenas puedo moverme. El dolor no cede. Tiene que salvarse a sí misma. Pero no se va. Corre hacia mi celda, moviéndose rápido con la muleta. Tal vez sea un truco de mi confuso cerebro, pero las serpientes parecen apartarse de ella. Entonces recuerdo que los murciélagos nóctulos nunca la atacaron en las catacumbas, solo nos atacaban a Jules, a Marcel y a mí.

Ailesse toma las llaves y las introduce rápidamente en la cerradura. Una víbora se acerca a mi pierna. La golpea con la muleta y vuelve a las llaves con manos temblorosas.

—¿Por qué iba Sabine a enviar víboras si sabía que tú también estabas aquí? Creía que eran amigos.

Más bien aliados, pienso por encima del dolor que siento.

—Sabine… ¿Las ha enviado ella?

Ailesse encuentra la llave correcta. La cerradura se desbloquea. Abre la puerta de un tirón y me pone el cuchillo de hueso en la mano. Agarra mi espada y traviesa a una serpiente que se acerca a mi tobillo.

—Date prisa, Bastien. Tú concéntrate en caminar. Yo mantendré a las víboras alejadas.

Salgo a trompicones de la celda y avanzo por el pasillo de las mazmorras. Ella cojea a mi alrededor, balanceándose y atacando.

—Debe ser Sabine —responde a mi pregunta—. Ninguna otra Leurress tiene las gracias de una víbora de los prados, y es *matrone*… al menos por ahora. —Una expresión sombría cruza su rostro—. Y como *matrone*, Sabine podría obtener más huesos de la gracia. Además, solo he visto a mi madre practicar este tipo de magia. Quizá haya que ser *matrone* para acceder a ella.

Las escaleras de las mazmorras aparecen ante nosotros. Ailesse avanza hacia ellas. Aprieto la mandíbula y la sigo de cerca. Se abre paso con la espada como si estuviera segando trigo. Cuando llegamos al primer escalón, nos abrazamos por instinto. Ella me sostiene para que siga avanzando y yo la mantengo en equilibrio sobre la muleta. Aparto de una patada a las serpientes que se deslizan desde el piso de arriba. Ailesse apuñala a otras dos.

Llegamos a una puerta agrietada al final de la escalera. La abro con el hombro. Estamos en un pasillo estrecho. Las víboras penden de los apliques y se mueven en zigzag por el suelo. Ailesse aleja las serpientes que están más cerca. Nos damos prisa en avanzar, perseguidos por siseos agudos.

—Debería avisarte —dice entre bocanadas de aire—. Sabine no abrió las Puertas del Más Allá.

Una víbora viene por mi pierna. Le corto el cuerpo con el cuchillo de hueso.

—¿Cómo lo sabes?

—Una Encadenada —Ailesse cercena la cabeza de una serpiente— atacó al rey esta noche. —Sus ojos se llenan de dolor—. Está muerto, Bastien.

El frío se apodera de mi cuerpo febril. Nos dirigimos a toda prisa a un pasillo contiguo y entramos en el amplio corredor que atraviesa el castillo. Me cuesta asimilar las implicaciones de lo que acaba de decir. Si un Encadenado anda suelto, habrá muchos más. Y si el rey Durand está muerto…

—El príncipe sigue vivo, ¿verdad?

Ailesse aparta la mirada.

—Que yo sepa sí.

Merde. Entonces, ahora Casimir es el rey de Galle del Sur. Lo que significa que es más poderoso, más importante… tal vez hasta más deseable para Ailesse. Le será aún más difícil matarlo. Se me revuelve el estómago.

—Tienes que esconderte bajo tierra otra vez. —No puedo pensar en el vínculo que hay entre sus almas ahora mismo. Hay algo que me preocupa más—. Los Encadenados te encontrarán como la última vez y…

—Esta vez yo no toqué el canto de sirena. —Hace una mueca, avanzando más despacio con la muleta. La rodilla debe de estar matándola—. Estoy en peligro al igual que el resto.

Al menos tenemos eso. Aun así, debería salir de aquí. Ahuyenta otra víbora que se le echa encima y vuelvo a abrazarla para servirle de apoyo en la pierna. La muñeca me palpita con más fuerza, aprieto la mandíbula contra el dolor. Tiene la espada apuntando hacia delante, lista para defenderme, pero las serpientes se apartan de nuestro camino. Mientras estemos conectados físicamente, estoy a salvo.

Agotado, me inclino hacia ella. La tensión de mis músculos se alivia al sentir el calor de su cuerpo.

—Vamos al nuevo pozo del castillo —comenta—. Los soldados lo habrán abandonado por las víboras.

Avanzo por el corredor. Está casi vacío, pero hay un par de figuras desplomadas que se parecen muchísimo al guardia muerto de las

mazmorras. Trago saliva. Es difícil imaginar que Sabine estuviera dispuesta a aceptar estas muertes cuando envió a las serpientes. Con suerte, la mayoría de los habitantes del castillo se habrán escondido en armarios o en cualquier otro lugar donde puedan estar a salvo.

Por fin llegamos al gran salón. Ahora, lo que queda del banquete está plagado de víboras. Se mueven sobre las mesas y alrededor de las copas, sus lenguas bífidas sobresalen por encima de sus colmillos afilados. Cuando amanezca, estos monstruos habrán desaparecido. El amanecer es lo que rompió el hechizo cuando Odiva envió a los murciélagos a las catacumbas. Miro a través de las ventanas hacia las nubes de tormenta cada vez más brillantes. Parece que el sol saldrá en la próxima media hora.

Atravesamos el vestíbulo que lleva al patio. La lluvia deja paso a una llovizna constante. Las víboras se deslizan sobre las piedras y alrededor de los charcos que no se han secado. Pateo un par de serpientes para apartarlas de mi camino, van demasiado lentas como para alejarse ellas solas. Llegamos a la puerta de la torre donde está el pozo. La abro de golpe y entro tambaleándome.

El mareo me aturde. Jadeo y la puñalada que tengo en la espalda me duele más que la mordedura de serpiente. Pero ahora no puedo detenerme. Tengo que llevar a Ailesse al pozo. Las serpientes se mueven y suben por la escalera. Ella necesita mi ayuda y yo su protección.

—Tengo una idea —dice—. Dame el cuchillo de hueso. —Cuando lo hago, deja caer la espada y la muleta y se corta la palma de la mano con el cuchillo. A propósito. Me mancha la frente con su sangre.

Hago una mueca de dolor.

—¿Qué haces?

—Intento engañar a las serpientes. Todos los rituales Leurress tienen sangre y huesos. Sabine y yo compartimos sangre. Creo que eso es lo que atrajo a las serpientes al Beau Palais. Así que tiene sentido que mi sangre sea lo que me está protegiendo… y espero que ahora a ti también. —Me pone más sangre en el cuello—. Veamos si tengo razón.

Despacio, nos separamos el uno del otro. Ella se apoya en una pared y yo agarro la espada del suelo a toda prisa y me doy la vuelta para atacar. Ninguna víbora me ataca. Las que están a mis pies se dispersan cuando doy un paso. Incluso la serpiente que cae de las vigas se aleja de mí. Suelto un suspiro y le paso a Ailesse la muleta.

—Eres un genio. —Le doy un beso en la mejilla.

Esboza una sonrisa fugaz. Agarra una antorcha de un candelabro. Los soldados deben haberla dejado encendida.

—Pronto amanecerá —me dice, y me pasa la antorcha—. Será mejor que te vayas mientras puedas.

Me tenso.

—Querrás decir que será mejor que nos vayamos.

Se encoge un poco como en las mazmorras. No me mira.

—Ailesse, mírame. —Espero unos segundos hasta que, por fin, levanta sus preciosos ojos. Son dorados a la luz de las antorchas, feroces e inquebrantables—. Tienes que venir conmigo —le pido—. No le debes nada al príncipe.

—Acaba de perder a su padre.

—Se ha estado preparando para eso. Todo el mundo sabía que al rey no le quedaba mucho en este mundo.

—Todavía hay que considerar las víboras. Si Casimir muere, yo muero y…

—Si hasta ahora ha sobrevivido a la noche, lo hará hasta el amanecer. Tú misma lo dijiste, está a punto de amanecer.

Exhala despacio.

—He perdido Luz, Bastien.

Se me revuelven las tripas.

—¿Qué?

—La Encadenada, también atacó a Casimir. Le quitó algo de Luz y, cuando eso ocurrió, también drenó de la mía.

Durante un segundo, no puedo respirar. Pensar en Ailesse perdiendo su alma es horrible.

—¿Es-estás bien? —Todo el mundo necesita Luz, pero para las Leurress es aún más importante. Si no pueden obtenerla regularmente de la luz de la luna y las estrellas de Elara, mueren de hambre y se vuelven débiles. Y nadie recupera la Luz que le roba un Encadenado —. ¿Cuánta perdiste?

—No mucha. Estaré bien. —Aprieta la mandíbula—. Pero ¿no lo ves? Tengo que quedarme aquí hasta que pueda encontrar mis huesos de la gracia. Entonces, en la próxima noche de travesía, podré hacer que los Encadenados se vayan. —Se yergue más—. Lo arreglaré todo cuando mi *famille* vuelva a aceptarme como *matrone*.

La miro fijamente, con el pulso acelerado. Me quitaron a Ailesse en el puente del alma y he vuelto a ella a duras penas.

—¿Quieres que te deje aquí con todos los Encadenados sueltos y tu alma perdiendo Luz cada vez que lo haga la de Casimir?

Entrecierra los ojos ante mi tono mordaz.

—Luchar contra los Encadenados es para lo que me he entrenado toda mi vida.

Me pican los ojos. Estoy furioso con ella. Estoy más furioso conmigo por no ser su *amouré*, aunque eso sea irracional e imposible y no solucione nada. Odio que se ponga en peligro para proteger la vida y el alma de otro chico, sobre todo cuando él está escondiendo sus huesos de la gracia.

—¿Cómo voy…? —Se me quiebra la voz. Respiro hondo—. ¿Cómo voy a dejarte marchar?

—Confiando en mí. —Parece tan desesperada como yo.

—Ailesse, por favor… —Se estremece cuando me acerco a ella y da un pequeño paso atrás. Siento que se abre una nueva brecha entre nosotros y no entiendo qué la ha provocado.

—Sabes lo que siento por ti, Bastien. Pase lo que pase, eso nunca cambiará.

—¿Pase lo que pase? —Un dolor horrible se apodera de mí—. ¿Qué quieres decir?

Mueve la cabeza como si tuviera que explicarme algo, pero ni siquiera sabe qué es. De repente, lo que la retenía se rompe. Se lanza hacia delante y me rodea con los brazos. Me abraza con fuerza, con los brazos temblorosos. Ni siquiera puedo retenerla con la antorcha y la espada en las manos. Aún noto que se está alejando. Resulta demasiado fácil imaginarla con una corona y sentada en un trono junto a Casimir. Nació para ser reina.

¿Eso es lo que sus dioses han planeado todo este tiempo? ¿Que ella gobierne a las Leurress y Galle del Sur? Entonces maldigo a sus dioses. Ailesse no es su peón, pero siguen impidiéndole avanzar a cada paso, obligándola a moverse en la dirección que ellos quieren. No la dejan ser dueña de su propia vida.

Pero ¿y si pudiera elegir? ¿Y si la vida de nadie más estuviera en juego? ¿Me elegiría a mí?

Toma una profunda bocanada de aire y me abraza.

—Vete, Bastien. —Roza mis labios con los suyos y se pone seria, como protegiéndose con un escudo. El pecho me duele de una forma insoportable. ¿Y si no vuelvo a verla?

Hago acopio de todas mis fuerzas para alejarme de ella. Deslizo la

espada por el cinto, me meto en el pozo y bajo los tres primeros peldaños de la escalera. Tomo una pausa. Me obligo a no mirarla. Hará que esta despedida parezca más definitiva.

—Cuando decidas irte de aquí…

—Me iré.

—… puedes encontrarme con Jules y Marcel en el apartamento de Birdine. —Le explico dónde encontrarlo, encima de Le Coeur Percé, en el barrio de los burdeles. El nombre de la taberna se traduce como «El Corazón Perforado». Qué irónico, maldita sea.

Bajo otro peldaño y mi fuerza de voluntad se va al traste. La miro. Tiene los ojos llorosos. Su pelo color caoba está enredado y alborotado por la humedad. Las serpientes se retuercen a sus pies, pero no se aproximan mucho, como si no pudieran acercarse a su belleza.

—Te quiero, Ailesse.

Suelta un suspiro entrecortado.

—Yo también te quiero, Bastien.

Me duele la garganta.

—Adiós.

Bajo hacia el pozo.

10
Ailesse

Agotada y con el corazón en un puño, por fin llego al tercer piso del Beau Palais y entro cojeando en el despacho del rey Durand. Pero Casimir no está. Suspiro. No me quedan fuerzas para buscarlo. Me digo que tiene que estar vivo, si no, yo no lo estaría. Además, ha amanecido. Las víboras se marchan, huyen tan rápido como llegaron, mientras tras las ventanas los rayos dorados del sol dispersan las nubes tormentosas. Esto debería ser esperanzador, pero no lo es.

Me derrumbo en una silla al lado de la cama con dos el del rey. Su cuerpo ya no está allí. Los criados se lo han llevado. Rezo porque su alma encuentre la paz, pero se me revuelve el estómago. No tiene alma.

Me inclino hacia delante sobre el colchón y pongo las manos sobre mis ojos llorosos. Puede que haya salvado a Cas de la Encadenada y a Bastien de las serpientes, pero el rey ha muerto… y seguramente varias personas más que estaban en el castillo. Nada de esto habría ocurrido si no me hubiera quedado tanto tiempo, si hubiera sido yo quien liderara a mi *famille*. Y, sin embargo, sigo aquí. Tengo que quedarme.

Una vez más, una horrible sensación de estar partida por la mitad se apodera de mí. Incluso puede que sea mi alma desgarrándose. Sabine sería capaz de decirme qué me pasa. Ella diría algo sensato y luego me haría reír. Esa es la cura que necesito.

Ailesse… Ailesse…

¿Madre?

Su voz sedosa me llama, pero está atenuada, como si estuviera bajo el agua. ¿Me habré dormido? No puedo verla, así que avanzo hacia el sonido. Todo a mi alrededor está negro como en las catacumbas, sin luz de luna ni de estrellas, hasta que aparece el rostro de Odiva, increíblemente hermoso. Lleva puesto sus cinco llamativos huesos de la gracia y su vestido azul zafiro se mueve igual que las puntas de su pelo negro.

—Ailesse, mi primogénita —dice—, mi feroz y fiel hija.

Me siento liviana a pesar de que intento mantener los pies sobre la tierra. Debo de estar soñando. Esto es una ilusión. Mi madre nunca sonreía con tanto afecto. Nunca me elogió con tanta facilidad, no a mí.

Intenta alcanzar mi mano. Me acerco, aunque sé que no debería. ¿Cómo es posible que aun quiera su amor?

Nuestros dedos casi se tocan cuando un pájaro grazna y vuela entre las dos. La lechuza plateada. Bate las alas una vez y mi madre se desvanece. En su lugar, aparece una corona que no me resulta familiar, hecha de plumas de ónice talladas y brillantes rubíes. El Beau Palais se eleva tras ella y las plumas y rubíes de la corona se multiplican, tiñendo de negro y rojo las paredes de piedra del castillo.

—Ailesse… Ailesse… —Ya no es la voz de mi madre—. Ailesse…

Alguien me da un empujoncito en el hombro. Me sobresalto y abro los ojos. El rostro preocupado de Casimir se inclina sobre mí. Me aparto de la cama del rey. Me mareo.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¿Qué si estoy bien? —Se ríe, miserable y exasperado—. ¿En qué estabas pensando yéndote corriendo así?

—Lo… lo siento. —Sigo dándole vueltas a mi sueño y preguntándome qué significa. Tardo un momento en darme cuenta de que sus ojos están inyectados de sangre y su postura luce cansada. Hace apenas unas horas perdió a su padre en esta misma habitación y luego atacaron el castillo. Murió más gente. No puedo ni imaginar lo que debe sentir ahora.

—Esta noche me has llamado tu *amouré* —dice cuando estoy a punto de preguntarle cuántas bajas ha habido.

Se me revuelve el estómago. No puedo mirarle a los ojos, así que me miro las manos.

Noto sus ojos sobre mí, estudiándome.

—Estoy harto de que finjas que eres una chica normal. Estoy más harto aún de que te esfuerces tanto en creértelo. No hay nada en ti que sea normal, Ailesse. Lo he sabido desde el momento en que volví a verte en aquel puente de la caverna. Tú, tu madre y tu hermana… Todas tenían un poder que no comprendía.

—Hablas de almas encadenadas y de Luz que pueden robarte para siempre —continúa cuando ve que sigo callada. La voz se le entrecorta y es incapaz de hablar durante un rato. Levanto la vista y lo veo mirando el lugar hundido en la cama donde murió su padre—. ¿Qué significa todo esto? —Me mira a los ojos—. ¿Quién…*, qué*… eres?

Una parte de mí quiere contárselo. ¿La verdad sería reconfortante? Pero no puedo. Ahora, Casimir es rey. ¿Qué haría con su poder si supiera que soy una de las cuarenta y seis mujeres y niñas con magia de huesos peligrosa? ¿Que una *famille* vive dentro de las fronteras de su reino? ¿Confiaría de verdad en mí, una Leurress nacida y criada

para transportar a los muertos, una chica que debe ganarse ese derecho mediante el sacrificio de su *amouré*? ¿De él? Incluso teniendo mis huesos de la gracia, no confía en mí.

—Soy una amiga —le digo—. Espero habértelo demostrado esta noche.

Me observa, mordiéndose con suavidad el labio inferior.

—Sí, lo has hecho. Y creo que ya es hora de que yo también demuestre que soy tu amigo. —Juguetea con el anillo enjoyado que lleva—. Eso si antes puedes perdonarme.

—¿Perdonarte por qué?

—Por mentirte. —Toma aire y cruza la habitación hasta un armario de caoba. Abre una especie de cajón trampa y saca un pequeño bulto de su interior. Reprimo un grito ahogado cuando me doy cuenta de que se trata de un monedero de cuero atado al cordón de un collar—. Nunca perdí tus huesos de la gracia —confiesa, caminando de nuevo hacia mí.

Se me acelera el corazón. Me pongo en pie de un salto. Me duele la rodilla vendada, pero no me importa. Agarro la bolsa con dedos torpes y me paso el cordón por la cabeza. Mis gracias se apoderan de mí como una explosión de sensaciones. Cierro los ojos e intento asimilarlas.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Cas con timidez.

Su cercanía zumba a lo largo de mi columna vertebral y despierta mi sexto sentido de tiburón tigre. Me siento boyante como un halcón, en equilibrio como un íbice y revitalizada como un tiburón. Me siento como tengo que sentirme, en armonía con tres animales poderosos e increíbles.

—Completa —respondo y respiro hondo. Ahora todo va a salir bien. Podré proteger a Cas hasta la próxima noche de travesía, luego me iré de aquí y estaré con Sabine y mi *famille* y…

Se me hiela la sangre.

—Cas —siseo, agarrándolo del brazo—. Ponte detrás de mí. Ya.

No lo hace. Desenvaina la daga y se gira para encarar la habitación, preparado para cualquier peligro. Pero no tiene mi visión de halcón peregrino. No puede ver la llamarada de *chazoure* a metro y medio de él: el alma de un hombre calvo, demacrado y con la espalda encorvada. La expresión del hombre es solemne, pero también severa. Espero ver cadenas a su alrededor, pero no hay ninguna.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto.

Ladea la cabeza hacia mí, como si le sorprendiera que pudiera verle.

—Los rumores se propagan rápido entre los muertos —dice, con voz ronca—. El rey Durand por fin ha muerto, así que he venido a echarle un vistazo a su hijo. A ver si está preparado para el trabajo.

Cas se tambalea, sorprendido por la voz sin cuerpo.

—Claro que lo estoy. Yo…

—No le hables —susurro y agarro la muleta. Encadenado o Desencadenado, el hombre me da mala espina. Es probable que fuese uno de los disidentes de Dovré cuando vivía—. Su Majestad necesita tiempo a solas para rezar en busca de orientación divina —le digo, recordando lo que Cas dijo ayer: «Los disidentes creen que la última plaga fue una señal del descontento de los dioses con el rey Durand. No quiero que piensen que Casimir también dejó de ser de su agrado»—. Por favor, respeta su intimidad.

Cas y yo avanzamos con cuidado por el pasillo. Los ojos del hombre demacrado siguen nuestros movimientos. Con un poco de suerte, no nos seguirá. Cuando lo pierdo de vista, suelto un suspiro contenido.

—¿Era otro Encadenado? —susurra Cas.

No contesto. De repente, tengo la boca seca. En el pasillo, dos almas más se acercan hacia nosotros. Cuatro más vienen por detrás. Algunas llevan túnicas opulentas. Otras, ropas sencillas. De tres cuelgan pesadas cadenas *chazoure*. El corazón me late con fuerza. ¿Cuántos muertos se han reunido en este castillo antes de que pudiese verlos?

—Quédate detrás de mí —le murmuro a Cas. Voy hacia la izquierda, hacia las dos almas que se acercan. Una de ellas es una Encadenada, pero eso es mejor que nuestras probabilidades en la otra dirección. No los miro directamente, rezando para que nos dejen pasar sin incidentes.

La Desencadenada, una mujer joven, vuelve la cabeza hacia Cas y se burla.

—No se merece ser tan guapo.

Cas se da la vuelta.

—¿Has oído eso?

El Encadenado curva el labio.

—De poco vale ser guapo si los dioses escupen sobre tu linaje.

—Deberían maldecirlo igual que a su padre. —Los ojos *chazoure* de

la joven brillan con frialdad—. Habría vivido para cuidar de mi hijo si la dinastía Trencavel no hubiera provocado la plaga.

Me doy cuenta de que son más disidentes, difuntos que por fin pueden entrar en el Beau Palais y enfrentar a la monarquía.

Las fosas nasales de Cas se agitan.

—Mi padre era un hombre devoto. No provocó nada.

—¿Ah sí? ¿Y su hijo? —El Encadenado se cruza en el camino de Cas. Cas tropieza con él—. Podría probar qué piensan los dioses de ti en realidad, extraer un poco de esa alma orgullosa y averiguarlo.

—¡Atrás! —Empujo al Encadenado con la muleta.

Se ríe entre dientes.

—Así que la chica guapa puede vernos. Me pregunto dónde esconderá sus huesos. —Mira la bolsa que llevo colgada del cuello e intenta arrebatármela. Lo esquivo y agarro el brazo de Cas. Las otras cuatro almas se acercan en tropel. Nos damos prisa y avanzamos por el pasillo. Las almas quedan justo detrás de nosotros. Ahora se les ha unido el hombre de rostro demacrado de los aposentos del rey.

Llegamos a un lugar donde una barandilla lustrada da a una sala de estar cubierta de terciopelo. Me pongo nerviosa. Al menos siete almas más deambulan por allí abajo. No pueden ser todo disidentes. Dos van vestidas como sirvientes y siguen en silencio a los sirvientes vivos que han vuelto a sus tareas con cuidado. Las otras cinco ven a Cas y se dirigen hacia la escalera que conduce a este piso.

—Hay demasiadas —jadeo. ¿Por qué pensé que podría protegerlo *aquí*? No tenía ni idea de que el movimiento rebelde estuviera ganando tanto impulso en Dovré. Si ya han muerto tantos, débiles por haber perdido la Luz, debe haber muchos más que todavía viven—. Tenemos que irnos.

—¿Irnos? —Frunce el ceño.

—Aquí no puedo mantenerte a salvo.

—Pero soy el rey.

—¡Exacto! —Golpeo con la muleta a una Encadenada que se le acerca—. Y los disidentes no quieren a ningún Trencavel en el trono. Intentarán matarte y no puedo matarlos. Ya lo están.

Lo empujo del brazo para que se mueva, pero se resiste.

—No, Ailesse. Acaban de atacar el castillo y lo amenzan. No puedo comenzar mi reinado huyendo.

Su bravuconería es exasperante.

—Sería solo hasta la próxima noche de travesía. —Solo faltan dos

semanas, si me atrevo a usar otra vez el frágil puente de la caverna.

—No tengo idea de qué significa eso.

El hombre demacrado se acerca.

—¿Crees que un arma elegante grabada con el sol de Belin probará tu valía, muchacho? —Acaricia un símbolo en la daga enjoyada de Cas —. No puedes limitarte a aparentar. Tienes que estar ungido de verdad por los dioses.

Vuelvo a tirar de él.

—Ven conmigo —le suplico—. Confía en mí. —Lo llevaré bajo tierra, lo esconderé como me escondí con Bastien.

—¿Confiar en ti? Ni siquiera me explicas lo que eres.

Las otras almas se acercan, burlándose de él. Huelen su pelo, tocan su ropa cara, murmuran como un enjambre de insectos. Mi sexto sentido se arrastra con ellas. Cas lucha por mantenerse quieto, sin dejar de mirarme. El sudor me recorre la piel. Tengo que decírselo.

—Soy una Hechicera de Huesos.

—Eso no me dice nada.

Los cuatro Encadenados lo rodean como si fuesen tiburones tigre. La adrenalina me recorre por las venas. Meto la mano en la manga y saco mi cuchillo de hueso. No queda tiempo para discutir. Mi *amouré* es más testarudo que yo.

Con la velocidad de un halcón, muevo el cuchillo y ubico su filo en el cuello de Cas.

—Soy la chica que se supone que debe matarte. —Mi voz azota como un látigo—. Y si no vienes conmigo ahora mismo, te juro que lo haré.

11
Sabine

Nerviosa canto una canción del folclore gallés mientras contemplo el Beau Palais desde Castelpont. ¿Es Castelpont? El lecho del río bajo este puente debería estar seco —lo ha estado durante más de una década—, pero ahora fluye con agua brillante. Las víboras de los prados se deslizan por su corriente como si fueran anguilas. Otras se posan en las piedras del puente, que empiezan a calentarse con el sol de la mañana.

No lo entiendo. El amanecer debería haber dispersado las serpientes. Echo un vistazo al camino que lleva a las puertas de la ciudad. ¿Dónde están Ailesse y Bastien? Ya deberían haber escapado. Se suponía que vendrían a reunirse conmigo aquí.

Alguien se está riendo de mí. Me acerco a la baranda y observo mi reflejo en el agua. *Nunca les dijiste que se encontrasen contigo aquí*, me dice mi reflejo. *Estás soñando, Sabine*. Hay un halo dorado alrededor de mis iris marrones y una hilera de dientes afilados como cuchillos que se deslizan sobre mi labio inferior. Puede que sí esté soñando. Las gracias no pueden provocar cambios físicos como estos. *De todas formas, es mejor que duermas ahora. Deberías esconderte de las muertes que provocaste anoche*.

Me alejo de la baranda. La rabia me cierra la garganta.

—No pretendía matar a nadie.

—Te creo.

Me sobresalto. La voz que me responde ahora es sedosa y más escurridiza que las víboras que sisean a mis pies.

—¿Madre? —pregunto, aunque no la veo por ninguna parte.

—Estoy esperando para consolarte. Ven a mí, mi dulce niña.

Al oír sus palabras, un chacal dorado se abalanza sobre el extremo oeste del puente. Me aúlla, entonces se oye un chirrido en el extremo este, donde vuela la lechuza plateada y se posa en un poste. Ambos animales me hacen señas, pero sigo al chacal. Es de Tyrus y mi madre vive en el reino oscuro del dios. Tengo que decirle que me deje en paz.

No vayas, Sabine, ella no te molestará.

Estoy hablando otra vez conmigo misma, mas no confío en mí.

Me alejo con el chacal. No importa lo rápido que corra, yo le sigo el ritmo. Su velocidad es mi velocidad. Su resistencia es mi resistencia.

Me lleva a la hondonada junto al arroyo donde lo enterré. Mi madre está de pie sobre su tumba sin nombre. Su pelo negro y su

vestido azul zafiro ondean como cuando estaba detrás de la Puerta de agua.

El chacal se sienta a su lado. Hunde sus pálidos dedos en su pelo dorado.

—Mi pobre hija —me dice Odiva—. Te advertí que el chacal jugaría con tus debilidades.

—¿Acaso fue una debilidad enviar un ejército de víboras de la pradera al Beau Palais? —respondo indignada.

—¿La temeridad es una fortaleza? —Sus labios ensangrentados se curvan en lo que parece una sonrisa—. Querías enviar un nido de serpientes látigo galas. Una Leurress debería ser más lista.

—Al menos ahora tengo otra gracia formidable.

—La cual no era prudente reclamar cuando aún no has dominado tu tercera gracia. —Cuando rasca más al chacal dorado empieza a gotearle sangre de las uñas.

—Ahora soy *matrone*. Yo decidiré qué medidas deben tomarse por el bien de la *famille*.

Odiva suspira y se arrodilla sobre el montículo. Su cabello negro ondea y se abre en forma de abanico alrededor de sus hombros.

—Si Ailesse y tú pudierais sentir la fuerza del amor de vuestra madre… —Empieza a cavar un hoyo, sacando la tierra con la mano— …comprenderíais que quiero lo mejor para vosotras.

—Amor —me burlo—. No conoces el significado de esa palabra.

Otros tres puñados de tierra. De alguna manera, el agujero ya tiene medio metro de profundidad.

—Hablas como Ailesse. —Su voz es ligera, pero sus ojos fríos—. Me reprendió por lo mismo, incluso después de que le perdonase la vida innumerables veces.

—Te habría reprendido más si hubiera sabido todas tus traiciones. —Mi hermana se angustió bastante cuando se enteró de que Odiva había pactado con Tyrus para resucitar a mi padre. El pacto se hizo a costa de la vida de Ailesse. No supe cómo decirle que nuestra madre también había sacrificado miles de almas que estaban destinadas al Paraíso. Un intento inútil para apaciguar al dios. Me yergo—. He venido a decirte que nos dejes en paz.

El agujero ya tiene un poco más de un metro de profundidad, aunque Odiva apenas ha movido un dedo.

—Pero soy la única que puede ayudarte. Déjame hacerlo, dulce Sabine. El chacal es una carga demasiado grande para soportarla tú

sola.

—No quieres compartir mi gracia; quieres robármela. Y no quieres ayudar a Ailesse; quieres cambiar su vida por la de mi padre.

Un metro y medio de profundidad.

—Es el chacal quien alienta esas dudas. Cuidado con su astucia. Te matará, hija.

Entonces me doy cuenta de que el chacal dorado ha desaparecido del lado de mi madre. El sonido del batir de unas alas capta mi atención. Justo al pasar el arroyo de la hondonada, la lechuza plateada se eleva e intenta volar hacia mí, pero queda atrapada en el aire por una fuerza invisible.

Casi dos metros de profundidad.

—Ven a ver su cadáver —dice Odiva.

Aunque no quiero mis pies se deslizan hacia delante por la hierba y la tierra removida. Me inclino sobre el agujero que mi madre ha cavado en apenas unos segundos. No solo es profundo, sino también largo. Deja al descubierto la longitud del cuerpo del chacal, pero no es el chacal.

Soy yo.

Llevo mi vestido blanco para transportar a los muertos, pero está rasgado con marcas de garras llenas de sangre. Mi piel aceitunada se ha vuelto del color del agua salobre y mis rizos negros están llenos de suciedad. Me salen gusanos por la nariz y la boca. Lo peor es que tengo los ojos abiertos y cubiertos de una espeluznante capa blanquecina. Me tambaleo hacia atrás con la mano en el vientre. Voy a vomitar.

—¿Ahora lo ves? —Mi madre se pone en pie. Su vestido flota alrededor de sus tobillos—. Este es el destino que deseo evitar. Lo único que tienes que hacer es traerme a Ailesse la próxima noche de travesía. Puede ser en luna llena. Puedes abrir las Puertas en el puente de la caverna.

—¿Por qué la necesitas para ayudarme con las gracias de mi chacal?

—¿No es tu hermana el centro de tu debilidad? —La lechuza plateada chilla, pero mi madre no la mira—. Piensa en todas las cosas terribles que has hecho para salvarla. —Mi madre ladea la cabeza—. Quizá tengamos más en común de lo que crees, Sabine.

—No. —Doy un paso atrás.

—Ailesse solo tiene que tocarme la mano para liberarme. —Se

acerca. Yo me alejo. La lechuza plateada chilla implacable—. Entonces podré ayudarte a soportar la gracia del chacal. Podré salvarte.

Intenta acariciarme la cara.

—Aléjate. —Retrocedo—. No necesito que me salven. Puedo sobrellevar esta gracia yo sola.

Me doy vuelta y corro hacia el bosque. Mi madre no me sigue. Miro por encima del hombro y capto el destello de su sonrisa victoriosa. Se me desencaja la mandíbula. Ha estado jugando conmigo, mostrándome cosas horripilantes que no son reales, inventando mentiras para que sacrifique a mi hermana. Tiene que estar loca.

La lechuza plateada se abalanza sobre mí, por fin libre. Me araña el oído, yo la ahuyento. No necesito que me diga lo que tengo que hacer. Corro más rápido, paso un bosquecillo de árboles, luego bajo un barranco, atravieso otro arroyo y subo una colina. Me doy cuenta de que estoy cazando. Necesito un quinto hueso de la gracia, algo que me dé poder contra la influencia del chacal. La víbora de los prados solo le da la razón, y el atajacaminos y la salamandra son tímidos.

Ahora estoy en el bosque. El follaje de abetos y pinos es tan espeso que tapa el sol. Hay un destello de luz a mi izquierda. Es demasiado cálido para ser *chazoure*. Debe ser mi nueva visión térmica. Las víboras de los prados la usan para cazar. La luz que acabo de ver era un animal.

Me desvío hacia él y acelero el paso a la velocidad de un atajacaminos. Una lanza con una punta de hueso ritual aparece en mi mano. ¿La he estado sosteniendo todo este tiempo?

Estás soñando, Sabine, me recuerdo. Ese conocimiento desata un espíritu salvaje en mi interior. Si estoy soñando, puedo ser despiadada y violenta.

Lanzo un grito gutural. Descargo furia contra mi madre. Grito a las mayores de mi *famille* que no creen en mí, a la lechuza plateada que nunca se explica lo suficiente, a los Encadenados que no puedo matar. Le grito a Jules por perder tanta Luz, a Bastien por dejarse arrestar, a Ailesse por romperse una pierna y ser mejor que yo en todo. Me arde la garganta de tanto maldecir a Casimir. Si fuera mi *amouré*, ya lo habría matado.

Sigo persiguiendo el calor del animal. Sea lo que sea, es grande y rápido. Huelo su olor embriagador, su dominación poderosa. Quiero todo eso.

Hago callar la voz del fondo de mi mente que me suplica: *Ten*

cuidado, Sabine. Sé paciente. Te dijiste a ti misma que elegirías un animal con más prudencia.

No puedo. Necesito más gracias ya. Tiemblo ante el impulso incontenible de matar. No sé si se debe a la sed de sangre del chacal o a mi desesperación por tener más poder contra él.

El animal salta sobre un profundo risco en la tierra. Yo también salto. Se lanza de un lado a otro, zigzagueando entre los árboles y abriéndome un camino de fuego. Lo sigo hasta que el bosque se estrecha abruptamente en un claro y el animal salta a la hierba salvaje. Su pelaje rojizo brilla a la luz del sol. Por fin tengo espacio. Apunto. Tiro la lanza con la fuerza de la gracia.

El animal cae al suelo. Aprieto los dientes y salgo corriendo tras él. Apenas veo qué es, solo me doy cuenta de que aún respira. Saco la lanza y vuelvo a apuñalarlo. Unos ojos aterrorizados parpadean. Grito. Chillo. Sigo apuñalando. *Muere, bestia*.

Las lágrimas me nublan la visión. Me odio por la emoción de la adrenalina en mis venas, por el fracaso que soy estando al frente de mi *famille*, por matar a cada una de las criaturas que me han dado sus gracias: mi cuchillo de hueso atravesando la columna vertebral de la salamandra de fuego, mi flecha perforando el pecho del atajacaminos, el cuchillo de hueso de Ailesse penetrando el corazón del chacal dorado, la hoz de Odiva decapitando a la víbora de los prados, y ahora esta lanza —¿también es de mi madre?— atravesando el costado de un ciervo rojo.

Lo veo como lo que es ahora. Un ciervo. Majestuoso, con dieciséis puntas en su cornamenta, seguro que es el rey de este bosque. Y ahora está muerto, casi destripado por culpa de mi ataque. *No llores, Sabine*. No soy la dulce niña de mi madre o la frágil hermana de Ailesse. Soy más que la segunda en nacer, la segunda mejor. Soy *matrone*. Y merezco serlo.

Me hago un corte en la palma de la mano, marcada ya cuatro veces por haber reclamado mis otras gracias. Presiono la cornamenta del ciervo rojo contra mi sangre. Una oleada de nuevas gracias, audaces y orgullosas, fluyen dentro de mí… y son las que me rompen.

Un gemido me sale del pecho y caigo de rodillas. He robado una vida, una vida poderosa y noble. He sacrificado, igual que mi madre sacrificó miles de almas.

Me miro. Estoy descalza y aún llevo puesto el vestido con el que me quedé dormida en Château Creux. Está manchado y salpicado con

la sangre del ciervo.

Pero solo estás soñando, Sabine. Solo estás soñando.

Abro los ojos —no, ya estaban abiertos— y todo está como estaba. Estoy arrodillada junto a un ciervo degollado y mi vestido exhibe la culpa con manchas carmesí.

Me trago un ardor enfermizo en la garganta. Quizá estaba soñando cuando hablé con mi madre, pero ahora estoy muy despierta. Y he matado por quinta vez.

Para bien o para mal, he reclamado mis cinco huesos de la gracia.

12
Bastien

Me froto la espalda dolorida y me meto en un callejón estrecho. Me arde la herida, los pulmones y estoy mareado por la mordedura de la víbora. *Merde*, echo de menos a mi antiguo yo. He entrenado la mayor parte de mi vida para luchar contra poderosas Hechiceras de Huesos. Ahora apenas puedo correr más rápido que dos soldados comunes.

—¡Se ha metido en ese callejón! —grita uno de ellos.

Gruño. Tengo que quitármelos de encima. Estaban cerca del pozo del castillo, vigilando las minas. Solo los rocé al pasar cuando salté por un hueco. No esperaba que me siguieran hasta aquí, pero son más testarudos que una horda de Encadenados.

Salto a un barril y trepo por tres hileras de cuerdas para tender la ropa. Las corto con la espada a medida que asciendo. La ropa mojada y las cuerdas caen sobre los soldados. Las apartan y me maldicen.

Me cuelo por una ventana abierta, saludo con la cabeza a una anciana que está amasando una pasta y atravieso a toda velocidad su apartamento. Una escalera destartalada que hay en el pasillo me llama la atención. Subo los peldaños de dos en dos casi sin aliento. Los soldados gritan desde abajo. Ya están en el edificio.

Abro la puerta de una patada. Estoy en el tejado. Las agujas derruidas de Chapelle du Pauvre están a la vista, a menos de cuatrocientos metros. Salgo corriendo hacia las ruinas de la iglesia. No tengo tiempo de volver al apartamento de Birdine. Los soldados me han seguido en dirección contraria al barrio de los burdeles. Ahora estoy en otro barrio pobre, al oeste de Dovré.

Aparecen en el tejado. Corro más rápido y calculo la distancia hasta la siguiente azotea. Nunca conseguiré saltar. Busco a mi alrededor un tablón de madera, una cuerda o un asta. Me meto la espada en el cinturón, me dirijo hacia el asta y la arranco de su soporte. No me molesto en arrancar la bandera de Dovré hecha jirones; corro hacia el borde del tejado, dispuesto a impulsarme. Pensándolo mejor, prefiero vivir.

Coloco el mástil como un puente entre los tejados. Me cuelgo del poste y me arrastro a través de él. Necesito más fuerza de la que esperaba. Me duelen los brazos. Tiemblo al agarrarme. El poste rueda a derecha y a izquierda. *Vamos, Bastien.*

Las botas de los guardias se acercan. Estoy casi en la azotea de al

lado. El poste se mueve. Han agarrado el otro extremo. Me lanzo hacia el tejado y suelto el poste. Lo lanzan al callejón. Choco contra el edificio. Me agarro del borde del tejado. Trepo, jadeando.

Los soldados me maldicen. Me levanto y hago una reverencia.

—Ha sido un verdadero placer, chicos. Más suerte la próxima vez.

En cuanto me doy la vuelta, mi sonrisa desaparece. Me palpo la espalda y hago una mueca. Tengo la herida húmeda y los dedos manchados de sangre. *Merde*.

Voy en dirección a la iglesia abandonada. Gracias a los dioses, los tejados que conducen a ella están más juntos que los dos anteriores. Necesito un sitio donde descansar.

Una vez adentro de la capilla, me dirijo a la habitación que hay detrás del altar. La alfombra deshilachada está doblada, pero la trampilla que hay debajo sigue oculta. Ahogo una punzada de malestar, echo hacia atrás la alfombra y bajo por la escotilla.

En el sótano, enciendo una vela (no encuentro el farol que suelo esconder aquí abajo) y abro la puerta que conduce a las catacumbas y a mi escondite secreto.

Los pasillos recubiertos de huesos no tardan en abrirse a una antigua cantera de piedra caliza. Luego de la muerte de mi padre, este lugar fue mi hogar durante dos años. Cuando conocí a Jules y a Marcel, rara vez volvía aquí y, cuando lo hacía, venía solo. Todo lo que perteneció a mi padre me lo traje conmigo. Al menos, todo lo que pude salvar. Los funcionarios subastaron los pocos objetos de valor que poseía para pagar sus deudas. No quedó dinero para enterrarlo, así que arrojaron su cuerpo a una fosa común sin nombre. No soporto pensar en él allí, por eso pienso en él aquí.

Bajo por la escalera del andamio ubicado en el borde del foso de doce metros. Cuando mi padre no podía pagar piedra caliza para esculpir, venía aquí a extraer sus propios bloques. A menudo le hacía compañía. Me contaba historias de la Vieja Galle entre los golpes de cincel y martillo. A mí me parecían mitos. Tal vez mi padre también lo creía, o nunca me habría hablado de las Hechiceras de Huesos. No sabía ni la mitad. Yo tampoco, incluso después de haber estudiado con Jules y Marcel. Nada podría haberme preparado para Ailesse.

De repente, me duele el pecho y me cuesta respirar. *Ailesse*… Apoyo la frente en uno de los travesaños de la escalera. Cuando cierro los ojos, veo su hermoso rostro. Recuerdo el último beso que me dio en la torre del pozo. No puedo creer que se quedara. Menos aún que la

haya dejado atrás de verdad. Seguiré haciendo lo que sea necesario para protegerla. Eso no ha cambiado. La ayudaré a sobrevivir a su vínculo entre almas. La convenceré de que acepte que Casimir tiene que morir.

Acomodo la mandíbula y bajo por la escalera del andamio hasta llegar a una estancia en la cantera de dos metros y medio por tres, abierta a la fosa por un lado. Me quedo helado. El farol que falta está encendido y descansa en medio del suelo. Apenas proyecta luz suficiente para llenar el espacio. Una fracción de segundo después, veo quién yace en la base de la pared del fondo, bajo el relieve que mi padre talló de Château Creux. Un chico. No, un chico no. Un rey.

Me saco la espada del cinturón y entro en la habitación. El cariño que sentía hace un momento ha desaparecido. Me corre fuego por las venas.

—¿Qué demonios haces aquí?

Casimir se sienta de golpe, toda una hazaña si se tiene en cuenta que está atado de los hombros a los tobillos con una cuerda resistente. Me mira con una expresión pétrea, con los ojos entrecerrados.

—Te has escapado.

—Claro que… —*Espera un momento. Si él está aquí, entonces…*

Me doy la vuelta y grito hacia el foso.

—¡Ailesse! —Se me acelera el pulso. No veo lo bastante lejos. La luz de mi vela solo ilumina unos metros en la oscuridad—. ¿Estás ahí abajo? —Es la única persona que conoce este sitio.

—Se ha ido. —Casimir suspira, cansado—. Ha salido a buscarte.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Por qué no te llevó con ella? —Le dije dónde encontrarme si salía de Beau Palais: en el apartamento de Birdine.

Hace un gesto de dolor mientras se pone cómodo.

—Parece que estoy más seguro bajo tierra.

Lo estudio intentando resolver el rompecabezas. Si Ailesse se negó a dejar el castillo conmigo, ¿qué la hizo cambiar de opinión?

—¿Ha vuelto a atacarte un Encadenado?

Alza las cejas.

—¿Sabes lo de los Encadenados?

—Luché contra ellos yo mismo.

—Pero, ¿cómo sabes que me atacaron?

No le contesto, no hace falta que lo haga. El momento en que se da cuenta de cómo lo sé queda claro por su suspiro y la inclinación de su

boca hacia abajo.

—Ailesse fue quien te ayudó a escapar.

Sonrío.

—Bastante impresionante teniendo en cuenta que iba con una muleta todo el tiempo. Lo que es más difícil de entender es cómo te sacó del castillo. —Inclino la barbilla hacia las ataduras—. Por lo que parece, no viniste por voluntad propia.

—Sí, bueno, estoy seguro de que sus huesos de la gracia le dieron ventaja —refunfuña.

—Así que se los devolviste. —Me río por lo bajo—. Hace de ti lo que quiere, ¿eh?

La sonrisa de Casimir es tensa y tiene los labios finos.

—No soy el único que ha tomado medidas extremas por ella.

Noto un tic en la mandíbula.

—No haga como que tenemos algo en común, Su Alteza. —Envaino la espada y atravieso la estancia a grandes zancadas hacia la pared de la derecha, en dirección a la repisa con las estatuillas de mi padre. Pongo la vela junto a la estatua del delfín, un regalo que talló para mí. Me aseguro de que no la han movido. Tengo los nervios a flor de piel. No puedo creer que Casimir esté aquí. Murmura algo mientras revuelvo una caja en busca de algo para beber—. ¿Qué has dicho? —Me doy la vuelta y lo fulmino con la mirada.

—Ahora es Su Majestad —murmura, no hay orgullo en su voz—. Mi padre está muerto, lo asesinaron esos Encadenados despiadados.

Se me revuelve el estómago. Me muerdo el interior de la mejilla, luchando por contener el odio. Es difícil cuando conozco el dolor que hay detrás de su expresión amargada y rota. He vivido con ello durante ocho años.

Me meto las manos en los bolsillos. Cambio el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Mi… mi padre también fue asesinado.

Despacio, Casimir frunce el ceño. No dice nada durante un buen rato, se limita a mirarme con los ojos un poco más abiertos. Intento apartar la mirada, pero no puedo. Es como cuando encontré a Jules y a Marcel después de lo que me pareció una eternidad. Ellos me entendieron. También les habían robado a su padre.

—¿Por otro Encadenado? —Por fin, Casimir sube la voz, pero me lo pregunta con un tono de voz tranquilo y solemne.

Niego con la cabeza y me siento a un metro y medio de él, apoyo

la espalda en la pared de la esquina.

—Por una Hechicera de Huesos.

Traga saliva y asiente.

Volvemos a quedarnos en silencio. El espeso aire de la cantera subterránea hace el silencio más pesado hasta que él habla.

—Podrías dejarme ir.

Me río por lo bajo.

—Dice el que me arrestó.

—Se te retirarían todos los cargos, claro está.

—Ailesse te trajo hasta aquí por un motivo. Tengo que respetarlo.

—Planea tenerme aquí secuestrado hasta la luna llena.

—Si los Encadenados están detrás de ti, tiene sentido.

—Me perderé el funeral de mi padre.

Se me revuelven las tripas.

—Eso no podemos remediarlo.

La compostura de Casimir se quiebra.

—¡Soy el puto rey! —grita—. ¡Tengo que irme a casa! Ni siquiera me han coronado aún. Alguien tiene que dirigir este país. Los muertos nos asolan, las guerras fronterizas van en aumento y Galle del Norte es una amenaza constante, por no hablar de una creciente multitud de disidentes ansiosos por verme derrocado. Si mis enemigos descubren que el trono está vacío, aprovecharán la oportunidad y atacarán con todo.

—Ese no es mi problema.

Me mira con incredulidad.

—Cierto. Seguro que un ladrón como tú nunca ha tenido que pensar más allá de cuidarse a sí mismo.

Lo miro con el ceño fruncido. *¿Qué sabe él de vivir en la calle?*

—Guárdate tus argumentos para Ailesse. No iré contra ella en esto.

—Ailesse es una Hechicera de Huesos, Bastien.

—¿Y?

Mira hacia el techo y niega con la cabeza despacio.

—Creo que quiere matarme.

Una punzada de compasión se apodera de mí. Conozco ese miedo. Yo también lo he sentido. Pero necesito desesperadamente que Ailesse viva. Y para eso, Casimir tiene que morir. No puedo darle falsas esperanzas. Ahora me entiende. Sabría que estaría mintiendo.

—Creo que tiene que hacerlo.

13
Ailesse

Siento un alivio enorme al ver un cartel pintado colgado de un soporte de hierro. Representa una daga atravesando un corazón. Le Coeur Percé. Por fin lo he encontrado.

Me protejo los ojos de la luz del mediodía y observo la taberna y su segundo piso. El edificio está reconstruido con unos extraños trozos de piedra caliza, mortero y vigas de madera, pero su aspecto austero se equilibra con la belleza de la madreselva trepadora y las contraventanas azul intenso. ¿Cuál de esas ventanas da al apartamento de Birdine? ¿Bastien está ahí dentro? Tengo que explicarle dónde tuve que llevar a Cas. No le gustará.

Cojeo hasta la puerta y me quedo apoyada en la muleta un segundo. ¿Debo llamar o entro sin que me inviten? Al crecer, nunca aprendí la educación de las personas ajenas a mi *famille*. Me muerdo el labio y decido llamar.

Justo antes de que mis nudillos golpeen la puerta, un hombre mayor con un gorro de punto la abre de par en par y pasa junto a mí, echándome una segunda mirada con las cejas levantadas. He tenido reacciones similares de otras personas en la ciudad. Quizá sea por el vestido. Tiro de las mangas sin hombros de mi vestido de terciopelo y brocado. Quizá sea demasiado moderno para todos los días. En cualquier caso, en el distrito de los burdeles nadie más viste así.

El hombre ha dejado la puerta abierta, así que entro cojeando. La luz del sol me rodea de motas de polvo, pero cuando cierro la puerta, el encanto que hallé fuera desaparece. Mi visión de tiburón tigre se adapta enseguida a la penumbra del interior. Estoy rodeada de roble, piedra y hierro desgastados por el hollín y la suciedad y no por la belleza fascinante de Château Creux.

Hay unas diez mesas o así repartidas bajo enormes candelabros de hierro, un hombre barbudo con un delantal mugriento está detrás de una barra que se mantiene en pie gracias a unos barriles enormes. A su espalda, las estanterías están llenas de botellas de líquido salobre y barriles pequeñitos.

—¿Qué trama ahora Madame Collette? —Tiene un acento gallés muy marcado, nada que ver con el de Cas, ni siquiera con el de Bastien.

Parpadeo.

—¿P-perdón?

Resopla y seca una jarra de estaño.

—Ahora viste a sus chicas como princesas, ¿o qué?

—No sé de…

—Vuelve a La Chaste Dame. —Golpea la barra con la jarra—. No quiero que le robes a mis clientes lo que tienen que pagarme.

Me quedo con la boca abierta. Ahora entiendo lo que quiere decir. Pasé por La Chaste Dame de camino aquí. Es un burdel, y no uno con muy buena reputación a juzgar por los comentarios subidos de tono que oí a los que merodeaban por allí.

En la taberna se oyen risitas. Echo un vistazo a las pocas personas que percibí con mi sexto sentido apenas entré: dos hombres, una mujer y —mis músculos se tensan— dos almas *chazoure*. Al menos no llevan cadenas.

—No trabajo para Madame Collette. —Cojeo hacia una escalera que pasa junto a la barra—. He venido a ver…

Alguien suelta un bufido desde arriba. Miro más allá de la barandilla del piso superior y veo que Jules me está mirando. O al menos una versión de Jules. Está mucho más delgada y tiene sombras oscuras bajo sus ojos color avellana.

—Aileen —se dirige a mí con el ceño fruncido—. Te dije que no vinieras nunca aquí.

¿*Aileen*? La miro con cara de idiota hasta que me lanza una mirada sutil, pero mordaz.

—Uh, lo… siento.

—No lo sientas. Vete. —Baja las escaleras.

—¿Conoces a esta chica? —le pregunta el barbudo.

—Es mi prima, pero tenemos prohibido hablar. Nuestros padres se llevan mal. —Jules me agarra del brazo y me empuja hacia la puerta principal, su agarre es más flojo de lo que solía ser—. No te acerques a este barrio o empezarás una guerra callejera —dice en voz alta para que todos la escuchen.

—De acuerdo —es mi mejor respuesta. Necesito una buena lección en barrios bajos.

Me sigue afuera y cierra la puerta de una patada.

—Deprisa —sisea, y me arrastra a un callejón estrecho al lado de la taberna—. Los soldados del príncipe te estarán buscando. Tenemos que escondernos. —Suspira y me echa un vistazo—. Deberías haberte puesto una capa con capucha. —Se mete por el callejón y me hace un gesto con la mano para que la siga.

La sigo cojeando.

—No tuve tiempo de cambiarme de ropa.

—No es solo por el vestido, Ailesse.

Me toco el pelo, lo tengo hecho un asco por la lucha contra las víboras y los Encadenados.

—Me bañaré antes de volver a salir.

Refunfuña.

—Eres insufrible, ¿lo sabías? Podrías ir vestida con harapos y empapada de barro y, aun así, llamarías la atención en Dovré.

No sé si decir «gracias» o «lo siento», así que no digo nada.

Cuando llegamos a la parte de atrás de la taberna, señala una puerta de madera deformada.

—Entra por esta puerta. A la izquierda verás una escalera. Sube hasta el desván y luego baja al segundo piso. La habitación de Birdine está en la esquina nordeste. Te veré allí. —Se apresura a volver por donde ha venido.

Sigo sus instrucciones rápido a pesar de la torpeza por la muleta. No tardo mucho en encontrar la puerta de Birdine y abrirla. Jules ya está dentro y me espera. Me empuja dentro de la habitación y cierra la puerta tras de mí.

Me doy la vuelta y observo la habitación, sencilla pero bonita, decorada con cortinas amarillas y un jarrón con vivas flores doradas, está claro que son añadidos de Birdine, aunque ella tampoco está aquí. La otra persona en la habitación es Marcel. Está tumbado en una cama junto a la ventana y dormita con un libro abierto en el regazo.

—¿Dónde está Bastien? —pregunto.

—Iba a preguntarte lo mismo. —Jules se cruza de brazos.

—Pero él me dijo que nos encontraríamos aquí.

—¿No escapó? —pregunta exigente—. Pensaba que las serpientes látigo que Sabine envió habrían…

—¿Serpientes látigo? Eran víboras de los prados.

—No parecían víboras de los prados.

—Murió gente, Jules —digo con énfasis—. Eran víboras.

Se pone blanca.

—No pretendía… Fue… fue un error. —Se pasa la mano por la frente y se aleja de mí—. Bastien ¿está…?

—Solo lo mordieron una vez. Lo ayudé a escapar.

—Entonces, ¿por qué no está contigo?

—Tenía… tenía que ocuparme de algunas cosas antes de irme del

Beau Palais.

—¿Cosas? —Jules frunce el ceño—. ¿Qué cosas?

Marcel se incorpora, tiene el pelo alborotado.

—¿Ailesse? —Esboza una sonrisa torcida—. Lo has conseguido. De nada por las serpientes látigo. —Se ríe y me guiña un ojo cansado—. Fue idea mía.

A Jules se le escapa una sonrisa miserable. Dejaré que ella le explique luego lo que se ha perdido.

—Tenemos que encontrar a Bastien —digo, rezando para que la rodilla deje de palpitarme. Todavía no puedo descansar—. Debe estar en peligro.

Jules se tensa.

—¿Lo siguieron?

—No que yo sepa, pero…

—¿No creerás que los Encadenados…? —Abre mucho los ojos.

Una oleada de ansiedad me recorre el estómago. No soporto imaginar que Bastien pierda Luz o, peor aún, su alma.

—¿Cómo sabes que están sueltos otra vez? ¿Te atacaron?

—No, me lo dijo Sabine.

¿Sabine? Olvido que mi hermana ha estado en contacto con mis antiguos secuestradores. Mis dos mundos no dejan de colisionar.

—¿Dónde está?

—Con tu *famille* —responde Jules—. También está muy ocupada con los Encadenados.

El calor me quema las mejillas. Todavía no puedo creer que Sabine sea *matrone* cuando debería serlo yo.

—Sí, claro. —Doy la vuelta y camino decidida hacia un arcón abierto. Rebusco entre un montón de ropa y mantas con los dientes apretados—. ¿Tienes una capa de sobra?

—Quédate la mía. —Marcel se levanta de la cama y me la da.

Jules saca su capa.

—Quédate aquí hasta que Birdine llegue a casa —le dice a su hermano—. Y recoge tus cosas. Es hora de irnos bajo tierra.

Buen plan. Me concentro en ello y alejo cualquier idea de volver a casa y reclamar mi derecho de nacimiento. Al menos por ahora. Primero tengo que resolver el problema de mi *amouré* prisionero.

—Deberíamos quedarnos todos juntos en el escondite de Bastien. —Jules no puede permitirse perder más Luz.

—¿Qué escondite? —Se mete la trenza dorada en la capucha,

agarra una cantimplora y se cuelga la cuerda al hombro.

—El de las catacumbas y la cantera bajo Chapelle du Pauvre.

Jules intercambia una mirada perpleja con Marcel.

—No sé de qué me hablas.

Olvidaba que Bastien guardaba ese secreto.

—Me escondió allí la otra vez que los Encadenados estuvieron sueltos por ahí… como último recurso, claro. Es un lugar especial para él.

Resopla y se ríe.

—¿Bastien tiene un lugar especial que no conocemos?

Marcel se rasca la mandíbula.

—Es posible. No sería la única iglesia en Dovré que conducía a las catacumbas. Tiene que haber sido un buen escondite.

—Todavía lo es. —Jugueteo con los hilos sueltos de su capa alrededor de mis hombros—. Casimir está allí ahora. Él, eh… puede que esté atado.

Jules me mira boquiabierta. Marcel estalla en carcajadas.

—¿Has secuestrado al príncipe?

—Al rey, en realidad.

Jules niega con la cabeza y una sonrisa burlona se dibuja en sus labios poco a poco.

—*Merde*, Ailesse.

—Tenía a los Encadenados detrás de él y… —Me cruzo de brazos a la defensiva—. Y es por su bien. —*Y por el mío*.

Suelta un largo suspiro, intenta procesar lo que he hecho.

—Bueno, supongo que le está bien empleado.

¿Sí? No lo sé, pero ahora mismo Cas no me preocupa demasiado, no cuando Bastien ha desaparecido y Sabine está lidiando con una situación casi imposible sin mí.

—¿Preparada?

Jules asiente y se gira para mirar a su hermano.

—En cuanto vuelva Birdine, daos prisa en ir a Chapelle du Pauvre. No os quiero a la intemperie mucho más tiempo. Si oís a un Encadenado, no luchéis. Corred.

Le explico rápido como llegar a la cantera de Bastien.

—¿Eso significa que puedo llevar a Birdie conmigo? —le pregunta Marcel a Jules como si no hubiese escuchado nada más de lo que hemos dicho.

Ella pone los ojos en blanco.

—Supongo. Además, no confío en que esa chica mantenga la boca cerrada. —Me lanza una mirada severa—. Sabes que has cometido traición, ¿verdad?

Levanto la barbilla.

—Era eso o dejar morir al rey —resopla.

Marcel nos abre la puerta. Su sonrisa perezosa no vacila, a pesar de que hablamos de crímenes que se castigan con la muerte. Le doy un apretón en el brazo cuando paso cojeando por su lado.

—Me alegra volver a verte.

—A mí también, Ailesse —dice con cariño.

Cuando Jules me sigue, Marcel le da un empujoncito con el codo.

—¿Se lo vas a decir?

Los miro.

—¿Decirme qué?

Se muerde el labio inferior.

—Sabine no estaba segura de que debieras saberlo todavía.

Se me acelera el pulso. Toda la frustración que sentía antes hacia mi hermana desaparece.

—¿Le ha pasado algo? ¿Está bien?

—Sabine está bien, pero cuando estaba transportando a los muertos…

—No transportó a los muertos, si lo hubiera hecho los Encadenados no estaría sueltos por ahí.

—Bueno, pues tuvo que abrir las Puertas al menos un rato porque vio a tu madre.

Me echo un poco hacia atrás.

—¿Qué?

Jules suelta un suspiro entrecortado que le retumba en el pecho.

—Odiva está viva, Ailesse. Atrapada. Y quiere que *tú* la liberes.

14
Sabine

¿No es tu hermana el centro de tu debilidad? Las palabras que mi madre me dijo en sueños regresan a mí mientras vigilo Château Creux. Estoy escondida donde la meseta se funde con el bosque a una distancia en la que nadie de mi *famille* debería ser capaz de percibirme con sus gracias. No he vuelto a casa desde anoche que me levanté sonámbula. Aún llevo puesto el vestido para transportar a los muertos manchado de sangre.

Miro de reojo el camino que lleva a Dovré. La brisa de la tarde me trae el aroma de la lavanda de los campos y la salmuera del mar Nivous, pero nada humano, desde luego nada parecido al olor terroso y único de las flores silvestres de Ailesse. ¿Dónde está?

Antes me acerqué al Beau Palais con la esperanza de escuchar algún rumor que me ayudara a saber si escapó anoche, pero ahora el castillo está más sellado. Ni siquiera abren las puertas para los mensajeros habituales. Más tarde fui al apartamento de Birdine para ver si Jules o Marcel tenían alguna noticia, pero sus cosas habían desaparecido. No tengo ni idea de adonde han ido.

Una nube tapa el sol. La visión térmica de mi víbora de los prados se activa y capta el resplandor de la vida que hay cerca. De nuevo, nada humano, solo un zorro con una liebre en la boca. Una punzada de preocupación me revuelve el estómago. ¿Y si Ailesse no escapó con Bastien? ¿Los maté a los dos con las víboras que lancé sobre el Beau Palais?

Ailesse es sangre de mi sangre, huesos de mis huesos. Hay una magia entre madre e hija que ni siquiera los dioses pueden explicar. Vuelve a venirme a la mente la voz de mi madre, y esta vez estoy desesperada por creer que tiene razón. ¿Esa misma magia puede extenderse a las hermanas? Ailesse no puede estar muerta. Lo sentiría. Está viva, igual

que aquella vez que mi madre dijo que estaba muerta.

Miro hacia Château Creux y muevo las manos. Mi *famille* necesita una *matrone*. Ailesse querría que la guiase si ella no pudiera hacerlo.

Susurro una plegaria a Elara y cruzo la meseta hacia Château Creux. Recurro a la majestuosidad y audacia del ciervo rojo. ¿O es el chacal el que me ayuda a llevarme como una reina? Me recuerdo a mí misma que no soy una chica cualquiera de dieciséis años. También soy hija de Odiva por derecho.

Bajo la escalera de piedra en ruinas y entro en el antiguo castillo, pasando por delante del escudo grabado con el cuervo y la rosa, símbolo de la dinastía que gobernó Galle del Sur antes de que su último monarca, el rey Godart, muriera y Château Creux cayera en desgracia.

Bajo a los pisos inferiores y serpenteo por los túneles. Cuando pongo un pie en el patio, muchas de las Leurress ya se han reunido allí. Tal vez sintieron mi llegada porque esto parece una intervención. Todas las mayores presentes: Nadine, Pernelle, Chantae, Roxane y Damiana; están donde solía estar Odiva, en el centro del suelo de piedra caliza, sobre la cara esculpida del chacal dorado de Tyrus —mi chacal—, situado en la curva de la luna creciente de Elara. El resto de las Leurress están reunidas en los límites del patio, lejos de las que tienen más autoridad.

Mi *famille* se gira en cuento entro. Maurille jadea. Los ojos de Isla se entrecierran y los de Pernelle se salen de sus órbitas. Las pequeñas Felise y Lisette se sobresaltan y se esconden detrás de las faldas de Hyacinthe. Mi vestido manchado de sangre es un espectáculo espantoso, pero mantengo la cabeza alta.

He convertido la cornamenta de mi ciervo rojo en una corona digna de la *matrone* que debo ser. Roxane, una de las mayores más fuertes, también lleva una corona de astas de ciervo, pero su cornamenta solo tiene ocho puntas. La mía tiene dieciséis. Hoy he usado la lanza ritual de Odiva para cortarlas y luego las he rodeado con un aro de ramas para que sobresalgan como colmillos. Las vértebras de mi víbora de los prados, la pata y la garra de mi atajacaminos están entretejidas en la base de la corona y he enhebrado el cordón encerado de mi viejo collar de huesos de la gracia alrededor de dos de las puntas de la cornamenta para que el cráneo de la salamandra de fuego y el colgante del chacal dorado me caigan sobre la frente.

Con la lanza ritual de Odiva en mi poder, camino hacia el centro del patio para ocupar mi lugar, pero las únicas mayores que se hacen a un lado son Pernelle y Damiana. Roxane se ubica donde debería estar yo y se pone más erguida. Somos como dos ciervos enfrentándose en una batalla por el derecho a liderar el harén.

—Llegas justo a tiempo, Sabine. —Arquea una ceja marrón ceniza —. Las que no estamos fuera luchando contra los muertos a los que no pudiste transportar al Más Allá nos hemos reunido para discutir tu prematuro papel como nuestra *matrone*.

Tenso los músculos de la mandíbula.

—Odiva me nombró su heredera. Todas fuisteis testigos.

—No discutimos eso —responde Nadine—. Pero seguro que Odiva esperaba vivir muchos años más.

—Eres muy joven, Sabine —añade Chantae—. Lo que pasó en el puente de tierra es la prueba de que no estás preparada para cumplir con tus obligaciones.

Me sonrojo.

—Si hubierais visto lo que yo vi, vosotras también habríais salido corriendo de… —suspiro y cierro la boca.

—Hay un motivo por el que hemos tenido que sacrificar a nuestros *amourés* antes de que se nos permitiese transportar a los muertos — dice Isla.

—No te metas. —La fulmino con la mirada—. No eres una mayor. —Isla apenas tiene veinte años, es la más joven de las Ferriers.

Roxane levanta una mano.

—Puede que Isla se haya extralimitado, pero no se equivoca. Fue un error dejarte dirigir la travesía tan pronto. —Isla sonríe cuando Roxane aparta la mirada.

—Ahora tengo cinco huesos de la gracia y cada muerte me ha supuesto un coste. Estoy comprometida con esto. No tengo por qué sacrificar a un *amouré*.

—Uh, pero todos lo hacemos —dice Chantae—. Ese dolor es necesario, y lo soportamos juntas. Fortalece nuestra hermandad.

—Demuestra nuestra lealtad a los dioses —añade Nadine.

—Y nos da poder para resistir a la tentación. —Roxane da un paso hacia mí—. Si hubieras cultivado esa resistencia, no habrías huido del puente de tierra.

—No fue por eso… —Me cuesta respirar. Nadie me está dejando hablar. Ya han tomado una decisión—. Ahora no es el momento de

hablar de mi rito de iniciación. Tenemos que centrarnos en cómo controlar a los Encadenados sueltos. Por suerte, hemos lidiado con esta situación antes, así que sabemos cómo…

—Hemos decidido que no estás preparada para gobernar, Sabine —me corta Roxane.

Siento las piernas como si fuesen gelatina.

—¿Qué?

—No te lo tomes como algo personal —añade Chantae—. Ninguna de nosotras podría haber gobernado a tu edad.

Ailesse sí. Eso es lo que todo el mundo piensa, pero no dice.

—Hemos decidido nombrar una regente en tu lugar —me dice Nadine.

—¿Una regente? —Frunzo el ceño—. No, eso no es… Nunca hemos tenido una regente.

—Hemos elegido a Roxane. —Chantae junta las manos—. Ella nos liderará hasta que estés lo bastante preparada. Puede que en diez años…

—¿Diez años? —Mi voz se eleva una octava—. No, no, no. No podéis quitarme mi poder. —*El poder de Ailesse*. Si las mayores hacen eso, le costará mucho más recuperarlo. Nunca me lo perdonará—. No tenéis derecho.

—Creemos que sí lo tenemos —dice Roxane.

—Bueno, ¡pues os equivocáis! —Paseo la mirada de unas a otras, miro a toda mi *famille*. ¿Por qué no me escuchan? Se supone que estoy agraciada con las habilidades indiscutibles de una líder. He matado un ciervo con dieciséis puntas en la cornamenta. Nunca tendré las manos limpias de su sangre.

—Si Ailesse estuviera aquí…

—No está aquí —suelta Roxane, perdiendo la paciencia—. Está desaparecida, probablemente esté muerta.

—Gracias a los dioses —dice Isla por lo bajo. Mis oídos agraciados lo oyen y me giro hacia ella, apretando la lanza con más fuerza.

—¿Qué has dicho?

Levanta la barbilla.

—Me has oído. —Se pasa la cabellera anaranjada por encima del hombro—. ¿Quién soy yo para discutir a Tyrus y a Elara? Si pueden elegir a nuestros *amourés*, sin duda pueden elegir quién debe gobernarnos. Parece ser que Ailesse no estaba hecha para el trabajo.

Me abalanzo sobre ella, con los dientes al descubierto y la lanza en

alto.

—¡Sabine, no! —grita Pernelle.

Isla grita, sin estar preparada para mi golpe, soy rápida como una víbora. Apenas esquiva el ataque.

—Justo lo que pensaba. —Vuelvo a atacarla—. Toda palabrería y nada de músculo. Podemos solucionar eso. —La agarro de la barbilla y tiro de ella hacia abajo—. Todas daremos las gracias cuando hayas perdido la lengua.

—¡Déjala en paz, Sabine! —ordena Roxane, pero ella no tiene autoridad sobre mí.

Pongo la punta de la lanza en la comisura de los labios de Isla. No voy a hacerle daño, solo voy a darle una lección.

—Yo te diré a quién consideran lamentable los dioses —gruño—. A alguien que no puede deshacerse de sus celos, aunque crea que su rival está muerta.

A Isla le brotan lágrimas en los ojos, pero su mirada está llena de crueldad.

—No soy yo la que merodeaba entre las sombras, pensando que nunca estaría a la altura de Ailesse.

Me hierve la sangre. Las mayores me gritan, pero el pulso me late tan fuerte que ahoga el sonido. La punta de la lanza tiembla contra el labio de Isla. Un pequeño movimiento y podría hacerle un corte en la mejilla. Me viene a la mente una imagen de mi sueño. Mi reflejo en el agua bajo Castelpont. Yo con los dientes del chacal y los ojos amarillos.

Me alejo de golpe de Isla y aparto la lanza.

Alguien grita. Es Hyacinthe, la Leurress más mayor. Se le llenan los ojos de horror. Se agarra la garganta. La sangre se filtra entre sus dedos. Jadeo y suelto la lanza. La he cortado sin querer.

—¡Hyacinthe! —Tropiezo hacia adelante.

Cae de rodillas. Pernelle corre a su lado y le presiona el cuello. Las otras mayores acuden a ayudarla. Las pequeñas Felise y Lisette empiezan a llorar.

—No pretendía… —No puedo respirar—. ¿Se pondrá bien?

Pernelle, que siempre me había apoyado, me lanza una mirada temerosa.

—Deberías irte, Sabine.

—Pero yo…

—¡Vete!

Giro sobre mis talones y salgo corriendo del patio. Avanzo a toda prisa por los túneles, por los pasillos en ruinas, por las escaleras. Es probable que Pernelle quisiera que me fuese a mi habitación, pero en vez de hacer eso, huyo. No puedo quedarme aquí. Soy demasiado peligrosa. Me quitarán mis huesos de la gracia: ese el castigo cuando una Leurress ataca a otra dentro de la *famille*.

Fui una estúpida al pensar que el ciervo rojo podría mantener a raya mi gracia de chacal dorado.

¿Y si renuncio a ella?

No, no puedo. A los muertos les da miedo. La necesito para poder controlarlos.

El chacal es una carga demasiado grande para soportarla tú sola.

Grito, rabiando contra las palabras que pronunció mi madre en mi sueño. Quiere que le entregue a Ailesse para de ayudarme. Me niego a hacerlo.

Corro más rápido hasta que ya no puedo ver Château Creux ni sentir el pánico que reina entre sus muros. *Vivirá, vivirá*, me repito a mí misma, esperando a que Hyacinthe deje de sangrar.

Ailesse volverá pronto. Eso es lo que quiero, ¿no? Ella arreglará esto. Lo arreglará todo. Hasta entonces, lucharé contra todos los Encadenados que pueda. Los sacaré de Dovré.

Me limpio las lágrimas de los ojos y aprieto los dientes.

Conseguiré controlarme. Dominaré esta gracia.

15
Ailesse

—Cuidado con los pies en ese andamio de ahí —le digo a Jules—. La madera está podrida. —Esquiva el obstáculo y seguimos descendiendo por el lateral del foso de la cantera que hay bajo Chapelle du Pauvre.

El día casi ha terminado. Hemos buscado a Bastian por todo Dovré toda la tarde y no hemos encontrado ni rastro de él. Tengo un nudo en la barriga.

—Ya casi estamos. —Salto a la penúltima plataforma del andamio apoyándome en la pierna buena. Le daré a Cas algo de comida y agua, después tengo que seguir buscando. Tal vez pueda persuadir a Jules para que se quede aquí y lo vigile. Tiene que descansar. Lleva el cuello de la camisa empapado en sudor.

—¿Necesitas que aguante la vela? —le pregunto. La que hemos encontrado en el sótano sigue derramando cera caliente sobre sus dedos. No había farol de repuesto.

—Estoy bien —refunfuña con la respiración entrecortada—. Eres peor que Bastien mimándome tanto.

Me muerdo la lengua. Es admirable mostrar fortaleza en situaciones difíciles, pero la fuerza de Jules es escasa en el mejor de los casos. Sabine solía decirme que admitir que necesitas ayuda no es ser débil.

Sabine. El nudo que tengo en la barriga se tensa. ¿De verdad vio a nuestra madre en las Puertas del Inframundo? Puede que ese sea el verdadero motivo por el que he perdido el apetito. La persona que pensaba que era mi madre estará muerta para siempre. Nunca existió. Mi verdadera madre es una extraña, una traicionera, una asesina.

¿Qué haría si saliese del Inframundo? Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Ya estamos —digo y bajo del andamio. La pequeña estancia en la cantera está iluminada por el farol que le dejé a Cas. Está atado donde lo dejé, aunque una segunda vela brilla en la repisa donde están las figuritas del padre de Bastien. El corazón me late con fuerza.

—¿Bastien? —Me acerco corriendo a donde está tumbado dormido, en un rincón de la habitación. Dejo a un lado la muleta y me agacho a su lado. Gracias a los dioses, está a salvo.

Parpadea despacio y esboza una sonrisa.

—Hola, preciosa. —Una sensación acogedora me recorre el pecho —. Has vuelto. —Su voz es un poco confusa por el sueño. Luego parpadea y abre más los ojos—. Tú… has vuelto de verdad.

—Pues claro. —Sonrío—. En cierto modo, tenía que hacerlo. — Echo un vistazo a Cas, que nos mira con el ceño fruncido. La sensación que me invadía se desvanece. En qué problema me he metido.

Bastien se sienta y hace una mueca de dolor. Intenta tocarse la espalda. Jadeo cuando veo la mancha roja y oscura que tiene en la camisa.

—¿Se te ha vuelto a abrir la herida? —Toco la tela manchada. No está mojada—. ¿Hay que volver a coserte?

—No. Ha dejado de sangrar. Ponerle más puntos solo hará que se infecte.

Me muerdo el labio inferior y asiento.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Me da bronca no haber mirado aquí antes. Ya podría haberme ido a buscar a Sabine.

Se rasca la cabeza.

—Tendrás que preguntarle a Su Alteza Especial. No sé cuánto tiempo llevo dormido.

Jules se pasea por la estancia.

—Su Alteza Especial no parece estar muy por la labor de hablar ahora. —Su sonrisa burlona es medio sarcástica y divertida mientras mira embobada a Cas, quien tiene cara de pocos amigos—. Que los dioses salven al rey —añade, haciendo una reverencia tímida—. Si no lo hacen, supongo que lo haremos nosotros.

Cas sopla para apartarse un rizo del ojo.

—Pueden empezar por desatarme, a no ser que también quieran que los acuse de traición.

—Nadie va a desatarlo. —Mi tono de voz es firme.

—Ailesse, la secuestradora. —Asiente a modo de aprobación—. Me gusta este estilo, te queda bien.

Bastian suelta una risita y se coloca a mi lado, más cerca. Me tenso por la necesidad repentina de apartarme. No sé muy bien por qué. Me he pasado horas deseando verlo y ahora que sé que está bien solo quiero irme a casa, aunque no resulta muy sencillo ahora que he secuestrado al rey.

—Va en serio —respondo—. Cas no está a salvo en el Beau Palais… ni en ningún sitio de la superficie. No dejéis que os convenza de lo contrario. Los disidentes de Dovré estarían encantados de verlo muerto. Algunos están muertos y son muy peligrosos. Esto es por su bien.

—¿Lo es? —Cas entrecierra los ojos—. ¿O es por el tuyo, Ailesse?

—Eh, ya, tranquilízate —dice Bastien—. Ailesse también tiene derecho a proteger su vida. Y su alma, por cierto. —Me rodea la cintura con un brazo y me revuelvo por instinto, esta vez no soy capaz de ocultar mi reacción. Me deja ir de inmediato y las orejas se le tiñen de rojo.

¿Qué me pasa? Desde que supe que mi madre había nombrado heredera a Sabine, estoy muy confundida. Cualquier cosa que me distraiga de mi *famille* me abruma, incluso Bastien.

—¿Y qué hay de las almas de mi pueblo? —exige Cas—. ¿De verdad pretendéis esconderme aquí mientras ellos están indefensos ante un ejército de muertos?

Lo miro a los ojos.

—No me he olvidado de tu pueblo. *Mi* pueblo protege a la gente de Galle del Sur desde mucho tiempo antes de que tu familia ocupara el trono. Estoy segura de que ellas hacen todo lo que está en su poder para controlar a los muertos y…

Bastien se tensa.

—¡Jules, no toques…! —Deja escapar un suspiro impaciente—. Deja eso. Por favor.

Vuelve a dejar la figurita del delfín en la repisa y levanta las manos.

—Yo también me alegro de verte. Estoy viva y bien, gracias por preguntar.

Bastien se echa hacia atrás contra la pared, con cuidado por la herida.

—Lo siento, no estoy acostumbrado a tanta compañía aquí abajo.

—Ya veo. —Empuja una taza llena de flores silvestres marchitas y observa todas las velas apagadas en la habitación—. Parece que era más acogedor solo para dos, eso sí.

Él refunfuña.

—Traje a Ailesse aquí como último recurso, ¿vale? Además, esta era mi casa antes de conocerte.

Se cruza de brazos.

—Pues explícame por qué nos hiciste dormir a Marcel y a mí en callejones apestosos por este distrito cuando tenías un lugar mejor cerca.

Abre y cierra la boca.

—Yo estaba… Esto es…

—Es un lugar sagrado para él. —Le toco la pierna, defensiva, luego me contengo y me alejo—. ¿No ves que las cosas de su padre están por todos lados?

Jules me fulmina con la mirada.

—Tiene pulmones y voz. Puede hablar por él mismo.

—¿Cómo van a proteger las Hechiceras de Huesos a la gente? —pregunta Cas, todavía atascado en ese hecho e ignorando el resto de nuestra conversación.

Suspiro y me vuelvo hacia Bastien.

—Siento haberlo traído aquí. Era el lugar más cercano que conocía.

—No pasa nada. —Esboza una sonrisa amable, a pesar de que sigo rechazándolo—. Me alegro de que estés aquí y a salvo.

Soy consciente de que eso es parte de mi problema. No quiero estar en ningún otro sitio que me haga sentir como si estuviese en una cárcel. No quiero estar encerrada lejos de la Luz de Elara o atada a un *amouré* o incluso comprometida con alguien. De repente, todo me agobia demasiado. Nunca pedí estas complicaciones que me apartan de mi derecho de nacimiento.

Jules se burla de Bastien.

—Increíble.

Pone los ojos en blanco y le hace señas para que se acerque.

—Ven y siéntate, ¿vale? Estamos cansados. Dejemos las discusiones para…

—Proteger es lo opuesto a matar —dice Cas, insistiendo en lo que quiere decir—. Dijiste que eras la chica que debía matarme, Ailesse.

Suspiro masajeándome las sienes.

—No sabe muy bien lo que son las Hechiceras de Huesos —le murmuro a Bastien—. Por lo visto, no a todo el mundo le contaron la historia sus padres.

—¿Qué historia? —pregunta Cas.

—Leyendas —responde Bastien—. Mujeres vestidas de blanco en puentes, que matan a los hombres que seducen después de compartir un baile.

Por un momento, Cas se queda callado.

—¿Querías matarme, Ailesse?

—Oh, sí —aclara Jules—. Un gran honor para ti también. Y no te preocupes, un día se lo agradecerías en el Paraíso.

Me estremezco. ¿De verdad creí alguna vez que eso justificaba el ritual de la sangre?

—Pero ¿por qué? —Cas frunce el ceño—. Esto no tiene ningún sentido.

—¿Tampoco sabe lo de las Ferriers? —me pregunta Bastien.

Niego con la cabeza, Jules se ríe.

—Creo que voy a sentarme. —Se planta en medio de la habitación y se recoge las rodillas contra el pecho—. Esto se está poniendo interesante.

Respiro hondo y empiezo por el principio: con Tyrus y Elara, un novio y una novia, separados en el principio de los tiempos por el mundo mortal que se formó entre ellos.

Le explico la historia de Belin y Gaëlle, que fueron los que hicieron que eso ocurriera y dividieron los dos reinos de los muertos. Entonces nació una Leurress, la primera y única hija de Tyrus y Elara. Ella fue la encargada de construir un puente entre el mundo de los mortales y los reinos de sus padres y llevarles las almas de los difuntos… y así lo harían para siempre todas las hijas Leurress de su linaje.

Pero para tener hijas, necesitaban padres, así que los dioses les dieron *amourés*. Sin embargo, las Leurress no podían perderse en el amor —después de todo, tenían un deber divino—, así que los dioses les pidieron que sacrificaran a sus *amourés* en el plazo de un año desde que sus almas quedaran unidas y, como recompensa, Tyrus y Elara les concederían el derecho y la fuerza para transportar a sus muertos. Si una Leurress fracasaba, el vínculo se convertía en una maldición. Su *amouré* moriría al cabo de un año y la Leurress moriría con él.

—Pero si me hubieses matado aquella noche —dice Cas—. Nunca podría haber sido el padre de tu hija.

Me sonrojo.

—Eso no iba a pasar nunca.

—Y tanto que no iba a pasar —refunfuña Bastien.

—Algunas Leurress eligen convertirse en Ferriers sin ser madres antes —añado—. Ese era mi plan.

—Pero tú eres la siguiente en la línea de sucesión para ser *matrone* —contesta Jules y me duele el pecho. En cualquier caso, yo debería ser *matrone*. Mi madre no tenía derecho a sustituirme por Sabine. Sabía que estaba viva—. ¿Las reinas no necesitan herederos igual que los reyes? —pregunta.

—Nadie va a hacer herederos —dice Bastien.

—Iba a nombrar una heredera. —Me inquieto—. Me parecía más correcto que… bueno, no quería involucrarme con mi *amouré* a ese nivel antes de tener que… —Suelto un suspiro de irritación—. Intimar antes de un sacrificio es cruel. —Me arden las orejas, pero mi ira quema aún más—. No es justo lo que exigen los dioses. Merezco una vida mejor. —Trago saliva, miro a Bastien y Jules, añadiendo en voz baja—: Vuestros padres también merecían algo mejor.

Jules frunce el ceño y pestañea para que no se le humedezcan los ojos. La mirada de Bastien se desvía hacia la repisa donde está la estatuilla del delfín. Aprieta los dientes.

—Entonces acabemos con todo esto. Encontremos la forma de acabar con los sacrificios de sangre.

—¿Cómo? —le pregunto—. No puedo decidir poner fin a esto y ya está. Sabes lo que pasará si no mato a Cas.

—¿No hay una forma de romper el vínculo? —Cas se mueve, incómodo.

—Solo de pensarlo me duele la cabeza —se queja Jules—. Aún no ha conocido a mi hermano, Su Majestad, pero creedme cuando os digo que es una especie de prodigio y si él no es capaz de descubrir cómo romper el vínculo, me quedaré sin palabras si alguien lo consigue.

—Puede que el problema no sea la respuesta, sino que sea la pregunta —dice Bastien.

—¿A qué te refieres? —Frunzo el ceño.

Se acerca.

—Llevamos todo este tiempo preguntándonos como acabar con el vínculo entre almas cuando tal vez lo primero que deberíamos habernos preguntado es cómo acabar con el sistema que requiere sacrificios de sangre.

Sigo sin entender.

—El mundo necesita Ferriers, Bastien. Lo que está pasando ahora en Dovré es la prueba de ello.

—No digo que nos deshagamos de las Ferriers. Estoy diciendo que acabemos con todos los vínculos entre almas que terminan en sangre. No solo con el tuyo, si no con los de todas, para siempre. De ese modo, no tendría que morir el padre de nadie, el rey de nadie —hace un gesto en dirección a Cas— como murió el mío. Esa paz sería mucho mejor que la venganza.

—Lo que estás insinuando significa declararles la guerra a los dioses. —La voz de Cas baja hasta convertirse en un susurro grave—. ¿Es sensato? ¿Acaso se puede hacer eso?

—No es declararles una guerra —responde Bastien—. Es…

—…adelantarse a ellos —añade Jules.

—¿Qué podemos hacer? ¿Un trato? —Pienso en el pacto de mi madre con Tyrus—. Los tratos con deidades tienen un precio alto. —*Yo* iba a ser ese precio.

—No exactamente. —Se pasa el pulgar por la barba incipiente de la mandíbula—. Mira, no sé muy bien cuál es la solución, pero vamos por el buen camino, lo presiento. Y con la ayuda de Marcel encontraremos la respuesta pronto. Mientras, mantendremos al rey aquí y…

Su voz se distorsiona y se convierte en un sonido metálico. Delante de él, el aire se vuelve brillante, se mueve como un espectro de plata. Ya he visto esto antes, en nuestra vieja cámara de las catacumbas, cuando vi a…

La lechuza plateada.

En cuanto pienso en ella, aparece en medio de un haz de luz radiante con las alas desplegadas. Las mueve una vez y me sumerjo en una visión. Es tan rápida que apenas puedo comprender las imágenes que me vienen…

Sabine. Castelpont. Un gato salvaje que corre, no, un chacal. La flecha de Sabine clavada en el corazón del chacal. Un nuevo hueso de la gracia. Un colgante tallado en forma de luna creciente. Sabine llevándolo mientras atraviesa una vidriera.

Luego hay una tormenta en el mar. El puente de tierra. Las Ferriers y las llamaradas de chazoure *de las almas que se acercan. Los ojos negros de mi madre. La Puerta de agua que la retiene. Su mano tendida hacia Sabine. Sabine huyendo del puente. Otra imagen del colgante.*

Ahora una imagen de Sabine en Château Creux con una corona de astas en la cabeza. Tiene un aspecto feroz, pero está asustada. Lleva una lanza en la mano. Un gran revuelo en el patio. Está afectada. Veo lágrimas y corre para salir de allí, sollozando.

La lechuza plateada chilla. Me saca de la visión y cierra sus alas. La Luz plateada se desvanece. La lechuza desaparece. Estoy temblando, me falta el aire. Cas, Jules y Bastien me observan.

Bastien me pone la mano en la espalda.

—Ailesse, ¿qué…?

Me aparto de golpe y agarro la muleta.

—Es Sabine —tartamudeo—. La-la he visto.

Jules frunce el ceño.

—¿Cómo la has…?

No puedo explicarme o quedarme aquí ni un segundo más. Mi hermana me necesita. Yo la necesito.

Salgo corriendo de la habitación, rápida gracias a mi gracia de halcón hasta yendo a la pata coja.

—Ailesse, ¡espera! —exclama Bastien.

No lo hago. Subo por el andamio con la agilidad de un íbice y la fuerza de un tiburón tigre.

Ya voy, Sabine.

16
Bastien

—¡Ailesse! —grito. Es increíble lo rápido que se mueve a pesar de tener la pierna rota. Con su fuerza y su habilidad agraciadas para saltar, la muleta se ha convertido en una vara. La persigo por los callejones de Dovré, pero no puedo alcanzarla. Salta sobre barriles y cajas, se dirige al muro oeste de la ciudad.

—¿Podemos hablarlo? —No tengo ni idea de qué ha hecho que se vaya tan de repente, solo que tiene algo que ver con Sabine. Sinceramente, no tengo idea qué hace que huya de repente de muchas cosas. Incluyéndome a mí.

Sube de un salto una escalera de piedra estrecha y empinada que recorre el lateral de un edificio.

—Vuelve, Bastien. —Se balancea sobre el borde de un escalón con una agilidad y un equilibrio increíbles. Me mira desde arriba—. Escóndete. Si la guardia real te ve…

—También estarán buscándote a ti. —Me toco la herida, me duele —. Por favor, dime qué está pasando. ¿Sabine está…?

—No está hecha para ser *matrone*. —Ailesse vuelve a subir a toda prisa por las escaleras, sube los escalones de tres en tres. Refunfuña cuando se pilla el vestido con la muleta—. Sabine nunca se preparó de la forma que lo hice yo.

—Está con tu *famille*. Ellas pueden protegerse las unas a las otras en Château Creux. —Subo las escaleras corriendo—. Hay once kilómetros de distancia. No deberíamos recorrer ese camino con los Encadenados por ahí sueltos.

—Voy a hacer esto sola, Bastien. Puedo luchar contra los Encadenados. —Avanza rápido por el tejado y salta hasta el otro edificio casi dos metros. Gruñe cuando aterriza—. Vuelve. Por favor.

Antes de que pueda decir algo, salta al siguiente. El tejado está a

cuatro metros de la muralla de la ciudad.

—¡Ailesse, para! Está demasiado lejos. —Con gracias o sin ellas, solo tiene una pierna buena.

Aprieta la mandíbula. No duda. Avanza a toda velocidad. La muleta cada vez le da más impulso. Salto el hueco entre los dos primeros tejados. Está demasiado lejos. No llegaré a tiempo. Si cae, el descenso será de casi diez metros.

—¡Ailesse!

Se levanta el vestido hasta las rodillas. Se impulsa desde el bordillo del tejado con la pierna que tiene bien. Se lanza hacia la pared. El grito que suelta por el esfuerzo me llega como un eco. No dejo de correr. La adrenalina me recorre por las venas con desesperación. *Por favor, por favor, por favor*.

Toca el muro con el pie derecho, pero no tiene suficiente tracción. No consigue estabilizarse. Se le cae la muleta. Intenta agarrarse de la pared con las manos. Las mangas largas le estorban. Cae por el lado del muro que da al bosque.

—¡Ailesse! —Me detengo en seco. No me responde. *Merde, merde, merde*. Me doy la vuelta y corro hacia el otro tejado. Bajo las escaleras y corro hacia la pared oeste a ras de suelo. Hay un punto flaco a unos cuatrocientos metros. Lo he usado antes para huir rápido después de robar.

Lo encuentro, me aseguro de que nadie esté mirando y me cuelo tras las enredaderas de madreselva. Quito algunos ladrillos sueltos de la pared que hay que reparar. Abro un agujero lo bastante grande y paso por él.

—¡Ailesse! —grito. Vuelvo corriendo al lugar donde cayó.

No está allí, pero hay un matorral alto lleno de espinas destrozado por un lado. Encuentro sus huellas —las marcas de la muleta no son sutiles— y las sigo. Durante los primeros ochocientos metros, van en dirección a la costa y a Château Creux… pero luego se alejan y zigzaguean en direcciones raras. ¿Qué estará haciendo?

Camino más rápido y al final la veo a lo lejos. Está en uno de los puentes del bosque. Se apoya en la muleta y mira hacia el río. Conozco este lugar. Es uno de los puentes que exploré durante mi cruzada en busca de una Hechicera de Huesos.

Me acerco con cuidado para no asustarla. No me quedan fuerzas para seguir persiguiéndola. Cuando estoy lo bastante cerca, me doy cuenta de que el vestido —el mismo vestido de brocado y terciopelo

que lleva desde la fiesta de La Liaison— está hecho jirones y desgarrado por la caída en el matorral de espinas. También tiene la cara arañada. Sigue mirando algo, aunque me doy cuenta de que no es el río, sino un pájaro en la orilla opuesta.

—Es la lechuza plateada, Bastien —murmura. Me quedo muy quieto, sorprendido de que sepa que estoy aquí. Claro que lo sabe. Había olvidado su sexto sentido de tiburón tigre—. ¿Crees que quiere que la mate? —Aprieta la empuñadura del cuchillo de hueso que lleva en la mano—. Tal vez por eso me envió la visión. Una *matrone* necesita cinco huesos de la gracia.

¿Ha tenido una visión? No sabía que una Leurress pudiese tener… ni nadie en realidad.

—¿Reconoces a la lechuza? —Pongo un pie en el puente y me acerco con cuidado. La madera, destartalada y vieja, cruje—. ¿Te ha enviado ya otras visiones?

Ailesse asiente sin apartar la vista del ave cuyos ojos rasgados nos devuelven la mirada. Las plumas brillan con un tono ámbar bajo la puesta de sol. Nunca había visto una lechuza tan cerca del agua. Suelen estar en los árboles o posadas en graneros.

—La lechuza plateada me enseñó a Sabine una vez. —Ailesse frunce el ceño—. Tal vez no debería matarla. Quizá nos esté vigilando.

Esquivo un tablón roto.

—¿Qué te ha enseñado hoy en la visión?

—Vi a Sabine inestable. Mató a un chacal dorado y reclamó sus gracias.

—¿Inestable? Me dijo que el chacal la hacía fuerte.

Ailesse me lanza una mirada de desconcierto.

—¿Sabías lo del chacal?

Asiento con la cabeza.

—Es su tercer hueso de la gracia.

Frunce el ceño y vuelve a mirar al pájaro.

—Así fue como hizo una flauta nueva… con otro hueso de chacal. —Ailesse se muerde el labio inferior—. Pero ahora Sabine tiene más huesos de la gracia. En la visión, llevaba una corona hecha con la cornamenta de un ciervo y también tiene que tener las gracias de la víbora de los prados. No podría haber enviado a las serpientes al Beau Palais sin antes sacrificar una.

Por fin la alcanzo. Nunca había visto sus ojos a la luz del sol. Sus iris color ámbar brillan como si fueran fuego líquido. Está lo bastante

cerca como para tocarla, como para estrecharla entre mis brazos. Pero temo que, si lo hago, se aleje de golpe, como en la cantera. ¿Qué ha sido de la chica que hace un mes me dijo: *No puedo imaginarme a nadie más para mí*?

—Si Sabine tiene cinco huesos de la gracia, ¿eso significa que ahora es oficialmente la *matrone*?

El dolor cruza el rostro de Ailesse.

—Se supone que la *matrone* tengo que ser yo.

—Pero tú me dijiste que los dioses solo conceden gracias a aquellas que hacen sacrificios honorables. —Hablo con calma, intentando ser empático. Parece dispuesta a destriparme ahora mismo—. Quizá eso signifique que ya han aceptado a Sabine como la próxima soberana de tu *famille*.

Las mejillas se le tiñen de rojo.

—¿Piensas que es más capaz que yo?

—Yo no he dicho eso.

—Ella nunca quiso ser Ferrier.

—Las personas cambian de opinión. ¿Y si tú has cambiado?

—Yo nunca… ¿Cómo puedes decir eso? Esto es lo que *soy*, Bastien, es lo que siempre debí ser —me responde.

Despacio, asiento.

—¿Y por qué quieres ser Ferrier?

Me mira con ojos grandes y llenos de incredulidad.

—Acabo de decírtelo.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Escúchame. Tu madre te influía mucho, ¿verdad? Sabine decía que siempre intentabas impresionarla, incluso ser mejor que ella.

—Por supuesto que sí. Soy su heredera.

—Pero no eres la única heredera. Ya no.

Aprieta la mandíbula.

—¿Por qué discutes conmigo? Creía que me apoyabas.

—Y lo hago, Ailesse. —Suspiro. Parece que ya no ve ese apoyo, por mucho que intente demostrárselo—. Solo estoy preguntándote… ¿qué es lo que *tú* quieres? Podrías ser *matrone*, maldita sea, tal vez los dioses permitan que tú también tengas cinco huesos de la gracia. O podrías ser la próxima reina del puñetero Galle del Sur. —Me trago un sabor amargo en la boca—. Pero eso lo eligieron los dioses. Los dioses te mueven como si fueras un peón en su tablero de ajedrez. ¿Y si eliges tú el siguiente movimiento y no ellos?

Junta los labios y hace una mueca. Vuelve a mirar a la lechuza plateada. El ave mueve la cabeza.

—No puedo permitirme ese lujo. Sabine me necesita. Mi *famille* me necesita. Si no fuese así, ¿por qué me mostraría esa visión la lechuza?

Con mucho tacto, la agarro por los hombros. Frunce el ceño, pero no se aparta.

—Piensa en cuando ocurrió la visión, fue justo después de que habláramos de encontrar una forma de acabar con los sacrificios de sangre. Tu poder viene de los dioses, ¿verdad? La lechuza podría haberte mostrado esa visión para engañarte. Los dioses no quieren que alteremos sus planes. Te quieren de vuelta en casa haciendo las cosas como siempre se han hecho: con más muerte y con más sacrificios.

—Pero la lechuza plateada no me engañaría. Se me ha aparecido antes, cuando he necesitado fuerza. Creo… Creo que Elara la envió. La diosa nunca me tentó en el puente del alma, fue Tyrus el que quería que cruzase su Puerta, y ahora mi… mi… —La voz de Ailesse se quiebra. Deja caer la cabeza entre las manos.

—¿Qué pasa? —La acerco a mí.

—Para. —Se encoge como si la quemase.

Exhalo con fuerza y me paso los dedos por el pelo. Ya no sé cómo actuar con ella.

—Lo siento, es que… —Tiene los ojos llenos de dolor, como si le doliera más que a mí—. Ahora mismo solo quiero que me escuches, ¿vale?

Me meto las manos en los bolsillos.

—Vale.

—Sabine habló con Jules. —Se estremece—. Mi madre… está viva. Está atrapada en el Inframundo y quiere que yo la libere.

Me quedo con la boca abierta. Por un momento, me falta el aire. Mis pulmones son bloques de hielo. Miro a Ailesse, pero ya no estoy aquí. Vuelvo a estar en el puente de la caverna, tumbado encima de mi sangre con el cuchillo de mi padre clavado en la espalda.

—N-no puedes…

—Claro que no voy a hacerlo. —Se acerca un poco—. Pero, ¿no te das cuenta? No puedo tomarme la advertencia de la lechuza a la ligera. ¿Y si es Sabine la que está en peligro? No creo que Elara sea nuestra enemiga. Nuestra enemiga es mi madre… y con ella, Tyrus. A él es a quien tenemos que detener.

Me paso una mano por la cara y miro al otro lado del río en

dirección a la lechuza plateada. Mi padre me enseñó a creer en los cuatro dioses de Galle, al menos de una forma sencilla y distante, pero nunca imaginé lo poderosos y peligrosos que podían llegar a ser, ni que el verdadero objetivo de mi venganza sería el dios del Inframundo, no una Hechicera de Huesos.

Respiro hondo.

—Digamos que tienes razón y que fue Elara quien te envió estas visiones. —Intento que las piezas encajen—. ¿Qué pretende? Quizás quiere mostrarte que Sabine es capaz con sus cinco huesos de gracia. Podría estar diciéndote que te concentres en lo que te has propuesto: proteger a Casimir, y a ti misma, hasta después de la próxima noche de travesía. Mientras, trabajaremos para romper las cadenas con las que Tyrus tiene envueltas a ti y a tu *famille*.

—No somos Encadenadas.

—Os obliga a asesinar a vuestros *amourés* o de lo contrario os mata. Creo que podemos decir que tu destino es igual de duro.

La mirada de Ailesse se desvía hacia la lechuza plateada. Le tiembla la mano que sostiene el cuchillo.

—No creo que sea eso por lo que Elara me envió la visión —dice, retomando mi pregunta—. Creo que en realidad quiere que mate a la lechuza por sus gracias. Así tendré habilidades relacionadas con un dios, como Sabine.

—¿Por qué las necesitarías?

—Ya te he dicho por qué. —Se vuelve hacia mí, exasperada—. Soy yo quien debería ser *matrone*. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. ¿Quién soy si no lo soy?

La lechuza despliega las alas y se eleva en el aire.

Ailesse jadea y levanta el cuchillo para lanzárselo. La lechuza vuela hacia el norte.

—¡No, espera! —grita. Se echa hacia atrás para apuntar.

Una parte de la madera podrida se quiebra.

—¡Ailesse! —No la agarro a tiempo.

Se cae y atraviesa el puente.

La oigo caer al río.

—¡Ailesse! —vuelvo a gritar. Me acerco al borde del agujero. Me late el corazón muy deprisa. *No le pasará nada*, me digo. *Tiene la gracia de un tiburón tigre*.

Saca la cabeza. Tose y lucha por mantenerse a flote. *Merde*, es el vestido que Casimir le dio. Hace que se hunda.

Me quito las botas y la camisa y me lanzo a por ella. El frío me golpea. Saco la cabeza del agua y la sacudo para apartarme el pelo de los ojos. Ailesse está a unos dos metros y lucha con su fuerza agraciada por nadar hasta la orilla. El lado más cercano de la orilla está a dieciocho metros.

En tres brazadas estoy a su lado. Le paso el brazo por debajo del suyo y muevo los pies para nadar con fuerza. Ella también nada, pero con solo una pierna y la tiene enredada en la falda. La cabeza se nos hunde en el agua. Nos impulsamos juntos hacia arriba.

—El vestido pesa demasiado —balbuceo—. Tenemos que quitártelo.

—Puedo hacerlo con él puesto. —Aprieta la mandíbula—. Soy lo bastante fuerte.

Sé que podría. Buscaría la forma de hacerlo ella sola.

—Sé que eres lo bastante fuerte. —Me castañean los dientes—. Pero… ¿ merece la pena?

Frunce el ceño y lucha por mantenerse a flote. La muleta se aleja hacia la orilla. Al final asiente y traga saliva.

—Me lo quitaré.

La rodeo para ayudarla con los lazos. Ella se aparta.

—Yo puedo, Bastien.

Se quita las mangas largas. Rompe las costuras a lo largo del torso. La parte superior del vestido cae sobre un corpiño sin tirantes. Gira la falda del vestido para que los lazos queden en la parte de delante. Los arranca de un tirón. La falda se desprende de la camisa y se hunde en el río.

Nada contra la corriente. Mira hacia abajo, buscando algo. Está seria.

—Se me ha caído el cuchillo de hueso.

Nado para sacar la boca por sobre la superficie del agua.

—Ailesse. Por favor, no.

Sus fosas nasales se encienden. Despacio, me mira a los ojos.

—Déjalo. El cuchillo, lo de ser *matrone*… déjalo todo.

Tiene el pelo empapado pegado a los hombros y forma un abanico en el agua.

—*No*.

Se sumerge bajo la superficie justo por donde pasa una corriente rápida. *Merde*.

Me zambullo tras ella sin pensarlo dos veces. La corriente es

demasiado fuerte. Me empuja río abajo. Nado y forcejeo. Es inútil. No puedo salir. Me arde el pecho. Me duele la cabeza. Me falta el aire. Si así es como moriré, me voy a enfadar mucho. Lucharé contra cualquier Ferrier que se atreva a arrastrarme al Más Allá.

Un brazo me rodea el pecho. Me saca de la corriente. Lo último de aire que me quedaba sale de mis pulmones en burbujas. Me arrastran hacia arriba. No veo nada. Estoy a punto de desmayarme.

Salgo a la superficie. Respiro con dificultad. Toso el agua que acabo de inhalar. Me doy cuenta de que Ailesse me ha salvado. Noto su cuerpo pegado al mío.

Me lleva nadando hasta la orilla donde su muleta flota. Recupero las fuerzas cuando llegamos a una zona llena de cañas. Me agarro a un puñado para estabilizarme y me vuelvo hacia Ailesse, jadeando. Tiene los ojos muy abiertos por la preocupación. Tiene el cuchillo de hueso entre los dientes. Se lo quita de la boca y se acerca a mí, pegándose a mi pecho desnudo. Una de sus manos se desliza detrás de mi cabeza. Su mirada se posa en mis labios. Me besa con intensidad, con la boca mojada por el agua del río. Hunde los dedos en mi pelo. Me rodea la cintura con la pierna buena.

Mi pulso se acelera. El calor arde en lo más profundo de mi ser. Incluso entonces, estoy tan aturdido que tardo un segundo en rodearla con los brazos. Justo cuando lo hago, se aparta y baja la cabeza. Respira con dificultad. Estoy muy desconcertado, no sé qué he hecho mal.

Cuando por fin vuelve a mirarme, tiene los ojos rojos.

—Tienes razón, Bastien —dice—. Yo debo elegir el siguiente paso en mi vida, nadie más. —Exhala despacio y traga saliva—. Y creo que tú y yo deberíamos ser solo amigos.

17
Sabine

Me he convertido en una leyenda entre los soldados que patrullan los muros de Dovré. Me llaman *l'espirit en blanc*. El espíritu de blanco. Han pasado doce días desde que me fui de Château Creux y los soldados han aprendido a temerme y a no luchar contra mí. Esquivo sus flechas con facilidad. Incluso atrapé una por el asta cuando me dispararon. Anoche, cuando rodeé la ciudad por el bosque que la abraza, un hombre al verme murmuró algo a su capitán, me llamó por un nombre nuevo. *Gardienne d'*âmes. Guardiana de almas.

Creen que estoy atrayendo a los fantasmas aquí, que los dioses me han enviado para castigar al pueblo con una segunda plaga. Algunos ya han muerto, como el rey Durand. Algunos dicen que Galle del Sur está maldita y muchos culpan a la dinastía Trencavel. Pero algo sí es verdad: tengo la culpa de que los Encadenados sigan aquí.

Suena un trueno y una llamarada de *chazoure* se eleva sobre el muro. Un Encadenado se asoma por el muro y se arrastra por él como una araña. Apoyo los pies en el húmedo lecho del bosque y preparo mi bastón. No es el bastón que suelo usar, con tallas de animales del bosque, criaturas marinas y las fases lunares en él. Me fui de Château Creux tan deprisa que no pude llevármelo. Este es un bastón sencillo que he fabricado con una rama robusta. Igual de eficaz.

El Encadenado, un hombre alto y musculoso, se acerca a través de la lluvia. Si me quedo en los alrededores de la ciudad el tiempo suficiente, siempre atraigo un alma. El canto de sirena no ha perdido toda su fuerza y fui la última en tocarlo.

El Encadenado salta más allá de los árboles y me gruñe. Detrás de él caen relámpagos.

—Desperdiciaste la oportunidad de enviarme al Infierno, Hechicera de Huesos. Deja de intentarlo.

Me aparto los rizos de la frente y alzo la barbilla. El hombre jadea, sorprendido. Se queda mirando con sus ojos color chazoure el colgante en forma de media luna que cuelga de mi corona de astas. No sé si el Encadenado sabe que el colgante está tallado con el hueso de un chacal dorado, pero presiente la amenaza de Tyrus a través de mí. Lo haré sufrir para siempre por la vida tan mala que ha llevado.

Se da la vuelta y corre hacia la ciudad. Lo sigo, chapoteando en los charcos y con los pies llenos de barro. Trepa por el muro, pero yo salto como si fuera un ciervo rojo y lo derribo con mi bastón.

—No he desperdiciado mi oportunidad —digo con desdén. El chacal dorado que hay en mí quiere hacerle sangrar, pero lucho contra la sed de sangre—. Volveré a llamarte con mi canción y te encontrarás con tu señor.

El Encadenado se mueve e intenta huir. Salto por encima de él, con la fuerza del atajacaminos, y lo bloqueo. Corre a mi alrededor, pero lo empujo hacia atrás. Lo hago avanzar hacia el interior del bosque, soy rápida a pesar del barro y el aguacero, y lo guío hacia la prisión temporal. Cuanto más ocupada estoy, más despejada tengo la cabeza. Pero a medida que la luna llena se acerca, me resulta cada vez más difícil apartar las imágenes y acallar las voces de mi interior…

El cuello ensangrentado de Hyacinthe. Los ojos acusadores de Pernelle. Las palabras de Roxane. *Hemos decidido que no estás preparada para gobernar nuestra* famille*, Sabine*. Entonces veo a Ailesse, igual que en la visión que tuve, caminando hacia las Puertas del Inframundo. Mi madre advirtiéndome sobre el chacal: *Cuidado con su astucia. Te matará, hija*. Por último, yo, muerta en la tumba del chacal. Yo, con sus ojos amarillos y sus dientes afilados como cuchillos.

Grito de frustración y lucho contra el Encadenado, llevándolo hacia la trampa que he creado: un agujero profundo en el suelo, cubierto con una red de palos y zarzas. ¿Qué me pasa? Creía que últimamente estaba mejorando.

¿Llegaré a dominar esta gracia?

El hombre me propina un puñetazo en la barriga. Me tambaleo y jadeo.

—Vuelve por dónde has venido, monstruo —gruño, y vuelvo a empujarlo hacia la trampa.

—¿Monstruo? —Se tambalea cuando lo golpeo en el pecho con el bastón—. Tú eres la peor de todos nosotros. Llevas el Infierno escrito por todas partes.

La punzada de dolor es fuerte. No debería emanar el Inframundo. Las Leurress están destinadas a morar en el Paraíso. Se supone que estamos llenas de las porciones más grandes de Luz de Elara.

No lo escuches, Sabine. Mi bastón se mueve en forma de remolino y le da un golpe en el brazo. Retrocede y yo sigo atacando, pateando, intentando con todas mis fuerzas dominar mi cabeza. *Sé racional. Afronta tus dudas*. No es demasiado tarde para recuperar la confianza de mi *famille*. Hyacinthe sobrevivió. Me enteré personalmente. Volví a hurtadillas el día después de herirla y me colé en Château Creux para

espiar. Me quedé hasta que me aseguré de que la mayor de las Leurress se estaba recuperando sin problemas.

También he estado espiando a la gente que vive en Dovré. Me enteré de que Bastien escapó del Beau Palais la noche que envié a las víboras de los prados y que al día siguiente se vio a una chica preciosa vestida de princesa deambulando por la ciudad. Lo que significa que Ailesse también es libre, aunque no sé adónde ha ido. El apartamento de Birdine lleva días vacío y Ailesse no ha regresado a Château Creux.

Estoy desesperada por encontrarla. Esta noche hay luna llena. A medianoche, volverá a poderse transportar a los muertos. Pero tengo miedo de intentarlo sin advertirle. Sería como si Ailesse se presentara de la nada e interfiriera. No puedo dejar que eso ocurra. No cuando Odiva quiere engañar a mi hermana para que la libere.

Llegamos a mi trampa. Se oyen lamentos y gritos en el interior. Hasta ahora, he atrapado aquí a dieciséis Encadenados, pero la última vez que lo revisé, solo quedaban once. No es ninguna sorpresa. Mi *famille* también tuvo problemas para mantener atrapados a los muertos la última vez que estuvieron sueltos por ahí. La única forma de librarse de ellos es transportándolos al Más Allá.

Hago rodar las pesadas piedras que aseguran la tapa de zarzas de mi trampa con rapidez mientras utilizo el bastón para mantener al Encadenado acorralado y cerca.

Quito la última piedra, aparto la tapa de una patada y lo empujo con el bastón hacia el interior. Justo cuando lo hago, resbalo con el suelo embarrado, caigo de rodillas y pierdo mi arma.

El hombre me la quita de un tirón, corre a mi alrededor y me golpea en la espalda. Gruño y caigo sobre las manos. Las yemas de mis dedos aterrizan a una pulgada del agujero abierto. Vislumbro las almas que se agitan dentro: hay diez. Tienen los ojos desorbitados. Arañan las paredes de tierra intentando escapar con desesperación.

Me apresuro a retroceder. Me pongo en pie. Me doy la vuelta para luchar contra el hombre.

Está demasiado cerca. No me da tiempo a esquivarlo. Va a lanzarme al agujero.

Me aferro al suelo con los pies. Intento agarrar el otro extremo del bastón. Rezo para tener la fuerza suficiente y empujarlo.

Sale despedido unos tres metros. Jadeo al verlo caer sobre la hierba húmeda. Ni siquiera lo he tocado.

Aturdida, miro en la otra dirección. Luego me quedo paralizada. El

corazón se me va a salir del pecho.

—Ailesse.

Lleva una muleta, pero también corre hacia el Encadenado. Empuña el bastón que él ha dejado caer, lo pone en pie de inmediato y lo hace moverse con brusquedad hacia el pozo. Una vez en el borde, lo empuja con fuerza. El Encadenado grita, agita los brazos y cae en mi trampa.

Me apuro y pongo la tapa de zarzas y las piedras que la sujetan. Ailesse me ayuda y coloca dos piedras en su sitio mientras yo pongo las otras dos. Terminamos a mismo tiempo. Nos miramos. Mis ojos se llenan de lágrimas. No puedo creer que esté conmigo de verdad. Rompo a llorar.

Se lleva una mano al pecho.

—Oh, Sabine.

La lluvia aminora hasta convertirse en una llovizna cuando nos levantamos y corremos la una a la otra con torpeza. Caemos sobre los hombros de la otra, sollozando. La abrazo con fuerza y lloro más, hipando al respirar. Ella suelta un suspiro y se ríe de mí entre sollozos. Le doy un golpe en el brazo y me lo devuelve. Lo siguiente que sé es que las dos estamos riéndonos y sollozando, y es el momento más ridículo y perfecto… Y, dios, cómo he echado de menos a mi mejor amiga.

Al final se separa de mí y se limpia la nariz con la manga.

—¿Dónde demonios has estado? —Me sacude por los hombros—. Llevo días buscándote por todas partes.

—¿Qué quieres decir? Tú eres la que había desaparecido. ¿Por qué no has vuelto a casa? —Me he escapado para buscarla.

—Podría preguntarte lo mismo. Toda nuestra *famille* ha estado buscándote.

—Espera, ¿has estado con la *famille*?

—No exactamente. Volví a casa… bueno, casi. Me encontré con Felise y Lisette a las afueras de Château Creux. No me vieron, por supuesto. Pero las oí hablar.

Me imagino a las niñas, que aún no han obtenido gracias.

—¿Y?

Bajo los pliegues de la capa suelta, Ailesse juguetea con los cordones de su corpiño burdeos. No está hecho a mano por Leurress. Tampoco la blusa color crema ni la sencilla falda azul. Es raro ver lo bien que le sientan. Inclina la cabeza.

—¿De verdad heriste a Hyacinthe? —me pregunta con delicadeza —. ¿Por eso huiste?

Me sonrojo.

—Fue un accidente.

—Claro que lo fue. —Mira el colgante del chacal dorado—. Entonces, ¿por qué no has vuelto? Sabes que las mayores nunca te desterrarían.

Eso es solo porque nunca destierran a nadie. No querrían arriesgarse a exponer nuestra forma de vida secreta. Pero aún podrían castigarme y quitarme mis huesos de la gracia durante una temporada. No pueden quitarme mi poder con los Encadenados sueltos por ahí.

—Solo estoy intentando demostrarme que soy capaz.

—¿Por qué? —Se mueve sobre la muleta. El movimiento es torpe, carece de su habitual elegancia y agilidad—. ¿Para que te dejen dirigir la travesía otra vez? —Esta vez, su mirada seria se dirige a mi corona.

—Bueno, sí. —Me muerdo el labio inferior—. Tienes que entender que no sabía si alguna vez volverías a casa… independientemente de lo mucho que quisiera que fuese así.

—Esperaba a encontrarte primero, pero volveré a casa. —Aprieta la mandíbula. Haber sido prisionera dos veces no ha servido de mucho para domar su vena testaruda—. Deberíamos volver a casa juntas —se corrige, dándome otro abrazo. Los músculos de su brazo están tan tensos que tiemblan. O quizá soy yo la que tiembla. ¿Estoy dispuesta a enfrentarme a mi *famille* o a renunciar a mi condición de *matrone*? Roxane no puede gobernar como regente para siempre.

—Me encantaría —respondo.

Ailesse se echa hacia atrás y, aunque su sonrisa vacila, me hace recordar que mi hermana es la misma persona que preparó mi cráneo de salamandra después de mi primer sacrificio cuando no podía dejar de llorar, y también es la que me ofreció el golpe mortal para sacrificar a su tiburón tigre para que fuese yo quien reclamase sus gracias, aunque rechacé hacerlo. Nadie me ha querido tanto como ella. Y nadie lo hará jamás.

—Pero nuestra madre te nombró su heredera. —Traga saliva—. Así que tienes que decidir qué implica eso.

Me duele el pecho. Me está preguntando si le devolveré su derecho de nacimiento o me lo quedaré. De verdad me dejaría quedármelo si eso es lo que quiero. Aunque eso la destrozase.

No sé qué decir… estoy demasiado asustada como para saber lo

que quiero con tanta precisión, así que le doy un apretón en la mano.

—¿Vienes conmigo? —le pregunto—. Hay un arroyo cerca y tengo sed… a pesar de la lluvia.

Estudia mi rostro y asiente con la cabeza, entrelazando un brazo conmigo, despacio. Dejamos atrás las almas que aúllan en mi trampa, así como la incógnita de quién debería ser *matrone*. El hecho de que no haya respondido es respuesta suficiente por ahora.

Intentamos hablar de cosas sin importancia, pero no las hay, así que hablamos de cosas complicadas de una forma más desenfadada… entre sonrisas, pasos tranquilos y los pequeños tropiezos de su muleta. Yo le explico lo de la confusión con las serpientes y ella me cuenta cómo consiguió ayudar a Bastien a escapar del Beau Palais.

—¿No te fuiste con él? —le pregunto—. Entonces, ¿cómo es que estás aquí?

—Bueno, para empezar, nunca estuve encerrada en una celda. Y me quedé para proteger a Cas de los Encadenados. —No paso por alto que llama a Casimir con su nombre de pila—. Hay disidentes entre ellos, y Cas y yo descubrimos por las malas que cuando le roban Luz a él, a mí también. Antes de que digas nada, no te preocupes. Estoy bien. Perdimos un poquito. Pero no podía arriesgarme a perder más, así que tuve que secuestrarlo y llevármelo del Beau Palais. Menos mal que me devolvió mis huesos de la gracia antes.

Me detengo, mareada por intentar procesar todo lo que acaba de decirme: *amourés* perdiendo Luz a la vez, disidentes muertos tras el nuevo rey y Ailesse secuestrándolo.

—Entonces, ¿Casimir no se fue del Beau Palais para embarcarse en una misión en busca de una cura para las personas enfermas de Dovré? —pregunto, y luego me siento obligada a añadir—: Ha estado escribiéndoles cartas a sus consejeros; intercepté una de un mensajero. Al menos me pareció que las cartas eran de Casimir.

—Uh, sí que lo eran. —Ailesse sonríe—. Con un poco de insistencia por mi parte, claro. Fue idea mía hacerle quedar bien. Esperemos que eso mejore su reputación entre la gente. Culpar a los Trencavel de la supuesta plaga es absurdo.

Reanudamos la marcha.

—¿Y qué hay de la coronación pública que ha prometido en cuanto vuelva a casa? —pregunto, recordando otra línea de la carta.

Se encoge de hombros.

—Bueno, no voy a mantenerlo cautivo para siempre.

Por el bien del pueblo, espero que no. El Beau Palais lleva varios días cubierto de banderines dorados y verdes, esperando el regreso de Casimir. Mientras tanto, apenas unas pocas banderas y estandartes con el símbolo del sol visten las calles de Dovré.

Las que hay están hechas jirones por el viento y la lluvia. La gente está perdiendo la fe en que algo —o alguien— pueda ayudarlos.

Yo los ayudaré. Esta noche.

—No me extraña que no haya podido encontrarte —comento—. Has estado vigilando al rey.

—No he tenido que hacerlo sola. No olvides que también te he estado buscando. —Me da un codazo—. Y, de todas formas, ¿desde cuándo te has vuelto tan difícil de rastrear?

—Tienen que ser las gracias del chacal dorado. —Le resto importancia con un gesto con la mano, aunque me inflo un poco—. Nadie de nuestra *famille* fue capaz de capturar al chacal. Solo conseguí hacerlo porque la lechuza plateada lo obligó a cruzarse en mi camino.

Ailesse frunce los labios. Vuelve a mirar mi colgante en forma de media luna.

Llegamos al arroyo. Suelta la muleta y se arrodilla, poco afectada por su pierna rota. Debe de estar curándose bien. Metemos las manos unidas en el agua para formar un cuenco y beber. Me trago puñados de más, armándome de valor para decir lo que ella tiene que oír:

—Odiva está viva en el Inframundo.

—Tenemos que transportar a los muertos esta noche —suelta al mismo tiempo.

Parpadeo.

—Sí, lo tenía previsto.

—Sé lo de Odiva. —Habla por encima de mí—. Jules me contó lo que le dijiste. Espera, ¿cómo planeabas transportar a los muertos?

Sacudo la cabeza.

—¿Has visto a Jules?

—Marcel y ella están ayudándome con Cas. Birdine también. ¿Conoces a Birdine? Cas está en un escondite que tiene Bastien bajo una antigua iglesia. Así que Bastien también está ayudando. —Ailesse se rasca el brazo al decir su nombre, con las mejillas sonrojadas—. ¿Cómo pensabas transportar a los muertos? —insiste—. No ibas a hacerlo por tu cuenta, ¿verdad?

Me revuelvo.

—No sé qué otra opción tengo. El puente de la caverna es

demasiado frágil. No puede soportar a todas las Ferriers. —Aún no le he dicho a la *famille* lo del segundo puente del alma, el único lugar donde podemos transportar a los muertos en luna llena, a diferencia del puente de tierra, que solo puede usarse en luna nueva. No puedo arriesgarme a poner en peligro a nadie más.

Ailesse se cruza de brazos.

—Bueno, te voy a ayudar, por supuesto. Nos ayudaremos la una a la otra. Por eso he estado buscándote con todas mis fuerzas, para transportar a los muertos juntas.

—No, no puedes. —Suspiro—. Por eso he estado intentado encontrarte. Nuestra madre quiere que la liberes y…

—Jules también me contó eso.

—Déjame terminar. —Me retuerzo las manos en el regazo—. Odiva dice que solo tienes que tocarle la mano, pero me preocupa que haya más. ¿Y si está intentado sacrificarte a Tyrus otra vez? Podría estar intentando cumplir su trato para liberar a mi padre del Inframundo.

—Aunque ese fuese su plan, no significa que no deba volver a transportar a los muertos —contesta Ailesse—. Tendré cuidado.

—¿Como la última vez en el puente de la caverna? —Alzo una ceja —. Habrías cruzado la Puerta de Tyrus si Odiva no hubiera apuñalado a Bastien.

Se estremece.

—No sabes que no habría parado por mi cuenta.

—Te vi, Ailesse. El canto de sirena de Tyrus sacó a relucir todas tus debilidades. Y Odiva puede ser igual de manipuladora.

—Bueno, he aprendido de mis errores —dice a la defensiva—. No pienso repetirlos. La que me preocupa esta noche eres tú.

—¿Yo? —me encojo.

—No fuiste capaz de terminar de transportar a los muertos en luna nueva. Los Encadenados están sueltos por eso.

—Porque vi a Odiva en el Inframundo. Me asusté, no estaba preparada para…

—Te enfrentarás a retos más impactantes mientras transportas a los muertos.

—Sí, pero ahora tengo cinco huesos de la gracia.

—¿Y cuánto te han ayudado a combatir la gracia de tu chacal dorado? —Lanza una mirada acusadora a mi colgante en forma de media luna—. Eso es lo que está sacando a relucir todas tus debilidades, Sabine. Ese poder está ligado a Tyrus. Siempre tuviste la

Luz más fuerte, pero creo que el chacal la está anulando.

Me pongo de pie de un salto.

—No sabes de qué estás hablando. Hace un mes que no me ves.

—Te he visto. —Se levanta sin la muleta y se apoya en su pierna buena—. La lechuza plateada me ha enseñado lo que has estado sufriendo. Vi cómo mataste al chacal y reclamaste sus gracias. Vi lo inestable que has estado desde entonces: atravesando vidrieras, huyendo del puente de tierra, hiriendo a Hyacinthe, escapándote de casa…

Me arden los ojos. Le doy la espalda.

—Estoy segura de que el chacal te da mucho poder —dice, ahora con una voz un poco más tranquila—. Pero, ¿merece la pena? ¿Te ayudará o te pondrá en peligro la próxima vez que intentes transportar a los muertos?

Me miro las manos, la suciedad bajo las uñas, la falda raída del vestido de la travesía… Lo llevo desde hace más de dos semanas. Tengo que tener un aspecto salvaje y feroz. No me extraña que Ailesse dude de mí.

Se acerca cojeando y me abraza por detrás.

—Uh, Sabine, no quiero discutir. Perdóname. Estaremos bien esta noche mientras estemos juntas. Estoy segura de que eso es lo que quería decirme la lechuza plateada: que debemos transportar a los muertos juntas.

Me relajo y le toco el brazo. Tiene razón. Nos necesitamos la una a la otra. Juntas estaremos a salvo. Respiro hondo.

—Esta noche, cuando veas a Odiva, no dejes que te afecte. Recuerda quién eres.

—Soy la primogénita de mi madre —murmura—. ¿En qué va a ayudarme eso?

—Eres más que su hija… o incluso más que la *matrone* que serás algún día, si eso es lo que de verdad quieres. Odiva no te hizo. Puede que ella te diese a luz e influyese en algunas de tus decisiones, pero no te obligó a ser tú misma. Tu alma es demasiado poderosa para permitir que la moldee otra persona. Eres tú misma, Ailesse. *Tú* te hiciste a ti misma.

Por un momento se queda callada, tiene la mejilla apoyada en mi hombro.

—¿Alguna vez te he dicho que eres la persona más dulce y lista que conozco?

—No te olvides de que también soy la más buena y la más cariñosa.

—También hueles a moho y a caca de ciervo. No me extraña que no pudiera rastrearte.

Me doy la vuelta y le doy un manotazo en el brazo, riéndome.

—¡Ay! —Se ríe a carcajadas—. Cuidado, eres más fuerte de lo que crees.

—Sé la fuerza que tengo. —Me abalanzo sobre ella. Chilla y salta hacia atrás para agarrar la muleta y esquivarme.

Nos rodeamos la una a la otra, riéndonos a carcajadas. Se oye un trueno en el cielo y las nubes desatan una lluvia torrencial. Recojo pedazos de barro y se los lanzo. Esquiva el primero, pero el segundo le da de lleno en el pecho. Suelta una carcajada.

—¡Muy bien, tú ganas! Ten piedad de… —Abre mucho los ojos. Palidece. Se tambalea, apoyándose con fuerza en la muleta.

Mi sonrisa se desvanece.

—¿Ailesse? ¿Qué te pasa?

Niega con la cabeza, con el ceño fruncido.

—Creo que es mi Luz. Así es como me sentí cuando… —Se tensa —. Cas. Lo están atacando. Sabine, tengo que irme.

Se me revuelve el estómago.

—Pero ¿cómo vas a llegar a tiempo?

—No lo sé. Tengo que intentarlo.

Me apresuro a llegar a su lado.

—Voy contigo. —Me da igual el rey, solo me importa que Ailesse está en peligro por su vínculo.

—No puedes. No nos queda mucho tiempo hasta la medianoche. Deberías volver a Château Creux. Necesitamos más Ferriers. Tiene que haber algunas en las que confíes. No tienen que estar en el puente con nosotras, pueden ayudar desde el saliente de la caverna.

—Pero…

—Estaré bien. —Se aparta el pelo de la cara y aprieta la mandíbula con esa actitud testaruda que la caracteriza—. No podemos perder esta oportunidad de transportar a los muertos por nuestra cuenta. Es muy peligroso.

Dudo.

—¿Segura de que estarás bien?

—Sí. —Me hace señas para que me vaya—. Y tendré cuatro amigos dispuestos a ayudarme cuando encuentre a Cas aunque no puedan ver

a los muertos. Me necesitan. —Se pone en marcha hacia Dovré a paso rápido, usando la muleta solo para apoyarse un poco—. Vete, Sabine —dice por encima del hombro—. Te veré en el puente de la caverna.

Lucho contra una oleada que me inquieta y vuelvo corriendo a la trampa, rezando por haber tomado la decisión correcta al dejar que nos separemos. Las almas de los muertos chillan desde el pozo. Hago rodar cada piedra de la zarza que la cubre para que vuelva a quedar suelta.

Agarro el bastón que se me había caído y me alejo a toda prisa del agujero en dirección a Château Creux. Los Encadenados encontrarán la forma de escapar de mi trampa. La desesperación los llevará a hacerlo cuando oigan la canción para transportarlos al Más Allá.

Corro más deprisa y me preparo para lo que me espera: volver a casa y, lo que es mucho más preocupante, tener que enfrentarme otra vez a mi madre. Pero lo haré, sin acobardarme. Ailesse estará a mi lado. Transportaremos a los muertos al Más Allá. Juntas nos encargaremos de ello.

La plaga que asola Dovré termina esta noche.

18
Ailesse

Entro corriendo en Chapelle du Pauvre con la capa chorreando por la lluvia. Me quito la capucha y me acerco a toda prisa a la trampilla que hay detrás del altar, atravieso el sótano después de encender un farol, luego paso por los túneles de las catacumbas y bajo por los andamios del lateral de la cantera. Me duele la rodilla —apenas estoy usando la muleta—, pero no puedo pararme a descansar.

—¿Cas? —pregunto, resbalándome por la escalera con torpeza a pesar de mi gracia de íbice. Me tiemblan los músculos, sin fuerzas. Tengo muy poca Luz—. ¿Bastien? —El corazón me late más deprisa. ¿Y si llego demasiado tarde?

No sé si pueden oírme. No puedo oírlos ni tampoco siento ningún sonido de forcejeo. Eso no me tranquiliza. La cantera está demasiado aislada para que haya eco. Mis amigos podrían estar luchando contra tres Encadenados aquí abajo y no escucharía ningún ruido hasta estar a unos metros.

Cuando estoy a cinco peldaños de la cámara de Bastien, salto de la escalera. Entro con el cuchillo de hueso desenvainado.

—¡Ailesse! —Marcel se pone delante de mí y me asusta. Tiene los ojos muy abiertos—. Menos mal que has vuelto. ¡Necesitamos tu ayuda!

Paso por su lado y registro la habitación. Bastien y Birdine no están. Solo están Marcel, Jules y Cas. Me doy la vuelta y miro hacia atrás. No lo entiendo. No veo ninguna estela de *chazoure*.

—¿Dónde están?

—¿Quiénes? —Jules se cruza de brazos. Está junto a la parte abierta de la estancia, cerca de la caída a la cantera.

—Los muertos.

—¿Vienen los muertos? —Cas se pone en pie. No sé cómo piensa defenderse. Ya no está atado con una cuerda grande, pero tiene las muñecas atadas y el tobillo sujeto con una bola y una cadena. Bastien y Marcel la robaron de una prisión de la ciudad hace unos días.

—¿No te das cuenta cuando te roban Luz? —Vuelvo cojeando al andamio y alumbro la cantera con el farol. ¿Cómo hacen los muertos para esconderse de mí?—. Tienes que prestar más atención. Algunos Encadenados son astutos. Puede que no te ataquen de frente. Podrían sentarse a tu lado sigilosamente y drenarte la energía.

Jules tose en su puño.

—Aquí no hay ningún Encadenado, Ailesse. Lo sabría si perdiera más Luz por la fuerza.

Observo el tono enfermizo de su piel y cómo la ropa que antes le quedaba ajustada ahora le queda holgada. Está empeorando.

—Pero… Marcel acaba de decir que necesitaba mi ayuda.

—¡Sí! —Se mueve hacia donde estoy con paso atropellado—. Eres nuestra Hechicera de Huesos, Leurress, residente, por eso tu opinión es la que más peso tiene. Quiero saber qué piensas de mi nueva teoría.

Lo oigo a medias. Todavía estoy intentando ralentizar los latidos de mi corazón.

—¿Dónde está Bastien? —Me vuelvo hacia Jules, incapaz de librarme de la sensación de que alguien que me importa está en peligro.

—Ha ido a por provisiones. —Vuelve a toser, y la tos se le queda más en el pecho—. Ya debería haber vuelto, pero conociéndole, seguro que te está robando otro conjunto bonito.

Ignoro el comentario y dejo el farol. Me acerco a Cas cojeando. Aunque ahora Bastien y yo seamos solo amigos, Jules no ha perdido la costumbre de incordiarme por los detalles que tiene conmigo, como la ropa que me trajo después de que dejara mi vestido de La Liaison en el río.

—¿Alguna vez te has planteado que tal vez la magia de Tyrus implique más que huesos? —Marcel me sigue—. ¿Y si también está ligada a los elementos?

—Un momento —le pido—. ¿Seguro que estás bien? —le pregunto a Cas—. Sentí una pérdida de Luz repentina, y sigo sintiéndola. ¿No lo notas tú también? Estaba segura de que los Encadenados te habían encontrado.

Frunce el ceño ante la sincera preocupación de mi voz. Un desliz. He hecho todo lo posible para no darles ni a él ni a Bastien ninguna esperanza de que pueda corresponder a sus sentimientos.

—Esta noche me siento mucho más débil —confiesa—. Temía que te hubiesen atacado.

—¿No es obvio lo que le pasa? —Jules camina por el borde de la habitación—. Está desesperado por conseguir Luz, igual que tú cuando te secuestramos en las catacumbas.

—Podría tener razón. —Marcel se arrastra distraído detrás de mí, esperando para compartir su teoría—. Esta noche hay luna llena. Tal vez Cas lo siente en lo más profundo de su ser y eso hace que su

necesidad sea aún más insaciable.

—Pero él no es una Leurress. —Frunzo el ceño—. No debería necesitar el sustento de la Luz como yo.

—A lo mejor sí. —Jules levanta un hombro—. Será una parte más del vínculo que compartís. Lo próximo que pasará es que su pelo se volverá rojizo y tu voz bajará una octava. Él se dedicará a transportar a los muertos y a ti tendremos que empezar a llamarte Su Majestad.

—Muy graciosa.

Sonríe burlona.

—Creo que salir podría ayudar —dice Cas—, aunque sea durante una hora. —Se relame los labios y se acerca un paso—. ¿Podríamos intentarlo?

—Sabes que no podemos. —Suspiro. Sé lo que se siente cuando te privan de Luz—. Es muy peligroso con todos los rebeldes por ahí. Si los muertos te encuentran o descubren dónde te has escondido… —Niego con la cabeza—. Lo siento, Cas.

Le cambia la cara y se desploma contra la pared.

Tengo que deshacerme del sentimiento de culpa. Cuando transportemos a los muertos con Sabine, lo dejaré volver a casa.

—Tengo que irme. —Me quito la humedad de la capa antes de que vuelva a empaparla—. Nos vemos mañana. —Me doy la vuelta para irme, pero Jules ya se ha puesto su propia capa y lleva en la mano el farol que dejé hace un rato. Me quedo paralizada—. ¿Qué haces?

—Voy a buscar a Bastien —responde, como si fuese obvio—. No hace falta que seamos tres para vigilar al rey.

—Pero tengo que irme. —Falta más de una hora para la medianoche y tardaré casi todo ese tiempo en llegar al puente de la caverna—. Esta noche por fin he encontrado a Sabine, y tenemos… —Me detengo en seco. No puedo decirle a Jules que vamos a transportar a los muertos. Se lo dirá a Bastien y se pondrá furioso.

El puente de la caverna está a una grieta de derrumbarse por completo, dijo hace tres días, cuando le planteé que lo reconsiderara. *Prométeme que no te arriesgarás a ir hasta allí*. El plan, por lo que él sabe, es esperar al puente de tierra.

No le prometí nada, evité contestarle directamente. Bastien no entiende lo que es cargar con la responsabilidad de proteger a los vivos de los muertos. ¿Cómo voy a esperar otros catorce días para transportarlos en luna nueva?

Jules pierde la paciencia y sube a la plataforma del andamio. Sube

los dos primeros peldaños de la escalera. Ya le tiemblan las piernas por culpa de lo débil que está.

—Espera —le pido—. No tienes la fuerza suficiente para…

Me lanza una mirada asesina.

—No me conoces, Ailesse. Siempre tengo la fuerza suficiente, en todos los sentidos. Tal vez tú puedas dejar de lado tus sentimientos por Bastien, pero yo nunca podré ser así. Voy a averiguar dónde está y a asegurarme de que esté bien.

Me quedo pasmada, incluso después de que se haya ido, y les doy la espalda a Marcel y a Cas. Nunca dejé de lado mis sentimientos por Bastien. *¿Eso es lo que todos piensan? ¿Eso es lo que él piensa?*

Marcel se acerca a mí, perezoso. Me da un golpecito en el hombro.

—Bueno, volviendo a la teoría de los elementos —comenta, sin darse cuenta de lo inoportuno que es—. La Puerta de Tyrus puede estar hecha de agua, viento y tierra, ¿verdad? Al menos el viento y las partículas de tierra mantuvieron unida la Puerta de polvo el mes pasado. Y la Puerta de Elara está hecha de algo parecido a un espíritu, ya que es transparente y todo eso. Pero adivina cuál de los cinco elementos falta en las Puertas. —Antes de que pueda responder, responde él—: El fuego. —Sonríe con suficiencia—. ¿Qué te parece? ¿Podríamos usarlo contra él?

—Eh… —Intento tranquilizarme—. No sé cómo. —*¿Qué haríamos? ¿Disparar flechas incendiarias al Inframundo mientras hago una lista de exigencias?*—. Pero es una idea interesante. —De todas formas, ya es más progreso del que el resto de nosotros ha hecho para vencer a Tyrus—. Deberías estudiarlo más.

—Gracias, Ailesse —dice, contento—. Eso es justo lo que estaba pensando. Tengo un libro sobre los elementos en otro de nuestros escondites. Voy a ver si lo encuentro. Adiós. —Pasa junto a mí y agarra uno de los faroles.

—Espera, tú tampoco puedes irte. ¿Quién va a vigilar a Cas?

—Birdine está aquí. —Esboza una sonrisa relajada—. Se está bañando abajo. —Me resisto a poner los ojos en blanco por su excesiva costumbre de bañarse en un charco de agua subterránea en uno de los túneles de la cantera—. Seguro que no tarda en subir.

Suspiro con fuerza mientras sube por el andamio. Con mis amigos tenemos una regla, mi regla: nunca dejamos a Cas solo.

Vuelvo a pensar cuánto tardaré en llegar al puente de la caverna. Supongo que puedo esperar a Birdine un cuarto de hora y llegar antes

de la medianoche.

—No deberías dejar que te altere —dice Cas.

—¿Birdine?

—No, Jules. —Se acomoda en un colchón de paja y se lleva una rodilla al pecho—. Me parece el tipo de persona que no puede dejar de hurgar en una vieja herida. Puede hacer creer a una persona que no está en su mano que se cure.

Es algo tan sabio, tan de Sabine, que me sorprendo mirándolo. Sonrío con cariño.

—Me recuerdas a mi hermana.

Su expresión amable se desvanece.

—Tu hermana intentó matarme.

—No, ella quería que yo te matase.

—Pero tú no quieres; esa es la diferencia. Está decidida a encontrar una manera de romper nuestro vínculo.

—Por favor, no juzgues mal a Sabine. —Cojeo y me acerco a él—. Solo intentaba protegerme. Respeta la vida más que cualquier Leurress.

Cas se burla.

—No es la única vez que la pusieron a prueba. ¿Sabías que su madre murió hace dos años?

—Dijiste que la mujer del puente de la caverna era tu madre… y la suya.

—Cierto. —Me siento en el suelo, frente a él. Hacía días que no lo miraba tan de cerca. Le ha crecido la barba a lo largo de la mandíbula, y es más rojiza que el tono claro de su pelo rubio. Hace que parezca más mayor, más de la realeza… más guapo—. Pero a Sabine le hicieron creer que su madre era otra mujer. Y cuando esa mujer fue asesinada transportando a los muertos, quedó devastada. Necesitaba un segundo hueso de la gracia y consuelo, así que la llevé a un increíble viaje al norte para cazar a un íbice alpino.

Cas tira distraídamente de la cadena que lleva alrededor del tobillo.

—¿Y la ayudó?

—No. —Me río y me pongo la muleta sobre el regazo—. Echaba de menos estar en casa. Yo soy la que ansía la aventura. A Sabine le gusta la estabilidad y la seguridad, pero eso no la hace débil. También es ferozmente leal a sus creencias, aunque cuidadosa con aquello en lo que confía. Siempre ha cuestionado el coste de ser una Leurress, los

sacrificios que requiere…

—Sin embargo, está dispuesta a sacrificar por ti.

Recojo una astilla de madera.

—Soy en lo que Sabine más creía. Le costaba más creer en sí misma, cosa que es… —Me cuesta encontrar la palabra adecuada—. Sorprendente.

Arquea una ceja como si no me creyera.

—Todas las Leurress estamos llenas de dosis extra de Luz porque descendemos de Elara —le explico—. Pero Sabine siempre ha sido más fuerte que el resto de nosotras, tanto si se daba cuenta como si no. Tiene una fuerza interior que nunca podré alcanzar. Escaló montañas heladas conmigo, incluso a través del aguanieve y el aire helado. Durmió a mi lado en cuevas de nieve. Solo lloraba cuando creía que yo estaba dormida, e incluso entonces, solo era porque echaba de menos a la mujer que la crió.

Durante un segundo, nos quedamos en silencio.

—Entiendo ese tipo de dolor. Puede perseguirte toda la vida —susurra Cas.

Busco la expresión de dolor de su rostro.

—¿Es raro que quiera entender qué se siente? Ojalá mi madre me hubiera querido tanto que su pérdida me doliera. Sería mejor que el resentimiento por no saber llorarla.

Casi puedo oír su voz. *No me has perdido, Ailesse. Sabes dónde encontrarme.*

—No es tan raro —dice Cas—. Que te quieran es el deseo más puro de todo ser humano. Quien diga lo contrario, se engaña a sí mismo.

Me tenso al darme cuenta de lo cerca que está. Nuestras rodillas casi se tocan. Suelto un suspiro tembloroso. No es tan difícil reconocer por qué los dioses lo eligieron para mí. Cas es una figura tranquilizadora, un ancla firme, como Sabine. Podría mantenerme con los pies en la tierra en la otra vida.

—Sé lo que es que te quieran —respondo con un tono cortante en la voz. Sabine me quiere. Haría cualquier cosa por mí. Bastien también me quiere, y su amor es como unas alas abiertas. Me muestra el mundo en lugar de dejarme plantada en un único sitio. El problema es que se supone que debo tener los pies en la tierra; se supone que debo ser la heredera de mi madre. Si Sabine me quiere de verdad, no me quitará eso.

Yo también te quiero, hija. Si pudiera volver contigo, te volvería a

nombrar mi heredera.

Se me hiela la sangre cuando vuelvo a escuchar la voz de mi madre, esta vez mucho más vívida. Miro a mi alrededor, aunque sus palabras no salen de ningún sitio, solo se oyen en mi cabeza.

—Cuando te llevé al Beau Palais —dice Cas—, prometiste darme una oportunidad.

Intento concentrarme en lo que dice y contener mi imaginación descontrolada. Mi madre no puede hablarme. Está atrapada en el Inframundo.

—Te estoy dando esa oportunidad, la oportunidad de vivir.

—¿Y si quiero más? Te lo he ofrecido todo, Ailesse. Incluso ahora, incluso después de que me hayas hecho prisionero, me entregaría a ti. Te tendría como mi reina.

Se me revuelve el estómago y se me forma un nudo.

—Por favor, no digas eso. No puedo ser tu reina. Estás encandilado con lo que prometo ser, pero no soy tu madre. Ni siquiera soy como la canción que escuchaste en el puente. Es todo una ilusión.

Se le tensa la mandíbula y niega con la cabeza, mirándose las muñecas atadas.

—Por favor, entiéndelo. No tengo nada en contra de ti. Creo que tienes todas las cualidades que harán de ti un gran rey. Lucharía para protegerte incluso aunque nuestras almas no estuvieran unidas.

Me pongo de pie con la muleta, ansiosa por acabar con esta conversación. Cas estará bien. Birdine subirá en cualquier momento. Tengo que ir hacia el puente de la caverna, deprisa.

—Pronto te llevaré de vuelta al Beau Palais, te lo prometo, y cuando lo haga estarás a salvo. Los muertos estarán en el Más Allá y los Encadenados ya no asolarán a tu pueblo.

—¿Y si tu esfuerzo es en vano? —Se levanta, desafiándome con ojos sombríos—. ¿Y si el vínculo nunca puede romperse y estamos atados para toda la eternidad?

—Lo romperemos.

Sé cómo romperlo, Ailesse.

Se me acelera el pulso.

—Imposible.

—¿Perdón? —Cas frunce el ceño.

Vuelvo a echar un vistazo rápido a la habitación, buscando a la lechuza plateada o un tinte brillante en mi campo de visión o cualquier cosa que explique por qué oigo la voz de mi madre cuando

estoy despierta y no soñando.

Te quiero, hija. No quiero que sufras más.

No voy a escuchar esto.

—El amor no es amor si nunca lo demuestras.

Hablo en un tono tranquilo, pero mordaz, mientras repito las palabras que le dije en el puente de la caverna.

Cas parpadea dos veces.

—He intentado demostrártelo. Incluso te ofrecí las perlas de mi madre.

¿Cree que el amor se puede comprar?

Hiciste que sufriese, madre. Esta vez hablo para mis adentros. *A costa de mi vida.*

Pero nunca pagué el precio, ¿verdad? Salté a través de las Puertas del Inframundo para salvarte, hija.

No, me abandonaste para estar con el hombre al que amabas.

Oh, Ailesse. No fue abandono. Tú, más que nadie, deberías entender el poder de amar a alguien más que a tu amouré. *¿No es por eso por lo que elegiste quedarte aquí con Bastien en lugar de volver a nuestra* famille *cuando te fuiste del Beau Palais?*

—Si me queda menos de un año de vida —las manos atadas de Cas se deslizan sobre una de las mías—, quiero afrontarlo con valentía. Sofocaré la rebelión de los disidentes y gobernaré mi país con honor, no escondiéndome. Sobre todo, quiero pasar ese tiempo contigo —susurra, con su aliento cálido sobre mi rostro.

Apenas comprendo lo que dice. El corazón me late a mil por hora. Mi madre se equivoca. Aún no he vuelto a casa porque primero tenía que encontrar a Sabine y traerla conmigo. Bastien no tuvo nada que ver. Rompí mi relación con él porque estaba pensando primero en la *famille.*

Tiene que ser reconfortante creerte eso.

Aprieto las manos en puños.

Los labios de Cas rozan los míos. Todos mis nervios se ponen a flor de piel.

No, no quiero esto.

Ya no sabes lo que quieres, hija. Pero entiendo lo que necesitas. Puedo ayudarte.

No puede decirme lo que quiero o necesito. ¿Y si quiero a Cas? ¿Y si quiero que me dejen en paz?

Como no respondo, empieza a apartarse. Lo agarro rápido de los

brazos y me inclino hacia él, besándolo con convicción.

Me invade una oleada de oscuridad. Las velas de la habitación parpadean como banderas de advertencia en los límites de mi campo de visión. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos, pero no puedo ahuyentar el resplandor de la oscuridad que me rodea. Es como el polvo de la Puerta de Tyrus en el puente de la caverna, salvo que esta vez estoy en su tormenta, no a salvo fuera de ella.

Mi madre aparece aquí. Se desliza con pies firmes a través del viento que gira en un torbellino. Su pelo negro se agita enloquecido alrededor de su rostro, pero no aparta sus ojos negros de mí.

—Escúchame, Ailesse. No tenemos mucho tiempo.

—No. —Doy un paso atrás, pero ella me agarra del antebrazo. Notar sus uñas en mi piel mientras la boca de Cas se mueve contra la mía es la más extraña de las sensaciones. Le beso con más ímpetu, con la esperanza de anclarme a la sala de la cantera y alejarme de esta visión.

—He aprendido muchos secretos del Inframundo —continúa diciendo mi madre—. Estoy arrepentida y quiero hacer las paces contigo.

No puedo hablar porque entonces el beso se romperá. Si lo hace, es posible que me vea arrastrada al reino de Tyrus. ¿Acaso es posible?

—Lo que te dije es verdad. —La voz de mi madre es tan relajante y afectuosa, casi un canturreo. Nunca antes me había hablado así—. Sé cómo romper el vínculo, y una vez que eso ocurra, serás libre para entender tu corazón y lo que desea. Eso es lo que quieres, ¿no es así, hija?

La oscuridad se dispersa por un momento y puedo imaginármela, una vida creada por mí: Llevo una corona de nuevos huesos de la gracia y conduzco a mi *famille* hacia el puente de tierra. Estoy en el final junto a las grandes Puertas del Más Allá. Pero entonces la imagen cambia, y ahora hago algo más: Estoy navegando en un barco, explorando las tierras más allá de Galle, escalando grandes montañas, nadando en aguas cristalinas, viendo toda la belleza majestuosa que tiene el mundo.

—No encontrarás la respuesta en un libro. —Mi madre inclina la cabeza y el espejismo se desvanece—. Morirás estudiando a fondo esas palabras mientras tu Luz se desvanece y el año que tienes con tu *amouré* llega a su fin. El secreto para romper el vínculo está en mí y solo en mí. Pero para enseñarte cómo romperlo, antes tengo que ser

libre.

Mis músculos se tensan. Me quedo con la mente en blanco. Me resisto todo lo que puedo, pero su propuesta se hunde en mi interior y echa raíces. ¿Y si no hubiera otro camino? ¿Y si ella pudiera enseñarme no solo a romper el vínculo, sino también todas las formas de sacrificio de sangre que hay? Para eso hemos estado trabajando, ¿no?

—Ven a mí esta noche, Ailesse. —Mi madre extiende una mano. Sus ojos contienen el desafío que ha encendido la llama en mí durante toda mi vida, el increíble desafío de ser tan valiente, audaz e indomable como ella—. Tuve la tenacidad de entrar en el Inframundo, pero lo único que tienes que hacer es tocar mi mano. Entonces volveré a estar contigo.

¿Me está menospreciando? Estaba lista y dispuesta a cruzar al Inframundo, pero mostré una fuerza aún mayor al resistirme al canto de sirena de Tyrus.

—Ven y únete a tu hermana. Si transporta a los muertos sin ti, recibirá toda la gloria por salvar Galle del Sur. La *famille* querrá que siga siendo *matrone*.

No. Mis venas se llenan de adrenalina.

La negrura vuelve a dispersarse y esta vez veo a Sabine. Está de pie bajo las murallas de Château Creux, justo después de la lluvia torrencial. Pernelle, Maurille y Chantae la acompañan. Sostiene una flauta de hueso y habla rápido. No oigo lo que dice, pero tiene las cejas alzadas como si intentara persuadirlas. Quizá no las convenza.

—Si les dijera que estás viva y que pronto te reunirás con ellas, podría convencerlas con más facilidad.

¿Qué? ¿Por qué no iba a decirles que estoy viva?

—Escuchaste a tu hermana hoy. Nunca quiso que la siguieras al puente de la caverna. No confía en ti, igual que no confía en mí. Tal vez espera que no vayas.

La mano de Sabine corta el aire, como si hiciera una declaración final. Se marcha hacia la lluvia. Pernelle suspira, toma su bastón y se apresura a acompañarla. Maurille y Chantae hacen lo mismo.

¿Tres Ferriers? ¿Eso es lo único que Sabine ha podido reunir? No es suficiente. Yo tenía a mi madre para ayudarme en el puente de la caverna y ella valía al menos por seis Ferriers.

—Contigo y conmigo, tendrán una oportunidad —dice Odiva—. Eres mi verdadera hija en cuanto a habilidad y talento.

Sabine y las demás se dirigen hacia el este, alejándose de Château Creux.

—Si no me permites ayudaros a las dos, la perderás, Ailesse.

No puedo respirar. La oscuridad es más sofocante que ahogarme en mi vestido de brocado.

—Y si Sabine muere ahora —continúa Odiva—, lo más seguro es que Tyrus la envuelva en cadenas.

—¡No! —La visión desaparece. Me separo de Cas justo en ese momento. Tiene los labios rojos de tanto besarme. Me tapo los labios y respiro con dificultad. *Ha sido un error. No debería haber…*—. No, Cas…

Frunce el ceño.

—No pasa nada. —Se acerca a mí, pero retrocedo cojeando con la muleta.

—Sí que pasa. Nunca te querré cómo tú quieres que te quiera. —Me niego a dejar que el vínculo dicte mi vida—. El amor es una elección. No está escrito en las estrellas. —Agarro un farol nuevo y corro hacia el andamio.

—¿Adónde vas? —Se levanta, pero no puede ir muy lejos con la bola y la cadena alrededor del tobillo.

A romper el vínculo, a recuperar mi vida.

—A ayudar a mi hermana.

No intentes detenerme, Sabine. Estoy haciendo esto por las dos.

Subo rápidamente por el andamio. Tengo que liberar a mi madre.

19
Bastien

Entro en Chapelle du Pauvre y saco la mano de la capa. Echo un vistazo al ramito de flores silvestres que he estado protegiendo de la lluvia: unas amapolas amarillas y raras que encontré bajo a un pino enorme. ¿Le gustarán a Ailesse?

Quito una de las flores que aún no se han abierto. Tal vez no debería dárselas. ¿Y si piensa que la presiono para volver a estar juntos? A pesar de lo que dijo después de besarme en el río, últimamente ha estado más cariñosa conmigo. Eso está dándome esperanzas de que tal vez podamos volver a ser más que amigos. ¿O me equivoco? ¿Acaso ella es un sueño demasiado bueno para alguien como yo?

Trago saliva y vuelvo a guardar las amapolas dentro de la capa. Voy a darle las malditas flores.

Me acomodo la bolsa de suministros en el hombro y avanzo por la iglesia y los túneles bajo la cantera. La herida de la espalda solo me duele un poco, está casi curada. Doy gracias por ello.

Cuando me encuentro a medio camino por los andamios y estoy cerca de mi cámara, llamo a Jules. Le traje un poco de queso tierno, no el típico queso duro que se conserva durante días aquí abajo. Espero que se lo coma. Ha perdido el apetito para casi todo.

No contesta, así que llamo a Marcel, luego a Ailesse.

—¿Birdine? —pregunto como último recurso con un cosquilleo en las tripas. ¿Dónde están todos? Bajo otro peldaño y agacho la cabeza para asomarme a la sala de la cantera. Está vacía. Salvo por Cas. Está apoyado contra la pared del fondo y agazapado en el colchón. Pero no de un modo despreocupado. Tiene las mangas remangadas y los antebrazos tensos. Y tiene las piernas dobladas, listas para moverse.

Frunzo el ceño.

—¿Qué está pasando aquí?

No responde. Mis dedos se mueven hacia la empuñadura del cuchillo de mi padre. He empezado a volver a llevarlo conmigo, es como un picor que por fin puedo volver a rascarme. La venganza está cerca. Mis amigos encontrarán la forma de burlar a Tyrus y terminar con los sacrificios de sangre. No morirán más padres. Solo necesitamos encontrar la moneda de cambio adecuada. Entonces podremos hacer un trato con el dios del Inframundo.

Doy un paso con cuidado hacia el interior de la habitación. Una

astilla de metal brilla a los pies de Cas. ¿Una horquilla? El grillete que lleva en el tobillo está abierto por una rendija, y en la estantería con mis figuritas falta el dios del sol.

Merde.

Cas salta hacia mí. Saco el cuchillo. Agita la estatuilla con las manos atadas. Me agacho y ruedo, luego me lanzo de nuevo hacia arriba. Le hago un corte en el brazo. No puedo apuñalarle. Su vida está atada a…

—Ailesse. —Salto hacia atrás cuando vuelve a atacarme—. ¿Dónde está?

Frunce el ceño.

—¿Acaso importa?

—Claro que importa.

Lanza la estatuilla. La esquivo, pero rebota en mi hombro y se hace añicos contra la pared. Me arde la sangre.

—¡Eso lo talló mi padre!

Cas agarra otra figurita, esta vez la de la diosa de la tierra, Gaëlle.

—Deja eso o te juro que…

—¿Que qué? —Levanta la barbilla—. No estás en posición de amenazarme. Quieres demasiado a Ailesse. —Prácticamente escupe las palabras.

Algo le ha hecho estallar.

—¿Qué le has hecho? —Me tiembla la voz con una rabia mortífera.

—¿Que qué le he hecho? —Se ríe con desprecio—. Nunca pedí ser su *amouré*. No me ha traído más que miseria.

No lo entiendo. Nunca ha sido tan cruel con ella.

—¿Dónde está? —Doy otro paso. Levanta la estatuilla de la diosa, una advertencia.

—Quizá sea Jules quien tendría que preocuparte.

Se me forma un nudo en el pecho. Jules es como de la familia.

—¿Le has hecho daño?

Se burla de mí.

—Yo no soy el villano aquí. Fue a buscarte.

Merde, Jules.

—¿Y Marcel y Birdine?

—Uno se fue a por libros y la otra bajó a bañarse, como siempre.

Me acerco a él.

—¿Por qué no me hablas de Ailesse?

Entrecierra los ojos. Agarra mejor la estatuilla.

—Déjame pasar, Bastien. No me quedaré aquí otros quince días. Dovré está bajo amenaza. Sin un rey en el trono, mi pueblo perderá la fe.

Se me acelera el pulso. Ailesse está viva. Tiene que estarlo, o Cas ni siquiera estaría respirando. No voy a malgastar aire discutiendo con él. Sabe por qué es nuestro prisionero y por qué tiene que quedarse aquí hasta que se pueda volver a transportar a los muertos.

Ahora lo tengo a un metro de distancia. Levanto el cuchillo.

—Un hombre puede seguir viviendo sin mano, sin brazo o sin pierna —le digo.

Una gota de sudor le resbala por la frente. Sabine me dijo que Cas se había entrenado en el arte de la guerra; llevaba un uniforme de capitán cuando se conocieron. Pero no es un peligro para mí, y menos con las manos atadas.

Hago girar el cuchillo para que el filo atrape la luz del farol.

—¿Qué… le… has… hecho?

No contesta. Me golpea el brazo con la estatuilla, pero se la quito de un manotazo. Choca contra el suelo de piedra. La cabeza de la diosa se parte. Le hago un corte con el cuchillo. Cas me da una patada en la espalda antes de que pueda volver a cortarle.

—La besé, Bastien —escupe con amargura—. Y puedo asegurarte que ella quería que la besara… al menos al principio.

El corazón me late con fuerza. Las amapolas me caen de debajo de la capa, son un montón de tallos doblados y pétalos amarillos aplastados. Entonces veo todo rojo.

—¿Al menos al principio? —repito. *¿Qué demonios ha hecho*? Un gruñido animal sale de mi garganta. Le clavo el hombro en el pecho. Agarra la estatuilla del delfín. Me hierve la sangre. *Esa no*.

Le empujo contra la pared. Me golpea el costado con la estatuilla. Gruño y retrocedo. Cabrón. Intento agarrar el delfín que tiene en la mano. Cas me da un rodillazo en el estómago y me obliga a cambiar de posiciones. Ahora soy yo el que está contra la pared. Me golpea la muñeca con la estatuilla. El dorso de mi mano da contra la piedra caliza. Una, dos, tres veces. El cuchillo se me escapa del puño. Cas deja caer el delfín. La cola se resquebraja.

Voy a matarlo.

Me arrebata el cuchillo y se aleja de un salto. Corta con rapidez las cuerdas. Vuelvo a arremeter contra él. Ahora tiene las manos libres. Me hace un corte en el brazo como yo le hice a él. Siseo y me aprieto

la herida.

—Deja que me vaya. —Retrocede hasta la escalera—. No quiero hacerte daño, Bastien.

Y una mierda que no. Me lanzo a por él. El cuchillo que tiene en la mano se dirige hacia mí. Le agarro de la muñeca para detenerlo. Luchamos por tener el control.

—Ese cuchillo era de mi padre —digo apretando los dientes—. Suéltalo.

Cas frunce el ceño, pero no me suelta. Lo empujo contra el poste del andamio. Uno de sus pies resbala por el borde del suelo. Se agarra a un peldaño de la escalera. Al final le arrebato el cuchillo, pero él me golpea el brazo al mismo tiempo. El cuchillo sale despedido hacia las oscuras profundidades de la cantera.

Dejo de respirar. *Esto no está pasando*. La sangre me sube a la cabeza. Mi visión se ennegrece en el rabillo del ojo. Mi padre se está muriendo otra vez y nunca podré darle paz.

Otro pico de rabia me atraviesa. Golpeo a Cas con el puño y los nudillos le dan en la mandíbula. Su cabeza se inclina hacia un lado. Se sobrepone al dolor y trata de subir por la escalera. Lo agarro por detrás de la camisa y tiro de él hacia la plataforma del andamio.

Me da un fuerte puñetazo en la sien. Se me nubla la vista. Caigo de espaldas sobre la plataforma, con una mueca de dolor. Cas jadea.

—Estás reaccionando de una forma exagerada, Bastien. ¿Te gustaría saber cuánto disfrutó Ailesse con ese beso?

—Vete a la mierda —escupo.

Suelta una carcajada sin humor y se limpia el labio ensangrentado con el pulgar.

—Lo disfrutó tanto que se largó.

Me quedo helado.

—¿Qué?

Asiente, con la mandíbula apretada.

—Dijo que nunca me querría como yo quería que me quisiera. Dijo que el amor no está escrito en las estrellas.

Espero a que llegue el alivio, pero no aparece.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a irse?

Se encoge de hombros.

—Una excusa absurda, la necesidad repentina de ayudar a su hermana.

Pienso a toda velocidad.

—Esta noche hay luna llena. —Pienso en el puente resquebrajado y oigo el grito de Ailesse cuando se rompió la rodilla—. No se atreverán.

—¿Atreverse a qué?

Empujo a Cas, agarro un farol de la habitación y vuelvo corriendo a la escalera.

—Van a transportar a los muertos, idiota.

Tras una pausa de asombro, me sigue.

—¿En el puente de la caverna?

—En el mismo que viste.

—Pero se romperá.

Ahora lo entiende.

—¿Cuánto hace que se fue?

—Un cuarto de hora, más o menos. Llegaste poco después de que se fuese.

—Entonces aún puedo detenerla. —La travesía no empieza hasta la medianoche. Si me doy prisa, puedo llegar a la caverna para entonces, siempre y cuando los Encadenados no se interpongan en mi camino. Maldita sea, ojalá aún tuviera el cuchillo.

Subo un peldaño de la escalera, me detengo, respiro hondo y miro a Cas.

—Siento haber sacado conclusiones erróneas sobre ti. —Todavía no puedo soportar la idea de que él y Ailesse se besaran, pero al menos no la obligó a nada. No debería haberle atacado.

Asiente, baja los ojos un momento antes de volver a mirarme a los ojos.

—Siento lo de tus estatuillas y el cuchillo de tu padre.

Aprieto la mandíbula, pero lo hecho, hecho está.

—Entonces, ¿vienes? —No tengo tiempo para discutir con él para que se quede aquí. La verdad es que entre Ailesse y Sabine, podría necesitar su ayuda.

Me sigue por el andamio y por los túneles de las minas y las catacumbas a modo de respuesta. Llegamos al sótano, subimos por la escalera a la capilla y nos dirigimos a toda prisa hacia las enormes puertas que dan a la calle. Me subo la capucha de la capa. La tormenta sigue creciendo en el exterior.

—Tendremos que darnos prisa —le digo—. Pégate a las sombras de los edificios y callejones siempre que puedas. Y no hagas ruido. Los muertos son astutos.

Asiente con los labios apretados.

Salgo disparado hacia el oeste, pero Cas corre hacia el este, hacia el Beau Palais. *Merde*. Me giro hacia él y me obligo a detenerme. Ha elegido su trono. Pues bien. Yo elijo a Ailesse.

Vuelvo a girar hacia el oeste y empiezo a correr. *No mueras*, le ordeno a Cas sin decir palabra. Ailesse querría que me quedara con él y lo mantuviera a salvo. Pero no puedo. No es solo la fragilidad del puente lo que hace que me recorra la adrenalina. Es Odiva, que quiere que la liberen. Es el poder de la canción que Ailesse escuchó en el Inframundo. Entre su madre y esa música, va directa a una trampa mortal.

Los muertos sueltan alaridos por encima de la lluvia.

Aprieto los dientes y corro más rápido entre las sombras. Imagino que tengo la velocidad del halcón de Ailesse y la agilidad de su íbice sobre los adoquines mojados.

La alcanzaré antes de la medianoche.

La salvaré de sí misma.

20
Sabine

Camino hacia la pradera en medio del bosque, al oeste de Dovré, hasta encontrar el círculo de piedras que casi no se ve debido a la hierba silvestre. En ellas están grabadas las fases lunares. Dentro del círculo, señalo un largo boquete en la tierra a las tres Ferrier que han venido conmigo.

Pernelle se acerca al borde, cuidando sus pasos bajo la lluvia torrencial. La luna llena está oculta tras las nubes de la tormenta, pero el colgante hecho con la vértebra de un zorro de Pernelle le proporciona una excelente visión en la oscuridad y su hueso del ala de un halcón marino la ayuda a ver bien a larga distancia. También debería ser capaz de concentrarse en lo que yo estoy viendo: el puente del alma, más de treinta metros abajo.

Niega con la cabeza.

—¿Cómo es que nuestra *famille* no supo nunca de este lugar?

—Tuvimos que saber de él alguna vez. —Golpeo un tablón de madera roto con el bastón. Bastien me dijo que aquí fue donde destrozó el techo de la caverna. En su día, el puente del alma debió estar abierto de forma natural a los Cielos de la Noche, pero alguien —probablemente nuestras antepasadas Leurress— lo ocultó, quizá cuando los habitantes de Galle empezaron a utilizar las canteras y las cuevas bajo Dovré como catacumbas para sus innumerables muertos.

Maurille me toca el hombro y me encuentro con sus profundos ojos marrones. Están llenos de la preocupación de una madre porque es quien ha intentado ser para mí desde que Ciana murió. Eran mejores amigas. Ojalá Ciana hubiese sido mi verdadera madre.

—¿Segura de que esta vez estás lista? —me pregunta.

Me tiemblan las manos, pero me deshago del temblor. El peso de mi corona de astas no es nada en comparación con la presión del colgante del chacal dorado sobre mi frente. *La carga es un privilegio*, me repito. Y le diré lo mismo a mi verdadera madre. No me hace falta su ayuda para llevar estas gracias.

—Sí. —Esbozo una sonrisa tranquilizadora.

Tarareo para calmar los nervios y avanzo hacia la trampilla que conduce a la escalera subterránea de piedra, otra reliquia de nuestro pueblo. Está hecha de ladrillos de piedra caliza que bajan en zigzag por un pasadizo hueco.

Levanto la puerta de la escotilla y avanzo la primera, con el

corazón latiendo a mil por hora. Un torrente de recuerdos me invade: Cas caminando conmigo por estas mismas escaleras, mi piel enrojecida por su cercanía. Después, reteniéndolo a punta de cuchillo y pidiéndole a Ailesse que matara a su verdadero *amouré*. Mi madre apuñalando a Bastien, Ailesse casi muerta cuando parte del puente se desprendió. Por último, la pérdida de mi madre cuando atravesó las Puertas del Inframundo y la pérdida de Ailesse cuando Cas me la quitó, un golpe fatal después de lo mucho que había luchado por salvarla.

Mi hermana aún necesita que la salven. Sigue atrapada en un vínculo entre almas y en peligro por culpa de nuestra madre. Pero puede que no venga. Quizá Bastien pudo persuadirla para que se mantuviera al margen.

Las escaleras terminan. Dejo de tararear, me di cuenta de que estaba entonando a la melodía del sagrado canto de sirena. Roxane me reprendió por hacerlo la última noche de travesía. No debo tararearla ni cantarla, solo tocarla con la flauta de hueso.

Junto con las tres Ferriers por un túnel y llegamos hasta un saliente de unos metros de ancho que se extiende hasta la mitad del perímetro del hoyo de casi treinta metros. El puente de piedra natural que cruza ese enorme agujero conduce desde el saliente hasta un camino sin salida al otro lado, donde hay una enorme pared curva de piedra caliza. Se extiende unos treinta metros hasta que se encuentra con la grieta abierta en el techo.

Estudio la fuerza de los Cielos Nocturnos que entra a raudales junto con la lluvia torrencial. La Luz de Elara es suficientemente embriagadora, pero nos vendría bien más iluminación, sobre todo teniendo en cuenta que Chantae no tiene una visión tan buena en la oscuridad como Pernelle, Maurille y yo.

—Enciende las antorchas —le pido, ya que ella lleva nuestro único farol. Señalo todos los apliques de la pared trasera del saliente.

Pronto una luz cálida llena el espacio y parpadea sobre las largas grietas y los puntos débiles del puente. Tiene metro y medio de ancho y metro y medio de grosor. Debajo de esa franja de piedra caliza solo hay aire. El foso probablemente tenga una profundidad abismal. Con escalofrío, recuerdo cuando parte del puente se desprendió. Nunca oí el impacto del enorme trozo contra el fondo.

Saco la flauta de hueso del bolsillo. Tengo las manos húmedas. Chantae murmura una oración y se acaricia la gargantilla de

mandíbula de jabalí. Me adelanta para ocupar su lugar en el puente.

—No. —La agarro del brazo y miro a las demás—. Vosotras tres tenéis que quedaros en el saliente.

Chantae levanta la barbilla, su piel bronceada brilla a la luz de las antorchas.

—Estamos acostumbradas a transportar a los muertos sobre roca mojada, Sabine.

—Lo sé, pero este puente es frágil. Las almas solo añadirán más peso. Es mejor que guardéis el pie del puente. Intentad enviarme las almas de a una.

Chantae intercambia una mirada tensa con Pernelle. De todas las mayores, ellas son las dos en las que más confío, pero estoy muy lejos de ganarme su confianza.

—No deberíamos hacer esto sin más Ferriers —dice Chantae—. Roxane nunca habría…

—Roxane no es *matrone* —chasqueo, luego flexiono las manos para controlar mi temperamento. Mi gracia de chacal dorado aún me hace estallar con facilidad—. Nuestro deber es proteger a los vivos de los muertos. Tenemos que aprovechar esta oportunidad.

Chantae suspira.

—Muy bien.

Mantengo las piernas firmes y doy unos primeros pasos vacilantes sobre el puente del alma. La lluvia me cae sobre la cabeza y hago girar la flauta de hueso entre las manos. ¿Debo esperar un poco más por si viene Ailesse? ¿Y si no puede venir? ¿Y si no es capaz de defenderse de los Encadenados que atacan a Cas y ambos mueren? Se me revuelve el estómago. Nunca debí dejarla ir a buscarlo sola.

—Es medianoche, Sabine. —Pernelle mira a través de la brecha. No estoy segura de cómo puede juzgarlo sin ver la estrella polar más allá de las nubes de tormenta, pero la creo.

No puedo esperar a Ailesse. *Está a salvo*, me digo a mí misma, *y más segura lejos de aquí.* Si le hubiera ocurrido algo terrible a mi hermana lo sentiría.

En medio del puente, me llevo la flauta de hueso a la boca.

Toco el canto de sirena a la perfección, aunque no siento nada de su belleza. Protejo todas mis emociones contra lo que está por venir. El canto de sirena de Tyrus. Mi madre mirándome a través de su Puerta.

En cuanto termina, una ráfaga de polvo ónice sale disparada del

foso. Mi vestido y mi pelo se agitan con el extraño viento que reúne el polvo como si fueran manos invisibles. Se forma una puerta arqueada negra y resplandeciente en el callejón sin salida del puente del alma. Durante un segundo, no puedo respirar. Tiemblo, esperando ver el vestido azul noche de mi madre, su corona de huesos, su piel blanca como la tiza a través de ese velo polvoriento. Pero hasta ahora solo me devuelve la mirada la oscuridad del reino de Tyrus.

Miro a las tres Ferrier que están en el saliente. Tienen los ojos llenos de asombro y miedo, pero se mantienen firmes, con los bastones preparados. Muy pronto, los muertos estarán sobre nosotras.

Avanzo hasta el final del puente, con el pulso latiéndome a mil por hora mientras el canto de las sirenas se eleva por encima de la lluvia, la melodía melancólica de Tyrus y el canto lleno de esperanza de Elara.

Concéntrate, Sabine. Piensa en el Paraíso, no en el Inframundo.

Desvío la mirada hacia la derecha y vislumbro la Puerta casi invisible de la diosa y la escalera de caracol plateada.

Cuando llego al final del puente, me doy la vuelta para mirar. Los muertos entrarán a raudales por el túnel que hemos venido. Pero cuando aparece la primera llamarada de *chazoure*, brilla en un pozo junto a la abertura del túnel. Me había olvidado de esa entrada; así llegaron Jules y Marcel cuando vinieron a por Bastien.

El alma cae por el pozo y avanza hacia el puente. Un adolescente con el pelo hecho un asco y los ojos muy abiertos. Desencadenado. Maurille se aparta de su camino con una sonrisa alentadora. Me mira y asiento con una sonrisa, aunque me doy un golpecito en la punta del pie. Esta noche me he arriesgado para librar a Galle del Sur de los Encadenados, no de los Desencadenados, pero también los esperaba.

Cuando el chico está a medio camino de cruzar el puente, mi oído agudo capta un chasquido que viene de arriba. Levanto la vista.

—¡Detrás de ti! —grita Maurille.

Me doy la vuelta. Varios metros por encima de la puerta de polvo, un destello *chazoure* baja por la pared de la caverna a una velocidad alarmante. Un hombre con una prominente mandíbula cuadrada y dedos larguiruchos. Encadenado.

Retrocedo para abrirme paso y luchar contra él, pero cuando se separa de la pared, salta por encima de mí con una fuerza increíble. Ha robado Luz. Grandes cantidades.

Aterriza en el puente justo al lado del chico y lo agarra como

rehén por su cuello *chazoure*.

—Déjame entrar en el Paraíso —exige el Encadenado, mirándome fijamente mientras el chico se revuelve para liberarse.

—Es demasiado tarde para la redención. —Doy una zancada hacia él—. Tyrus ya te ha reclamado.

Los ojos del Encadenado se fijan en mi colgante de chacal dorado y su color *chazoure* palidece. Grita de rabia y arroja al Desencadenado por el puente. Jadeo mientras se precipita en la oscuridad con un grito estremecedor. ¿Qué será de él? Miro a Maurille, pero niega con la cabeza, horrorizada. Ella tampoco lo sabe.

Mi sorpresa desaparece. La furia se apodera de mí. Salto hacia el Encadenado. Corre hacia el saliente, pero cada paso es más lento que el anterior. No puede resistir la atracción del puente del alma.

Lo alcanzo y le doy una fuerte patada en la espalda. Su barriga golpea la piedra caliza húmeda. Le doy la vuelta para verle la cara salpicada por la lluvia.

—Serás castigado por esto —le digo. El Inframundo alberga muchos lugares para los pecadores. Un río de sangre ardiendo que hace hervir la carne. Las abrasadoras Arenas Perpetuas, donde los asesinos tienen sed eternamente. Piso el cuello del hombre y le clavo el talón en la tráquea—. Los peores pecadores arden para siempre en el Horno de la Justicia. Ese será tu destino. Tyrus lucirá tus cenizas.

—Sabine. —A pesar de mi oído de chacal, oigo la voz de Pernelle a lo lejos y diminuta. La miro. Parece horrorizada—. Transpórtalo y ya está. No te corresponde juzgarlo.

Parpadeo dos veces y trago saliva con fuerza. El Encadenado bajo mi pie se retuerce, sus ojos *chazoure* se le ponen en blanco. La falta de aire no puede matarlo, pero Pernelle tiene razón. No debería torturarlo así.

Me arden las mejillas. Le suelto la garganta enseguida y lo pongo en pie. Lucha contra mí mientras lo arrastro hacia la Puerta de Tyrus, pero consigo mantenerlo a raya usando la gracia de mi ciervo rojo y la fuerza de mi chacal dorado. El problema es la gracia del chacal. Fluye a través de mí sin control y agrava mis peores características. No sabía que podía ser tan cruel. Pero tal vez una *matrone* necesita ser así de formidable.

La Puerta de polvo se agita cuando nos acercamos como si fuera consciente de nuestra presencia. Intento no pensar en ello y lanzo al Encadenado a través de ella. Cuando lo hago, vislumbro unos ojos

negros y un destello de blanco hueso al otro lado. Las costillas me oprimen los pulmones.

—Has venido, hija. —Odiva esquiva con elegancia al Encadenado y se acerca a la Puerta. Su cabello negro flota a su alrededor de una forma inquietante como si estuviese bajo el agua—. Estás dispuesta a dejar que te ayude.

—No he venido por ti. —Me obligo a respirar—. Sacrificaste almas inocentes a Tyrus. Nunca te liberaré de tu destino. —Le doy la espalda y pongo tres metros de distancia entre nosotras.

Las otras Ferriers no se fijan en su antigua *matrone*. Están ocupadas con cuatro almas nuevas. Chantae empuja a una Encadenada hacia el puente mientras sujeta a otra —su hermana gemela— por la espalda. Mientras corro hacia la primera hermana, consciente de cómo se me resiste, una fisura más se abre en el puente. Me alejo de ella y uso el bastón para empujar a la mujer hacia delante. Otro Encadenado ataca a Chantae, y la segunda gemela consigue esquivarla. Salta al puente y la fisura se ensancha un metro.

—¡Atrás! —le grito—. El puente es muy frágil.

—Déjame estar con mi hermana —suplica, aunque no tiene cadenas. Tanteo, forcejeando con la primera gemela—. ¿Irías al Inframundo con ella?

Asiente con la cabeza. Le brotan lágrimas *chazoure* de los ojos.

—¿Lo ves, Sabine? —El susurro de mi madre está hilado con tela de araña. Se pega a mis oídos y atrae mi mirada involuntariamente hacia ella—. Lo que hice no fue tan horrible. No todos los inocentes desean que Elara los recompense. Prefieren estar con sus seres queridos. Y cada uno de nosotros ama al menos a un condenado.

El corazón me late con más fuerza. No puedo escucharla. Quiere distraerme.

El puente cruje cuando otra alma encadenada se lanza sobre él. Lanzo una mirada desesperada a las Ferriers.

—¡Detenedlos! Son demasiados.

—¡Lo estamos intentando! —El bastón de Maurille gira a izquierda y derecha. Está acorralando a tres almas más mientras Pernelle y Chantae lidian con cuatro cada una—. Tienes que ir más rápido.

—Yo podría ayudarte. —La voz de Odiva teje una telaraña más tupida—. Déjame que haga mi parte, hija.

Mis músculos se bloquean en señal de resistencia. Con siete golpes rápidos con el bastón, llevo a la gemela Encadenada a la Puerta de

Tyrus. Le clavo la punta del bastón en la barriga y la arrojo al Inframundo. Esta vez mi madre no se hace a un lado. Agarra el brazo del alma y sin ningún esfuerzo la arroja a las profundidades detrás de ella.

—¡Lucille! —Su hermana Desencadenada corre a través de la lluvia.

—Déjala que venga si insiste tanto —dice Odiva.

Adopto una postura defensiva. El alma Encadenada que queda en el puente también corre hacia mí, pero sus ojos están clavados en la Puerta de Elara, donde no debe estar.

—Sabine, ¡vigila arriba! —grita Maurille. Confío en su ecolocalización de delfín y levanto el bastón. Impacta contra la carne. Otro Encadenado cae sobre el puente. *Crac*.

Lo aparto de un puntapié y el Encadenado se aleja hacia el Paraíso. Arrojo ambas almas al Inframundo. La gemela Desencadenada salta tras ellas mientras estoy ocupada. ¡*No*! Instintivamente extiendo la mano hacia el polvo negro. Mi madre intenta agarrármela.

—¡Sabine, estoy aquí!

Se me corta la respiración. *Ailesse*.

Me doy la vuelta. Está en el saliente. Se quita la capa mojada que lleva puesta y se mueve entre las Ferriers ocupadas. Cruza el puente con la muleta. La piedra caliza se agrieta un poco, pero resiste. La preocupación, la determinación y la ferocidad bailan sobre el rostro de mi hermana. Pero, sobre todo, veo su profundo amor por mí. Brilla en sus ojos pardos y le tiembla en la barbilla. Se inclina hacia mí, dispuesta a moverse aún más rápido.

Cuando llega, me rodea el cuello con los brazos. La abrazo con fuerza mientras la lluvia nos baña. Está viva. No ha perdido toda su Luz. Y ha venido, tal y como prometió. ¿Por qué pensé que podría hacer esto sin ella?

Se aparta y me da un beso en la mejilla.

—Prométeme que confiarás en mí y que no te preocuparás —me pide. Conozco ese tono de voz. Me ha dicho tantas cosas con la misma delicadeza…

No tienes que matar a la salamandra de fuego si no quieres.

Está bien llorar la muerte.

Déjame hacerlo, Sabine. Yo herviré la carne y se la quitaré a los huesos.

Al principio siento alivio, no tendré que presionarme a hacerlo;

Ailesse hará el trabajo duro por mí. Entonces, aprieta los dientes y el corazón se me va a salir del pecho. ¡No, no, no!

—¡Ailesse! —Intento alcanzarla.

La velocidad de su halcón peregrino es superior a la de mi atajacaminos.

Se gira hacia las Puerta del Inframundo.

Toca la mano de nuestra madre.

21
Ailesse

En cuanto la palma de mi mano toca la de mi madre, me agarra. Sus fosas nasales se abren con una profunda inspiración. Se me humedecen los ojos. Intento odiarla, pero no encuentro ese espacio amargo en mi interior. Toda mi vida he anhelado la mirada de aprobación que me dirige ahora.

—¡Ailesse! —Sabine me agarra la otra mano y tira de mí—. Por favor, suéltala. Es una trampa.

—Lo sé. —El oscuro de sirena canto de Tyrus me cala hasta los huesos—. Pero nuestra madre puede romper el vínculo entre almas.

Sabine apoya los pies en el puente resbaladizo por la lluvia y tira con más fuerza. La tormenta azota a través del agujero del techo. Las tres Ferriers nos gritan. Las almas aúllan y se acercan.

—Si eso es cierto —dice Sabine—, lo ha conseguido con terribles sacrificios.

Aprieto los dientes y miro fijamente los brillantes ojos negros de mi madre.

—Sé que quería sacrificarme.

—Pero en lugar de eso sacrificó a miles de Desencadenados.

Se me seca la boca. Miro a Sabine. Tiene los rizos negros pegados a la frente y la cara sonrojada por el esfuerzo.

—¿De qué estás hablando?

Exhala, desesperada.

Un alma se estrella contra mí. Me muevo a trompicones hacia delante. Sabine golpea al hombre, un Encadenado. Mi madre me alcanza la muñeca y se cierne sobre ella como si fuese un grillete de hierro. ¿Por qué aún no ha cruzado la Puerta? Dijo que lo único que tenía que hacer era tocarle la mano.

—¡Agáchate! —grita Sabine. Hago lo que me dice. Sin soltarme, golpea con el bastón al Encadenado. Sale despedido por los aires y atraviesa la Puerta de Tyrus. Mi madre lo empuja hacia dentro con un fuerte movimiento del brazo sin dejar de agarrarme por la muñeca.

El puente cruje y chirria. A casi diez metros de donde estamos, se desprende un buen trozo de piedra de uno de los lados. Se me acelera el corazón.

—¡Madre, rápido! ¡Necesitamos tu ayuda!

—No puedes confiar en ella —dice Sabine. La lluvia brilla sobre su piel aceitunada y me agarra con más fuerza—. No te sacrificó, pero lo

habría hecho si no hubiese otra opción.

—Me juzgas con dureza, hija. —Las hombreras de plumas y garras de búho real de Odiva se balancean con la extraña corriente que la rodea—. Entré en el Inframundo para que se perdonase la vida de Ailesse.

—Puede que lo hicieras —responde Sabine—. Pero ahora quieres salir de ahí y has vuelto a ponerle tus garras encima.

Trepan por el puente más almas. El bastón de Sabine da vueltas en el aire. Golpea a un Encadenado que sale disparado por la Puerta de Tyrus.

—Ailesse, escúchame. Odiva quiere llevarte a la Puerta. Intenta darle a Tyrus el sacrificio que pidió a cambio de resucitar a mi padre.

—No, necesita mi ayuda para transportar a los muertos. —*Eres mi verdadera hija cuando se trata de habilidad y talento*, me dijo.

—No tiene ninguna intención de transportar a los muertos. —Sabine lanza a un Desencadenado a través de la Puerta de Elara—. Ahora lo entiendo. Así es como romperá el vínculo con su *amouré*. Así es como te enseñará cómo se hace: matándote.

Me giro hacia mi madre. *Demuestra que Sabine está equivocada*, le digo con la mirada. Pero ella no tiene por qué admitir que me ha traicionado. Lo siento en el nudo que se me forma en el vientre, en el ácido que me sube por la garganta, en el ardor furioso y desgarrador que noto en los ojos. Qué tonta he sido.

—No puedes impedir el inevitable destino de Ailesse cuando me he pasado más de dos años intentándolo —le dice mi madre a Sabine—. No lucharé más contra Tyrus.

La expresión de Sabine se vuelve más severa. Su mirada se dirige al saliente al otro lado de la caverna.

—Aguanta —susurra. Me suelta la mano y sale disparada hacia el saliente.

El corazón se me paraliza. ¿Qué hace?

—No —jadea Odiva.

De repente lo entiendo. Va a salir corriendo por el puente. Y cuando lo haga, las Puertas se cerrarán. Ella fue quien las abrió.

Mi madre me agarra con fuerza y empieza a tirar de mí hacia ella. Lucho, tiro, uso cada parte de mi fuerza de tiburón tigre, pero ella es mucho más fuerte. Siempre lo ha sido. Su hueso de la gracia de oso albino cuenta con la ayuda de otros cuatro mientras que yo solo tengo tres.

Se me cae la muleta. La rodilla me palpita por la presión que me veo obligada a ejercer sobre mi pierna mala. Me resbalo por el puente mojado, cada vez más cerca del polvo negro.

—No, madre, por favor, por favor, por favor…

Cuando llega a la mitad del puente, Sabine mira por encima del hombro.

—¡Ailesse! —Se detiene de golpe, maldice y corre hacia mí. Tiene un Encadenado justo detrás.

Mi madre sigue arrastrándome hacia ella. Grito. Me arden los músculos de tanto luchar contra ella. Sabine me agarra la otra mano. Lucha con desesperación por hacerme retroceder. El Encadenado salta hacia la Puerta del Paraíso. Sabine evita que entre con una mano. Mi madre tira con más fuerza. Me acerco un paso más.

Sabine expulsa al Encadenado del puente con una patada. Deja el bastón. Me agarra la mano con las dos suyas. Los tendones de su cuello se tensan cuando tira con más fuerza. Incluso juntas, con ocho huesos de gracia entre las dos, apenas podemos luchar contra nuestra madre.

El canto de sirena de Tyrus crece y eclipsa el canto de Elara. Ahoga la lluvia, los gritos de advertencia de las Ferriers, incluso los gritos y las súplicas de Sabine, que está a mi lado.

Mi reino será tu gran aventura, Ailesse, la canción de Tyrus me canta sin necesidad de usar palabras, dejando volar mi imaginación. Su música arroja mi Luz a la sombra más oscura. *Ríndete, ríndete. Descubre la maravilla en lugar del dolor*.

Me tambaleo otro centímetro hacia su Puerta.

—¡Ailesse, no! —Los pies de Sabine se clavan en el suelo, pero no es suficiente palanca. Ella también se desliza hacia adelante. Mira a su alrededor y me suelta una mano. Toma una barra de la casi invisible Puerta de Elara.

Mi madre exhala despacio, exultante.

—Bien hecho, hijas.

Una enorme descarga de energía me atraviesa. Se me arquea la espalda. Echo la cabeza hacia atrás. Es potente como un rayo, ardiente y glacial. Me recorre la sangre y me atraviesa la cabeza, las extremidades y las yemas de los dedos.

Sigo atrapada entre mi madre y mi hermana. Aprieto los dientes y giro la cabeza hacia Sabine. Está tensa, también bajo una enorme presión. Su piel aceitunada empieza a brillar con *chazoure* y abre los

ojos de par en par cuando me mira. Me miro el brazo. Yo también estoy brillando.

¿Qué está pasando?

Un chillido de lo más agudo inunda mis oídos. Es ensordecedor, más fuerte que el canto de sirena de Tyrus. Grito mientras me recorre, pero ni siquiera oigo mi propio grito. El sonido viene de la Puerta de Elara: el alboroto de muchas almas, sus gritos de dolor.

El chillido aumenta cada vez más, hasta que se rompe como un cristal. El reino de Elara —la Puerta con volutas y la escalera de caracol— emite destellos de plata maciza y pierde su translucidez.

La lechuza plateada entra por el hueco del techo. Nos rodea, batiendo las alas con ferocidad. No consigue detener la locura que me rodea.

Una riada de almas *chazoure* se precipita por la escalera de caracol y estalla desde las Puertas del Paraíso como si se hubiera roto un dique. Los Desencadenados se liberan, pero no quedan sueltos en el mundo de los mortales, son absorbidos por las Puertas del Inframundo.

Su estampida azota mi pelo y mi vestido como si fuera viento helado. El escalofrío que me recorre me cierra los pulmones. Apenas puedo respirar.

Mi mirada se encuentra con la de Sabine. Sus iris *chazoure* reflejan mi horror. Esto está mal. Es diabólico. Estas almas son Desencadenados, pero son arrastradas de una eternidad pacífica a los horrores del reino de Tyrus. ¿Por qué?

¿Qué ha hecho mi madre?

Más almas bajan por la escalera. Mi madre me tiene agarrada con fuerza. El agarre de Sabine es casi igual de implacable. Estoy atrapada entre ellas conectando los dos reinos de los dioses.

—¡Tenemos que parar esto! —le grito a Sabine—. ¡Deja de tocar la Puerta de Elara! —No puedo oírme en medio del alboroto, pero sus oídos son más agraciados que los míos. Asiente y las dos tensamos las piernas para mantenernos sobre el puente. Respira hondo y se vuelve hacia la Puerta.

Oigo a Odiva gritar algo. No distingo sus palabras. Sabine está a punto de soltarse cuando dos Encadenados libres se acercan y enredan sus dedos en los de ella. Le atan la mano a la barra. Sabine lucha contra ellos, pero no consigue zafarse. La tensión de nuestro canal está agotando demasiada energía.

Los Encadenados y los Desencadenados que todavía no han sido transportados huyen de la caverna. El caos ha acabado con la atracción que sentían hacia el Más Allá.

Las almas del Paraíso siguen fluyendo, alejándose del reino de Elara. Gritan, suplican y lloran, pero su chillido ya no es ensordecedor. Por fin puedo oírme a mí misma cuando grito:

—¡Suéltame la mano, Sabine!

Abre grande los ojos y niega con la cabeza. Sus rizos brillantes se agitan alrededor de su cara bajo la lluvia y el viento.

—Por favor. —Me arde la garganta de gritar con todas mis fuerzas —. No puedo permitir que todas estas almas sufran solo para salvarme.

Las lágrimas caen por su rostro.

—¡No voy a sacrificarte! Eso es justo lo que Odiva quiere.

—¿Y si también es lo que quiere Ailesse? —le pregunta nuestra madre a Sabine. Ella no brilla con *chazoure* como nosotras, pero el color de los muertos parpadea sobre su pálido rostro y cuello mientras succiona las almas—. Siempre ha buscado la gloria para ganarse mi respeto. ¿Qué mejor manera de hacerlo que convirtiéndose en mártir?

Me giro hacia ella.

—No quiero tu respeto. Tus crímenes son algo inconmensurable, imperdonable. Me avergüenzo de ser tu hija.

La lechuza plateada vuela más cerca, las plumas de las puntas de sus alas casi tocan el polvo negro. Le chilla a Odiva.

Mi madre retrocede un poco.

—Entonces deberías pedir respeto a los dioses —me dice—. Tyrus desea unir reinos con su novia. Es lo que ambos querían desde el principio de los tiempos.

—Bueno, parece que la diosa ha cambiado de opinión.

El labio de Odiva se curva, apenas un movimiento, pero sigue irradiando poder supremo e intimidación. Esa mirada solía atormentarme, me impulsaba a entrenar más duro, a ser más devota. Ahora solo me enfurece.

—Ya no eres mi madre —escupo mientras pasan más almas en pena—. Prefiero *morir* a parecerme a ti. —Vierto todo el veneno que puedo en mi voz, todos los años que he malgastado intentando complacerla y ganarme su afecto.

Odiva sonríe con ojos brillantes. Es odio, no amor, lo que forma sus lágrimas: rabia por el orgullo herido, no por un corazón roto. No

queda Luz en ella. Si está viva, es porque la oscuridad de Tyrus la sustenta a partir de todas las almas con las que lo alimenta.

—Si deseas morir, niña insolente —dice—, entonces te lo concederé.

Me aprieta más la muñeca y tira con más fuerza. Los Desencadenados gritan, arañándome los brazos mientras se ven arrastrados. Su avalancha me acerca más a ella. Mi brazo izquierdo, la mitad de mi cara y mi cuerpo se hunden en la oscuridad.

Me vuelvo hacia Sabine con angustia. Tengo las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Suéltame.

—¡No! —grita y tira con más fuerza en vano.

Gimoteo, con toda mi energía concentrada en evitar que se me disloquen los hombros. Lloro con más fuerza. Ya no puedo hablar. Me duele demasiado. *Gracias*, digo sin pronunciarlo, esperando que entienda lo que intento decir. Ni siquiera puedo pronunciar el resto: *Gracias por luchar para salvarme, por luchar siempre. Por no rendirte nunca*.

Se le escapa un sollozo.

—Lo siento —dice, aunque no deja de tirar de mí. La lluvia y lágrimas de *chazoure* le corren por la cara.

Niego con la cabeza, no quiero que se disculpe. Ha sido la amiga perfecta, la hermana perfecta. Agradezco que sea la última persona que veré antes de morir.

Mi pierna izquierda se desliza otro centímetro hacia el negro. El polvo azufre inunda mis pulmones y nada a través de mi vista. El canto de sirena de Tyrus retumba en mis huesos.

—¡Ailesse!

El corazón me da un vuelco. *Bastien*.

Me giro, esforzándome para verlo. Corre a lo largo del puente, a pesar de los gritos de advertencia de las Ferriers. Vislumbro la fisura de la piedra caliza a sus pies. Durante un horrible instante, temo que caiga al abismo, pero entonces lo tengo delante, con sus hermosos ojos azul como el mar llenos de horror y desesperación. Me agarra y tira de mí, coloca una mano en mi antebrazo, la otra la pone sobre la mano de la que me agarra Sabine.

Una oleada de energía recorre nuestras tres manos unidas. Bastien no se enciende en *chazoure*, como Sabine y yo, pero se pone pálido y mira las dos Puertas.

—Los veo —jadea. Su pelo oscuro cae sobre la cara por la lluvia y el aluvión de almas—. Veo los muertos.

22
Bastien

Las almas se acercan hacia mí una tras otra, pasan por mi lado. La lluvia sigue cayendo sobre el puente. Lucho por no caerme sobre la resbaladiza piedra caliza. Las almas podrían tirarme al pozo en cualquier momento.

El dolor me palpita detrás de los ojos y me cuesta más enfocar la vista. Parpadeo una y otra vez. Las almas brillan con un color extraño. ¿Es *chazoure*? Ailesse me lo describió una vez. ¿Por qué lo veo? ¿Por qué Sabine y ella también están iluminadas con él?

Tiro con más fuerza, desesperado por salvar a Ailesse. Los músculos me arden con una fuerza sorprendente. Ailesse se separa unos centímetros del polvo negro y grita de dolor. Me sobresalto e inmediatamente tiro con más cuidado. No quería hacerle daño. Podría haberle arrancado el brazo de cuajo. Nunca había sentido tanta adrenalina en el cuerpo y me siento como si no estuviera en sintonía con él. No sé cómo usar mi propia fuerza.

Al otro lado del polvo negro, veo a Odiva mirándome fijamente. Trago saliva. Es la primera vez que la veo desde que saltó hacia la Puerta.

Sigue siendo inquietantemente hermosa, con sus ojos negros y la corona hecha con el cráneo de un murciélago nóctulo y las vértebras de una víbora áspid, sin embargo, está diferente. Más abiertamente cruel. Más fría. Incluso más mortífera. Esos ojos oscuros se clavan en mí mientras nos acerca a ella con una fuerza increíble.

—Patético —se burla de mí—. Siempre siguiendo a Ailesse hacia el peligro como un tonto enamorado.

Se me ocurren algunas contestaciones mordaces, pero me callo la boca. No merece que le dirija la palabra. En lugar de eso, me concentro en Ailesse.

—Aguanta —le pido—. Te tenemos.

Se aleja otro centímetro. La lluvia se desliza por las puntas de su brillante cabello. Sus ojos llenos de dolor se clavan en mí.

—Bastien —murmura con la respiración entrecortada. De algún modo lo oigo, como otras cosas que deberían sonar demasiado bajas para mis oídos. El latido de mi corazón. Sonidos más fuertes de lo que creía posible. Almas gritando a lo lejos. Una nueva canción…

Sale del Inframundo y aumenta de volumen. Los gritos parecen apagarse. El rostro de Ailesse se desvanece. Solo soy consciente de la

canción… y de otra canción que armoniza con ella. Ambas se pelean por llamar mi atención. Me tambaleo sobre mis pies. Me desvío hacia la Puerta de Elara, luego hacia la de Tyrus. Se me acelera el pulso. Quiero, no, *necesito*, ir a explorar cada reino.

Odiva sonríe.

—Oyes la música, ¿verdad, muchacho? Los cantos de sirena del Más Allá.

La mano de Sabine se estremece bajo la mía.

—No escuches, Bastien.

—Si escuchas con suficiente atención —continúa diciendo Odiva —, sentirás la comunión de los dioses contigo.

No. Suelto un suspiro tenso y hago lo que dice Sabine. Lucho por bloquear el sonido. En lugar de eso, dedico toda mi energía a atraer a Ailesse hacia mí.

—¿Sabes lo que oigo? —pregunta Odiva.

No quiero mirarla, así que miro a Ailesse. Le tiemblan todos los músculos de la cara, el cuello y los brazos por la presión a la que está sometida. No dice nada, no creo que sea capaz de hacerlo, pero noto que me está advirtiendo. No debería escuchar a su madre.

Pero es imposible no hacerlo.

—Tyrus sabe quién eres —continúa Odiva—. Te quiere, como quiere a todos los que tienen venganza en sus corazones.

—¡Madre, para! —dice Sabine.

—¿Por qué debería hacerlo, si estoy cumpliendo mi palabra contigo? —Odiva levanta la barbilla—. ¿No ves lo que está pasando? Bastien está experimentando tus gracias. Te dije que sabía cómo compartirlas.

Sabine se queda boquiabierta, sin saber qué decir. Estoy igual de sorprendido. ¿Estoy compartiendo las gracias de Sabine? De repente, mis habilidades aumentadas cobran sentido. Por eso puedo ver a los muertos y oír los cantos de sirena de Tyrus y Elara, por eso tengo mucha más fuerza que antes.

Sabiendo eso, lucho con más fuerza para alejar a Ailesse del polvo negro. Juntos, Sabine, ella y yo deberíamos ser más fuertes que Odiva. Entonces, ¿por qué Ailesse no cede? Entrecierro los ojos a través de la Puerta. Varios Desencadenados tiran de Odiva para intentar escapar. Ella no los aparta. Permite que intensifiquen su fuerza contra nosotros.

—Tyrus también conoce a alguien que tú conoces —me dice, con una voz tan tranquila que da escalofríos—, alguien que no mereció

cadenas en vida, aunque eso ya no tenga importancia. Cuando los reinos del Más Allá se unan, todos serán Encadenados. Todos entregarán su Luz a los dioses.

¿De qué está hablando?

—¡Agarra a Ailesse! —me ordena Sabine—. Mi madre está intentando distraerte. No…

—¿Cuántos años hace que no le ves, Bastien? —Odiva habla por encima de ella—. Ocho, ¿no?

Oigo los latidos de mi corazón en mi cabeza. *No…*

Me vuelvo hacia la Puerta de Elara. Levanto la vista. En lo alto de la escalera de caracol, un hombre de mediana edad se ve obligado a descender, escalón a escalón, atrapado en la oleada de almas desencadenadas. Veo mucho más allá de lo que he visto en toda mi vida. Veo con detalle cada una de las finas arrugas de su rostro, las líneas de expresión alrededor de su boca, los pliegues del cansancio en su frente por la cantidad de horas que pasaba cincelando piedra. Sigue vistiendo la túnica sencilla y los pantalones gastados con los que mejor lo recuerdo, la misma ropa con la que murió. Sus botas aún tienen las marcas de cuando cayó al puente después de que una Hechicera de Huesos lo apuñalara en el corazón.

Pero ahora… ahora mi padre está moviéndose. No está sin vida y desangrándose.

Llega al último escalón muy rápido. Voy a perderlo otra vez. Ni siquiera me ha visto. Se me forma un nudo en la garganta y apenas puedo hablar.

—¡Papa! —logro balbucear. Parezco un niño de diez años gritando para que se despierte y no me deje solo.

Por fin me mira. Levanta las cejas. El terror abandona su rostro durante un segundo. Me veo reflejado en él, con la misma mandíbula cuadrada y el mismo pelo revuelto.

—¿Bastien?

Oírle decir mi nombre es demasiado. Río y lloro.

Sabine me grita algo. No lo proceso.

Mi padre se arrastra más cerca, junto con las almas. En un abrir y cerrar de ojos, está junto a la Puerta de Elara y luego justo delante de mí.

—Bastien, ¿qué está pas…?

Pasa por mi lado. Intento agarrarlo.

—¡Papa!

—¡Ailesse! —grita Sabine.

Se me cae el alma a los pies.

La he soltado.

Me giro hacia la Puerta de Tyrus. Ailesse y mi padre son succionados al mismo tiempo.

¡No! Salto tras ellos. El polvo negro me achicharra los ojos. El canto de sirena retumba en mis oídos. Ailesse grita mi nombre. La alcanzo. Por un segundo, veo su rostro aterrorizado. Algo me obliga a retroceder. Me golpeo contra el puente de las almas. La piedra caliza chirría y cruje. No tardará en resquebrajarse. Me da igual. Me vuelvo a poner en pie y vuelvo a arremeter contra la Puerta.

Odiva se interpone en el camino. Ahora está en el puente, respira, está viva de verdad. Se acerca a mí, haciéndome retroceder con una fuerza poderosa mientras que mi fuerza prestada ha desaparecido. Eso no me detiene. Le doy puñetazos en la cara, en la barriga, en la mandíbula.

Esquiva mis golpes. Me abalanzo sobre ella con más fuerza, gritando, maldiciéndola. *Esto no puede estar pasando. Por favor, por favor, por favor, esto no puede estar pasando*.

Sin paciencia, Odiva me echa a un lado. Sabine me atrapa antes de que salga volando por el puente. Apenas he tocado el suelo cuando Sabine grita de dolor. Tiene un corte en la manga del hombro. Un hilo de sangre se derrama a través del desgarrón. Se vuelve hacia su madre con la boca abierta. Odiva tiene el cuchillo de hueso de Ailesse, debe de habérselo robado.

Un silencio terrible llena la caverna. Ya no veo el *chazoure*, pero los Desencadenados tienen que haber dejado de llegar, de lo contrario los oiría con mis propios oídos sin gracia. Tres de las Leurress están al pie del puente, completamente horrorizadas, pero se mantienen rezagadas en el saliente más alejado. Las fisuras que hay cerca de ellas son las más peligrosas.

—¡Monstruo despiadado! —le grita Sabine a Odiva—. ¿Qué has hecho?

—Al final me lo agradecerás, niña. —La mano de Odiva arremete contra el colgante en forma de media luna que cuelga de la corona de Sabine. Ella aparta la mano, pero no antes de que se cierre en torno al hueso de la gracia que yace junto al colgante: el cráneo de la salamandra de fuego de Sabine. Odiva se lo arranca de la cuerda.

Sabine pierde el equilibrio por un momento y abre más los ojos.

—¡Devuélveme eso!

Odiva raspa el cuchillo de hueso sobre el cráneo. La sangre de Sabine mancha el cráneo. Observo, sin aliento y aturdido. Nada tiene sentido. Odiva se ha llevado a Ailesse. Envió a mi padre al Inframundo. ¿Qué más quiere?

Sostiene el cráneo ensangrentado en dirección a la Puerta de polvo. La lluvia cae sobre ella. El viento mueve su vestido.

—Te he dado a la hija del que fue mi *amouré*. —Su voz retumba en la caverna—. Te he dado miles y miles de almas más. Es más que suficiente. Cumple tu promesa, Tyrus. Rompe el vínculo y devuélveme al hombre que amo.

Se acerca a la Puerta.

—Aquí está la sangre de mi segunda hija y uno de sus huesos de la gracia. Que le devuelvan al padre de mi hija su carne, hueso y sangre. A cambio, te juro que te ayudaré a recuperar a tu novia.

El polvo negro se agita más rápido. Una figura toma forma detrás de él. Un hombre. *Que sea mi padre y no el de Sabine*. Una vana plegaria a un dios que odio, pero, de todos modos, le ruego a Tyrus.

Los ojos del hombre atraviesan el polvo. Son marrón dorado, no azul como el mar. Se me cae el alma a los pies.

Sabine capta mi mirada. Me hace una seña con una sutil inclinación de cabeza. Nos alejamos poco a poco de Odiva. Las fisuras del puente se hacen más largas. Un relámpago enmascara el sonido.

Más allá de la Puerta, aparece el jubón escarlata y negro del hombre, luego su barba bien recortada y su pelo canoso hasta los hombros. Una mano fuerte y aceitunada, cargada de anillos adornados, busca a Odiva entre el polvo.

Recién cuando atraviesa el polvo brillante veo la corona. Unas plumas talladas en ónice negro, cada una tiene incrustado un gran rubí y forman un círculo alrededor de su cabeza.

Sabine jadea, pálida.

—No puede ser.

El hombre, un rey, se mire como se mire, acude al lado del Odiva bajo la lluvia.

Le acaricia la cara, maravillada. Su sonrisa es de triunfo.

—Godart —murmura, poniéndole el cráneo de salamandra en la mano. Una vez en sus manos, lo besa apasionadamente.

¿*Godart*? Yo era una niña cuando murió. Godart Lothaire fue el último de una larga estirpe de reyes que gobernaron Galle del Sur

desde Château Creux. La gente dice que estaba maldito.

Sabine da otro paso atrás. El puente se mueve igual que lo hace la tierra antes de un terremoto. Una lechuza plateada sobrevuela la caverna, la misma que vio Ailesse junto al río en el bosque. Sale de la caverna por el hueco del techo. Una fracción de segundo después, un rayo cae sobre el puente con un ruido ensordecedor. Un enorme trozo se rompe a los pies de Odiva y Godart. Saltan hacia atrás justo a tiempo.

Damos la vuelta y salimos disparados hacia el otro lado. Las Ferriers, al pie del puente, nos gritan que nos demos prisa. La piedra caliza se rompe bajo mis pies. Más trozos de puente caen a nuestras espaldas.

La lluvia se vuelve más intensa. Algo se mueve en el aire. ¿La lechuza plateada? No, Odiva y Godart. Ha saltado con sus gracias y lo ha arrastrado con ella a través del aire. Aterrizan en el puente por delante de nosotros. La piedra se resquebraja. Sabine tira de mi mano para que vaya más deprisa.

El principio del puente está a seis metros. Odiva y Godart son los primeros en llegar. Las tres Ferriers tienen los bastones levantados para luchar contra ellos. Odiva se apodera de uno de los bastones y lo utiliza para atacar a las Ferriers. No veo el combate. Estoy demasiado ocupado esquivando grietas.

La realidad se hace presente, incluso mientras corro para salvar mi vida. Hay venganza en mi corazón. La usaré para mantenerme vivo, alerta y preparado. Conspiraré para hacer justicia. Mataré a Odiva y a Godart. Castigaré a un dios.

Llegamos corriendo al principio del puente justo cuando lo poco que queda de él cae al abismo. Los escombros y el polvo llenan el aire. Me lanzo a través de él. Busco a Odiva y Godart. Dos de las Ferrier están en el suelo. Están inclinados sobre la tercera mujer, tiene el pelo negro trenzado y un brazalete hecho con dientes. Le sangra un lado de la frente. Tiene los ojos marrones vidriosos y sin vida.

—¡Maurille! —Sabine cae de rodillas y zarandea a la mujer.

Los escombros y el polvo se disipan. Odiva y Godart han desaparecido. Las Puertas del otro lado de la caverna también han desaparecido.

La lluvia sigue entrando por la larga grieta del techo, pero no hay puente donde caer.

Cae a la nada, a un pozo oscuro e interminable.

23
Sabine

Los rayos iluminan las nubes oscuras sobre las ruinas de Château Creux. Ha pasado media noche cuando las Ferriers y yo llegamos a casa. Tuve que dejar atrás a Bastien. Se negaba a salir de la caverna. No hablaba y tenía la mirada perdida en la pared donde una vez se abrieron las Puertas del Inframundo.

Pernelle y Chantae llevan el cuerpo de Maurille lo más honradamente posible en una camilla que hicimos con dos bastones y nuestras capas tendidas entre ellos.

Una tercera capa cubre su cuerpo y su rostro.

Camino al lado de la camilla y sostengo la mano fría y rígida de Maurille. *Es un alivio para ella*, me digo. Aunque esté muerta, su alma aún permanece en su cuerpo. Se levantará la próxima vez que abra las Puertas. En esa luna nueva, juro transportar a Maurille al Paraíso. No se robarán más Desencadenados para el Inframundo. Los traeré de vuelta. También recuperaré a Ailesse. Saltar a través de la Puerta de polvo no mató a mi madre, así que debo confiar en que mi hermana también encontrará una forma de seguir con vida.

Por favor, Elara, rezo, aunque la diosa no tenga poder sobre el reino de Tyrus, *que Ailesse siga viva de verdad*.

Junto con las Ferriers bajamos las escaleras de piedra en ruinas y entramos en las profundidades del antiguo castillo. El escudo de armas de Château Creux, con el cuervo y la rosa grabados, me devuelve la mirada desde los arcos que unen los pasillos. Siempre supe que eran los símbolos del rey Godart. En este sitio hay marcas de él por todas partes, donde una vez gobernó. No es de extrañar que mi madre lo eligiera como el hogar de nuestra *famille*. No me sorprende que le diera un collar con la calavera de un cuervo con un rubí incrustado en el pico. Era otra representación de su escudo. El rubí debía significar la rosa roja y la calavera de cuervo debería haber sido obvia. Soy una idiota por no haberme dado cuenta antes de que Godart era mi padre.

Pasamos por los túneles cavados por la marea bajo el castillo y nos adentramos en el patio. Levanto la vista hacia la luna llena y las estrellas que atraviesan las nubes de tormenta. La gran torre de Château Creux se alzaba sobre esta caverna abierta, pero cuando Godart murió, una tormenta enorme llegó por mar y la derribó. Gran parte de la belleza del castillo quedó destruida y, cuando el padre de Casimir llegó al poder, construyó el Beau Palais y dejó Château Creux

a merced de la maldición del rey que adoraba más al dios del Inframundo que al dios del sol, Belin. Tal vez fue la ira de Belin la que destruyó este lugar.

Ahora que sé lo inmensa que es la crueldad de Tyrus, me gusta pensar que Elara ayudó al dios del sol.

Roxane y las otras mayores nos esperan en el patio. Tal vez se ha dado cuenta de nuestra ausencia o han notado que veníamos por sus gracias.

Pernelle y Chantae dejan la camilla en el suelo. Nadie y Dolssa jadean y se acerca a toda prisa cuando destapo la cara de Maurille. Damiana y Milicent se quedan atrás con la cabeza inclinada. Son las más mayores y las que mejor conocen la muerte.

Roxane permanece donde está, reclamando su posición de poder en el centro del patio, aunque tiene los ojos húmedos por las lágrimas. Maurille era una Ferrier poderosa y una buena amiga. Todas la querían.

—La última vez que estuviste aquí —me dice Roxane—, heriste a Hyacinthe. Y ahora que te dignas a volver, traes a Maurille… así. —Abre la mano y hace un gesto hacia su cuerpo. Las gotas de lluvia fina se acumulan como si fueran estrellas en el pelo negro de Maurille—. ¿Qué has hecho, Sabine?

Me agarro el brazo herido. El corte que me hizo mi madre sigue sangrando y ya no tengo la gracia de la salamandra para que me ayude a cerrar la herida. Quizá la calaverita también tenía poder para curar un corazón roto, porque no puedo hacer nada para aliviar el dolor desgarrador que siento en el pecho. Roxane tiene razón al culparme de lo que le pasó a Maurille. Se me advirtió que Ailesse vendría al puente y sabía lo astuta que era mi madre. No debería haber involucrado a ninguna otra Ferrier esta noche.

Pernelle se acerca y me pone una mano en el hombro.

—No acuses a Sabine, Roxane. Lo que pasó fue… —Sacude la cabeza—. Fue más allá de cualquiera de nosotras.

Chantae se coloca a mi otro lado y encara a Roxane.

—*Matrone* Odiva mató a Maurille.

Despacio, Roxane frunce el ceño.

—Te equivocas. Odiva está muerta.

—Lo estaba —dice Pernelle—. Pero esta noche salió de las Puertas del Inframundo.

—Fue algo sin precedentes —añade Chantae—, sobre todo porque

también resucitó a otra persona.

Roxane pasea la mirada entre las dos mayores, esforzándose por entender de qué hablan. Me encojo sobre mí misma. Todas mis mentiras han culminado en este punto, la verdad que le oculté a mi *famille* por miedo a la anarquía, porque quería que fuera Ailesse quien cargara con el peso de revelar los crímenes de nuestra madre.

—Aunque la resurrección fuese posible —dice Roxane—, ¿a quién resucitaría Odiva? —Entreabre los labios—. ¿Fue a Ailesse?

No, no puedo dejar que crea eso. Odiva nunca sería tan altruista.

—Ailesse estaba viva —confieso. Cierro las manos en puños y me alejo un paso de Pernelle y Chantae. No me defenderán cuando lo cuente todo—. El príncipe Casimir… El rey Casimir… la secuestró la noche que intentó transportar a los muertos con Odiva. Su Majestad es el verdadero *amouré* de Ailesse. Y Odiva no murió; estaba viva cuando cruzó la Puerta de Tyrus.

Milicent, la mayor más leal a Odiva, frunce el ceño desde donde está arrodillada junto al cuerpo de Maurille.

—Eso no puede ser cierto. ¿Por qué haría algo así la *matrone*?

Suspiro y me explico lo mejor que puedo. Les hablo sobre el amor prohibido de Odiva con otro hombre después de sacrificar a su propio *amouré*. Sobre que los dioses lo maldijeron de todas formas, lo mataron y lo envolvieron en cadenas. Sobre el terrible pacto que Odiva hizo con Tyrus, hace dos años, para liberar a su amor del Inframundo a cambio de matar a Ailesse y cómo se resistió a hacerlo enviándole a Tyrus miles de Desencadenados a cambio. Sobre los continuos sacrificios que han tenido lugar esta noche: miles de Desencadenados que han sido robados del Paraíso, y Ailesse, que se ha ido con ellos después de que Odiva la engañara para cumplir de una vez por todas con su trato con Tyrus.

La lluvia amaina, soy incapaz de disimular la vergüenza que siento mientras las mayores me miran fijamente con asombro y en silencio. He revelado a su propio pueblo que la mayor Leurress que jamás haya existido entre nosotras es una traidora, pero mi traición por mantener la boca cerrada me parece igual de vergonzosa.

Roxane es la primera en romper el insoportable silencio.

—Entonces, ¿por qué Odiva no ha vuelto con nosotras? ¿No desea gobernar como *matrone*?

—No lo sé. —Pero sí sé que mi madre es retorcida y está sedienta de poder. Resucitar a mi padre no puede haber sido la única razón por

la que regresó del Inframundo. Debe tener algún objetivo más ambicioso.

Los ojos azules de Roxane se entrecierran mientras recorren mi rostro.

—Tienes algo más que confesar, ¿verdad, Sabine? ¿Por qué Odiva te eligió como heredera en realidad? —Me arden las mejillas. Sea cual sea el parecido que tengo con mi madre, ahora tiene que verlo.

Miro a Pernelle y Chantae, anhelando en vano que me apoyen; ya oyeron esta verdad esta noche. Chantae aparta la mirada con la mandíbula tensa y Pernelle no pestañea mientras me devuelve la mirada. Parece asqueada y confusa, como si ya no me reconociera.

Me pican los ojos. Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Porque Odiva tuvo dos hijas —le respondo a Roxane—. Yo soy la hija del rey Godart, el hombre al que Odiva resucitó de entre los muertos.

Las caras del resto de mayores se llenan de asombro. Me encojo. Siempre me he sentido como una anomalía entre mi *famille*, inferior en talento y reacia a la vida que llevamos, pero ahora me siento inferior por el mero hecho de existir. Soy fruto de la gran traición que Odiva cometió contra nosotras. Mientras que cada Leurress tuvo que matar al hombre al que amaba para convertirse en Ferrier, Odiva encontró un amor más profundo y se lo ocultó a todas.

Roxane me mira por encima del hombro.

—No honraremos más el linaje de Odiva. Nunca serás nuestra *matrone*, Sabine.

Sus palabras me queman por dentro.

—Pero tengo que… No puedes… —Intento respirar, intento sacar fuerzas de mi Luz. No consigo sentirla. Solo noto al chacal dentro de mí, enfurecido y dispuesto a luchar. He trabajado tanto para ponerme a prueba, para cambiar, para parecerme más a Ailesse y menos a una impostora—. Ni siquiera conoces el canto de sirena. Muchos de los Encadenados siguen sueltos. Esta noche no los hemos transportado a todos.

Roxane abre la boca para decir algo cuando Nadine se vuelve hacia el túnel que conduce al exterior, tensa.

—Se acerca un hombre al castillo.

Milicent y Dolssa corren inmediatamente hacia el túnel. Las demás agarran bastones de los estantes del patio. Nadie cuestiona el olfato de anguila de Nadine. Ahora que me he familiarizado con ella, mi gracia

de chacal dorado capta el mismo almizcle masculino en el aire. Lo reconozco como el olor de Bastien antes de que Milicent y Dolssa lo arrastren al patio.

—¿Qué haces aquí? —exclamo. Tiene que saber que acercarse a Château Creux es tener ganas de morir. Los lugareños nunca se acercan a menos de un kilómetro de este lugar por miedo a que esté maldito y eso los mantiene protegidos, se den cuenta. Algunas de las mayores afirman que no dudarían en matar a un hombre para proteger la existencia secreta de nuestra *famille*.

Bastien se aparta el pelo mojado de la frente. En sus ojos hay una mirada feroz y peligrosa que no había visto desde la noche en que conoció a Ailesse y luchó contra ella en Castelpont, decidido a matar a una Hechicera de Huesos para vengar a su padre.

—¿Qué hacéis aquí? —replica, furioso con todas nosotras—. Sois cazadoras. Tenéis las gracias necesarias para encontrar a Odiva. Así que rastreadla. Amenazadla. Decidle que traiga de vuelta a Ailesse y a todas las almas que ha robado.

Roxane se acerca a él.

—Tú no eres el *amouré* de Ailesse. Ella no te incumbe.

—Y una mierda que no —contesta—. Puedo amar y luchar por quien quiera. No necesito que tus dioses retorcidos me digan cómo vivir mi vida, sobre todo cuando marcaron a mi padre como uno de vuestros *amourés*.

Roxane se tensa y Pernelle se tapa la boca con una mano.

—Es cierto —dice Bastien—. Y ahora está en el Inframundo, gracias a Odiva. Así que, si de verdad estáis decididas a proteger las almas justas, vais a devolverlo al lugar al que pertenece.

Milicent se queda boquiabierta.

—No podemos rebelarnos contra Odiva.

Él la fulmina con la mirada. Dolssa y ella aún lo tienen agarrado.

—¿Me estás diciendo que vais a hacer la vista gorda con lo que ha hecho?

—Nunca he dicho eso. —Milicent frunce las cejas—. Pero no entiendes lo poderosa que es.

—Mató a Maurille —añade Dolssa.

—Yo estaba allí —responde Bastien, tajante—. Y la he visto hacer cosas peores. Eso no me da ninguna excusa para acobardarme en lugar de desafiarla.

—No nos estamos acobardando —dice Roxane—. Estamos siendo

sensatas.

—¿Sensatas? —escupe Bastien—. ¡Sois las malditas Ferriers de los muertos! Estáis obligadas a solucionar lo que ha hecho… a exigirle que lo deshaga.

—Tiene razón —digo—. No podemos dejar que Tyrus mantenga a Ailesse y a todas las almas desencadenadas presas en el Inframundo. No se merecen eso.

Roxane me dirige una mirada severa.

—No te corresponde darnos órdenes, Sabine.

Cierro las manos en puños, el chacal que hay en mí gruñe, instándome a arremeter contra ella.

—No quiero poder. Estoy recordándonos el deber que hemos jurado. Como Ferriers, es nuestra responsabilidad devolver esas almas a donde pertenecen.

—Y castigar a la mujer que las envió al Inframundo —añade Bastien—. Me ofrezco voluntario para cortarle el cuello.

—¡Basta! —Roxane corta el aire con las manos—. Consultaré con las mayores y decidiré qué hacer, pero tal y como están las cosas nuestra prioridad es proteger a los vivos.

—¡Ailesse está viva! —exclamo—. ¿Cómo puedes…?

—Los Encadenados siguen sueltos por ahí. —Habla por encima de mí—. Eso es algo que está bajo nuestro control. Vamos a reunirlos y atraparlos como hemos hecho antes.

Tiemblo de rabia. Esto no tiene sentido. Los Encadenados son escurridizos. No se les puede mantener enjaulados mucho tiempo. Roxane lo sabe. Todas lo saben.

—Le tienes miedo de Odiva. Solo estás evitando una confrontación con ella.

—Odiva ya no tiene nada que ver con nosotras. La rechazamos, igual que te rechazamos a ti. —Roxane se levanta para que las púas de su corona de cuernos sobresalgan por encima de las mías—. Abandona este lugar, Sabine. Nunca volverás aquí.

Parpadeo para contener las lágrimas furiosas.

—No puedo remediar quién es mi madre.

—Nos has mentido. Podríamos haber evitado lo que ha pasado esta noche si nos hubieras dicho la verdad desde el principio.

Un torrente de imágenes pasa por mi mente: Ailesse viéndose arrastrada hacia la Puerta de polvo, Maurille tendida en el saliente con la cabeza ensangrentada, miles de almas desencadenadas

aterrorizadas barridas del pacífico reino de Elara, mi madre libre, mi padre a su lado, la astucia viciosa en sus rostros.

—Vete, Sabine —dice Roxane—. Ya no eres parte de nuestra *famille*.

Me estremezco un poco y vuelvo a mirar a Chantae y Pernelle. Miran al suelo, igual que hace el resto de las mayores. Me duele muchísimo el pecho, aunque siento más cómo me arde sangre.

—Cobardes —siseo, y le doy la espalda a Roxane. Cruzo el patio hacia Milicent y Dolssa—. Dejad que se vaya. Nuestra gente ya le ha quitado bastante.

Sin mediar palabra, Milicent y Dolssa sueltan a Bastien. Me dirijo hacia el túnel de salida del patio, pero él no me sigue de inmediato. Primero se dirige a Roxane y le escupe a los pies.

Ella le devuelve la mirada.

—Si te vuelven a ver cerca de este castillo, ordenaré a mi *famille* que te mate sin miramientos.

Sonríe, desafiándola a intentarlo, y luego se aleja para reunirse conmigo.

—¿Formidables Hechiceras de Huesos? Menudo chiste.

Me quito algunas lágrimas mientras salimos. Me digo a mí misma que solo estoy enfadada. No estoy perdida, ni devastada, ni completamente sola en el mundo.

Bastien murmura una retahíla de palabrotas, maldiciendo a Roxane y a las mayores. Una mitad de mí está de acuerdo con él, pero la parte más fuerte, la parte más profunda que he enterrado toda mi vida, no puede soportarlo.

—¡Basta! —lo interrumpo cuando salimos de las ruinas del castillo.

Frunce el ceño.

—Acaban de desterrarte, Sabine. Se han negado a ayudarnos a encontrar a Odiva. Tienes razón. Son unas cobardes.

—No, solo están perdidas. —Por fin siento un destello de Luz en mí y me ayuda a entrar en razón—. ¿Has visto sus caras? —Recuerdo lo que me dijo Odiva cuando me confesó que era mi madre y se lo repito—: *Lo que se les pide a las Ferriers exige una gran fe*. Esta traición acaba de aniquilar su fe. Ninguna *matrone* antes de Odiva había traicionado a nuestra *famille*. Esto pone en duda todo lo que debe hacer una Leurress: sacrificar animales para obtener gracias, sacrificar *amourés* para completar ritos de iniciación, arriesgar nuestras vidas para transportar a los muertos.

Bastien se cruza de brazos.

—Deberían habérselo cuestionado igualmente.

Asiento con la cabeza, cada vez más pensativa.

—Yo lo hice. Por eso nunca me sentí como una de ellas, por eso juré no acostumbrarme nunca al derramamiento de sangre. —Suelto una carcajada cargada de pesar—. Pero ahora tengo las manos manchadas con la sangre de cinco animales y habría matado a Casimir si eso hubiera significado salvar a Ailesse. —Me tenso y murmuro—: Cas…

Bastien frunce el ceño.

—¿Qué pasa con él?

Corro por el sendero cubierto de maleza que lleva del jardín del castillo a la meseta que bordea el acantilado.

—Tengo que encontrarlo.

Bastien me sigue.

—No, tenemos que buscar a Odiva.

—Busca tú a Odiva. Nos reuniremos más tarde y trazaremos un plan cuando sepamos dónde está y qué trama. Primero, tengo que llegar al rey. Dime dónde puedo encontrar su escondite en Dovré.

—Olvídate de Cas —refunfuña—. Al menos, por ahora, Ailesse está a salvo de su vínculo.

—No, no lo está.

Se detiene en seco.

—¿Qué quieres decir? Está en el Inframundo.

—Sí, pero está viva, Bastien. —La expresión firme de su boca me dice que él tampoco lo pone en duda—. Lo que significa que puede morir. Y si a Cas le pasase algo malo, ella moriría. Entonces no habrá esperanza de salvarla.

—*Merde.* —Abre grande los ojos y se pasa la mano por el pelo mojado—. Sabine, anoche Cas escapó de mi escondite después de que Ailesse se fuera. Ahora está a la intemperie, es un cebo andante para los disidentes muertos que no pudiste transportar.

Una oleada de miedo se apodera de mí.

—Tengo que ir al Beau Palais. —Me alejo por la meseta, todavía en dirección a Dovré. Seguro que Cas fue a su castillo.

—¡Espera! —Bastien corre detrás de mí, pero enseguida se queda rezagado. No puede seguir la velocidad de mi atajacaminos—. ¡Es probable que el rey Godart vaya directo hacia allí! —grita.

—Razón de más para que me dé prisa —respondo.

Aprieto los dientes como lo haría Ailesse y corro más rápido. Tengo que proteger a Casimir.

Si pierde su alma, mi hermana no tendrá salvación.

24
Ailesse

Corro al lado de Sabine, agitando las manos delante de su cara.

—¡Mírame! —No se gira, no parpadea. Su imagen borrosa se difumina por los bordes, como la llama de una vela cuando la miras durante demasiado tiempo. A mi alrededor, todo tiene el mismo aspecto borroso: la hierba salvaje de la meseta, las nubes que se alejan de la luna llena, las ruinas de Château Creux a nuestras espaldas. Pero cuando miro hacia abajo, veo mis manos y mi vestido con nitidez. También tienen un color extraño que nunca había visto, nada que ver con el *chazoure*.

—¡Vuelve a tocar la flauta! —suplico, siguiendo el ritmo de Sabine mientras corre más rápido. Ya no necesito la muleta. Noto la rodilla destrozada como si la tuviera curada. Soy capaz de usar toda la velocidad de mi halcón peregrino. Tal vez Sabine compartió sus gracias conmigo sin querer, igual que las compartió con Bastien cuando formamos la cadena entre las Puertas. O tal vez los huesos no se queden atrás cuando mueres—. ¡Vuelve a abrir las Puertas! ¡Inténtalo donde sea! ¡Inténtalo aquí! —Estamos en tierra firme, no en un puente de ningún tipo, pero estoy desesperada—. ¡Por favor, Sabine, tengo que volver!

Sigue concentrada en el este, en dirección al Beau Palais y a Casimir. Debe de estar allí si se quitó las cadenas y escapó de la cantera de Bastien.

Los ojos de mi hermana se llenan de lágrimas. Es fácil adivinar lo que siente. La conozco mejor que a mí misma. Siempre la he conocido. Cree que tiene la culpa de haberme perdido. Se siente culpable por la muerte de Maurille, por la salida de mi madre del Inframundo, por la resurrección del rey Godart y por todos los Desencadenados que robaron del Paraíso.

Le toco el brazo, pero no me percibe, igual que Bastien cuando me senté a su lado en el saliente de la caverna e intenté consolarlo. Fue entonces cuando me entró el pánico. Hasta ese momento, sola a su lado, había observado todo lo que les había ocurrido a Sabine, a las Ferriers y a él en silencio, impactada. Y aunque estaba horrorizada, me sentía extrañamente lejos de todo aquello. No me había dado cuenta de que estaba en el Inframundo —pensaba que había evadido la Puerta de polvo— hasta que Bastien siguió ignorándome en el saliente, incluso cuando lloré, maldije y grité para que dejase de

bromear.

La llanura se convierte en bosque. No veo ninguna señal de los lugares que deberían existir en el reino de Tyrus: ningún río de sangre hirviendo ni las abrasadoras Arenas Perpetuas ni el humo y la ceniza del Horno de la Justicia. Solo me rodean árboles familiares y senderos llenos de ciervos. No lo entiendo. ¿He llegado de verdad al Inframundo o estoy aquí atrapada en un lugar intermedio?

El pánico se apodera de mí, me oprime las costillas y hace que me duela el corazón. Pero no me late más deprisa. No siento el pulso. Grito con todas mis fuerzas, pero no tengo que recuperar el aliento. Mi voz resuena una y otra vez, aunque en este bosque no debería resonar. Puede que todo lo que me han enseñado sobre el Inframundo sea mentira y que Tyrus cree un infierno personal para cada alma que atrapa aquí.

Corro más rápido para alcanzar a Sabine y tiro de su brazo, aunque no me da ningún tirón.

—¡Por favor, tráeme de vuelta! Tienes la flauta. ¿Por qué ni siquiera lo intentas? —Ni se inmuta.

Piensa, Ailesse. Ninguna Leurress ha sido capaz de abrir las Puertas una vez cerradas. Sabine tendrá que esperar hasta la próxima noche de travesía. Cálmate y ten paciencia.

Reprimo un sollozo. Eso es imposible. Me volveré loca antes de la próxima noche de travesía. No hay luna nueva hasta dentro de catorce días.

—Tienes prohibida la entrada en esta esfera —grita una voz gutural y masculina.

Me sobresalto y me giro de un salto. A varios metros, vislumbro una chispa de *chazoure*. Un hombre. Se esconde detrás de un tronco ancho mientras se acercan unas pisadas fuertes que irradian desde el lugar de donde procede la voz. Si Sabine lo ha oído, no da señales de ello y sigue corriendo hacia el este. Dejo de seguirla. Me acerco al árbol iluminado con luz *chazoure*.

—Los Encadenados le pertenecen a Tyrus —continúa la voz gutural —. Es mejor que no intentes escapar de tu destino. El dios del Inframundo no ve con buenos ojos a los cobardes.

A menos de unos quince metros veo al hombre que habla. Me escondo detrás de una rama baja. Está iluminado con el mismo color extraño con el que yo brillo y, por lo que parece, es herrero. Lleva un delantal de cuero con tachuelas sobre el pecho desnudo, puños a juego

y botas altas. En lugar de suciedad de hollín, está sucio con manchas de *chazoure*. Se lo ha restregado por la cara, por el cuello y por los pantalones.

—¿Algunas últimas palabras antes de reunirte con tu amo? —pregunta el herrero, con el pelo corto alborotado por una extraña brisa que nos afecta a los dos. Las puntas de mi pelo y mi falda también ondean como si estuviera bajo el agua—. Una muestra de valentía podría marcar una pequeña diferencia. Suplicar que te quiten las cadenas no servirá. Yo mismo las forjé y entre los condenados no existe nada con el poder de romperlas.

El alma oculta guarda silencio un momento y luego sale de detrás del árbol, con las manos juntas en señal de plegaria. Unas cadenas cruzan su ropa en diagonal como un fajín vergonzoso.

—Haré lo que sea si me ayuda, bondadoso señor. Lleva un mazo y un cincel afilado en el cinturón. Seguro que puede hacer algo.

El herrero suspira, un traqueteo cansado y furioso que sale de su pecho y parece el de alguien mayor, aunque aparenta tener solo diez años más que yo.

—Puedo hacer justicia, nada más —dice, y se saca el martillo del cinturón. Lo balancea con ambas manos y lo golpea contra el suelo.

¡*Pum*!

El estruendoso sonido se expande en ondas por todo el bosque. Espero que la tierra tiemble o que los árboles se desplomen, pero no se mueve ni una hoja. El único que tiembla es el Encadenado.

—¿Qué ha hecho? —pregunta.

El herrero se mantiene firme, con los brazos musculosos flexionados por el esfuerzo. No responde. Se aleja despacio del suelo que acaba de golpear.

Alaridos y aullidos ahogados se elevan desde abajo. Unas garras afiladas rompen la superficie, pero no remueven la tierra. A continuación, emerge un rostro alargado con los colmillos afilados al descubierto. Me quedo mirándolo, boquiabierta. Es un chacal dorado. Nunca he visto uno, pero su imagen está grabada en el patio de Château Creux.

A pocos metros del chacal, otra boca con colmillos se aparece del suelo y luego otra más cerca. En pocos segundos, un total de seis chacales se abren paso y rodean al Encadenado. Intenta huir, pero los chacales lo acorralan y se acercan a él con sus fauces llenas de espuma y los ojos enrojecidos.

El chacal más grande gruñe y se lanza al cuello del hombre. Los otros también le tienden una emboscada. Le arrancan los miembros y la ropa con los dientes. Se me revuelve el estómago. El grito de horror del hombre me chirría en los oídos, pero no hago nada por intervenir. Llevo toda la vida entrenándome para llevar a los Encadenados a través de las Puertas del Inframundo… aunque quizá lo habría pensado dos veces si hubiera presenciado lo que ocurre aquí, al otro lado.

Los chacales arrastran al hombre a través de un portal invisible en el suelo. Lo último que veo de él es su mano tensa y extendida antes de que también se la trague el suelo.

El herrero exhala y vuelve a deslizarse el martillo en la trabilla del cinturón. Espero que se aleje dando pisotones, pero se da la vuelta. Me mira directamente.

Puedo darle las gracias a Bastien porque me enseñara la primera palabra que se me escapa.

—*Merde.*

El herrero entrecierra sus ojos brillantes y da zancadas en mi dirección. No me escondo. No huyo. Busco a la chica que hay en mí, la que se zambulló en una laguna para matar a un tiburón tigre y me yergo. La cobardía es un crimen, esté donde esté. No dejaré que me afecte.

Cuando está a un metro de distancia, su mirada severa baja hasta la bolsa de huesos de la gracia que tengo alrededor del cuello.

—Ten cuidado en este lugar, Leurress —refunfuña—. Lo veo todo… —Se le escapa otro suspiro cansado, pero frunce el ceño—. Quiera o no.

Pasa por mi lado sin detenerse y se adentra en el bosque.

Me quedo mirándole, con la boca abierta.

—¡Espera! —exclamo—. ¿Qué quieres decir? ¿Cómo que tenga cuidado?

Sus botas pesadas se detienen. Se vuelve y me mira con la mandíbula en tensión.

—Hay una regla en este reino del Inframundo, muchacha: no intervenir en asuntos de vida o muerte. —Se limpia una mancha de *chazoure* de la manga antes de alejarse—. No es demasiado tarde para que formes cadenas.

25
Bastien

Bajo por el andamio hasta mi habitación de la cantera y encuentro a Marcel y a Birdine de rodillas, que están limpiando los trozos rotos de las figuritas de mi padre. Marcel me mira y se aparta el pelo suelto de los ojos.

—Hola. —Esboza una media sonrisa—. Esperábamos tener esto limpio antes de que volvieras.

—Le dije a Marcel que debíamos esperar —añade Birdine, mirándome nerviosa. Lleva el pelo pelirrojo encrespado recogido en un moño alto. Lo lleva así cuando se baña en la charca de agua subterránea de uno de los túneles de abajo—. Sabemos lo quisquilloso que eres con estas estatuillas.

—Pero le dije a Birdie que no se preocupara. —Marcel juguetea con la cabeza decapitada de la diosa de la tierra—. Dije que estarías más enfadado porque Cas se hubiera escapado. —Se vuelve hacia ella —. Eso es lo que dije, ¿no?

—Mmm. —Se ruboriza—. Y lo siento mucho, Bastien. No sabía que Su Majestad estaba aquí solo.

Marcel rebusca en su bolsillo.

—Parece que también se hizo con una de las horquillas de Birdie. —La saca—. Encontramos esto junto a sus grilletes abiertos. Tuvo que utilizarla para forzar la cerradura.

Se ríe hasta que Birdine le lanza una mirada asesina.

—No tengo ni idea de cómo me la robó —dice—. ¿Quién iba a decir que el rey era un verdadero ladrón?

Dudo que lo sea. No tiene que haber sido muy difícil hacerse con una horquilla. Birdine siempre está arreglándose el pelo y es ella la que suele llevarle la comida a Cas.

Entro despacio en la habitación y recojo la estatuilla de mi delfín. Paso el dedo por la grieta de la cola e imagino los ojos frenéticos de mi padre, brillando del color de la muerte, y se me forma un nudo en el pecho.

—Cas se ha escapado mientras yo vigilaba —murmuro—. Sabine está yendo a traerlo de vuelta. —Cas conoce el camino hasta aquí. Si no llegan pronto, iré al Beau Palais y me aseguraré de que lo consigan.

—¿Sabine? —pregunta Marcel—. Hace tiempo que no la vemos.

—Supongo que ha estado ocupada —comento.

—Estará bien ponernos al día. —responde—. La verdad es que la

echo de menos, ¿sabes? Es un amor de chica cuando no está intentando matarte.

Niego con la cabeza y dejo la estatuilla del delfín en la estantería.

Marcel recoge algunos fragmentos de piedra del suelo.

—Estoy seguro de que Ailesse también se alegrará de verla.

Ailesse. Me duele la palma de la mano y la cierro en un puño. Se me está escapando otra vez.

Mi mirada se desvía hacia su camisa blanca doblada en el suelo en un rincón de la habitación. Me acerco y la agarro. Cuando le traje ropa nueva, utilizó la camisa como almohada. Me moría de ganas de dormir a su lado y abrazar su cuerpo. En lugar de eso, le di espacio y me pegué a la pared de enfrente.

Me acerco la camisa a la nariz y el aroma a tierra y flores de Ailesse me llena los pulmones.

—¿Estás bien, Bastien? —Birdine inclina la cabeza.

Arranco un trozo de camisa, me lo meto en el bolsillo y me pongo serio.

—¿Dónde está Jules? ¿Bañándose ahora que la charca está por una vez libre? —Birdine se estremece ante lo mordaz de mi tono de voz e inmediatamente me arrepiento de haber descargado mi frustración con ella. Ahora que sé que no han arrestado a mis amigos, tengo que irme y buscar a Odiva. Apuesto a que la encontraré en el Beau Palais, si es allí a donde Godart se dirigía de verdad.

—Jules no está aquí. —Marcel se incorpora.

Birdine se pone de pie a su lado.

—Creíamos que estaba con Ailesse.

—No está con Ailesse. —Me froto la nuca—. Maldita sea, Jules —maldigo en voz baja y me dirijo a toda prisa hacia el andamio. Casi ha amanecido, lo que significa que ha estado fuera toda la noche. Si uno de los Encadenados ha vuelto a atacarla…

—Marcel, se me cayó el cuchillo de mi padre cuando luché contra Cas —grito por encima del hombro mientras subo por la escalera a toda prisa.

—¿Luchaste contra el *rey*? —pregunta Birdine, como si eso fuese peor que secuestrarlo.

—Está en el suelo de la cantera, en alguna parte —continúo—. ¿Podrías encontrarlo por mí?

—Claro —responde—. Pero, Jules… ¿Crees que está bien?

Abro la boca para decir algo tranquilizador, siempre he intentado

ponerle buena cara a Marcel y no acabar con su optimismo, pero se me seca la garganta. Después de todo lo que vi anoche, es difícil esperar que Jules se salve. Avanzo más rápido, con el pulso acelerado.

Llego a los túneles, los atravieso a toda prisa, al igual que el sótano bajo la capilla, y luego subo por la puerta de la escotilla. La puñalada de la espalda ya no me duele. No me duele desde que las gracias de Sabine se apoderaron de mí en el puente de la caverna, aunque ese poder ya ha desaparecido. No dejo de preguntarme qué significa todo esto. Debo encontrar a Jules.

Resulta que no necesito ir muy lejos. En cuanto cierro la puerta de la escotilla y le doy una patada a la andrajosa alfombra que la cubre, un suave gemido llega de la capilla. Jules está encorvada sobre uno de los bancos desgastados y se agarra a él para apoyarse. Me acerco a ella corriendo. La luz grisácea de la mañana se cuela por las ventanas tapiadas y deja entrever su rostro pálido y enfermizo y el sudor que cubre su piel.

—*Merde*, Jules. —La rodeo con el brazo y la ayudo a incorporarse.

Levanta la cabeza despacio y me mira con los ojos entrecerrados.

—A buenas horas apareces tú —dice, con su humor de siempre, a pesar de la voz ronca.

—¿Qué te ha pasado? ¿Algún Encadenado te ha…?

—Solo estoy cansada, Bastien. Pasé toda la noche buscándote.

Frunzo el ceño y vuelvo a mirarla. La Jules que yo conocía podía estar despierta tres noches seguidas y no parecía tan cansada como ahora.

—¿Estás segura de que ningún Encadenado te ha robado más Luz? Algunos pueden ser más cuidadosos que otros.

Resopla.

—Encadenados cuidadosos… en qué mundo vivimos. —Tose un par de veces y se sienta en un banco—. ¿Te acuerdas de cuando solo teníamos que preocuparnos del pacto que hicimos para vengarnos? La vida era tan sencilla como buscar Hechiceras de Huesos cuando había luna llena, decirle a Marcel que se callara si quería acompañarnos…

—…decirte que fueras más despacio para que pudiéramos seguirte. —Me siento a su lado.

Sonríe.

—Qué buenos tiempos.

¿Estaba bien que lo único para lo que vivía era para poder clavarle el cuchillo de mi padre entre las costillas a una Hechicera de Huesos?

De todas formas, entiendo a qué se refiere Jules. Nuestras vidas eran sencillas. El mundo era más pequeño. Sentíamos que controlábamos nuestro lugar en el mundo.

—Nunca adivinarás a quién acabo de ver desfilando por la Rue du Palais —dice. Espero a que me lo diga, demasiado cansado para hacer conjeturas—. A la reina de las Leurress. La maldita madre de Ailesse ha vuelto. —Tose y niega con la cabeza—. Advertí a Ailesse de que Odiva quería volver a ser libre.

Se me revuelve el estómago y clavo la mirada el banco, arañando la madera que se astilla debajo de mí.

—¿Bastien? —Jules se tensa y me toca el brazo—. ¿Ailesse no…?

—Sí… —Me río, aunque no sé por qué. Es un ruidito miserable que no afloja el nudo que tengo en la garganta—. Así que… ahora ella ya, eh, no está. —Me agarro con más fuerza al banco. Mi estúpida barbilla empieza a temblar. Cierro la boca, pero no sirve de nada—. Intentaba sujetarla, te juro que lo intentaba. Pensé que la tenía. —Aprieto la mano en un puño—. Era muy fuerte. No la habría dejado marchar por nada del mundo, pero entonces… —Me arden los ojos. Me paso la mano por la cara.

Jules me acaricia la espalda, esperando a que continúe. Su tacto es ligero y un poco torpe, como si no estuviera segura de cómo consolarme. Nosotros no hablamos del dolor.

—Entonces lo vi. —Continúo, sin poder articular bien las palabras. Al instante suelto un sollozo. Maldita sea, Bastien, no te pongas a llorar. Tampoco lloramos nunca delante del otro. Mantenernos fuertes y furiosos es lo que nos mantuvo vivos. Me inclino hacia delante y apoyo la frente en el respaldo del banco que está enfrente. Apenas puedo respirar—. Hacía ocho años que no me veía, pero me ha reconocido. Dijo mi nombre.

Sus dedos se congelan en mi espalda.

—Tú… ¿viste a tu padre?

—Ajá. —Se me quiebra la voz. De repente la cara me arde demasiado. Las malditas lágrimas empiezan a derramarse. No puedo detenerlas ni tragarme este dolor. Es demasiado—. También intenté salvarle. —Los sollozos me atraviesan el pecho—. Todo sucedió demasiado rápido, y yo… —Suelto un suspiro y niego con la cabeza—. Los perdí a los dos.

Jules cierra los ojos con fuerza, como si reviviera el momento conmigo.

—No sé qué decir, Bastien. Lo siento mucho.

No había sentido este tipo de tristeza amarga desde que tenía diez años y abracé a mi padre después de que lo mataran. Me puse su cabeza en el regazo. Puse mis manos sobre sus mejillas. Intenté mantenerlas calientes pero su piel se enfriaba. Lloré toda la noche. Pensé que se me rompería el corazón.

—¿Cómo pudiste verlo? —pregunta Jules—. ¿Por qué estaba allí? No lo entiendo.

Le cuento todo lo que ha pasado esta noche en el puente de la caverna con palabras entrecortadas: Que las gracias de Sabine se apoderaron de mí y vi cómo arrancaban a las almas desencadenadas del Paraíso y las llevaban al Inframundo, que vi cómo Odiva y el rey Godart salieron de la Puerta de polvo después de que Ailesse y mi padre se vieran arrastrados al interior.

Golpeo el banco con el puño y entierro la cara entre las manos.

—Ni siquiera pude hablar con él. —La voz se me agudiza como la de un niño.

Jules me abraza y no dice nada, solo deja que llore sobre su hombro. Es la primera vez que la abrazo desde que conocí a Ailesse. Ya no sabía cómo comportarme con ella y hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que he echado de menos a mi mejor amiga. Ella es más que eso. Es la persona a la que he querido como a una hermana durante ocho años.

Tiene los ojos húmedos cuando por fin me separo de ella. Se limpia la nariz.

—Si le cuentas a Marcel que estábamos lloriqueando juntos, te mataré mientras duermes.

Me río.

—Será nuestro secreto.

Levanta el dedo meñique. Lo entrelazo con el mío y chocamos los codos, luego los puños, como cuando teníamos trece años.

Suelta un largo suspiro que le provoca un ataque de tos.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta cuando por fin para de toser y se aclara la garganta.

Me siento bien y me paso las manos por el pelo, reflexionando.

—Lo revertimos todo: buscamos una forma de rescatar a Ailesse y devolver a mi padre y a todas esas almas al Paraíso. Lo planearemos cuando encontremos a Odiva.

—Esa parte ya está hecha. Estaba claro que iba al Beau Palais.

—Y el rey Godart, ¿estaba con ella?

—A menos que Casimir envejeciera de la noche a la mañana y se hiciera una nueva corona.

La rabia me quema en las venas. La recibo con gusto. La ira es mucho más útil que la tristeza. Godart está vivito y coleando porque cambió su lugar con Ailesse. Prometo hacérselo pagar.

—Entonces también nos centraremos en proteger a Cas. —Tomo aire—. Ahora tiene más cosas de las que preocuparse que de los disidentes y de perder su Luz. Godart quiere su trono.

26
Ailesse

Corro hacia el Beau Palais, intentado alcanzar a Sabine. Un segundo estoy en el bosque cerca de Château Creux donde vi al herrero y al siguiente estoy en la puerta del castillo. Jadeo y miro detrás de mí. La ciudad de Dovré tiene el mismo aspecto emborronado y con rayas que el bosque, como si fuera un cuadro, no la realidad. Pero, ¿cómo he llegado tan rápido? Ni siquiera noté que sucediera.

Miro hacia el castillo. La entrada está abierta. Hay al menos doce guardias en el suelo, muertos. Un alma *chazoure* desencadenada se arrodilla junto a uno de ellos y le toca la frente. Reconozco el alma como otro guardia, uno que murió durante el ataque de las víboras de los prados.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunto.

Se sobresalta al darse cuenta de que puedo verlo. Entonces abro los ojos de par en par. Él también puede verme.

—Dos personas se infiltraron en el castillo. Decían que eran el rey legítimo y la nueva reina.

Debería escandalizarme que mi madre matara a esos hombres. Ella fue quien me enseñó lo sagrada que es la vida. El deber sagrado de una Leurress de proteger a los mortales de las almas que no han sido transportadas al Más Allá es la razón por la que los dioses nos mandaban a sacrificar animales y a matar a nuestros *amourés*.

Una pequeña muerte es algo sagrado si sirve para salvar a la humanidad —me dijo una vez cuando me enseñó el cuchillo de hueso con el que había matado a mi padre—. *Los dioses te bendecirán por ello*.

Por muy retorcidas que fueran sus palabras entonces, no son nada comparadas con lo que ha hecho estos dos últimos años… con lo que sigue haciendo.

—Lo siento mucho —le digo al guardia desencadenado, cargando los pecados de mi madre sobre mis propios hombros—. Voy a detenerla.

Frunce las cejas *chazoure*.

—¿Cómo?

No tengo tiempo para responderle. Tan pronto como se me ocurre enfrentarme a mi madre, me encuentro de pie en el gran salón del Beau Palais, en el mismo lugar donde asistí al banquete de La Liaison con Casimir. Han recogido las mesas y las guirnaldas de flores de finales de verano, pero aún están los estandartes azules del dios sol y

los verdes de la diosa tierra. A la luz de todas las tragedias que han asolado este lugar, imagino que la gente es aún más devota a la hora de adorar a Belin y Gaëlle, sus dioses favoritos.

En un estrado al fondo de la sala, respaldado por un lujoso tapiz con el sol de Belin brillando sobre este castillo, Casimir está sentado en el trono y lleva la corona de su padre engastada con zafiros. Varios de sus consejeros, capitanes y nobles de alto rango están presentes, como si ya estuvieran reunidos para discutir asuntos de gran importancia antes de que mi madre y Godart irrumpieran en la sala.

Por las miradas de asombro de los presentes, sé que han entrado hace poco. Ahora caminan hacia la plataforma. Me gustaría verlos mejor y, en un abrir y cerrar de ojos, me sitúo a los pies del estrado, cerca de Cas.

Godart viste como un rey con las ropas que debió ser enterrado, aunque ninguno de los brocados de terciopelo está carcomido por las polillas. La corona única de plumas de ónice talladas y rubíes es un testimonio de su identidad tanto como su inconfundible aspecto. Nunca conocí a ese hombre, pero no he visto otro igual.

La belleza de Sabine es evidente en su estructura facial y en sus intensos ojos marrones, que brillan como el oro cuando les da la luz. Pero lo que distingue a Godart no es su aspecto, sino su porte. Su fuerza. Es la forma sutil, pero dinámica en que mantiene sus anchos hombros perfectamente cuadrados, así como el pecho hinchado y la barbilla inclinada hacia arriba. La única otra persona a la que he visto con ese porte impresionante es mi madre. No es de extrañar que se encontraran el uno al otro.

Aunque Godart me deja boquiabierta, en el gran salón muchos parecen más cautivados por mi madre. Contemplan sus vértebras de víbora áspid y el cráneo gigante de un murciélago nóctulo que forman su corona de huesos, así como las otras garras, zarpas y huesos que cuelgan de los collares y charreteras de plumas.

Cuando están a tres metros del estrado, Godart y mi madre se detienen. No se inclinan.

—Casimir Trencavel —dice Godart, su voz profunda e imponente resuena en el techo abovedado—, estás sentado en mi trono.

Hay que reconocerle a Cas que no deja entrever ningún miedo. Ni siquiera se sienta más erguido en una muestra de dominio, aunque lo conozco lo suficiente como para reconocer que su sonrisa tranquila significa falsa bravuconería.

—Este es el trono de mi padre y el castillo de mi padre. ¿Qué derecho tienes sobre él?

—Soy Godart Lothaire, Rey de Galle del Sur.

—Godart Lothaire murió hace quince años, el mismo año en que la gran plaga asoló la tierra. Algunos dicen que él trajo esa maldición.

—Tú mismo trajiste la maldición —declara mi madre.

Los ojos azul claro de Cas se clavan en ella. Da golpecitos con los dedos en el reposabrazos.

—¿Y quién eres tú? —Sabe muy bien quién es. El mes pasado la vio apuñalar a Bastien en el puente del alma y atravesar las Puertas del Inframundo.

Los labios rojos como la sangre de mi madre se curvan hacia arriba. Parece una criatura felina y hambrienta, como si estuviera jugando con un ratón de campo.

—Soy Odiva, y seré tu reina. —No entiendo por qué le importa gobernar una pequeña nación, salvo que eso signifique que puede vivir su vida con Godart. Una vez gobernó una poderosa *famille* de Leurress. Tiene que tener algún motivo oculto.

Las fosas nasales de Cas se inflaman y un temblor recorre su frente. Odiva ha tocado un nervio. La última reina de Galle del Sur fue su querida madre.

—Mi padre fue uno de los nobles que enterraron al difunto rey —le dice Cas a Godart—. Antes de que hagas una carrera por mi trono, tendrás que demostrar que los hombres pueden resucitar de entre los muertos.

Godart apoya la mano en la empuñadura de su espada envainada.

—Yo nunca morí.

Se me escapa una risa burlona, pero nadie oye el sonido, solo las almas *chazoure* que hay reunidas en la sala.

—Abrid mi tumba si no me creéis —continúa Godart—. Veréis que está vacía.

Las cejas de Cas se curvan.

—Mi padre enterró…

—Durand dijo que me había enterrado, pero mintió. Y él y los nobles que le ayudaron a robarme el trono mediante estratagemas ya están todos muertos.

Cas niega con la cabeza, apretando los puños en el reposabrazos. Mi padre nunca formó parte de ninguna conspiración.

—Esa es otra afirmación que no puedes demostrar.

—Echa un vistazo a la historia de Dovré. Cuando tu padre me usurpó el trono, los dioses maldijeron la tierra con la gran plaga. —Godart se gira para mirar a los reunidos en la sala—. Y ahora que su hijo está en el trono, otra plaga ha caído sobre el país. Ahí está la prueba. Tyrus no apoya a la dinastía Trencavel. El dios del Inframundo tiene poder sobre la vida y la muerte y ha castigado a Galle del Sur y ha matado a los hombres responsables de derrocarme. Y seguirá castigándoos a todos si no honráis a vuestro verdadero rey.

Los presentes en la gran sala estallan en acaloradas conversaciones. Las almas encadenadas susurran a algunos de los vivos, y los ojos de mi madre las siguen. Me tenso cuando su mirada se desvía hacia mí, pero luego pasa de largo sin vacilar. No me ve. No soy *chazoure*, como el resto de los muertos. Relajo un poco los hombros, pero entonces noto que los ojos de Godart también siguen a algunos de los Encadenados. ¿Está compartiendo las gracias de mi madre del mismo modo que Bastien compartió las de Sabine? ¿Cómo es posible? Supuse que las Puertas del Más Allá debían abrirse y estar unidas mediante una cadena humana para que eso ocurriera.

Cas se levanta de su trono y hace un gesto con las manos para callar a todos, aunque solo algunos obedecen.

—Si lo que dices es cierto, ¿dónde has estado estos últimos quince años? —le pregunta a Godart—. ¿Por qué esperaste hasta ahora para reclamar tu trono?

Godart se gira hacia él, pero no responde. Por un momento, siento lástima por él. Ha esperado hasta ahora para reclamar su trono porque estaba muerto. Murió porque amaba a mi madre y los dioses lo castigaron por ello. Su destino no fue justo.

—Eres un impostor —se burla Cas—. Estás jugando con el miedo de la gente para hacerte con un poder que no te corresponde. Ya he oído suficiente. Guardias, apresad a este hombre y a esta mujer de inmediato.

Solo siete de los trece guardias presentes dan un paso al frente. Briand, amigo y capitán de Cas, está entre ellos.

Los siete hombres se acercan despacio a mi madre y a Godart, que se mantienen firmes.

—Os mostraré mi poder —dice Godart—, el poder que me dio el mismísimo Tyrus, su regalo por ser su rey elegido y su leal servidor. —Vuelvo a sentir una pizca de simpatía. Como Leurress devota, ¿durante cuánto tiempo me enorgullecí de ser también la leal sirvienta

de Tyrus?

Tres de los guardias levantan sus espadas. Godart desenvaina con rapidez la suya. Le corta el brazo a un hombre con un poderoso golpe y salta sobre el segundo. Me quedo boquiabierta. Mi compasión desaparece. Antes de que el hombre pueda defenderse, Godart le apuñala por la espalda.

Sigo con la boca abierta. Está compartiendo las gracias de mi madre. El tercer hombre le hace un corte en el brazo. Godart se inclina hacia la hoja, siseando cuando ataca con más fuerza y le arranca la espada de las manos. Entonces Godart le coloca ambas espadas en el cuello y lo decapita. La cabeza del hombre cae al suelo y rueda hasta los pies del estrado dejando un rastro de sangre.

La gente jadea. Un noble se desmaya. Los Encadenados los rodean como buitres. Observo horrorizada, con el corazón latiéndome con fuerza, aunque no me falta el aliento. ¿Cómo puede ser Godart el padre de Sabine, la persona más buena que existe? Su paso por el Inframundo lo ha convertido en un monstruo.

Cas baja del estrado con la cara roja por la rabia.

—Mi espada —ordena a sus guardias. Se retiran. Nadie vuelve a atacar a Godart ni le entrega un arma a Cas. Cas mira a su capitán—. ¡Maldito seas, Briand, dame una espada!

—¡No! —le grito a Briand. Cas no tiene ninguna posibilidad contra cinco gracias, seis con el cráneo de salamandra de Sabine. Godart debe estar desviando su poder para curarse, porque ahora apenas le sangra el brazo herido. Todavía no entiendo cómo está accediendo a las gracias. Ni siquiera las mujeres de mi *famille* pueden compartir así el poder de las demás. Cuando cada Leurress mata un animal de forma ritual, tiene que presionar su propia sangre en el hueso. Así se pide a Tyrus que impregne el hueso con el poder del animal, un poder al que solo puede acceder la Leurress con esa sangre.

Mientras Briand delibera, veo al herrero del bosque al margen de la asamblea. Está apoyado en una columna. *¿Cuándo ha llegado?* No está observando a Godart y a Cas, me observa a mí. Aprieta con fuerza el mango de su martillo.

Por fin, Briand le lanza la espada a Cas. Él la agarra por la empuñadura. Se enfrenta a Godart.

—¿Te da demasiado miedo luchar contra tu rey con una sola espada?

Godart sonríe y deja caer la segunda espada.

—¿Y a ti, muchacho? ¿Eres demasiado tímido para atacar primero?

Los músculos se tensan a lo largo de la mandíbula de Cas. Avanza con decisión.

—¡Para, Cas! —Me abalanzo sobre él—. Si mueres, Godart gobernará. —*Si mueres, entonces yo también moriré. Nunca podré volver* —. ¡No puedes derrotarlo así! Es demasiado poderoso.

Cas no me escucha. Levanta la espada y golpea el lado izquierdo del cuello de Godart, pero en el último momento, su hoja se mueve y se dirige a la pierna derecha de Godart. Él bloquea el golpe y aparta la espada con la velocidad de búho real de mi madre. Ella observa sin interferir. Godart necesita demostrar su valía a su gente, o de lo contrario ella mostraría sus formidables habilidades por sí misma.

Godart da tres estocadas con la espada, haciendo retroceder a Cas.

—¿No te van a prestar Belin o Gaëlle su poder? —se burla—. Les has rendido un gran tributo con este castillo. Sus colores y símbolos están por todas partes.

Cas tropieza y se ve obligado a retroceder hasta el estrado. Godart también salta encima de él. Balancea su espada sobre él y la dirige hacia la cabeza de Cas, quien la esquiva por poco. La hoja se clava en la madera dorada del trono.

—No me extraña que Tyrus esté enfadado contigo —continúa Godart—. El pueblo de Dovré y tú lo habéis abandonado. Cuando gobierne desde el Beau Palais, corregiré ese error. Cubriré estos salones de negro y plata y devolveré el equilibrio a estas tierras.

—Nos maldecirás. —Cas hace una finta hacia el muslo de Godart, luego se lanza hacia su brazo. Godart se sorprende por el movimiento, pero es más rápido que Cas. Gira a un lado antes de que la espada golpee. Hasta ahora solo ha sido amable con Cas. Temo cuando pelee en serio. Cas morirá tan rápido como sus guardias. Tengo que hacer algo para ayudar, aunque sigo notando los ojos del herrero clavados en mí.

Godart se aparta el pelo de la cara, agarra bien la espada y sonríe enseñando los dientes.

—Ahora pongo fin a tu dominio, joven rey. Ahora recupero lo que es mío.

Camina hacia Cas. El pesado trono está entre ellos. Con un poderoso movimiento de pierna, Godart lo aparta. El trono se estrella contra la pared del fondo.

Desesperada, busco a los Desencadenados que hay por la sala y veo

cinco almas: tres guardias del castillo fallecidos, una criada y una noble.

—¡Ayudadle! —grito. A diferencia de mí, ellos pueden ejercer una fuerza tangible. Pueden intervenir—. Tenéis que tener seres queridos aún vivos en Galle del Sur. ¿Veis qué clase de gobernante será Godart? ¡Tienes que detenerlo antes de que mate a Casimir!

El herrero me mira con el ceño fruncido y se aparta de la columna.

Godart levanta la espada y carga contra Cas.

—¡Por favor! —grito.

Los Desencadenados corren hacia Godart. Saltan sobre su espalda, le agarran el brazo con el que sostiene la espada y ralentizan su hoja lo suficiente como para que Cas pueda bloquearla con la suya. Aun así, el golpe lo derriba. Rueda a un lado cuando la espada de Godart vuelve a caer. Las cinco almas apenas pueden con su fuerza.

Los Encadenados en la habitación corren hacia adelante para alejar a los Desencadenados. Mi madre se une a ellos. Los leales guardias de Cas se lanzan tras ella. El herrero camina con paso firme en mi dirección.

El pánico se apodera de mí. Tengo que sacar a Cas de aquí. Miro a mi alrededor con desesperación. Hay un hueco al fondo del estrado, entre la plataforma y la pared. Es lo bastante grande como para que Cas se cuele por él, y Godart lo está arrinconando contra la pared.

Llamo la atención de la sirvienta.

—Dile a Cas que se cuele por detrás de la plataforma y escape. Dile que abandone el Beau Palais. Sabine está en camino. Ella le ayudará a ponerse a salvo.

Los ojos *chazoure* de la criada se entrecierran, decididos. Se acerca a Cas y le susurra lo que le he dicho.

—¿Quién eres? —sisea, incapaz de verla. Esquiva otro golpe de Godart, que también está luchando con dos guardias Desencadenados —. ¿De qué conoces a Sabine?

Me acerco a toda prisa.

—Dile que te envía Ailesse.

Repite mis palabras. Cas frunce el ceño. No sabe lo que me ha pasado, pero sabe que puedo ver a los muertos.

El capitán de Cas, Briand, se une a la lucha contra Godart. La sirvienta acude en su ayuda, dando puñetazos.

Cas se escabulle por el hueco detrás de la tarima hueca. Unos segundos más tarde, se arrastra por delante, a través del tapizado de

terciopelo.

Apenas consigue ver a mi madre, que sube a la tarima justo antes de que él escape. Se abre camino entre la locura, apartando a personas y almas con la misma destreza que cuando las transportaba.

—¿Adónde ha ido? ¿Lo has dejado escapar? —le pregunta a Godart cuando llega hasta él.

Godart derriba la espada de Briand y tira del brazo del capitán. Sus huesos se quiebran y aúlla de dolor. Godart lo aparta de un empujón y recorre el estrado.

—¡Hace unos segundos estaba aquí!

Siento alivio al ver a Cas salir a hurtadillas del gran salón. Corro tras él, deseando estar allí cuando encuentre a Sabine. Pero apenas he llegado al patio cuando el herrero se cruza en mi camino. Me quedo paralizada. Tiene el martillo en alto.

—Te lo advertí —gruñe, con la boca rígida e implacable.

—Sí, pero…

Me agarra de la muñeca izquierda antes de que pueda terminar de hablar. Luego, con la misma rapidez, me suelta y se aleja.

Lo sigo con la mirada y me llevo una mano a la muñeca para acariciármela. Pero en lugar de piel caliente, siento metal frío.

Miro hacia abajo y me quedo paralizada. Hay un brazalete: un eslabón redondo y perfecto.

El herrero me ha puesto una cadena.

27
Sabine

Veo las grandes paredes de piedra del Beau Palais cuando me acerco a Dovré. Tomo una calle que lleva a Castelpont, no una de las principales avenidas de acceso a la ciudad. Este camino es más rápido y está menos transitado. En cuanto cruzo el elevado arco del antiguo puente, veo a alguien corriendo en mi dirección por el camino que rodea la muralla. ¿*Casimir*?

Me paro en seco. Pensé que iba a tener que irrumpir en el Beau Palais, sin importar quién me viese y obligarle a irse. También esperaba tener que luchar contra varios guardias. Pero Cas está solo.

Me ve a unos treinta y cinco metros de distancia. Con mi aguda visión, veo cómo enarca las cejas, pero luego aparecen unas arrugas en su frente. Echa un vistazo por encima del hombro y me hace señas para que me aleje mientras corre hacia mí. ¿Alguien lo persigue?

No huyo. Me preparo para luchar así Cas puede huir y estar a salvo. Por eso he venido, para protegerlos.

—¡Baja del puente, Sabine! —me grita, acercándose. Lleva un fardo de tela entre los brazos—. Los soldados me están buscando. Tenemos que escondernos en el bosque.

—¿Los soldados? —Me quedo mirándolo—. Pero…

—Me han usurpado el trono.

Se me cae el alma a los pies.

—¿El rey Godart?

—¿Cómo…? Da igual. ¡Rápido!

Me alcanza, corremos juntos por el puente y nos metemos entre los árboles. Capto el sonido de las botas y los gritos a lo lejos. Tenemos ventaja, pero Cas no corre tan rápido como yo. Además, el suelo está embarrado por la reciente lluvia. A los soldados no les costará seguirnos el rastro. Tenemos que llegar al río Mirvois, donde podremos avanzar por el agua sin dejar huellas.

—¡Por aquí! —Me pongo adelante, corriendo hacia el oeste a través del bosque. Cas me sigue sin decir nada. Intento no cuestionar su voluntad. ¿Cuándo nos hemos convertido en aliados?

Al cabo de un kilómetro y medio, escucho el ruido del cauce del río. Modifico nuestra ruta para ir por un atajo. Todavía oigo a los soldados a unos cuatrocientos metros detrás de nosotros.

Hay un barranco. Puedo saltar los casi cuatro metros, pero Cas tendrá que cruzarlo por un árbol caído que hace de puente. Se lo

señalo y él asiente, preparado.

Pensándolo mejor, decido cruzarlo con él. Si resbala, puedo agarrarlo antes de que caiga. Seguimos corriendo.

Estamos a un metro del árbol caído cuando grito al desprenderse el borde del barranco resbaladizo. Caigo en picada. Cas me agarra de la mano, pero lo arrastro conmigo.

Nos aferramos el uno al otro mientras nos deslizamos por el barro y la tierra. Segundos después, caemos de espaldas en el arroyo poco profundo.

Por un momento, ninguno se mueve. Estamos tumbados uno al lado del otro en un lecho de barro. Nos giramos despacio el uno hacia el otro, jadeando. Sus ojos claros parecen más azules con todo el barro que tiene en la cara. Me viene a la mente la idea de que si estuviera con Ailesse estallaríamos en carcajadas y, entonces, mi propia risa me sube por la garganta. Intento reprimirla, esto no debería ser divertido, sobre todo después de las cosas terribles que han pasado en las últimas veinticuatro horas, pero resistirme a ello solo me provoca una risita tonta. Caigo presa de un ataque de risa.

A Cas no le hace gracia. Al menos, al principio.

—Tendrías que verte —digo, señalándole. Su compostura se viene abajo.

Sacude la cabeza y empieza a reírse.

—Estás loca, ¿lo sabías? —Asiento con la cabeza y me río con más fuerza. Una sonrisa se dibuja en su cara y sus dientes brillan—. Creo que los dos estamos locos.

Suelto una exhalación que está a medio camino entre gruñido y suspiro.

—Bueno, que te usurpen el trono puede tener ese efecto.

Hace eco de mi gruñido.

—Cierto. ¿Y cuál es tu excusa?

—Falta de sueño —respondo con evasivas y desvío la mirada hacia el sombrío cielo azul. Por ahora, la tormenta ha desaparecido, pero el color apagado de las nubes promete que volverá—. Hay más cosas a las que culpar que al sueño —confieso, ahora con un tono de voz más serio—. A mí también me han usurpado el poder. —Me muerdo el labio—. Fue más duro de lo que esperaba. Supongo que no estaba preparada para otro golpe después de perder a mi hermana.

Cuando vuelvo a mirar a Cas a los ojos, su sonrisa ha desaparecido. Frunce el ceño mientras me estudia.

—¿Perdiste a Ailesse? ¿Qué quieres decir?

No sé por dónde empezar. ¿Cuánto sabe de las Leurress?

—¿Recuerdas cómo mi madre saltó a través de ese remolino de polvo negro al final del puente de la caverna? —Asiente con la cabeza —. Eran las Puertas del Inframundo y Ailesse… —Trago saliva—. Ahora está allí. Mi madre la engañó para que se intercambiase con ella.

Cas se incorpora, alterado.

—Pero puede volver, ¿no? Tu madre lo hizo.

—Eso espero. —Yo también me siento—. Pero no estoy muy segura de cómo lo consiguió mi madre. —En cualquier caso, no tengo intención de sacrificar almas, si ese fue el método de Odiva.

Se queda pensativo, mirando el arroyo y las libélulas que saltan sobre la superficie del agua.

—Encontraremos una manera, Sabine. Ailesse está más cerca de lo que creemos. —Me mira y cierra un ojo por el brillo del sol—. Ella me ayudó a escapar del Beau Palais.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Me dijo cómo salir de allí y que después te buscase.

Se me acelera el pulso.

—No lo entiendo. ¿Has oído su voz?

—No, era la voz de otra chica, pero dijo que la enviaba Ailesse.

Estoy a punto de responder cuando las botas de los soldados se oyen por encima, pisando el barro. Me llevo un dedo a los labios y señalo la parte más alta del barranco. Cas se levanta enseguida y me tiende la mano. No necesito su fuerza para levantarme, pero igualmente me agarro. Están calientes y me toma con firmeza. Noto un cosquilleo en la barriga. Me digo que es esperanza. Si Ailesse encontró una forma de comunicarse con él, entonces hay razones para creer que está cerca y que aún podemos salvarla. La voy a salvar.

Nos pegamos a la pared embarrada del precipicio. No hay tiempo para correr sin que nos vean.

—Se han metido en el arroyo para ocultar sus huellas —oigo decir a un soldado un minuto después.

—Se dirigen hacia el río —responde otro.

Parten en esa dirección, sus pisadas van apagándose a medida que siguen el camino del arroyo desde arriba. Esperamos a que se hayan alejado antes de volver a salir a cielo abierto. Me sujeto la corona de

astas para que la pared fangosa no me la arranque de la cabeza. Me siento ridícula. Debo volver a hacerme un collar con los huesos de la gracia.

Cas cruza el arroyo y agarra el fardo de tela que trajo consigo. Lo debe haber perdido cuando caímos.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—La corona de mi padre. —La desenvuelve. Se dirige hacia donde corre el arroyo con agua limpia y se arrodilla, limpiando un poco el barro del oro—. ¿Qué pensaría de mí si pudiera verme ahora? —Suspira—. Ni siquiera he podido gobernar su reino más de un día.

Me acerco y me siento a su lado en el arroyo. Empiezo a enjuagar la falda de mi vestido.

—Si te hace sentir mejor, ningún rey habría podido evitar lo que ha ocurrido hoy, por mucho tiempo que hubiera gobernado. —Araño una mancha descolorida, la sangre roja del ciervo—. Supongo que mi madre estaba con Godart, ¿verdad?

Cas asiente.

—Tiene cinco huesos de la gracia. —Hago una pausa—. Los huesos de la gracia son lo que hace que una Leurress…

—Sé lo que son los huesos de la gracia. —Sumerge la corona en el agua—. Ailesse me lo explicó un poco y aprendí mucho más después de que sus amigos y ella me hicieran prisionero.

Le dedico una sonrisa afligida. No se lo han puesto fácil, y entre amenazar con matarlo en el puente de la caverna y soltar víboras de la pradera en el Beau Palais, yo tampoco.

—Lo que no entiendo es cómo Godart es tan poderoso como tu madre —comenta.

Le doy una vuelta.

—Tiene que estar compartiendo sus gracias con él. No sé cómo, pero yo también las compartí con Bastien de alguna forma en el puente de la caverna.

Despacio, Cas frunce el ceño.

—Uh. —Es una reacción sutil considerando lo raros que tienen ser para él todos los misterios de mi vida—. Bueno, tal vez podrías averiguar cómo volver a hacerlo.

—Tal vez —respondo, aunque lo dudo. Seguramente fue la magia oscura de mi madre que se filtró en nosotros a través de la cadena de nuestras manos unidas.

Cas vuelve a limpiar la corona de su padre. Lo observo en silencio

un rato, cautivada por la forma en que la luz del sol se refleja en sus pestañas.

—¿Crees…? —Retuerzo mi vestido en el agua, sin saber por qué el corazón me late más deprisa—. ¿Crees que podemos empezar de cero?

Deja de frotar la corona y me mira. Incluso con el barro esparcido por los rizos rubios sueltos, la cara y el cuello está tan guapo como la primera vez que lo vi en Castelpont, cuando me pregunté si podría ser mi *amouré* en lugar del de Ailesse.

Me sonrojo y me pongo tan nerviosa como cuando estoy en peligro. *¿Es ese peligro lo que siento?* Odiaba a Cas por secuestrar a Ailesse. No me importaba que pensara que la estaba salvando. Pero ahora… bueno, ya no lo odio.

—Tenemos más en común de lo que crees —continúo, nerviosa porque no haya dicho nada—. Tú estás destinado a gobernar Galle del Sur, aunque primero perteneció al rey Godart. Y yo estoy destinada a gobernar mi *famille*, aunque Ailesse fuese la primera heredera. —En cuanto las palabras salen de mi boca, me detengo. ¿De verdad creo que estoy destinada a ser *matrone*?—. Además, ambos estamos decididos a derrocar a mi madre y a mi padre.

Cas parpadea, y entonces sus ojos se abren de par en par.

—Espera, ¿el rey Godart es tu *padre*?

Me encojo de hombros.

—Me enteré ayer. Mi madre lo ha resucitado.

Despacio, niega con la cabeza y suelta una carcajada.

—¿Es raro que lo encuentre reconfortante? Tiene mucho más sentido que la historia que me contó. Godart afirmó que mi padre falsificó su muerte para apoderarse del trono.

—Oh, Cas… —La vergüenza se apodera de mí, aunque no puedo remediar quién es mi padre—. Lo siento mucho.

—Te das cuenta de lo que significa eso, ¿verdad? —Arquea una ceja—. Tú y yo somos rivales.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Deberías de gobernar más que a tu *famille*, Sabine. También eres la heredera de Galle del Sur por derecho.

Me mofo y pongo los ojos en blanco.

—Creo que ahora vamos a tener que batirnos en duelo —añade.

Sonrío burlona.

—Sabes que acabaría contigo, ¿no?

—Lo sé. —Se ríe entre dientes.

Nos sonreímos durante un buen rato. El calor se desliza por mi pecho y se instala allí, a pesar de lo consciente que soy de mi aspecto, estoy llena de barro.

Cas se lava la mano en el agua y me la ofrece. No creo que la mía vuelva a estar limpia nunca, pero se la estrecho de todos modos. Me da un apretón y se le forma un hoyuelo en la mejilla derecha.

—Este es nuestro nuevo comienzo, Sabine.

—¿Así que ahora somos amigos? —Sonrío.

Su pulgar roza el dorso de mi mano y contengo la respiración.

—Somos amigos.

28
Ailesse

Me quedo en la orilla del arroyo observando a Sabine y a Cas limpiarse el barro de la ropa. Sabine acaba de lavarse la cara. Tiene las mejillas un poco sonrojadas por el agua fría, o tal vez es por la forma en que Cas sigue mirándola y sonriéndole. Me doy cuenta de que no me molesta que lo haga.

El estar separada de la vida que tenía hace que lo vea todavía más claro. Cuando miro a Cas, no estoy dividida entre lo que debería o no debería sentir por él. Ahora lo veo de una forma más objetiva, no como mi *amouré*, sino como un chico dulce y listo que parece estar interesándose por mi hermana.

Una sonrisa llena de anhelo se dibuja en las comisuras de mis labios. Lo que daría por olvidarme de todos mis problemas y tener un momento a solas con Sabine. Me burlaría de ella diciéndole que está empezando a gustarle Cas. Ella lo negaría hasta que me burlase tanto que conseguiría que lo confesara. Sería como en los viejos tiempos, cuando nos escondíamos en el camino y veíamos a los viajeros ir y venir de la ciudad, intentando no reírnos mientras imaginábamos cómo serían sus vidas… preguntándonos como serían las nuestras si fuesen tan mágicamente ordinarias.

La fantasía se ve opacada cuando bajo la mirada hacia el grillete que llevo en la mano izquierda. Tiro de él para intentar quitármelo, pero el brazalete es grueso, me queda ajustado y es sólido como el hierro. Su color no es *chazoure* como las cadenas de las almas que he transportado, sino que es del color nuevo y extraño con el que brilla el resto de mí. Pensé que los chacales vendrían a por mí cuando el herrero me marcó, pero ni siquiera he oído un aullido a lo lejos. Aun así, un eslabón de cadena no puede ser algo bueno.

Mi sexto sentido me recorre el brazo derecho y me giro en esa dirección. El herrero ha vuelto a aparecer y está con una mujer hermosa que parece tan atemporal como él, ni joven ni vieja. Están a varios metros de distancia y de pie junto a la misma orilla río abajo. Si el herrero estuviera solo, estaría más nerviosa, pero la presencia de la mujer me tranquiliza y me resulta familiar. Lleva el pelo largo y ondulado en una trenza suelta por delante del hombro. Tiene el mismo color de pelo que yo y el mismo color de ojos, de piel y de todo lo demás.

El herrero y la mujer están cerca, pero sin tocarse. Él le susurra

algo y ella se inclina hacia él. Él se aparta un poco cuando un mechón del pelo de ella se le escapa de la trenza y se acerca a su cara. Creo que hablan de mí, porque ambos me miran a los ojos al mismo tiempo, aunque yo no me he movido ni he hecho ningún ruido.

La mujer asiente al herrero, y oigo sus palabras cuando murmura:

—Yo me encargo.

Comparten una mirada de despedida que dura más de lo que debería, cargada de un anhelo que parece muy antiguo y casi tangible. El herrero me lanza una mirada severa y se aleja mientras la mujer camina hacia mí. Yo también me acerco a ella. Tiene respuestas sobre este lugar; intuyo sabiduría tras sus hermosos ojos.

La parte de la orilla en la que nos encontramos es muy estrecha, así que nos metemos en la corriente. El agua se desliza sobre mis zapatos y sobre sus pies descalzos, pero no se separa de nosotras como lo haría con una roca. No nos afecta en absoluto. La mujer me echa un vistazo. No sonríe, pero tampoco me juzga. Unos suaves mechones de pelo revolotean alrededor de su cara con la brisa falsa que también agita mi pelo y mi vestido, y su postura es elegante y relajada a la vez.

—Forgeron me dijo que teníamos otra Leurress entre nosotros —comenta.

—¿Otra? —Frunzo el ceño—. Uh… tuviste que conocer a mi madre cuando estuvo aquí.

Asiente con la cabeza y me busca con la mirada.

—No soy como mi madre —añado, jugueteando con los dedos detrás de la espalda.

—Puede que no en todo. —Inclina la cabeza—. Al menos tu madre fue lo bastante lista como para no ganarse uno de esos. —Señala el brazalete que tengo en la muñeca y lo cubro con la mano. Esboza una sonrisita y curva su labio superior—. Yo tengo dos —confiesa, y levanta los brazos. Las largas mangas de su vestido caen hacia atrás y dejan ver un eslabón de cadena en cada muñeca. Los suyos son del mismo tamaño y color que los míos, pero además están grabados con flores y volutas preciosas—. Ahora los siento como parte de mí. Hace siglos que los llevo.

¿Siglos? Se me cae el alma a los pies.

—Me llamo Estelle y también soy una Leurress, la primera de nuestra especie.

Siento que se me abren mucho los ojos.

—¿Te refieres a la primera Leurress *nacida*? La Leurress que nació

de la caída de un rayo de luz lunar plateado entre los Cielos de la Noche y el Inframundo… ¿eres tú?

—En realidad, caí de los Cielos de la Noche en el rayo de luz lunar plateado. —Sus hombros tiemblan con una risa silenciosa—. Pero sí, esa era yo.

La miro descaradamente.

—¿Cómo…? ¿Por qué…? Este no es lugar para… —Intento serenarme—. Deberías estar en el Paraíso, no aquí. —Me muevo sobre mis pies—. ¿Dónde estamos?

Camina por el arroyo.

—Ven a pasear conmigo, Ailesse.

¿Sabe mi nombre? Miro detrás de mí, hacia Sabine y Cas. Están inmersos en una conversación y, lo que es más importante, a salvo por ahora. Tomo una bocanada de aire que no necesito y sigo a Estelle.

En cuanto llego a su lado, el paisaje cambia. Ya no estamos en el precipicio, sino caminando por la orilla del mar Nivous. Detrás de nosotras se alzan altos acantilados de piedra caliza y el agua acaricia la arena reluciente.

—¿Sabes qué sitio es este? —pregunta Estelle.

Observo con atención a mi alrededor. Los acantilados nos rodean por todos lados menos por uno. Más allá de las lejanas olas, veo escollos y rocas dentadas. Todo sigue teniendo ese aspecto brumoso y veteado al que cada vez estoy más acostumbrada, pero aparte de eso, el sitio donde estoy sigue igual a como lo recordaba.

—Esta es la ensenada donde el puente de tierra aflora a la superficie cuando la marea baja —respondo. Nunca la había visto a la luz del día. Sigue siendo hermosa, pero mucho menos mística de lo que era cuando me quedé aquí en la parte de arriba de los acantilados en la noche de luna nueva.

—Estás en lo cierto —dice Estelle—. Estamos en el Miroir, el umbral del Inframundo, y todo lo que nos rodea es igual que en el mundo mortal, solo que nosotras no formamos parte de él.

Intento asimilar esto.

—¿Por eso tengo este color? —Me toco la cara.

Asiente con la cabeza.

—*Orvande* es el tono que tienen los que están atrapados aquí, aunque no tengan cadenas. O en nuestro caso, los que no han experimentado la muerte.

Arqueo las cejas.

—¿Tú tampoco has muerto?

Niega con la cabeza, pateando con suavidad la arena con el dedo gordo del pie, aunque los granos no se mueven debajo ella.

—Vine aquí cuando vino Forgeron.

—¿El herrero? ¿Se llama así?

—Es su título. Me temo que ha olvidado su nombre. Le prohíbe a todo el mundo que lo use.

—¿Por qué? —No puedo evitar que mis preguntas salgan a borbotones.

—Los nombres son la canción del alma. Contienen la Luz de Elara y nos ayudan a canalizarla. —Estelle echa la cabeza hacia atrás, como si quisiera disfrutar de la luz del sol, pero en ese momento el sol está detrás de una nube. La luna menguante, que ya no está llena del todo, es una silueta borrosa en el cielo y, cuando me concentro, también siento que su energía apagada se desvía hacia mí—. La Luz es escasa y muy valiosa en el Miroir —dice Estelle—, así que tenemos mucho cuidado con ella. Si la usamos para ayudar a una persona viva, seremos castigados.

Vuelvo a mirar el brazalete color *orvande* que tengo alrededor de la muñeca.

—Pero no usé la Luz para salvar a Casimir. Ni siquiera sé cómo usar Luz. Es solo una parte de mí.

—Usaste Luz el mes pasado en el puente de la caverna —replica Estelle, y recuerdo la primera vez que descubrí aquel lugar—. Te quitaron los huesos de la gracia, y aun así encontraste las fuerzas para luchar contra tu madre. Yo estaba allí —añade, notando la mirada de sorpresa que le dirijo—. Superviso todas las noches de travesía de la *famille* fundadora. Vosotras sois mis descendientes.

No sé qué responder, estoy cada vez más impresionada por todo lo que me cuenta. La sigo mientras se sumerge hasta los muslos en el mar y acaricia el agua con los dedos. El agua no se mueve cuando la toca. Su vestido tampoco se arremolina con la corriente, pero sonríe de todos modos, como si imaginar lo que se siente fuese suficiente satisfacción.

Por fin, consigo hablar.

—Si usé Luz para luchar contra mi madre, lo hice sin querer, igual que hice hoy con Casimir. No deberían haberme castigado. —Hago todo lo posible por no sonar pedante. No quiero que Estelle se lleve una decepción conmigo. Es la primera Leurress, la madre de todas

nosotras.

—En el Miroir las leyes son estrictas —dice—. Recuerda que este lugar forma parte del Inframundo. A mí me han castigado por mucho menos de lo que has hecho tú, Ailesse. Toda interferencia con el mundo mortal está prohibida, uses Luz o no. Encontraste una forma de ayudar a Casimir, por eso Forgeron se vio obligado a ponerte tu primer eslabón de cadena.

Me imagino al huraño herrero con el que siempre me cruzo.

—Lo dices como si no tuviera elección.

Levanta un hombro.

—Él cree que no la tiene y quizá sea cierto. Su deber es su maldición. Es el hombre que encadena a todos los pecadores. Ha sido así durante siglos, desde que su madre y su padre lo desterraron aquí por amarme.

Me quedo quieta e instintivamente me protejo de una gran ola, pero, por supuesto, no hace más que pasarme por encima sin empujarme ni mojarme el pelo.

—¿Forgeron es tu *amouré*?

Estelle suspira como si no le gustase esa palabra y niega con la cabeza.

—Vuestros *amourés* no existían en mi época. Los cuatro dioses decidieron imponer la tradición después de lo que nos ocurrió a Forgeron y a mí. Fuimos los primeros amantes desventurados. Él era hijo de Belin y Gaëlle, y yo era la hija de Tyrus y Elara.

—¿En pasado?

Me mira.

—Supongo que aún son nuestros padres. —La acompaño a la orilla —. Hace muchos años que no los vemos, así que es difícil pensar en ellos como familia.

Hago memoria de lo que sé de los cuatro dioses. En el principio de los tiempos, Tyrus y Elara se casaron en secreto contra la voluntad del dios supremo, Belin, y como castigo separó sus reinos. Arrojó el Cielo al cielo de la noche y Gaëlle abrió su tierra para tragarse el Infierno.

—Así que como Belin seguía enfadado con tus padres, maldijo a su propio hijo a vivir aquí para siempre y a ser el hombre que forja cadenas, ¿todo porque Forgeron te amaba?

—La ira de un dios no es poca cosa.

—Bueno, no es justo.

Se le escapa una risa suave.

—He dejado de obsesionarme con lo que es justo y lo que no lo es.

Me maravilla la serenidad de su hermoso rostro.

—¿Es así como has encontrado la felicidad aquí? ¿Porque al menos puedes estar con Forgeron?

—¿Es felicidad? —Frunce los labios—. No estoy segura. Me imagino la alegría en este lugar con el único hombre al que he amado. Eso es lo que me hace seguir adelante.

La lástima se revuelve en el interior de mi pecho, es la clase de sentimiento que haría que me doliera el corazón, si el corazón pudiera dolerme aquí.

—Siento que lo único que puedas hacer sea imaginar. —Apenas he pasado tiempo en el Miroir y ya me resulta insoportable no poder hablar con Sabine y Bastien—. No sé cómo otras almas lo toleran.

—No se espera que lo hagan. Tyrus diseñó este umbral para que fuera la primera etapa del sufrimiento eterno. El Miroir es una parodia de la vida, ya lo ves, un lugar donde puedes contemplar el mundo que dejaste atrás, pero no puedes actuar sobre él como pueden hacer los bienaventurados en el Paraíso.

Se me vienen a la cabeza un montón de preguntas, pero antes de que pueda formularlas, Estelle cambia de dirección en la arena. En el momento en que me giro con ella, nuestro entorno cambia. Ahora estamos en el destartalado puente de madera del bosque con vistas al río donde vi a la lechuza plateada.

—Aquí es donde Bastien te preguntó qué elegirías en la vida si no hubieras nacido para ser la *matrone* de tu *famille*. —Se inclina sobre la barandilla para contemplar el agua resplandeciente.

Echo un vistazo al agujero del puente por el que me caí y recuerdo el agua helada del río, aunque no consigo recordar lo que sentí.

—Lo recuerdo —murmuro, y cierro los ojos, intentando recuperar la sensación de besar a Bastien por última vez antes de decirle que debíamos ser solo amigos. Me aterrorizaba alejarme de él de aquella manera, pero estaba más desesperada por alejarme de algo en mi vida. Y no sabía cómo alejarme de la persona que había nacido para ser.

—Tu bisabuela Abella estaba contigo.

Abro los ojos.

—¿Perdón?

—Aquí en el puente —aclara Estelle—. Ella también fue *matrone* en su día, así que entendía la carga que sentías. La vi acariciarte el pelo y decirte que todo iría bien si soñabas con una vida más grande

que las limitaciones de tu derecho de nacimiento. «Si eligieras otro camino, Sabine sería una gobernante digna», te susurró Abella.

—Nunca oí su voz —digo en voz baja, luchando contra un atisbo de dolor. ¿Por qué todo el mundo me dice que no tengo que ser *matrone*? ¿No he hecho lo suficiente en mi vida para demostrar mi valía?

—No, pero sentiste su verdad tocándote el corazón. Las almas del Paraíso tienen ese privilegio. Pueden comunicarse con sus seres queridos en el mundo mortal, mientras que a las almas del Inframundo no se lo permiten. El Miroir es el único lugar donde podemos ver a los vivos, pero nuestra intromisión está prohibida, sobre todo en cuestiones de salvar vidas. —Los ojos *orvande* de Estelle se vuelven sombríos y serios—. Esto es lo que Forgeron quiere que te deje claro, Ailesse; por eso te has ganado tu primer eslabón de cadena. Si llegas a tres, se te considerará una Encadenada y él se verá obligado a llamar a los chacales. Ellos te arrastrarán a los verdaderos terrores del Inframundo.

Me estremezco al pensar en las consecuencias irreversibles. Si eso pasara, no tendría ninguna esperanza de regresar a través de las Puertas. Nunca volvería a estar con Sabine o Bastien ni con nadie de mi *famille*.

—Lo entiendo.

—Eso espero. Los chacales acaban viniendo a por todos los Encadenados después de haberlos transportado hasta aquí. Forgeron solo llama a los chacales cuando un alma los esquiva la primera vez. Las bestias son mucho más feroces cuando él tiene que golpear el martillo. No deseo que sufras ese horror.

—Tendré cuidado.

—Será muy difícil —me advierte Estelle—. Tendrás que cultivar la templanza que podrías haber desarrollado si hubieras completado tu rito de iniciación.

Reprimo una punzada de actitud defensiva.

—Puedo aprender a controlarme sin asesinar a nadie.

Sonríe con dulzura, divertida y triste a la vez.

—Ojalá más descendientes mías hubieran sido como tú. —Se aleja del puente y rodea uno de sus eslabones con los dedos. Ya tiene dos y me ha dicho que los lleva desde hace siglos. Un descuido más la habría enviado a las profundidades del Inframundo. Aún podría ocurrir.

—¿Cómo aprendiste a contenerte? —pregunto, yendo tras ella como un patito otra vez. Si los *amourés* no existían en su época, tampoco existían los ritos de iniciación.

—Despacio —dice Estelle sin girarse—. Sufriendo. —Se aparta un mechón de pelo de la cara—. No son los vivos los que me tientan en el Miroir. Es Forgeron. —Sus hombros se ensanchan como si estuviera inhalando una bocanada de acero, aunque ella no pueda sentir cómo sus pulmones se dilatan—. Dos veces hemos sido incapaces de resistirnos aquí, y dos veces nuestra debilidad me ha encadenado. —Suelta el aire y hunde los hombros—. Cuando nos tocamos, forja eslabones a mi alrededor. No puede evitarlo. Es su maldición.

La sigo con la mirada, sin palabras ante la injusticia de su existencia.

Me devuelve la mirada, y si había algo de tristeza en su rostro, ahora ha desaparecido, sustituida por su sonrisa tranquila.

—No me compadezcas, hija de hijas. Prefiero estar cerca de mi amor sin poder tocarlo, que lejos de él en el Paraíso. Yo elegí venir aquí y no me arrepiento.

Pienso en Bastien y en cómo bailó conmigo bajo las ruinas de una cúpula de cristal en Dovré cuando había luna llena. Entonces supe que lo amaba.

—Yo elegiría lo mismo —digo, y luego me callo. ¿Lo haría de verdad, o dejaría marchar a Bastien y elegiría ser *matrone* de mi *famille*?

La sonrisa de Estelle se intensifica y, a pesar del conflicto que siento, la Luz de Elara me calienta el pecho. La absorbo, recordando que la Luz escasea en el Miroir.

—Adiós, por ahora —dice.

Me detengo en la orilla del río por el que hemos empezado a caminar.

—¿Adónde vas?

Se dirige hacia un matorral de árboles.

—El Miroir está repleto de almas desencadenadas robadas injustamente del Paraíso. Debo advertir a quien pueda de los peligros que hay aquí, no sea que también se vean envueltos en cadenas.

Miro hacia el suelo, furiosa con mi madre por lo que hizo para traerlos a este sitio. No soy capaz de entender por qué lo hizo. Yo fui el sacrificio que Tyrus pedía para que Godart resucitase, no los Desencadenados. ¿Por qué tomó más almas si ya me tenía en su poder

en el puente de almas? Si mi madre todavía sirve a Tyrus e intenta ayudarlo a unir reinos con Elara, también debe beneficiarla de alguna manera.

—Por favor, dime que todavía pueden salvarse. No solo de las cadenas, sino de este lugar.

Estelle me mira una última vez antes de adentrarse en la maleza.

—Tal vez… si puedes aprender a salvar y también a salvarte a ti misma de este lugar.

No sé si lo entiendo.

—¿Me enseñarás?

—No puedo decir más de lo que ya te he dicho. No estás muerta, solo atrapada. Me ganaría mi tercer eslabón.

Pierdo la esperanza.

—No te desesperes, Ailesse. Eres más que la hija de tu madre; también eres la mía. Creo en ti.

Me ofrece una última sonrisa reconfortante, se da la vuelta y desaparece.

29
Bastien

—Jules, Marcel —los llamo, bajando por el andamio—. No vas a creer lo que ha pasado. Todo Dovré está hablando de ello. El rey Godart ha usurpado a Casimir. —Salto del andamio y entro en mi habitación de la cantera para toparme con el rey usurpado mirándome fijamente junto a Sabine, Jules y Marcel. Todos están sentados en distintos lugares del suelo, como un grupo de amigos en un día de campo.

Cas hace un gesto con la mano, un torpe intento de ofrenda de paz.

—He pensado en quedarme aquí hasta que pueda reclamar mi título… si te parece bien.

Sabine me lanza una mirada severa.

—Cas ha vuelto como nuestro amigo y aliado. —Está sentada a su lado, en el colchón de paja, junto a la bola y la cadena que no tiene encadenada al tobillo—. Ya no será vuestro prisionero —añade—. Necesitamos su ayuda y él necesita la nuestra si quiere recuperar el trono.

—Y si quiere seguir con vida —dice Marcel a unos metros, con una pila de libros abiertos delante de él—. Un trono no sirve de mucho si vas a morir dentro de diez meses por culpa de un vínculo entre almas, independientemente de que tu alma gemela esté atrapada en el Inframundo.

Me muevo de un lado a otro, tratando de procesar todas estas novedades.

—Entonces, ¿volvemos a intentar romper el vínculo? —Evito el contacto visual con Cas. Me costará un rato aceptar la idea de que vuelva a vivir aquí. Todavía me duele el costado de cuando me golpeó

con la estatuilla del delfín.

—Sí —responde Jules con un suspiro cansado y tose una vez en un pañuelo—. Además nos estamos topando con callejones sin salida, como siempre.

—Te olvidas de los libros de Cas —dice Marcel.

¿Los libros de Cas? ¿De qué hablan?

—No me he olvidado de ellos. —Jules pone los ojos en blanco—. Pero aún no sabemos si servirán de algo.

—¿Cuándo nos han fallado los libros?

—Cuando me poseyó un Encadenado, cuando apuñalaron a Bastien, cuando a Ailesse la engañó su madre… —Enumera las razones con los dedos.

—Bueno, quitando todas esas cosas que son cuestión de vida o muerte.

Jules levanta las manos.

—¿Para qué crees que necesitamos esos libros, Marcel?

—¿Has traído libros? —Hablo por encima de ellos y me vuelvo hacia Cas, lanzándole una mirada firme. Doy unos pasos hacia la habitación—. ¿Cómo lo has conseguido? Dicen por ahí que se armó una buena en el castillo y que escapaste con vida por los pelos.

—Lo que oíste es cierto —responde—. Godart y Odiva mataron a muchos de mis guardias cuando asaltaron el castillo. También me habrían matado a mí si… —Se rasca la nuca—. Bueno, creo que Sabine puede explicarlo mejor.

Ella le dedica una pequeña, pero amable sonrisa. ¿Desde cuándo se llevan tan bien?

—Una Desencadenada le dijo a Cas cómo escapar —dice—, y esa alma dijo que el mensaje era de Ailesse.

Se me forma un nudo en el pecho.

—¿Qué?

Sabine asiente, sus ojos brillan.

—Está cerca, Bastien. Vamos a salvarla de verdad. Y tenemos un plan sólido. Los libros de Cas son solo una parte de él.

Me meto la mano en el bolsillo y rodeo el retal de la camisa de Ailesse. Empiezo a pasearme por la habitación.

—Cuéntamelo todo. ¿Qué hay en esos libros?

—Historias de Belin y Gaëlle —responde Marcel—. Escritos, poesía, algunos cuentos populares. —Se apoya en la pared lateral y cruza un tobillo sobre otro, con una amplia sonrisa en la cara—. Cas

se fijó en que solo hemos estado estudiando sobre las Leurress y Tyrus y Elara. Quizá nos estemos perdiendo parte del rompecabezas y los otros dioses también se encuentren implicados.

—Para empezar, Belin y Gaëlle separaron los reinos de Tyrus y Elara —explica Sabine—. Tal vez aprender más sobre cómo lo hicieron sea clave para romper el vínculo.

—Pero primero tenemos que volver a entrar en el Beau Palais —dice Cas—. Todavía no tengo los libros conmigo. Están en una biblioteca privada cerca de los aposentos reales.

Me paseo en la otra dirección.

—¿Y si nos enfrentamos a Odiva? —dirijo mi pregunta a Sabine—. Eso es parte de tu plan sólido, ¿verdad? —Salvar a Ailesse tiene que incluir amenazar a su madre para que revierta lo que hizo.

—¡Los tengo! —exclama Birdine, su voz apagada viaja hacia nosotros desde arriba. Me giro cuando desciende por la escalera del andamio y entra en la habitación. Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Se quita el pañuelo que lleva sobre los hombros y mete la mano bajo el escote del vestido. Saca dos frascos de cristal de entre sus pechos, a pesar de que lleva una bolsa, y me los pasa.

Se me encienden las orejas. ¿Por qué tengo que tocarlos *yo?* Se los paso rápidamente a Marcel y Jules se ríe a carcajadas.

—¿Qué son? —pregunto, y vuelvo a meterme las manos en los bolsillos.

—Veneno y antídoto —responde Marcel, radiante—. Birdie los consiguió en la perfumería de su tío.

Levanto las cejas, impresionado. No es ningún secreto que los perfumistas manejan ingredientes peligrosos para hacer fragancias. Sin embargo, fabricar veneno es ilegal y los perfumistas tienen que ser miembros de un gremio en Dovré que regula el uso de hierbas y tinturas potentes.

—Dale las gracias a tu tío cuando lo veas.

Birdine rompe a llorar. Le lanzo una mirada de preocupación a Marcel. ¿Qué he hecho?

—Ay, Birdie. —Se pone de pie—. Ven aquí.

Corre hacia él y llora contra su pecho. Miro a Jules, preguntándome qué me he perdido, pero ella se limita a encogerse de hombros.

Birdine se aparta y se seca las lágrimas con el pañuelo.

—Un Encadenado ha atacado a mi tío, estoy segura. Cree que oye voces porque tiene fiebre, pero es más que eso. —Resopla entre sollozos—. Ni siquiera podía levantarse de la silla. Tuve que mezclar todos estos ingredientes por él.

Sabine se levanta y corre hacia ella.

—Lo siento mucho. —Conoce un poco a Birdine del tiempo que pasamos conspirando para liberar a Ailesse del Beau Palais—. Transportaré a todos los Encadenados tan pronto como pueda, te lo prometo.

—Gracias. —Birdine esboza una pequeña sonrisa—. Solo rezo para que mi tío no esté muerto para entonces.

Me muerdo el labio inferior y pienso en Sabine. No le pregunto cómo piensa transportar almas sin el apoyo de su *famille*. No quiero acabar con la esperanza de Birdine, ni con la mía, de que Galle del Sur pueda librarse por fin de estos monstruos… antes de que sea demasiado tarde para los que sufren por la Luz robada. Desvío la mirada hacia Jules. De repente se concentra en coser un desgarrón que tiene en los pantalones y actúa como si no nos oyera.

Cas se aclara la garganta.

—El, eh, el veneno es para Godart —dice, rompiendo con cuidado el silencio con un tono tranquilo y preciso. Sin duda aprendió esas habilidades diplomáticas en su educación monárquica. Se levanta para unirse a los que estamos de pie—. Como Godart tiene en su poder el cráneo de salamandra de Sabine, le pedimos a Birdine que preparara la mezcla más fuerte posible.

—Godart tendrá que beberse un buen trago para que haga efecto —añade Birdine—, pero basta con una gota para tumbar a una persona normal.

Observo cómo ambos evitan decir «matar», una palabra que Jules, Marcel y yo aceptamos hace años en nuestra búsqueda de venganza.

—El plan es poner el veneno en la bebida de Godart —continúa Cas—, y luego darle un ultimátum a Odiva: no le administraremos el antídoto a menos que nos diga cómo liberar a Ailesse.

—Y liberar a los Desencadenados —declaro, cruzándome de brazos —. No podemos ganar una guerra sin inclinar la balanza a nuestro favor. Si recuperamos a los Desencadenados, Tyrus se dará cuenta de que somos una amenaza para él. Estaremos en condiciones de pedir más cosas. Podemos pedirle que ponga fin a la necesidad de los sacrificios de sangre. —Hago una pausa, preguntándome si Cas sabe

siquiera que han robado más Desencadenados—. ¿Te ha contado alguien lo que pasó en el puente de las almas?

Asiente con gesto sombrío.

—Sabine me habló de lo del traspaso de almas, si te refieres a eso.

Me esfuerzo por mantener la voz firme.

—Mi padre estaba entre ellos.

Despacio, frunce el ceño y me estudia durante un buen rato. Traga saliva y respira hondo.

—Si estuviese en tu lugar… si mi padre aún tuviera alma, claro… —Baja la mirada para serenarse—. Haría lo que fuera por devolverle al destino que merece. —Vuelve a mirarme y su voz baja de tono pero es firme—. Lo devolveremos a donde pertenece, Bastien. Te doy mi palabra de que no descansaré hasta que así sea.

Se me forma un nudo en la garganta al verlo tan decidido. Por primera vez, es un rey a quien seguiría.

—Y yo te prometo que sacaremos a Godart del trono de tu padre.

Marcel levanta un dedo y se aclara la garganta.

—Este parece un momento apropiado para devolverte el cuchillo de tu padre, Bastien. Lo encontré en el suelo de la cantera, donde dijiste que cayó.

Me palpita el corazón cuando me da la sencilla y difícil de manejar arma que he tenido conmigo durante ocho años, la hoja con la que juré cumplir mi venganza. Cuando vuelvo a empuñarla, la siento como una extensión natural de mi brazo. Cierro los ojos un segundo y suelto un suspiro.

—Gracias, Marcel.

Sonríe.

—Si esto fuese un cuento popular, un rayo de luz te iluminaría ahora mismo y todos empezaríamos a cantar una balada de héroes.

— Marcel, si te pones a cantar, te juro que te corto la lengua —gruñe Jules.

Levanta las manos y se pone junto a Birdine.

—A mí no me importaría una canción —le susurra ella.

Enfundo el cuchillo y me crujo los nudillos, pensando en el plan del veneno. Es, en el mejor de los casos, un plan arriesgado, pero cuanto más tardemos en idear algo más inteligente, mayor será la influencia de Odiva y Godart en Dovré. Eso pondrá a Cas en un peligro mayor, que a su vez pondrá en peligro a Ailesse. Se me revuelve el estómago y aprieto la mandíbula. Haré cualquier cosa para

protegerla.

—Muy bien. ¿Quién entra en el Beau Palais conmigo? —No tendría que haber preguntado, porque Jules levanta la vista esperanzada—. Deberíamos ser pocos —añado enseguida—, para no llamar la atención. —Me fulmina con la mirada, se apoya en la pared y vuelve a toser en el pañuelo.

—Estoy de acuerdo —responde Sabine—. Mi madre tiene la gracia de una raya de cola látigo, lo que le da un sexto sentido. Nos distinguirá entre los sirvientes y los guardias si nos movemos en grupo.

Odiva también tiene un sexto sentido para rastrear a sus hijas, aunque supongo que podemos usar eso a nuestro favor.

—Yo iré, por supuesto. —Cas se yergue—. Me sé las rutas más rápidas para atravesar el castillo y otras alternativas, si es necesario.

—Y necesitaremos la fuerza de mis gracias —dice Sabine.

Miro su corona de astas, intentando adivinar cuál de las púas es la que está impregnada de poder.

—¿Alguna posibilidad de que pongas tus huesos de la gracia en un collar? No sé hasta qué punto podemos ser discretos si pareces la reina de los muertos.

Arquea una ceja, pero asiente.

—También nos harán falta disfraces.

—Sí. Lo mejor serían uniformes de la guardia.

Cas se rasca la barbilla.

—¿Y dónde vamos a comprar uniformes de la guardia?

Sonrío con picardía.

—¿Quién ha dicho que los compraremos?

30
Sabine

Esperamos hasta que cayó la noche para acercarnos al Beau Palais. Las nubes oscuras tapan la luz de la luna menguante mientras nuestro bote con remos avanza a trompicones por los rápidos del río Mirvois. La fuerza de mi chacal y la de mi ciervo rojo me ayuda a lidiar con los remos e impedir que el bote vuelque.

Nos llevo hasta la orilla pedregosa. Bastien salta en una zona donde el agua está más tranquila y nos amarra. Casimir es el siguiente en saltar y arrastra un montón de cuerda. Vamos a entrar en el Beau Palais por el acantilado de la colina en la que está encaramado, luego escalaremos la muralla del castillo para llegar al cuartel de los guardias. Una maniobra arriesgada, pero hemos utilizado la entrada por el pozo seco demasiadas veces. Estoy segura de que la han descubierto.

Dejo los remos y soy la última en bajar del bote. Hasta que podamos robar un nuevo disfraz, visto un par de pantalones ajustados de cuero de Jules y una de las blusas sueltas de Birdine. Es mucho más fácil moverse con esta ropa que con el vestido andrajoso que llevaba puesto desde hace semanas.

Unos cuantos Encadenados nos miran con curiosidad desde la distancia, pero no se atreven a acercarse demasiado. Mis huesos de la gracia cuelgan a la vista en una cuerda justo debajo del hueco de mi garganta. En cuanto los ojos *chazoure* de los Encadenados se posan en mi colgante en forma de media luna, dejan de moverse.

Con Bastien y Cas caminamos varios metros alrededor de la base del acantilado, buscando un sitio ideal para trepar. Yo iré primera. La visión de mi atajacaminos me facilitará ver cada peñasco y recoveco. Bastien y Cas tendrán que depender más de la cuerda que les tiraré después.

Me paro cuando veo una zona con asideros y puntos de apoyo decentes. Cas me da la cuerda enrollada y me la paso por la cabeza y el hombro.

—Ten cuidado —me susurra mientras me agarra por el brazo. Tiene las pupilas dilatadas en la oscuridad, pero mis ojos me permiten ver el fino anillo azul que las rodea. Hace que el corazón me lata más despacio. Ninguna de mis gracias me proporciona gran habilidad para escalar, como el íbice alpino de Ailesse, y ya no tengo el cráneo de la salamandra de fuego para darme esa agilidad agraciada… o para

curarme si me caigo. Tendré que depender de mi fuerza para mantenerme anclada a la roca.

—Gracias —digo, y me seco las manos mojadas por el río en las mangas de la camisa.

Empiezo a escalar.

Salvo por un saliente complicado a mitad de camino, subir por el acantilado no es muy difícil. Tal vez, después de todo, mi gracia de víbora de los prados esté siendo de ayuda. Es bien sabido que las serpientes pueden trepar por superficies irregulares. Pero cuando miro hacia arriba, hacia el imponente castillo tras el acantilado, me tiembla el pulso. Esas paredes lisas de piedra caliza van a ser mi mayor desafío.

Encuentro una grieta profunda en la cumbre del acantilado y aseguro el gancho de agarre que está atado al extremo de la cuerda. Les lanzo la bobina a Cas y a Bastien, y la cuerda se desenreda.

Mi oído de chacal capta algunas de sus palabras. Discuten sobre quién tendrá el privilegio de subir a continuación. Pongo los ojos en blanco.

Mientras discuten, me deslizo por el muro del castillo hasta acercarme a la esquina norte, donde están los barracones. Estudio la arquitectura. Aparte de las ranuras con cemento entre los grandes ladrillos de piedra caliza, no hay mucho de que agarrarse, quitando algunas aspilleras y salientes con almenas.

Bastien y Cas me alcanzan unos minutos más tarde, después de terminar el primer tramo de la subida. Bastien va delante de Cas, así que debe haber ganado la discusión.

—¿Orgulloso de ti mismo? —me burlo.

Se encoge de hombros con una sonrisa irónica.

—Por ahora sí.

Cas le da la cuerda a Bastien y él me la pasa. Respiro hondo. *Allá vamos otra vez*.

Solo he subido tres metros y medio cuando los músculos empiezan a temblarme. Canalizo toda mi fuerza en las piernas, en los dedos de los pies y en los dedos de las manos. Poco a poco, me acerco a la ventana arqueada del segundo piso, dando las gracias por cada ladrillo que sobresale un poquito y por cada saliente, cualquier cosa en la que pueda apoyar mi peso para aliviar la agotadora tensión que soportan mis músculos. Por suerte, los pantalones de cuero me proporcionan un poco de tracción. Me lamento por tener que devolvérselos a Jules.

Tomo un borde de la cornisa con las dos manos y empiezo a levantar las piernas. La pieza que tengo bajo la mano derecha se rompe. Grito y me balanceo hacia abajo, apenas aguantando con la mano izquierda. La adrenalina se apodera de mí. Cas grita mi nombre. Bastien maldice. Intento apoyarme en algo, pero no encuentro nada. El mareo me aturde. *Cálmate y concéntrate*, me ordeno. Aprieto los dientes y agarro un punto más seguro. Al final, las puntas de mis pies se apoyan en el cemento entre dos ladrillos. Aprieto la frente contra las piedras y jadeo, esforzándome por controlar los latidos de mi corazón.

Ya casi estás, Sabine. Puedes hacerlo.

No, no puedes —me susurra en la cabeza la mitad de mí que es más débil—. *Ailesse ya habría llegado a la ventana. Para mientras puedas. Esto es una tontería. No puedes ser más lista que tu madre. Estás conduciendo a Cas y a Bastien a su muerte.*

Me tiemblan más los músculos. El sudor me recorre la espalda. No aguanto más. Me voy a caer. Gimo y me reprendo por dudar de mis capacidades. Es la gracia del chacal aprovechándose de mis inseguridades. Si Ailesse estuviera aquí, sería la primera en decir que puedo hacerlo. Quizá esté aquí, igual que estuvo con Cas cuando le enseñó como escapar. La imagino sonriéndome y tendiéndome la mano para ayudarme. Aprieto la mandíbula y trepo.

Por fin tengo a mi alcance el alféizar de la ventana. Me asomo al interior, y fiel a la palabra de Cas, esta habitación está vacía. Programamos nuestra irrupción para que coincidiera con el cambio de turno de los guardias. Me subo a la cornisa, sujeto el gancho y vuelvo a tirar la cuerda.

Esta vez, Cas sube el primero y me fijo en su media sonrisa mientras Bastien espera su turno a regañadientes. Cuando los dos han llegado a la ventana, subimos la cuerda sin hacer ruido, la escondemos debajo de una litera y salimos de puntillas al pasillo. Cas conoce bien el sitio y nos guía hasta un armario. Nos metemos dentro y esperamos a que vuelvan los guardias. Soy muy consciente de lo cerca que tengo a Cas. El calor de su piel se propaga por la manga de su camisa y llega hasta la mía.

Luego de varios minutos mis oídos agraciados captan el sonido de unos ronquiditos y una respiración acompasada que provienen de las literas más cercanas. Tomo la mano de Cas y le doy un apretón, indicándole que ya podemos ir. Me devuelve el apretón y me sostiene

la mano más tiempo del necesario. Siento un hormigueo en los nervios de la palma de la mano. Intento reprimir el rubor que me recorre el cuerpo. Está enamorado de Ailesse. Si sus dedos se detienen sobre los míos, seguramente sea porque está distraído intentando escuchar a los guardias.

Por fin me suelta y abre la puerta del armario. Agradezco la poca luz del pasillo. Debo estar sonrojada.

Vamos a la primera habitación y Bastien se cuela dentro. Puede ser que yo tenga una gran ligereza en los pies por mis gracias, pero el ladrón es él. Esta tarea es suya. Evito la mirada de Cas mientras esperamos a que Bastien regrese con nuestros uniformes.

—Lo has hecho bien ahí fuera —susurra rompiendo el silencio.

Levanto la mirada hacia él y me derrito al ver el orgullo que hay en su expresión. También hay otra emoción. La vislumbro cuando la comisura de su boca se queda ligeramente atrapada entre sus dientes mientras me busca con la mirada. ¿Son nervios? ¿Es otro sentimiento más profundo? No lo sé.

—Gracias.

—También quería decirte que tienes una voz preciosa.

Tardo un segundo en entender por qué ha dicho eso, y entonces hago una mueca.

—Ay, no. ¿Me puse a cantar mientras escalaba?

—A ratos. —Sonríe—. No es la primera vez que te sorprendo susurrando una canción.

Vuelvo a encogerme y niego con la cabeza.

—Ni siquiera me doy cuenta de que lo hago.

—No es nada de lo que debas avergonzarte. Como he dicho, tienes una voz preciosa.

Noto un cosquilleo y me miro las manos, que juguetean con el puño de la manga. Nos quedamos callados y el silencio hace que se me acelera el corazón.

Desde que hicimos las paces en el barranco del bosque, me he vuelto más tímida con Cas, lo cual no tiene sentido, aunque también percibo esa nueva timidez en él. Solemos acercarnos el uno al otro, pero luego no tenemos mucho que decir. Sigo esforzándome por fingir que soy normal, sea lo que sea eso, y no recuerdo ninguna lección útil de mi *famille* al respecto. A Ailesse y a mí nos enseñaron que elegirían a un *amouré* para nosotras y que nos pertenecería. Nunca pensé que tendría que esforzarme en conocer a un chico… o qué hacer si

empezaba a gustarme uno al que no tenía que matar.

—¿Cómo estás? —le pregunto a Cas—. Por lo de esta noche —añado cuando frunce el ceño.

—Ah. —Se ríe por lo bajo y se tira del cuello de la camisa. Se ha quitado el jubón elegante que llevaba antes y ahora lleva una camisa y unos pantalones negros—. Estoy… intentando estar centrado, una cosa detrás de otra. Cuando me pongo a pensar en Godart en el castillo de mi padre o en Odiva toqueteando las reliquias de mi madre… —Sus fosas nasales se ensanchan y sacude la cabeza—. Digamos que no me ayuda mucho.

Le ofrezco una sonrisa temblorosa.

—Eres afortunado por haber tenido unos padres a los que admirabas… aunque lamento que los perdieras de esa forma.

Baja la mirada y raspa el suelo con la punta de la bota.

—Empiezo a preguntarme si mi madre perdió su alma, igual que mi padre. Murió durante la gran plaga. ¿Y si no fue la enfermedad lo que la mató, sino los Encadenados?

Me duele el pecho por él.

—Ojalá pudiera responderte, si te sirviera de consuelo.

—No pasa nada. —Su hoyuelo aparece cuando esboza una sonrisa —. La he imaginado velando por mí durante mucho tiempo. —Suspira —. Supongo que era más valiente, más amable y, en general, mejor persona porque buscaba su aprobación, incluso desde el Paraíso.

—Entonces aún honrabas su memoria. Estaría orgullosa de ver en quién te has convertido.

Cas me sostiene la mirada durante un buen rato. Traga saliva.

—Gracias, Sabine.

Asiento con la cabeza y me excito ante la forma cariñosa, pero intensa con la que pronuncia mi nombre.

—Lo que es más increíble es la persona que tú eres, teniendo en cuenta los padres que tienes —comenta.

—Me crió otra mujer —confieso, y apoyo el hombro contra la pared—. Casi toda mi vida he creído que era mi madre, aunque lo más probable es que algunas de mis mejores cualidades se las deba a Ailesse. Fuimos mejores amigas mucho antes de descubrir que éramos hermanas.

Ladea la cabeza y me estudia durante otro buen rato. Me regaño a mí misma por mencionar a Ailesse y me pregunto por qué tarda tanto Bastien.

—¿Sabes lo que pienso? —me pregunta Cas, y yo arqueo una ceja —. Te menosprecias demasiado. El mundo puede ser un lugar amargo y cruel. Al final, cada uno tiene que decidir quién es y qué va a hacer con la suerte que le ha tocado. Y por lo que sé de ti, tienes una fiereza y una lealtad que no se pueden heredar ni imitar. Se ganan con verdadera devoción y sacrificio altruista. *Tú*, Sabine… tú eres lo que te hace increíble.

Me quedo sin palabras, parpadeando contra la emoción que me nubla la vista, intentando ver a la persona que él ve en mí… y sintiéndome vista de una forma que nunca antes había experimentado, a pesar de mis defectos y debilidades, porque también me ha visto en mi peor momento.

—Si le hablas así a todos tus súbditos, tu gente te seguirá a cualquier parte. —Me río, un poco sin aire.

Se ríe entre dientes y se rasca la nuca con timidez.

—No suelo estar tan inspirado.

Bastien sale de la habitación de las literas, silencioso como un gato montés, pero bien podría estar dando pisotones por lo brusca que resulta la interrupción después del hechizo al que me ha sometido Cas. Tiene los brazos llenos de uniformes y botas.

—Los tengo —dice, por si no nos habíamos dado cuenta. Con un gesto con la cabeza, nos indica que volvamos al armario.

Hacemos turnos para cambiarnos de ropa. Yo voy primera, lidio en la oscuridad con las hebillas de una armadura de cuero que no me va bien. Me pongo una túnica encima y luego la capucha. Los pantalones me aprietan en las caderas y me quedan holgados en el resto del cuerpo. Los dejo, al igual que las botas, que tampoco me sirven, y me quedo con mis pantalones y los zapatos de cuero que me prestó Jules. Por último, me abrocho el cinturón alrededor de la túnica y me la bajo hasta la cintura.

Salgo del armario y me encojo de hombros.

—Esto tendrá que valer.

Bastien se ríe, pero Cas sonríe.

—Te queda bien —dice, y pasa por mi lado para cambiarse.

Luego de cambiarnos, salimos a hurtadillas de los barracones y caminamos a grandes zancadas por el patio, adoptando el porte confiado de los guardias reales. Cada uno lleva su arma: yo, mi cuchillo de hueso; Bastien, el cuchillo de su padre; y Cas, la daga con joyas incrustadas de los Trencavel.

Cas nos conduce a lo que parece una entrada para el servicio, escondida tras una gran torre, y entramos en un almacén repleto de barriles encorchados y sacos de grano. A partir de ahí, recorremos distintos pasillos que se bifurcan hasta llegar a una escalera de caracol en el interior de una torre estrecha. A mitad de camino, nos encontramos con un Encadenado. Me pongo delante de Cas y saco mi collar de huesos de la túnica. El hombre sisea y corre en otra dirección.

Las únicas almas con las que nos cruzamos de camino al tercer piso, donde se encuentran los aposentos reales y la biblioteca privada, son Desencadenados. Tal vez los Encadenados le tengan a Odiva el mismo miedo que me tienen a mí.

Bastien y yo esperamos fuera mientras Cas se hace con los libros sobre Belin y Gaëlle. Algunos de los Desencadenados comienzan a reunirse a lo lejos, observándonos y cuchicheando entre ellos. Muchos de ellos son guardias del castillo, muertos. Estoy a punto de decirles que deberían marcharse cuando Bastien dice:

—¿Cas y tú…? —Cambia el peso del cuerpo de un pie al otro y se rasca la mandíbula mientras me estudia—. ¿Te gusta?

Casi resoplo.

—¿Que si me gusta?

Sonríe y me da un empujoncito en el hombro, como le he visto hacer con Marcel.

—Déjalo.

Cas vuelve con un saco lleno. Debe de haber al menos tres libros dentro. También lleva dos copas con joyas incrustadas y una botella de vino.

Bastien silba por lo bajo.

—Menuda biblioteca tienes aquí.

Cas le pasa el vino y las copas.

—Si me vuelves a ver en mi trono, visítala cuando quieras.

Bastien sonríe.

—Trato hecho.

Dejamos atrás a los Desencadenados y avanzamos por el pasillo, acercándonos a los antiguos aposentos del rey Durand. Cas nos explicó la distribución del castillo antes de venir. Vamos más despacio al acercarnos a la puerta. Escucho atentamente con mis oídos agraciados, pero no oigo nada. La puerta está entreabierta, así que me acerco y echo un vistazo. Mi visión térmica de víbora tampoco capta ningún ser

vivo. La habitación está vacía.

Les hago un gesto con la cabeza y entramos. Si Godart y Odiva hubieran estado aquí, tendríamos un plan alternativo para colocar el veneno en la sala del consejo —Cas sospechaba que lo siguiente que harían sería ir allí—, pero hasta ahora todo está saliendo redondo. *Por favor, Elara, sigue bendiciéndonos para que tengamos suerte*.

Cas nos guía hasta un salón privado contiguo al dormitorio. Hay dos sillones cerca de una chimenea, con una pequeña mesa barnizada entre ellos. Le hace un gesto a Bastien para que se acerque rápido. Tenemos que darnos prisa. Hay poco tiempo antes de que mi madre se dé cuenta de mi presencia y venga, y contamos con ello, pero antes tenemos que estar preparados.

Bastien deja las copas sobre la mesa lacada y las llena de vino color carmesí. Según Cas, cualquier sirviente que se precie ofrecería dos copas, a sabiendas que la nueva reina que el rey prometió le acompañaría hasta aquí.

Cas le da a Bastien el saco con los libros y toma un pañuelo del bolsillo. Lo desenvuelve hasta que deja al descubierto el primer frasco de cristal, el que contiene el veneno. Es de un color oscuro y salobre que me revuelve el estómago.

Forcejea con el corcho.

—Déjame intentarlo —dice Bastien.

Cas niega con la cabeza.

—Ya casi lo tengo.

Mis oídos de chacal captan unas pisadas en el pasillo.

—Viene alguien —susurro—. Podrían ser ellos.

Cas sigue peleándose con el frasco. Bastien empieza a moverse. Me muerdo el labio. Nuestro plan parece cada vez más insensato. ¿Qué nos hizo creer que podríamos conseguirlo?

Los pasos se acercan. La puerta de esta habitación está a pocos metros de la otra, y ambas están abiertas.

No me atrevo a avisar nuevamente. Mi madre también tiene unos oídos agraciados, así como instintos asombrosos cuando se trata de sus hijas. Alargo la mano hacia el frasco para abrirlo.

Cas me malinterpreta y me tiende el pañuelo a toda prisa para tener las manos libres. No estoy preparada para agarrarlo. Apenas logro sostener una esquina de la tela. El antídoto se escurre. Cae sobre las piedras. Se hace añicos.

Se me para el corazón. Comparto una mirada de pánico con Cas.

Acaba de destapar el frasco con el veneno. Se lo arrebato y gesticulo sin pronunciar palabra: ¡Escondeos!

Se lanza hacia las cortinas de la ventana que hay frente a la chimenea. Bastien se esconde detrás de un gran arcón en un rincón detrás de la puerta. Vierto el veneno en ambas copas con manos temblorosas. Esto no funcionará. Mi madre sentirá la presencia de Cas y Bastien con su sexto sentido. No debían estar en la habitación cuando Godart y ella volvieran. Yo tampoco, pero al menos tengo una oportunidad para defenderme.

Me meto el frasco vacío en el bolsillo y piso el cristal aplastado para ocultar el antídoto, que ya no sirve para nada. Es lo único que puedo hacer antes de que una gran figura aparezca en el umbral entre las habitaciones, se detenga y entre despacio.

—Hola, hija —dice Godart.

31
Ailesse

Me pongo entre Sabine y su padre, extiendo las manos en un intento inútil por evitar que se acerquen. He visto lo que Godart puede hacer con las gracias de mi madre. No dudo que aún sea capaz de usarlas, aunque haya venido solo.

Sabine sigue congelada con un pie sobre el vial del antídoto destrozado sin atreverse a moverse. Me sorprende que Godart la haya reconocido tan rápido con el uniforme que lleva y el pelo recogido dentro de la capucha. Solo la ha visto una vez en el puente de las almas.

—¿No vas a saludar a tu padre? —Da dos pasos hacia el interior del salón, relajado y confiado.

—¡Aléjate de ella! —exclamo, pero no puede oírme.

Despacio, Sabine relaja las manos y abre los puños.

—Perdóname. Buenas noches, p-padre.

La mira con algo de interés.

—¿Qué te trae a mi castillo? Y nada más y nada menos que disfrazada.

Desde la ventana donde está escondido Casimir, la cortina se agita cuando Godart dice «mi castillo». Por dentro, le suplico a Cas que se quede quieto. Si Godart se sintoniza con el sexto sentido al que puede acceder, notará la presencia de Cas en la habitación. Por suerte, Bastien se queda inmóvil detrás del arcón. Sabine necesita engañar a Godart para que se beba el veneno, con antídoto o sin él. He seguido cada paso del viaje de mis amigos hasta aquí y conozco a fondo su plan.

—Tenía que venir disfrazada —responde Sabine—. Ya invadí el Beau Palais una vez; los guardias saben quién soy. Si me capturaban, me matarían antes de que tuviera la oportunidad de verte… y tenía que verte. Estoy desesperada. Ailesse se ha ido. No tengo a nadie más a quien acudir.

Mis hombros se relajan un poco. Sabine suena muy convincente. He subestimado su habilidad para el engaño. Tal vez su gracia de chacal dorado está ayudándola.

Godart se acerca. Me aparto, aunque no me notaría ni aunque me arrollase.

—¿No puedes acudir a tu *famille*? —La mira con los ojos entrecerrados.

Sabine agacha la cabeza.

—Me han desterrado.

—¿Mi hija, desterrada? —Frunce el ceño, su orgullo se ve herido —. Odiva dijo que te nombró su heredera.

Sabine esboza una sonrisa apenada.

—Sí, pero no les contó que también era mi madre. Yo también se lo oculté. —Suspira—. He guardado demasiados secretos. Y por eso perdí su confianza. Ya no puedo hacer nada para volver a ganármela.

—Mujeres —se mofa Godart—. Al final del día, son criaturas de manada. Si traicionas a una, las traicionas a todas.

Uh, cómo lo odio.

Los ojos de Sabine brillan, llenos de rabia, pero aparta la mirada antes de que él pueda ver su reacción.

—Solo hay una mujer excepcional —dice Godart—, y deja a las demás en ridículo. Tienes suerte de compartir su sangre.

Sabine levanta la barbilla.

—Espero poder decir algún día que también soy afortunada por compartir tu sangre.

Él arquea una ceja.

—¿Algún día?

—Primero tendré que perdonarte. —Esta vez no se esfuerza en disimular su rabia, pero la canaliza con rapidez en una tristeza que le quiebra la voz cuando añade—: Estás aquí porque Ailesse se ha ido para siempre.

—Oh, Sabine —susurro, y le pongo una mano en el hombro.

Entreabre los labios y recorre la habitación con la mirada. Me tenso. ¿Me ha oído?

Otra persona entra por la puerta. Espero que sea mi madre, pero es otro hombre, uno que lleva un martillo de herrero. Solo yo puedo verlo.

Me alejo de Sabine y levanto las manos.

—No la he salvado, Forgeron. Solo he dicho su nombre.

Su rostro es tan duro como el eslabón que me puso cuando ayudé a escapar a Cas.

—¿No recuerdas nada de lo que te dijo Estelle?

Al principio no entiendo lo que quiere decir, pero luego se me corta la respiración. *Los nombres son la canción del alma* —dijo Estelle —. *Contienen la Luz de Elara*.

¿Así es cómo me ha oído Sabine cuando dije su nombre? ¿A través

de la Luz?

No tiene sentido. He dicho su nombre antes en el Miroir. El de Cas y el de Bastien también. Ninguno de ellos me había oído hasta ahora.

Godart se queda callado mientras contempla a Sabine, la hija que nunca tuvo la oportunidad de criar. Ningún padre de una Leurress tuvo jamás la oportunidad de hacerlo.

—Eres mi heredera tanto como la de tu madre —termina diciendo —. Tal unión solo podría crear una criatura con un potencial maravilloso. Si estás dispuesta, Sabine, si muestras la fuerza de tu linaje y dejas el pasado atrás, te enseñaré a ser indomable. No llorarás tu vida o a quienes conociste en Château Creux. Estoy seguro de que por eso has venido aquí. —Sus ojos, tan parecidos a los de ella, se posan en su collar de huesos de la gracia, y se acerca un paso más—. Serás bienvenida en una nueva familia.

Sabine se muerde el labio inferior, considerando su oferta.

Miro furtivamente a Forgeron. Aún no se ha ido. Se pasea despacio por los límites de la habitación.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —pregunta Sabine.

—¿Acaso no hay honor en la promesa de un gran rey?

—Tal vez. —Levanta un hombro—. Pero cuando una Leurress hace un pacto, lo sella con sangre.

Godart le dedica una sonrisa fría.

—Ya tienes mi sangre, hija.

—Cierto. —Frunce los labios y mira las copas. El sudor le brilla en la frente mientras agarra una y se la ofrece a su padre—. ¿Beberás para darme tu palabra?

Sonrío ante su astucia.

Godart se ríe con ironía y picardía. No acepta la copa de Sabine. Agarra la otra que hay sobre la mesa. Al hacerlo, su cuello suelto se abre un poco y deja ver una pequeña calavera colgada de un cordón de cuero que lleva en el cuello.

Abro grandes los ojos. El cráneo de salamandra de Sabine.

Solo lo veo un instante antes de que se vuelva a poner recto, pero mi visión aguda no pasa por alto las manchas oscuras de color carmesí. La sangre de Sabine.

Vuelvo a mirar a Forgeron y la ansiedad se apodera de mí. No estaría aquí a menos que pensase que todavía puedo intervenir. A menos que creyese que Sabine necesitara que la salvaran.

Echo un vistazo rápido a la habitación. No hay Desencadenados

aquí. Solamente yo puede advertir a Sabine de cualquier peligro. Pero… ¿qué peligro? ¿Qué quiere hacer Godart?

Levanta su copa hacia Sabine. Ella levanta la suya hacia él. Permanezco a su lado, observando cada uno de sus movimientos con la agudeza de mi visión de halcón. Me digo a mí misma que no se beberá el veneno. Solo se llevará el borde de la copa a los labios. Esperará a que él beba primero.

Mi sexto sentido me recorre la columna vertebral. Forgeron se acerca.

—No te acerques —le pido—. No he hecho nada.

Godart se acerca la copa a la boca y hace una pausa. Sabine hace lo mismo.

No muevo ni un músculo. ¡*Bébete el veneno, Godart!*

Forgeron mira la espalda baja del rey y frunce el ceño. Camino alrededor de Godart, justo a tiempo para verlo sacar un cuchillo que lleva en la cintura. Jadeo.

—¡Sabine, corre!

Se lleva la copa a los labios. No me oye.

—Te lo advertimos, chica —me gruñe Forgeron.

Lo ignoro. No puede encadenarme. Todavía no.

—Sabine, escúchame —digo, desesperada—. Soy Ailesse. Tu padre intenta matarte.

La copa de Godart flota en el borde de su boca. Mueve el cuchillo alrededor de su cuerpo.

—¡Sabine! —Mi grito resuena en el Miroir.

Ella levanta la copa. El vino se arremolina contra sus labios apretados.

—¡Cuidado! —Me agarro a su brazo, pero ella no me nota. Cas le advirtió lo potente que es ese veneno.

Godart baja su copa. El cuchillo sale con la velocidad de un búho real.

—¡SABINE!

Tiene los ojos muy abiertos. Ve el cuchillo. Se dirige a su garganta. Aspira con fuerza. El vino se derrama en su boca.

—¡No! —grito, mientras aparta el cuchillo con la copa. Es casi tan rápida como él.

Vuelve a lanzarse a por su cuello, esta vez con las manos desnudas. Ella se atraganta con el vino y lucha por esquivarlo. La empuja de espaldas contra uno de los sillones. Tose. Tiene arcadas. Se ve

obligada a tragar.

Merde, merde, merde. No queda antídoto.

Los dedos de Godart se enredan en su collar de huesos de la gracia. Tira del hueso de chacal dorado.

Mi sexto sentido tamborilea. Bastien sale de detrás del arcón, con el cuchillo en alto. Cas emerge de las cortinas, daga en mano. Se acercan a Godart.

Godart suelta el hueso de la gracia, esquiva el golpe de Bastien y le da una fuerte patada en el estómago. Bastien sale despedido hacia atrás mientras Godart se lanza a por Cas, pero no antes de que la daga de Cas se clave en el costado de Godart. Sisea, agarrándose la herida, pero luego sonríe despacio, mirando fijamente a Cas. Soy consciente de que se curará. Tiene el cráneo de salamandra de Sabine.

Me tenso cuando me doy cuenta de algo. Sabine no necesita un antídoto, necesita tener el cráneo de vuelta.

Se desploma. Su cuerpo empieza a convulsionar.

Los ojos de Cas se llenan de preocupación. No puede llegar hasta ella. Godart está merodeando a su alrededor, incitándole a volver a atacar.

Corro hacia Bastien. Está jadeando y agachado.

—¡Necesito tu ayuda, Bastien! —Me arrodillo a su lado. Forgeron frunce el ceño cuando uso su nombre, pero no me importa si me encadena una segunda vez. No puedo dejar morir a Sabine.

Bastien no da señales de oírme. Sabine gime y se retuerce. Cas golpea a Godart con su daga, pero él lo esquiva fácilmente. Se ríe más allá de una mueca.

—¿Has venido aquí a morir, chico?

—¡Bastien! —Le agarro del brazo, pero no puedo moverlo. *Piensa, Ailesse*. ¿Cómo me ha oído Sabine cuando he dicho su nombre? No estaba asustada ni desesperada. Estaba tranquila y concentrada. Pensé en ella con amor, como una verdadera hermana.

Cierro los ojos, acallando el ruido de Godart burlándose de Cas y de Sabine luchando por respirar. Pienso en Bastien cuando me sacó a bailar bajo la cúpula iluminada por la luna, cuando me miró por primera vez con perdón, cuando habló de su padre, en el momento en el que me dio espacio cuando lo necesité. Ahora tengo que atravesar ese espacio para llegar hasta él.

Déjate llevar, me digo. Por un momento, imagino que la carga que llevo como primogénita de mi madre se aleja de mí, al igual que el

vestido que pesaba muchísimo se desprendió y se hundió en las profundidades del río. Me imagino tomando una decisión diferente a la de ser *matrone* —un sinfín de decisiones, en realidad— y Bastien es una de ellas.

Abro los ojos. Acerco la boca a él. Le rozo la oreja con los labios.

—Bastien —susurro, usando su nombre para llegar a su alma, a su Luz.

Frunce el ceño.

—¿Ailesse?

Forgeron se acerca.

Trago saliva y vuelvo a concentrarme.

—Godart lleva el cráneo de salamandra de Sabine en un collar. Sabine lo necesita para curarse.

Bastien parpadea. Se vuelve hacia el rey.

—Hazte con él —le pido—. ¡Rápido!

Se levanta, aún sin aliento, y empuña con fuerza el cuchillo. Aunque no me ve, mira en mi dirección y cuadra la mandíbula. Como un felino, se acerca sigilosamente a Godart mientras el rey está de espaldas.

Me levanto para seguirlo, pero Forgeron me lo impide. Su rostro *orvande* es severo e implacable.

—Eso ha sido una estupidez.

Levanto la barbilla.

—Tal vez fue valiente. —Me sobresalto cuando me agarra de la muñeca derecha—. ¿Qué haces? Sabine aún no se ha salvado.

—No importa. Usaste Luz. Atravesaste la barrera del Miroir, y lo hiciste con la intención de salvar. El castigo es el mismo.

Me suelta, dejándome con otro eslabón *orvande*, y se da la vuelta, con los ojos llenos de dolor.

Trago saliva y me apresuro a acercarme a Sabine. Ahora no puedo pensar en las cadenas. Sabine se agita en el suelo y se ahoga. Se le ha caído la capucha. Intento quitarle los rizos húmedos de la frente sin éxito.

—Aguanta —le pido, y miro a Bastien—. ¡Rápido!

Avanza hacia Godart por detrás y busca el cordón del collar, pero está demasiado arriba. Cas no hace contacto visual con Bastien, pero se acercan al rey al mismo tiempo. Están coordinando su ataque.

—¿De verdad has vuelto de entre los muertos para gobernar un reino tan pequeño? —le pregunta Cas a Godart, esforzándose por

mantenerlo distraído. Los retorcimientos de Sabine deben ser la única razón por la que Godart no puede notar a Bastien, como hago yo con mi sexto sentido—. Con Odiva a tu lado, podrías conquistar tierras más grandes que Galle del Sur.

—El dominio del mundo debe comenzar en alguna parte. —Godart se encoge de hombros—. Con el tiempo se pueden conquistar otros reinos. Y el tiempo es el lujo de los dioses.

Por fin entiendo el gran interés de mi madre en ser la reina de Godart. Sí, lo ama, pero va más allá de eso. Cree que juntos pueden gobernar el mundo entero. Eso tiene que ser más atractivo para ella que gobernar el pequeño número de Leurress que hay en nuestra *famille*.

Cas se acerca con su daga, rebotando con ligereza sobre sus pies.

—¿Acabas de compararte con los dioses? —le pregunta a Godart—. Puede que hayas resucitado, pero aún sangras. —Señala con la cabeza el corte que supura en el costado del rey.

Godart sonríe.

—Por ahora. Cuando el Paraíso esté vacío, será otra historia.

¿El Paraíso, vacío? ¿De qué está hablando?

Mi sexto sentido late con más fuerza. Me tenso. Alguien viene.

Cas se lanza a por Godart. Cuando Godart se mueve para esquivar la daga, Bastien lo envuelve en una llave de estrangulamiento y le rasga la camisa con su cuchillo.

—¡Godart! —Mi madre irrumpe en la habitación—. ¿Qué está…? —Se queda paralizada. La hoja de Bastien está bajo el cordón del collar que sujeta el cráneo de la salamandra de fuego. Godart no se mueve, no hay arrogancia en su expresión. La sangre le resbala por la garganta.

¿Por qué no usa su fuerza agraciada para derribar a Bastien? Solo perdería su habilidad para curarse.

—Bastien… —Mi madre habla despacio y con una calma forzada —. Aléjate de tu rey.

—Él no es mi rey —escupe Bastien.

Sus ojos negros se entrecierran. Un cuchillo de hueso se desliza hasta su mano desde la manga.

—Si deseas vivir, harás lo que te digo.

—No estás en posición de amenazarme.

Sabine arquea la espalda. Las venas se le abultan en las sienes. Patalea y gimotea.

Odiva tarda en fijarse en ella. Sus labios rojos palidecen.

—¿Qué le pasa a mi hija?

Cas es el único que se atreve a moverse. Corre hacia Sabine y se arrodilla a su lado. Yo estoy frente a él, al otro lado.

—Se bebió el veneno que era para Godart —contesta Cas. Godart frunce el ceño—. El antídoto se derramó —añade con voz temblorosa. Se vuelve hacia Bastien—. Tenemos que llevarla con Birdine —dice en voz baja.

Odiva da un tímido paso adelante. Está antinaturalmente rígida y su cuello tenso.

—Dadme el hueso de la gracia del chacal de Sabine y os dejaré ir.

Veo que Godart no estaba intentando matar a Sabine antes. Iba tras su colgante en forma de media luna.

—¿Por qué están tan desesperados por tener ambos huesos?

—Yo seré el que haga tratos aquí —responde Bastien—. Dinos cómo liberar a Ailesse y a los Desencadenados del Inframundo y no le rebanaré el cuello a Godart.

Mi madre entorna los ojos. Aprieta los labios.

—¡Dímelo! —exige.

La cara de Sabine se pone violácea. Se le ponen los ojos en blanco mientras se convulsiona.

Cas toma su mano con fuerza.

—¡Que os jodan! —maldice, y le lanza una mirada desesperada a Bastien—. Tenemos que irnos. Ya. —Se vuelve hacia Odiva—. Nos dejarás marchar si quieres que tu hija viva.

Mi madre mira a Sabine. No distingo qué piensa o qué siente. Rezo para que, en algún lugar de su resentido corazón, guarde afecto por la hija que una vez prefirió. Por primera vez en mi vida, no me importa que lo hiciera. Lo único que quiero es que Sabine sobreviva.

Mi madre se yergue, fingiendo indiferencia. Abre la boca para hablar cuando mi sexto sentido empieza a vibrar. Se gira hacia la puerta, ella también lo siente.

Varias almas irrumpen en la habitación: soldados desencadenados del castillo, los hombres que Godart y ella mataron. Son por lo menos quince. Llevan armas sólidas que no brillan con *chazoure*.

Arremeten contra mi madre. Ella contraataca enseguida. Bastien aprovecha la distracción e intenta cortar el cráneo de salamandra de Godart. Pero el cuchillo no llega al cordón. Es derribado por seis almas que se abalanzan sobre el rey.

—¡Bastien, vamos! —grita Cas, y arrastra a Sabine hasta sus pies. Pierde el conocimiento y la cabeza se le inclina. La levanta en brazos, como me levantó a mí en el puente del alma.

—Está bien, Bastien —digo, sabiendo que ahora es demasiado arriesgado hacerse con el cráneo. Yo también quiero que viva. Los Desencadenados no van a detener a mi madre y a Godart por mucho tiempo—. ¡Vete!

Forgeron me fulmina con la mirada, pero no se acerca. Esta vez, Bastien no me ha oído. No he usado ninguna Luz.

Toma el saco con los libros de Cas y corre tras él.

Mi madre hierve de rabia al verlos pasar junto a ella y las almas con las que lucha.

Llegan a la puerta y echan a correr.

32
Sabine

No puedo respirar. Alguien me sostiene bajo la superficie del agua, pero está muy caliente, no fría como el agua del mar. Me revuelvo tirándome de la ropa. Pataleo y doy golpes para que me suelten.

Sabine… Sabine… Sabine…

¿Cas? No, es Ailesse. ¿Por qué me hacen daño?

Tengo los músculos agarrotados y acalambrados. Grito, con la voz estropeada.

Un sabor acre me llena la boca. Intento escupir, pero alguien me cierra la mandíbula y me tapa la nariz. Tengo arcadas y trago saliva. Me están volviendo a envenenar.

El apuesto rostro de Cas aparece, revoloteando en mi visión borrosa.

—Todo va a salir bien. —Me acaricia la mejilla con la mano. Gimo y apoyo la cabeza en él. Estoy muy cansada, pero no puedo descansar. Tengo que transportar las almas de los muertos. Esta noche hay luna nueva. ¿O es luna llena? En cualquier caso, debo ir y abrir las Puertas, aunque vuelva a fracasar. La lechuza plateada no me ayudará. Hace tiempo que me abandonó.

—No soy suficiente, no soy suficiente… —Intento formar palabras más allá de las emociones que me ahogan en la garganta—. Ailesse tiene que volver. —Derramo lágrimas calientes—. Tenemos que traerla de vuelta.

—Shh, shh —susurra Cas, pero me aparto de su mano suave. No quiero su compasión ni su consuelo. Quiero ser fuerte como Ailesse y las mayores, incluso como mi madre y mi padre.

Se me cierran los ojos.

—No puedo… marcar la diferencia… si soy débil.

La oscuridad me envuelve.

¿Las catacumbas? No, el foso bajo el puente de la caverna. Floto, ingrávida, impulsada por el polvo negro que brilla en las profundidades. El canto de sirena resuena desde arriba, lleno de angustia, como solo puede sonar cuando se toca con una flauta de hueso.

El polvo negro me eleva, atraído por la música, llevándome al Inframundo.

Ante mí pasan atisbos de mi vida. Soy una niña de cinco años

cuando veo mi primer cadáver; era demasiado pequeña para recordar a las personas que murieron antes, durante la gran plaga. Es Liliane, que tenía una voz preciosa, pero ya no puede cantar. Tiene los ojos vidriosos y la mirada perdida. Su boca está abierta. Cuando tengo ocho años, arrastran el cadáver de Emelisse a la caverna bajo Château Creux. Tengo diez años cuando llevan sin vida a Ashena, que amaba a Jules y al padre de Marcel, ante *Matrone* Odiva. Las tres murieron por no haber matado a sus *amourés*. Cuando tengo trece años, otras tres personas de mi *famille* mueren transportando a los muertos. Tengo catorce años cuando pierdo a Ciana, a quien creía mi madre. Me da un beso en la frente y la mirada oscurecida de Odiva me hiela la sangre. La siguiente vez que veo a Ciana, su cuerpo está inerte y mojado por el mar Nivous. Ella también murió en el puente de tierra.

Año tras año, cada muerte me afecta más. Dejo de comer carne. Bajo el ritmo en mis entrenamientos para transportar a los muertos. Me quedo más cerca de Ailesse, que destaca en todo. Su confianza y aceptación son un escudo contra los demás, que me desprecian o niegan con la cabeza.

Una salamandra de fuego pasa volando, dejando un rastro brillante mientras el polvo negro sigue tirando de mí hacia arriba. También veo una imagen mía en movimiento. Persigo a la salamandra y la atrapo. Sollozo mientras la apuñalo con mi cuchillo de hueso. Ailesse me abraza y yo apoyo la cabeza en su hombro.

El atajacaminos se eleva sobre mi cabeza. El chacal dorado salta hacia mí. La víbora de los prados sale de un saco. Cada asesinato con mi cuchillo ritual es más desconsiderado que el anterior. Al final, el majestuoso ciervo rojo de dieciséis cuernos salta a través del bosque. Quería matarlo. Parece monstruoso cuando lo mato con saña y sin piedad. Da igual que creyera estar soñando.

Los animales desaparecen. Me observo a mí misma. ¿Por qué no tengo cadenas *chazoure*? Debo estar muerta si me obligan a ver mis pecados. Aún no los he visto todos. ¿Dónde están las personas que murieron en el Beau Palais porque solté víboras venenosas? ¿Dónde están los que perdieron el alma porque no pude transportar a los Encadenados?

Me elevo hasta el borde del abismo. El puente del alma vuelve a formarse. La Puerta de polvo está al final, pero faltan las Puertas translúcidas del Paraíso. Encadenada o no, parece que solo me espera el Inframundo.

El negro resplandeciente me señala el reino de Tyrus y me pone en pie. Avanzo hacia la puerta. Ningún canto de sirena me atrae desde dentro. No hace falta. Camino por voluntad propia, sabiendo que es inútil huir de mi destino. Mi madre me advirtió lo que ocurriría si cargaba sola con la gracia del chacal: *Te enterrará, hija*.

Soy el chacal. Me enterraré a mí misma.

—Sabine —murmura alguien cuando llego al remolino negro de la Puerta.

Miro a través de la puerta y jadeo.

—Ailesse.

El pelo rojizo le cae sobre los hombros como si estuviera bajo el agua. Los ojos pardos le brillan con una Luz que no debería existir en ese lugar.

—No digas que no eres suficiente —me dice—. No sería quién soy sin ti. Nunca tuve el amor de una madre, pero tuve el tuyo. Tu fuerza me hizo seguir adelante.

Se me entrecorta la respiración en un sollozo. La echo mucho de menos. La vi hace unos días, pero hace meses que no estamos juntas, solo unos momentos robados.

—Sin ti nada tiene sentido —digo—. No puedo ser quien se supone que tengo que ser sin ti.

Su sonrisa tiembla cuando me ve llorar.

—Sí, sí puedes. Siempre estaremos juntas. Eres mi hermana. Eres parte de mí.

Intento alcanzarla, pero da un paso atrás. Suspiro, agotada.

—Déjame ir contigo.

—No —responde—. Yo iré hasta ti. Ahora descansa. Cúrate. No necesitas la calavera de la salamandra, Sabine. Tienes Luz. Ese siempre ha sido tu mejor regalo. Aférrate a eso.

Me invade una poderosa sensación de cansancio. Bajo hasta el puente y apoyo la cara en la piedra fría. Ailesse me canta una nana sobre la primera hija de los dioses y la llama Estelle. *Estrella*.

Dejo que la canción entre en mí. Con voz débil, casi incoherente, canto el estribillo con Ailesse. Mi voz es un leve murmullo, pero sigo cantando. Incluso cuando ya no me oigo, la canción sobre Estelle resuena en mi interior y se llena de Luz.

Me aferro a la imagen de su nombre, una estrella, una pizca de esperanza en medio de la oscuridad, y cierro los ojos.

33
Ailesse

Estoy cantando una canción que no he cantado nunca. La compongo, palabra por palabra, nota por nota, deseando tener el poder de salir de la Puerta de polvo y acariciarle el pelo a Sabine mientras duerme en el puente del alma. Pero entonces le toco el pelo y sus rizos negros ya no están perfectamente ordenados y brillantes, como hace un momento; están húmedos por el sudor y se ven borrosos, cada rizo se difumina y luce irregular en los bordes.

—Ten cuidado con las visiones —dice Forgeron. Me sobresalto al verlo justo detrás de mí, donde estoy sentada junto a Sabine. Pero ya no estoy en el puente del alma de la caverna subterránea, sino en la cantera bajo Chapelle du Pauvre. Sabine está tumbada en el colchón de paja junto al relieve de Château Creux y los cuatro dioses, con la cara pálida mientras duerme, moviéndose cada dos por tres.

—N-no sabía que había entrado en una visión. —Lo último que recuerdo, antes de hablar con Sabine, es haber intentado, en vano, ayudar a Cas a mantenerla quieta mientras Birdine le administraba una nueva tintura de antídoto. Lo siguiente que recuerdo es que estaba al otro lado de la Puerta de polvo. No pensé que el cambio repentino fuese algo tan raro. En el Miroir, viajo a diferentes lugares en un abrir y cerrar de ojos.

Echo un vistazo a la habitación, todavía con dificultades para orientarme. Bastien y Jules están durmiendo. Debe ser de madrugada. Birdine no está. Tengo un vago recuerdo de que se marchó para atender a su tío enfermo. Los únicos que están despiertos son Marcel, que está leyendo uno de los libros que trajo Cas, y Cas, que está sentado a mi lado, cerca de Sabine. Le arregla la manta, con los ojos pesados por el cansancio.

—Te has dormido —me explica Forgeron.

Parpadeo.

—¿Aquí me hace falta *dormir*?

—No, pero eso no te impide dormir cuando quieres olvidarte de tus problemas. —Se apoya en la pared como si quisiera echarse una cabezada—. Sin embargo, te advierto que te mantengas despierta. El velo entre el Miroir y el mundo mortal es muy fino. Aquí los sueños tienden a convertirse en visiones, y comunicarse con los vivos en ese estado puede considerarse una interferencia.

Me miro los eslabones que me rodean las muñecas. Si me gano un

eslabón más, seré una Encadenada. Forgeron tendrá que golpear su martillo y llamar a los chacales para que venga a por mí.

—¿Por qué no encadenaste a mi madre? —pregunto, recordando lo que Estelle me dijo: Odiva era lo bastante lista como para evitar los castigos de Forgeron—. La visión que me envió estaba calculada —digo—. Me engañó para que la liberara del Inframundo sin recibir ni un solo eslabón.

—Tu madre no usó Luz. —Forgeron se frota una mancha de hollín *orvande* que no quiere salir del antebrazo—. Tyrus no me pide que castigue a los que usan su oscuridad aquí.

—No sabía que la oscuridad se podía utilizar.

—Todo tiene su opuesto.

Lo estudio. No está tan malhumorado como de costumbre. Quizá no haya tenido que forjar tantas cadenas últimamente, o quizá no esté siempre de mal humor… tampoco diría que está de buen humor. Al menos no parece que todo el mundo de los vivos y los muertos esté sobre sus hombros.

—¿Qué pasa si desafías a Tyrus? —pregunto, recordando lo que dijo Estelle. Forgeron cree que no tiene elección. Su deber es su maldición.

Se calla y acaricia el mango de su martillo.

—Me quedaré en el Miroir, pero Tyrus me dejará sin ver el mundo mortal para siempre. No será más que una niebla de rayas y borrones sin fin. Hará lo mismo con Estelle; ató nuestros destinos cuando ella me siguió hasta aquí. —Le tiembla la boca hasta que flexiona el músculo de la mandíbula—. Podría soportar el castigo si ella no tuviera que sufrirlo también.

Me imagino a Estelle arrastrando los dedos por el mar que no siente, inclinando la cabeza hacia un sol que no la calienta, diciéndome que observa a sus descendientes cada noche de travesía. A pesar de su naturaleza feliz, está claro que quiere lo que no tiene, aunque lo que más desea es la felicidad con Forgeron. *Me imagino la alegría en este lugar con el único hombre al que he amado* —me dijo—. *Eso es lo que me hace seguir adelante*.

—Creo que ella preferiría una vida real aquí contigo en vez de solo fingir que vive.

—¿Una vida real? —La voz profunda de Forgeron casi se quiebra. La cubre con un gruñido—. Ni siquiera puedo tocarla sin encadenarla.

—¿Ni siquiera si desafías a Tyrus en eso también?

—No me atrevo a provocarlo, para qué descubrirlo.

Miro a Bastien dormido sobre mi camisa doblada a modo de almohada. Está acurrucado como un niño. La estatuilla del delfín que le talló su padre está junto a él en el suelo.

—Algunos elegirían ser Encadenados si eso significara estar con la persona que aman para siempre.

Forgeron se burla.

—¿Incluso si eso significa llamar a los chacales?

—No careces de poder de decisión. Que golpees tu martillo depende de ti. Deberías confiar en la elección que Estelle tomó. Ella estaba dispuesta a renunciar a la vida entre los vivos cuando se reunió contigo aquí hace mucho tiempo. Lleva años esperando a que aceptes su razonamiento.

Se enfada. Se despega de la pared y me mira fijamente, con sus ojos *orvande* cargados de dureza.

—Llevo mil años atrapado en el Miroir. No necesito que una niña que apenas ha puesto un pie aquí me diga lo que tengo que hacer.

Levanta el martillo. Me estremezco, temo que lo haga caer al suelo solo por haberlo hecho enfadar. En lugar de eso, el martillo cae sobre su hombro con un golpe seco. Se aleja y desaparece de mi vista antes de llegar al saliente de la sala de la cantera.

Suspiro. No me estoy haciendo ningún favor enemistándome con el herrero del Inframundo.

Bastien se sacude y murmura algo incomprensible en sueños. Me acerco y me siento a su lado. Tiene el ceño fruncido y los párpados temblorosos como si tuviese una pesadilla. Siento el impulso de cantarle como le canté a Sabine, pero mantengo los labios sellados. Puede que use la Luz, anhelo usarla, pero si lo hiciera esta vez, no sería en una visión involuntaria. Forgeron volvería a por mí.

Bastien vuelve a dormirse tranquilo. Su frente se alisa y su puño derecho se relaja. Un trozo de tela blanca asoma entre sus dedos. Lo toco con curiosidad, pero no puedo sentir su textura ni abrir más la mano de Bastien.

Estudio el borde de la tela con mi visión de halcón. Los hilos son finos, como el lino suave, y su textura presenta un sutil dibujo festoneado. Es un trocito de mi camisa.

Apoyo la mano sobre la de Bastien y me tumbo para que nuestros rostros queden cerca. Me gustaría tener algo suyo, algo que me ayudara a aferrarme al recuerdo de su tacto.

Me inclino hacia él y le doy un beso en los labios, pero no siento el calor de su boca ni su respiración. Siento una presión en el pecho. Odio no poder sentir el dolor físico de echarlo de menos. El dolor está atrapado en mi cuerpo inútil.

—Lamento haber sentido tanto miedo como para compartir mi corazón contigo —susurro—. Pensé que no tenía suficiente espacio en mi interior para mantener tanto mis sueños como mi deber. Si me das otra oportunidad, quiero demostrarte que mi alma es inmensa.

¿Y si no puedo? ¿Y si nunca escapo de este lugar?

Aprieto los ojos. No puedo tener pensamientos como ese. Voy a salir de esta. Y cuando lo haga, ayudaré a Bastien y a mis amigos a liberar a los Desencadenados. Estelle me dio la esperanza de que podía hacerlo si aprendía a salvar a otros del Inframundo, así como a mí misma. Así que aprenderé a hacerlo. Saldré del Miroir con el conocimiento que mis amigos necesitan para derrotar a mi madre y a Godart, y juntos detendremos la creciente tiranía de Tyrus.

Marcel bosteza. Inclina la cabeza y empieza a quedarse dormido. El libro pesado que tiene apoyado en las rodillas dobladas se desliza hasta el suelo. ¡*Pum*!

Bastien se despierta de golpe y saca el cuchillo. Marcel se sobresalta con un bufido. Se miran un segundo, Bastien resopla y enfunda el cuchillo. Lo lleva colgado del cinturón, tirado en el suelo a su lado. Recoge el trozo de camisa que se le ha caído y lo roza con el pulgar. Se levanta y se mete el trozo en el bolsillo.

—¿Cómo está Sabine? —le pregunta a Cas.

Cas se encoge de hombros y se frota los ojos cansados.

—Ya no se retuerce tanto, pero sigue un poco febril.

Bastien mira a Sabine con el ceño fruncido antes de asentir con la cabeza y volverse hacia Marcel.

—¿Y tú? ¿Has leído algo útil en esos libros nuevos?

—Cállate, ¿quieres? —Jules se da la vuelta y se tose en la manga —. Estamos en medio de la insoportable noche.

—En realidad, es de día —responde Marcel—. Debería haber amanecido hace una hora.

Jules gruñe.

—Odio este sitio.

Marcel no se inmuta ante lo que dice su hermana.

—Nada útil todavía —le responde a Bastien—. Propongo que reconsideremos mi teoría de los elementos ausentes. —Recuerdo lo

que me dijo hace unos días: las Puertas del Más Allá están formadas por cuatro de los cinco elementos: agua, viento, tierra y espíritu—. Tiene que haber una forma de usar el fuego como arma contra Tyrus.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —Cas frunce el ceño—. El único sitio que queda para transportar a los muertos es el puente de tierra, ¿no?

—Y lo único que hará la Puerta de agua con el fuego es apagarlo —añade Bastien.

—¿De qué otra forma podemos amenazar a Tyrus? —Marcel parece molesto porque nadie considera su teoría—. Necesitamos ir dos pasos por delante si queremos salvar a Ailesse y a todas esas almas.

Jules se incorpora y se sienta.

—¿Y si salvar a Ailesse es tan sencillo como sacarla del Inframundo —tose dos veces—, igual que ella sacó a Odiva?

—Yo no saqué a mi madre —digo, aunque nadie me oye—. Le di la mano, y ella tiró de mí, a pesar de todos mis esfuerzos. —Y los de Bastien y Sabine.

—Eso solo funcionó porque Ailesse ocupó su lugar —responde Bastien.

—Sí —añade Marcel—. Tiene que haber un intercambio.

—Entonces, ¿por qué el intercambio no puede ser Odiva? —Jules rebusca bajo la manta y saca un pañuelo. Sus delgados hombros se arquean al toser en él—. La metemos dentro y sacamos a Ailesse. —Los tres chicos la miran, pensativos—. No digo que vaya a ser fácil —continúa—. Odiva es poderosa, pero…

—Sabine podría ayudarnos cuando se encuentre mejor. —La cara de Bastien se ilumina—. Podría funcionar.

Una pizca de esperanza se apodera de mí.

—¿Y qué pasa con Godart? —pregunta Cas.

—Odiva fue quien lo resucitó —responde Marcel—. Si se la llevan de vuelta al Inframundo, quizá vuelva a morir. La resurrección se invertirá.

Cas lo considera.

—Incluso si no es así, ya no podría compartir las gracias de Odiva. Sería una lucha justa cuando me enfrente a él.

Bastien empieza a pasearse.

—Este plan sigue sin ayudarnos a liberar a los Desencadenados.

—No tiene por qué —dice Marcel—. Liberar a Ailesse podría volver a abrir la vía entre las Puertas.

—Y si Ailesse es libre —añade Jules—, puede ayudar a Sabine a

unir las dos Puertas, como hicieron la otra vez. Los Desencadenados tendrán la oportunidad de escapar mientras el portal esté abierto.

Levanto las cejas hacia Jules. Marcel no es el único inteligente en su familia.

—Espera. —La expresión de Marcel se ensombrece—. El portal podría hacer lo contrario. Podría sacar al resto de Desencadenados del Paraíso y llevarlos al Inframundo. Eso podría ser lo que Tyrus necesita para obligar al reino de Elara a unirse al suyo.

Uh. No había pensado en eso.

Bastien suelta un fuerte suspiro.

—Estoy seguro de que eso es justo lo que quiere Tyrus, y Odiva y Godart intentarán ayudarlo. Sea cual sea el pacto que haya hecho, querrá cerrarlo.

—Bien —responde Cas, con un oscuro tono de desafío en su voz—. Eso significa que vendrán al puente de tierra por voluntad propia. No tendremos que engañarlos.

Una voz ronca se une a la conversación.

—También vendrán a por mi colgante de chacal dorado.

Jadeo. Por fin, Sabine ha abierto los ojos. Cas se da la vuelta y le sostiene la mano. Corro hacia ella y me arrodillo a su lado. Está inerte, sin fuerzas en el cuerpo, pero hay una chispa en su mirada. Mira a Cas a los ojos. Algo casi tangible pasa entre ellos. La fuerza de su Luz es tan pura que penetra el Miroir hasta mí. No había sentido ese tipo de Luz desde que Bastien me besó por primera vez, en el túnel sobre el puente de la caverna. Esto no es un coqueteo pasajero, tanto si Sabine y Cas se dan cuenta o no.

—¿Qué gracias especiales tiene un chacal dorado? —le pregunta Marcel a Sabine, tan inoportuno como siempre.

—No la presionemos con preguntas todavía —dice Cas.

—No pasa nada —carraspea, aclarándose la garganta—. El chacal no me da ninguna gracia extraordinaria —responde—. No estoy segura de por qué mi madre y mi padre lo quieren, pero… —Respira con dificultad y Cas acaricia el dorso de su mano—. …pero es el animal sagrado de Tyrus. —Bastien le trae un vaso de agua. Bebe un sorbo—. Lo único que sé es que Godart iba tras el colgante cuando me atacó.

No sé por qué el colgante es tan importante. Si alguien más tiene una conjetura, no la comparte.

Bastien vuelve a pasearse, con los dedos entrelazados en la nuca.

—Vale —dice—. Volvamos a nuestro plan. Digamos que podemos obligar a Odiva a intercambiarse con Ailesse y que el intercambio revierte la resurrección de Godart. Nada de eso nos da una ventaja para negociar con Tyrus. Todavía tenemos que averiguar cómo evitar que exija sacrificios de sangre o de lo contrario el ciclo continuará. Ailesse y Cas morirán en diez meses. —Traga saliva—. Más padres mueren. Más hermanos. Más amigos.

—Más Leurress que no matarán a sus *amourés* —murmura Sabine.

Jules suspira.

—Escuchad, no debemos resolverlo todo hoy. Aún tenemos tiempo para planear una forma de derrotar a Tyrus.

—¿Tiempo? —Bastien suelta una carcajada afligida.

—Sí —responde—. No podemos hacer nada de esto hasta la noche de travesía, ¿recuerdas? No hay luna nueva hasta dentro de…

—Doce días —añade Marcel.

—Sabine necesita ese tiempo para recuperarse —dice Cas, todavía la toma de la mano.

Bastien da otra vuelta por la sala de la cantera. Todos lo miran, esperando a que diga la última palabra, incluso Cas, que ha llegado a respetar la autoridad de Bastien en el pequeño reino de su cantera.

—Este plan es tu mejor oportunidad —dice Jules.

—Tiene razón. —Me levanto y camino hacia él. Tal vez sea solo una esperanza temeraria que crece dentro de mí o una fe obstinada en mis amigos, pero siento una certeza casi tangible de que nuestros esfuerzos tendrán éxito. Sea lo que sea que tenga que hacer para escapar del Miroir y ayudarlos a derrotar a Tyrus (y a mi madre), voy a hacerlo.

Al final, Bastien los mira y se cruza de brazos. Yo también me giro hacia ellos, a su lado.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo? —Todos asienten. Él suelta un suspiro que había estado reprimiendo—. Muy bien. Preparaos. No dejaremos nada al azar.

—Nada —repito—. No podemos fallar.

—Tenemos doce días para idear una estrategia para arrojar a Odiva al Inframundo.

—Hemos hecho cosas más difíciles en menos tiempo —añado.

—Empezaré por investigar más a fondo en estos libros. —Marcel abre uno de los volúmenes del Beau Palais—. Tiene que haber algo útil en ellos.

—Bien —decimos Bastien y yo a la vez—. Quiero asegurarme de que Sabine y Ailesse puedan volver a conectar las Puertas de verdad —añade—. A ver qué puedes averiguar sobre cómo vincularlas.

Marcel asiente y se acomoda.

—Retomaré el entrenamiento con cuchillos y los ejercicios de fuerza —prosigue Bastien—. Pienso mejor cuando mantengo el cuerpo en movimiento.

—Yo haré lo mismo —dice Cas—. Tengo que recuperar mi trono, y para ello debo desafiar a Godart.

—Tal vez pueda aprender a compartir mis gracias con todos vosotros —sugiere Sabine—. Si mi madre puede, entonces es posible. Tendremos muchas más posibilidades de que salga bien.

—Yo creo en ti. —Le sonrío.

—Genial. —Bastien da una palmada—. Todos a trabajar.

—Un momento. —Jules se levanta y se lleva las manos cerradas en puño a las caderas—. ¿No quieres saber qué haré?

—Uh. —Bastien mira la forma en que sus piernas se tambalean, débiles—. Bueno, supuse que ayudarías a Marcel. Esos libros son muy gordos.

Lo fulmina con la mirada.

—¿Has olvidado que soy tu mejor compañera para entrenar combate y que también tengo un padre al que me gustaría vengar?

Él se balancea sobre sus talones.

—Por supuesto que no lo he olvidado.

—Bien, entonces… —Un repentino ataque de tos se apodera de ella. Se lleva el pañuelo a la boca, se agacha y tose durante un buen rato.

—¿Estás bien? —Se acerca a ella.

Se da la vuelta y tose varias veces antes de limpiarse la boca.

—Claro que estoy bien. —Mira el pañuelo—. Trae tu cuchillo. Practicaremos en la iglesia.

—¿Seguro que no quieres…?

Se gira hacia él.

—Trae. Tu. Cuchillo.

Levanta las manos y se da la vuelta para hacer lo que ella le ha dicho. Tras una pausa incómoda, los demás vuelven a lo suyo. Me acerco y echo un vistazo por detrás de Jules al pañuelo que esconde en su mano tensa, cerrada en un puño.

En el centro está empapado con un brillante anillo de sangre.

34
Bastien

Estoy sentado en un banco de la nave de Chapelle du Pauvre, afilando el cuchillo de mi madre contra la piedra. Fuera, los truenos retumban y la lluvia se cuela por las grietas del techo abovedado. El crepúsculo que se filtra por las ventanas tapiadas no tarda en volverse negro. No enciendo ningún farol. Los faroles pueden apagarse. Necesito que mis ojos se adapten a la oscuridad.

Hoy es luna nueva. La noche de travesía ha llegado. Han pasado doce días desde que trazamos nuestro plan, y sigue siendo tan arriesgado y está tan a medias como entonces. No hemos hecho ningún avance sobre cómo derrotar a Tyrus. Nuestra única esperanza es que, si recuperamos las almas robadas del Paraíso, se sienta amenazado y esté dispuesto a negociar.

Me meto una mano en el bolsillo y toco el trozo de tela de la camisa de Ailesse.

—Tienes que estar allí esta noche —susurro con la esperanza de que esté preparada en la Puerta cuando Sabine y yo empujemos a Odiva a través de ella. Tal vez no necesiten mi ayuda con todas las gracias de las Ferriers, pero que me parta un rayo si no estoy allí para sacar a Ailesse.

La puerta de la trampilla detrás del altar cruje al abrirse. Sabine sale del sótano con un farol. Suspiro. Se acabó lo de acostumbrar la vista a la oscuridad.

Cas, que ha estado practicando movimientos de defensa en la capilla, envaina la espada y se acerca a ella como si acabara de tocarle un canto de sirena.

Sabine se ha puesto un vestido blanco nuevo, uno que he robado para ella. No le he dicho que es el vestido de novia de una futura duquesa. Eso podría alterarla y quiero que esté concentrada. La parte más importante de nuestro plan esta noche depende de ella. Ella tiene que abrir las Puertas y crear un vínculo entre estas. Tal vez eso implique obligar a Odiva a ayudarla. O tal vez implique intercambiar a Odiva por Ailesse primero, para que Ailesse pueda ayudar a Sabine a vincular los dos reinos del Más Allá.

Merde, odio que no sepamos lo que estamos haciendo.

Jules sale de la trampilla con su propio farol. Me detengo cuando se acerca a mí y me fijo en que lleva el pelo bien trenzado, la blusa limpia y dos cuchillos muy finos en el cinturón que lleva alrededor de

la cintura. Así es como se vestía cada luna llena cuando explorábamos puentes en busca de Hechiceras de Huesos.

—Esta noche no vas a venir. —Me cruzo los brazos.

Ella se encoge de hombros.

—Eso no significa que no pueda pelearme a navajazos una última vez con mi mejor amigo. —Pone un pie en el banco y se aprieta los cordones de sus botas altas. Sus pantalones de cuero, que lleva metidos por dentro, le han quedado un poco grandes en los últimos días. También tiene las mejillas un poco más hundidas. Mientras Sabine ha ido reviviendo, Jules sigue marchitándose. Me da mucho miedo—. La última vez estuviste descuidado con la técnica —añade—. No voy a enviarte a enfrentarte a la reina de las Hechiceras de Huesos si ni siquiera puedes vencerme a mí en los entrenamientos.

—Oye, gané la mayoría de esos combates.

—Los tres últimos no.

—Esos no cuentan —me río—. Me despertaste en mitad de la noche.

—Tenía que pillarte con la guardia baja de alguna forma. ¿Te crees que Odiva será benévola contigo?

Me obligo a soltar otra risita. La verdad es que fui benévolo con Jules. Podría haberle quitado el cuchillo sin ningún esfuerzo cada vez que me pillaba por sorpresa, pero sigo siguiéndole la corriente. Su orgullo es su mayor fortaleza y no voy a quitárselo.

Desenvaina uno de sus cuchillos y me ataca. Tardo medio segundo en esquivarla. Me apunta a la cabeza y también la esquivo.

—Vamos, Bastien. —Tose en su pañuelo—. Puedes hacer más que esquivarme. Saca tu cuchillo.

Lo agarro del banco y me dirijo al pasillo. ¿Cómo debería atacar? ¿Cómo hago que parezca que lo estoy intentando?

Estoy a punto de ir a por su muslo izquierdo cuando Marcel irrumpe en la capilla por la trampilla. Lleva en la mano uno de los libros más gordos del Beau Palais.

—¡Escuchadme, todos! —Se tropieza con una alfombra raída—. ¡Nunca adivinaríais lo que he descubierto!

—¿Cómo comunicar las Puertas? —Envaino mi cuchillo. Gracias a los dioses tengo una excusa para no seguir luchando contra Jules.

—¿O el secreto para compartir gracias? —Sabine se acerca. No ha tenido suerte encontrando la forma de hacerlo. Cada uno de nosotros se ha cortado las manos y los brazos varias veces, poniendo nuestra

sangre en sus huesos para hacer pruebas.

—Los dos os equivocáis —responde Marcel, divertido. Se sube de un salto al altar lleno de polvo y abre el libro—. Aunque sí tiene que ver con tus gracias, Sabine, para ser más concretos: con la del chacal dorado. He averiguado por qué Odiva y Godart ansían tanto ese hueso de la gracia.

Intercambia una mirada tensa con Cas.

—Sigue.

Marcel hace señas a todos para que se acerquen y nos reunimos a su alrededor. Jules retrocede un paso, molesta porque su hermano interrumpa nuestro entrenamiento.

—Escuchad esto. —Pasa páginas hasta llegar a la que busca—. *Gaëlle cultivó un peral majestuoso, el primero de su huerto y el primero que brotó de su tierra virgen. Todas las bestias querían probar su fruto, pero fue el chacal dorado el que se coló en el huerto mientras Gaëlle dormía y le dio un mordisco. Tyrus lo alabó por su astucia y reclamó al chacal para sí mismo*.

Marcel se echa hacia atrás y entrecruza los tobillos.

—Adivinad qué representa la pera.

Nadie responde.

—La regeneración de la vida. La inmortalidad.

Sabine abre los ojos. Cas se aprieta el puente de la nariz. Miro detrás de mí a Jules, que se queda con la boca abierta. Soy el único que no lo entiende.

—¿Qué tiene eso de importante?

Cas agacha la cabeza.

—Godart quiere el colgante del chacal para gobernar para siempre.

—Y si pueden compartir la gracia, Odiva también —añade Jules, seria.

—Pero… Sabine no es inmortal. —Los observo a todos. Parece que lo habían olvidado.

—Puede que sí lo sea. —Marcel cierra el libro—. Birdine dijo que el veneno que bebió debería haberla matado mucho antes de que le diéramos el antídoto.

—A ver si lo entiendo. —Levanto una mano. La cabeza me da vueltas—. ¿Estás diciendo que Sabine no puede morir?

La sonrisa de Marcel se ensancha.

—Sí.

Abrumada, Sabine se sienta en el borde de la plataforma que rodea

el altar. Jules silba por lo bajo. Cas se queda quieto. Retrocedo un paso y me masajeo la frente.

—*Merde*.

Los dedos de Sabine tiemblan al tocar el hueso de la gracia de chacal que le cuelga del cuello.

—Son buenas noticias, ¿a que sí? —Marcel baja del altar y le da una palmada en el hombro—. Debería darte ventaja cuando te enfrentes a tu madre.

—No si se hace con el colgante del chacal. —Sabine se mete el collar por dentro en la parte de adelante del vestido.

Comienzo a pasearme por la iglesia. Una parte de la teoría de Marcel sigue sin cuadrar.

—¿Cómo puede ser la inmortalidad una gracia? Los chacales dorados no viven para siempre. Si lo hicieran, Sabine no habría sido capaz de matar a uno.

—Pero Tyrus sí vive para siempre —responde Marcel—. Y el chacal dorado lo representa. Fue la sangre de Sabine en el hueso del chacal lo que llamó sus gracias para entrar en ella, las gracias de Tyrus, incluida la inmortalidad.

Cas suspira con amargura.

—Ahora entiendo lo que Godart quiso decir cuando se comparó con un dios. Dijo que ya no sangraría cuando el Paraíso estuviera vacío. No necesitará el cráneo de salamandra de Sabine si Tyrus puede hacerlo indestructible. —Se sienta a su lado, apoyando una mano sobre su espalda.

Pienso en lo que pasó en la última noche de luna llena.

—Yo no estoy tan seguro. En el puente de la caverna, Odiva embadurnó el cráneo de salamandra con la sangre de Sabine y le pidió a Tyrus que le devolviera al padre de su hija su carne, sus huesos y su sangre.

Sabine asiente, aturdida.

—El cráneo selló su resurrección.

—Y si Odiva y él consiguen el colgante del chacal —añado—, Godart seguirá vivo para siempre, igual que ella. —A Cas le tiembla el músculo de la mandíbula—. Necesitan los dos huesos de gracia.

Jules da un paso adelante.

—Bueno, no dejaremos que vivan para siempre, ¿verdad?

Frunzo el ceño en su dirección.

—¿Vamos?

Se lleva la mano a la cadera.

—Más vale que me reconozcas el mérito de haber ayudado a salvar el mundo, aunque no pueda estar contigo esta noche.

Antes de que pueda responder, la pesada puerta de la iglesia se abre y Birdine entra. Tiene la capa mojada por la lluvia. No recuerdo un verano tan lluvioso. Las tormentas no paran de llegar, una tras otra.

—Malas noticias. —La voz de Birdine nos llega a través de la capilla. Sabine y Cas se levantan. Maldigo en voz baja. ¿Y ahora qué pasa?

Marcel corre hacia ella y la alcanza a mitad de camino. Si fuera cualquier otro momento, podría bromear con que parece que están a punto de casarse. Si Jules les da su bendición podrían hacerlo, a pesar de lo jóvenes que son. Marcel está dispuesto a ganarse la vida como escriba y Birdine quiere ayudarle. Tienen la vida resuelta, que es más de lo que el resto de nosotros puede decir.

Marcel le acaricia los brazos.

—¿Es tu tío?

—Mi tío está bien. —La luz del farol brilla sobre sus ojos enrojecidos e hinchados. Lleva días esperando su muerte y se le saltan las lágrimas enseguida—. Son las mareas. —Se vuelve hacia nosotros —. Escuché a unos pescadores que estaban en la ciudad. Se quejaban del alto nivel del mar. Galle del Sur ha sufrido demasiadas tormentas. Las playas están inundadas. —Traga saliva—. ¿Y si el puente de tierra no sale a la superficie a medianoche?

Me rasco la nuca y vuelvo mi pesada mirada hacia Sabine.

—¿Pueden abrirse las Puertas si están bajo el mar?

Se muerde el labio inferior entre los dientes.

—Creo que sí. El puente rara vez se inunda, pero he oído que ocurrió una o dos veces y no impidió que se transportase a los muertos. Aunque será mucho más difícil. Algunas Leurress tienen gracias que las ayudan a nadar o a contener la respiración, pero vosotros… —Niega con la cabeza.

—Estaré bien.

Cas se cruza de brazos.

—Puedo ayudar a Bastien a llevar un bote con remos a la ensenada.

—Bien. Entonces mantenemos el plan. —No podemos esperar otro mes hasta la próxima luna nueva. Odiva y Godart estarán en el puente

de tierra esta noche, inundado o no, para hacer su último intento de sacar las almas del Paraíso—. Pongámonos en marcha —les digo a Cas y Sabine—. Arrastrar un bote de remos más de diez kilómetros va a retrasarnos… por no hablar de que nos dejará exhaustos.

Sabine levanta una ceja.

—No si lo arrastro yo.

Cas se ríe y yo me encojo de hombros.

—Me parece bien.

Birdine empieza a llorar. Nos da a los tres abrazos de despedida como si nos estuviéramos dirigiendo a la muerte. Marcel y ella se quedarán con Jules. No son luchadores como nosotros y Jules ni siquiera puede llegar a la cala sin sufrir un ataque de tos. No los quiero cerca de Odiva y Godart y las hordas de Encadenados.

Mientras Sabine consuela a Birdine, Jules le da un abrazo largo y afectuoso a Marcel. Él sonríe, con el ceño fruncido.

—¿A qué viene esto?

—Por todas las veces que debería haberte abrazado más —la oigo susurrar—. Ahora parecía tan buen momento como cualquier otro.

Le da unas palmaditas en la espalda.

—Ah. Bueno… gracias.

Se aparta y tose varias veces en el pañuelo. Veo un destello rojo en la tela cuando se incorpora. Se me acelera el corazón.

—¿Eso era sangre? —siseo cuando se acerca a despedirse de mí.

Se tensa y se lleva el pañuelo a la espalda.

—No hay de qué preocuparse.

—¿Como que no hay de qué preocuparse? —Levanto la voz. Me da un golpe en el brazo para que me calle—. *Merde*, Jules, ¿por qué no me lo dijiste?

—¿Cuál hubiese sido la diferencia?

—Para empezar, no deberías haberme ayudado a entrenar.

Pone los ojos en blanco.

—Será mejor ir yendo —me dice Cas. Sabine y él ya se están dirigiendo a la puerta. Ella lleva su bastón en la mano.

Respiro hondo e intento que no cunda el pánico. Pronto transportarán al resto de los Encadenados y Jules estará a salvo de más ataques. Se va a curar. Voy a hacer que se cure.

—Prométeme que descansarás mientras no estoy.

Espera un poco más para responder.

—Te lo prometo.

Ahogo un gruñido y me pongo la capa.

—No pierdas de vista a tu hermana —le susurro a Marcel en el oído antes de salir de la iglesia.

35
Sabine

Unas nubes oscuras se ciernen sobre la meseta que conduce a los acantilados que hay arriba de la ensenada. La inminente tormenta oculta la luz de las estrellas de Elara. Si no fuera por mis ojos agraciados, la noche parecería casi negra. Siento que la oscuridad se apodera de mí, apagando mi Luz. Cuanto más nos acercamos al puente de tierra, más asfixiante se vuelve.

Confía en ti misma, Sabine. Tienes el hueso del chacal. Mientras te aferres a él, estarás a salvo.

Hundo los hombros. Si tan solo hubiera aprendido a compartir mi gracia con Cas y Bastien…

Tiro del cordón de mi collar. Mis huesos de la gracia no se mueven; los he metido bajo el escote ceñido del vestido.

—¿Ya sientes a tu *famille*? —pregunta Cas, caminando a mi lado. Lleva mi bastón mientras yo arrastro el bote de remos con una cuerda. Bastien y él me ayudaron a llevarlo los primeros cinco kilómetros, pero luego los obligué a que me dejaran hacerlo sola. Ellos estaban agotándose y a mí no me supone tanto esfuerzo.

—No. —Se me forma un nudo en el estómago—. Seguro que pronto podré. —Es difícil imaginar que Roxane y las mayores me permitan volver a guiarlas… o incluso que me dejen estar en su presencia. Si no lo hacen, no tendré ninguna oportunidad de liberar a Ailesse esta noche… o de derrotar a mi madre, a Godart y a Tyrus, y liberar a miles de almas desencadenadas.

Me duele el pecho. Veo que he dejado de respirar e inspiro despacio. *Relájate, Sabine. Una cosa detrás de otra*.

Sintonizo mis sentidos con mi gracia de chacal y compruebo una vez más si puedo captar alguna conversación entre Leurress. Es casi medianoche, y no estoy muy segura de si las Ferriers han llegado ya a la orilla. Estoy lejos de poder oírlas. Cuento con que estén allí, intentando abrir las Puertas con desesperación, aunque no sepan cómo hacerlo sin mí. Necesitamos su ayuda. No puedo derrotar a mi madre sola.

Cas se muerde el labio y observa a Bastien, varios metros por delante de nosotros. Ralentiza sus pasos.

—¿Puedo hablar contigo un segundo?

La timidez que oigo en su voz despierta algo de la Luz que hay enterrada dentro de mí. Me acerco a él, caminamos uno al lado del

otro y nuestros hombros se rozan.

—Ya estás hablando conmigo. —Sonrío, dejándome llevar por el efecto que siempre consigue ejercer sobre mí. Quizá me dé valor. Esta noche tengo que cumplir con mi deber de *matrone*, aunque mi *famille* no me devuelva ese título.

—Ya sabes a qué me refiero —dice.

¿Lo sé? Su mirada se llena de ternura y el corazón me da un vuelco. Si no fuera por la cuerda que tengo entre las manos, que arrastra el bote detrás de mí, ¿Cas intentaría agarrarme una de ellas? Siento un cosquilleo en las terminaciones nerviosas al imaginarlo. Quiero que lo haga, como cuando me desperté después de que me envenenaran. Nunca olvidaré esa sensación de ser el centro de su atención.

Deja mi bastón y se acerca a mí. No respiro. Me toca la cara y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Tiene los dedos fríos y un poco húmedos por el aire.

—Suelta la cuerda, Sabine —susurra.

—¿P-por qué? —pregunto, pero creo saber por qué. Cas quiere hacer algo más que agarrarme de la mano.

Se ríe en voz baja y su aliento me recorre la cara.

—Confía en mí.

Agarro la cuerda con más fuerza. No sé nada de besar. ¿Y si se me da fatal?

—Confía en mí —vuelve a murmurar. Me roza el pómulo con el pulgar.

Me tiemblan las rodillas cuando suelto la cuerda. De repente, no sé qué hacer con las manos. Cas sí. Me las agarra y entrelaza nuestros dedos. Me acerca aún más a él. Una oleada de calor me sube desde el vientre hasta el pecho, el cuello y las orejas. *Ayúdame, Elara.*

Sus manos se desplazan hasta mi cintura. Soy muy consciente de sus dedos pulgares, que se deslizan desde un sitio que está justo encima de mi ombligo hasta posarse en la parte baja de mi caja torácica. Miles de mariposas revolotean en mi interior.

Acerca la cabeza y se detiene cuando nuestras caras están a punto de tocarse, como si me estuviera mirando. ¿Puede verme bien en la oscuridad?

Su boca baja despacio… la mía sube…

Ahora mismo para Cas sería muy fácil fingir que soy mi hermana.

La parte más carnosa de su labio roza sin querer la punta de mi

nariz. No me ha tocado la boca.

No puedo hacerlo.

Me alejo de él, encogiéndome.

Se queda sorprendido, con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué pasa?

—No… No es el mejor momento. —Cruzo los brazos sobre el pecho y mantengo los músculos en tensión, como una armadura—. Si esta noche todo sale bien… —Respiro con fuerza. Todo va a salir bien —. Ailesse volverá, y bueno, ella es tu *amouré*.

Es más que eso. Ella es la hija que debería ser *matrone*.

—Vuestras vidas siguen unidas —añado.

—Ailesse no me quiere.

—Tú sí la quieres.

Niega con la cabeza. Un rizo rubio le cae sobre la frente. Lucho contra el impulso de tocarle el pelo como él tocó el mío.

—Sabine… —Suspira.

—Los dioses la hicieron para ti —me apresuro a añadir antes de que mis defensas fallen —. No puedo competir con eso. No quiero ser la persona a la que recurras porque no puedes tener lo que quieres.

—Eso no es lo que… —Se acerca a mí, pero doy otro paso atrás.

—Hablo en serio —digo—. Estoy cansada de ser la segunda mejor. —Aunque lo sea. Se me tensan los músculos de la mandíbula. De repente, soy consciente de lo que tengo que hacer después de que Ailesse sea libre: aceptar mi lugar dentro de la *famille* y dejar que la hija más fuerte y feroz sea *matrone*.

Bastien vuelve caminando hacia aquí.

—¿Os he perdido? —pregunta.

—No, estamos justo detrás de ti. —Recojo la cuerda y empiezo a tirar del bote otra vez—. Tenemos que darnos prisa —le digo a Cas, sin mirarlo a los ojos—. Vamos.

Bastien llega y me mira entrecerrando los ojos en la oscuridad.

—Vas a tener que ir tú delante a partir de aquí, Sabine. No sé dónde está la entrada a las escaleras ocultas.

Asiento con la cabeza y paso por su lado, mordiéndome el labio tembloroso mientras arrastro el bote. *No digas que no eres suficiente*. Repito las palabras que Ailesse me dijo en mi visión, pero sigue siendo mi primer instinto, sigue siendo mi realidad. Tal vez la gracia del chacal dorado se aprovecha de mis dudas, intentando machacarme incluso cuando me da vida eterna. Pero no imagino sintiéndome

diferente si me deshago del hueso, cosa que de todas formas nunca haría. Esta noche necesito todo su poder y protección.

No tardo en llegar a las dos rocas que ocultan las escaleras secretas y me detengo a contemplarlas. Jadeo un poco, por fin noto el cansancio de recorrer once kilómetros con este bote. Mi madre no estará igual de cansada que yo cuando nos encontremos cara a cara.

Nunca la derrotaré. Fracasaré en liberar a mi hermana y salvar a los Desencadenados.

—¿Por qué nos hemos detenido? —pregunta Bastien.

Trago saliva y señalo el hueco estrecho entre las dos rocas.

—El camino no es lo bastante ancho para el bote de remos. No lo he pensado bien.

No he pensado bien nada de esto. Sabemos lo que queremos que pase en el puente de tierra, pero no tenemos un plan de verdad sobre cómo conseguirlo. Deberíamos huir mientras podamos y volver el mes que viene, mejor preparados. Si no lo hacemos, Bastien y Cas morirán esta noche, y será culpa mía.

Entonces la oigo… una hermosa melodía que resuena desde la orilla: el canto de sirena para abrir las Puertas. Pero algunas notas no son correctas y no duran lo suficiente.

Unos pasos suben por las escaleras. La adrenalina corre por mis venas. Las Ferriers han percibido nuestra llegada.

Dejo caer el bote de remos. Lo pongo de costado. Saco el cuchillo de hueso de la funda de mi muslo.

—Escondeos —les digo a Bastien y a Cas. Se agachan detrás del bote justo cuando Dolssa y Vivienne salen de entre las dos rocas. Me quedo donde estoy.

Dolssa me lanza una daga. Reacciono rápido y la aparto con la mía. Vivienne levanta su bastón, lista para atacar, pero se detiene.

—¿Sabine?

—Sí. —Mi voz es repentinamente ronca, pero me aclaro la garganta—. He venido a ayudar. Soy la única que puede abrir las Puertas. Lo sabéis. *—Mantén la calma. Sé fuerte y actúa esta noche. No tendrás que hacer de* matrone *por mucho tiempo*.

Vivienne mira a Dolssa, una de las mayores. Dolssa suspira.

—Roxane te desterró, Sabine, y fue por una buena razón.

—Lo sé, pero estoy aquí para demostrar mi valía. Dadme esta última oportunidad. Si no quedáis satisfechas, renunciaré a mi título y le enseñaré a Roxane el canto de sirena antes de la próxima noche de

travesía.

Dolssa toquetea su collar de vertebras de serpiente.

—¿Quién está detrás del bote de remos?

Trago saliva, preparándome para su reacción.

—Bastien Colbert y el rey usurpado de Galle del Sur.

Despacio, los dos chicos se ponen de pie con las manos en alto para demostrar que no son una amenaza.

Dolssa abre mucho los ojos. Vivienne jadea.

—Ellos no pueden venir aquí.

—Necesito su ayuda —digo—. Y la vuestra también. Ailesse está viva. Sabemos cómo traerla del Inframundo y liberar a los Desencadenados prisioneros, pero solo podremos hacerlo si las Ferriers luchan unidas contra mi madre. —Tomo aire—. Porque Odiva y el rey Godart también vendrán esta noche.

Vivienne y Dolssa intercambian una mirada, pensativas.

—Seguidme —acaba diciendo Dolssa.

—¿Y el bote de remos? —pregunta Bastien.

Cas agarra mi bastón y saluda educadamente con la cabeza a las dos Leurress.

—El bote de remos es esencial para nuestro plan.

Vivienne lo estudia, intrigada por el hijo del rey Durand.

—Encontraré la manera de llevarlo a la orilla —responde.

La dejamos a cargo del bote mientras Dolssa nos escolta entre las rocas y baja las escaleras ocultas hasta la ensenada.

Cuando salimos de la cueva del fondo y llegamos a la playa, veo a Roxane de pie con el agua hasta los tobillos, tocando la flauta de hueso que dejé en Château Creux. Pernelle sostiene una manta de lana sobre la cabeza de Roxane para proteger el instrumento de la lluvia, igual que hizo conmigo.

Roxane sigue batallando con el canto de la sirena. Más allá, veo que Birdine tenía razón sobre la marea. Tendría que bajar al menos otros dos metros para que el puente de tierra saliera a la superficie, pero esta noche no bajará más.

Diez de las Ferriers, las nadadoras más fuertes, ya están en el mar. Se ubican de forma escalonada en una línea que lleva al lugar donde deben elevarse las Puertas. Las otras veinte Ferriers, sin incluir a Dolssa y Vivienne, esperan en la orilla. Su plan debe ser reunir a las almas allí y luego enviarlas en cantidades controladas a las Ferriers que están en el agua. No será fácil. Muchos de los Encadenados son

más poderosos por haber robado Luz durante el último mes. Pero todavía no hay almas aquí. El canto no está atrayéndolos.

Enseguida notan nuestra llegada. Varias Ferriers se quedan pasmadas. Ningún muchacho ni hombre vivo ha estado en este lugar. Bastien y Marcel fueron los que más se acercaron hace dos meses, pero solo llegaron hasta los acantilados. Ahora Cas y Bastien están en medio de la playa, en el corazón del lugar más sagrado para mi *famille*.

Me quedo erguida contra la creciente presión y me sintonizo con el chacal que llevo dentro. Tengo el hueso de la gracia más poderoso de todas las Leurress. Incluso más que los de Ailesse o los de mi madre. Me aferro a su ferocidad y noto que la sangre me corre más rápido por las venas. Usaré ese poder para ganarme la confianza de mi *famille*. No dejaré que me subestimen.

Dolssa levanta una mano e impide que la Ferrier que está más cerca de nosotros ataque a Cas. Roxane se gira y se quita la flauta de la boca. Además de sus tres huesos de la gracia: una corona de astas, sus pendientes hechos con los huesos del ala de un águila moteada y un brazalete hecho con los colmillos de lobo gris, lleva dos nuevos colgantes en un collar. Los cinco huesos la declaran oficialmente como la nueva *matrone*. Reprimo un arrebato de resentimiento.

Dolssa nos lleva cerca de la orilla y hace un gesto para que nos quedemos atrás mientras ella se sumerge en el agua para hablar con Roxane. Le cuenta todo lo que le he dicho. Roxane me fulmina con la mirada.

—¿Por qué Odiva y el rey Godart vendrían aquí?

Me pongo más erguida, deseando haberme tomado el tiempo de volver a sujetar los huesos de la gracia en mi propia corona de astas.

—Mi madre aún sirve a Tyrus, pero no a Elara. Quiere robar el resto de las almas del Paraíso y obligar a la diosa a unir su reino al Inframundo. Tyrus está tomando medidas extremas para reunirse con su novia.

Las Ferriers empiezan a cuchichear, tensas.

—¿Unir reinos? —pregunta Élodie.

—Pero todas las almas serían Encadenados —dice Maïa.

Roxane levanta una mano para hacerlas callar.

—Entonces, tal vez tú no deberías levantar las Puertas, Sabine.

Tú, acaba de decir. Está reconociendo que no puede hacerlo sola.

—Las Puertas se abrirán esta noche —respondo—, ya sea porque

las abra yo o mi madre. Odiva tiene la flauta de hueso original. —Se la llevó cuando entró en el Inframundo, y la habrá traído de vuelta.

—Estos asuntos solo conciernen a nuestra *famille*. —Roxane fulmina con la mirada a Cas—. El rey usurpado debería desafiar a Godart en otra parte y llevarse a ese plebeyo con él. —Apenas mira a Bastien.

Cas da un paso adelante, dirigiéndose a Roxane con una reverencia diplomática.

—Si me permite hablar, le haré saber que un Encadenado mató a mi padre, el rey Durand, en cuerpo y alma. Además, hordas de muertos asolaron mi pueblo. En cuanto a mi amigo —Cas hace un gesto en dirección a Bastien, que permanece de pie con los brazos cruzados y los pies bien plantados—, también tiene un gran interés en que los Encadenados se enfrenten a la justicia. Su padre, uno de sus *amourés* fallecidos, está ahora en el Inframundo, junto con los otros Desencadenados atrapados.

—Y Ailesse. —Bastien mira a Roxane como si todo esto fuese su culpa—. También tengo un gran interés en ella, y no necesito ningún vínculo para demostrarlo.

Me pongo delante de él a toda prisa para que se muerda la lengua.

—Planeamos arrojar a Odiva por la Puerta de Tyrus y traer de vuelta a Ailesse —explico—. Así es como Odiva se intercambió con ella la última vez —añado, mirando a todas las Leurress—. Necesitamos vuestra ayuda. No puedo vencer a mi madre sin la fuerza de varias Ferriers a mi lado.

Roxane frunce el ceño.

—¿Y esta orden viene de él? —Mira a Cas con cara de pocos amigos—. No estamos acostumbradas a recibir órdenes de hombres, y menos de simples muchachos.

—No son mis órdenes —responde Cas.

—Son las mías —digo con firmeza—. *Yo* soy la *matrone* de esta *famille*. No seré desterrada ni ignorada. Salvaremos a Ailesse. También transportaremos a las almas. Y cuando Ailesse sea libre, me ayudará a conectar las Puertas y a devolver a los Desencadenados al Paraíso. —Intento no pensar en que podría ocurrir una reversión accidental o en las otras mil cosas que podrían salir mal—. Somos hijas de Elara. Debemos honrarla protegiendo su reino y devolviéndole sus almas.

Roxane hace girar la flauta de hueso entre sus manos mientras delibera.

—Sabine tiene razón. —dice Pernelle, a su lado—. No podemos considerarnos Ferriers de verdad si no les damos a los muertos dignos un camino seguro a casa.

Roxane frunce el ceño y vuelve a darle vueltas a la flauta. Al final, se aleja de las aguas poco profundas y llega a la arena. Me da la flauta.

Siento un escalofrío en el pecho cuando la acepta. La miro a los ojos. Ya no veo a mi rival; veo a la mayor que siempre he admirado, alguien que ha hecho todo lo posible por ayudar a las Leurress, igual que yo.

—Gracias.

Bastien sonríe.

—Tenemos que darnos prisa. —Se vuelve para escudriñar la orilla y masculla—: ¿Dónde está esa Leurress con el bote?

—¡Aquí arriba! —grita Vivienne, con sus oídos agudos y agraciados. Está de pie en el acantilado que da a la ensenada. Empuja el bote hasta el borde de la piedra caliza—. ¡Agarradlo! —les grita a las Ferriers que están debajo de ella.

Bastien se tensa y ve cómo el bote cae unos treinta metros hasta la playa.

No estoy preocupada. Sé lo fuertes que son mis hermanas. Cuatro de ellas se reúnen y el bote aterriza sin problemas entre sus brazos. Vivienne tira los remos. Las Ferriers los colocan en el bote y lo llevan a la orilla. Bastien se sube y se sienta en el asiento de tablas. Dos de las Leurress le dan un fuerte empujón y le ayudan a remar contra la marea.

Cas me toca un brazo y me estremezco por el calor.

—¿Preparada? —me pregunta.

Lo miro. Algunas nubes de tormenta se han disipado y nos ilumina la suave luz de las estrellas. Seguro que me ve un poco mejor, porque ahora me mira a los ojos. La llovizna le cubre la cara y se adhiere a sus rizos sueltos. Siento en el pecho el familiar dolor de querer algo que no puedo tener.

Ojalá le hubiera dejado besarme en la meseta. Ojalá me hubiera creído que soy alguien a quien puede amar sin hacer comparaciones.

—Preparada. —Trago saliva.

Me da un apretón en el hombro y se aleja unos pasos, dejándome espacio. Pernelle trae la manta de lana y me la tiende. Sacudo las manos, me aclaro la garganta y me llevo la flauta a los labios.

Es la hora, Sabine. Le demostraré a mi *famille* que puedo ser su *matrone* sin salir huyendo.

Por fin voy a salvar a mi hermana.

Soplo en el orificio bucal, concentrada, y toco el canto de la sirena.

36
Ailesse

Sabine está iluminada por la débil luz plateada de las estrellas mientras toca la flauta de hueso, pero las nubes de tormenta que se ciernen sobre la ensenada se deslizan y proyectan una sombra oscura sobre ella que ahuyenta esa hermosa Luz.

Me pongo al lado de mi hermana, acariciándole el brazo, susurrándole palabras de aliento, inquieta mientras vigilo el mar y espero a que se abran las Puertas. No me preocupa que sea capaz de abrir las Puertas, ya lo ha hecho dos veces. Estoy preocupada por todo lo que queremos hacer cuando lo realice. Y no podré ayudarla si no logro escapar del Miroir.

El canto de sirena reverbera en el aire y flota sobre las olas del mar. Cuando Sabine emite la última nota, el agua se agita y burbujea sobre el extremo del puente de tierra sumergido. La Puerta se eleva en una ola un metro por encima del agua y se oscurece hasta alcanzar un negro sedoso. Se mantiene a esa altura, incapaz de subir más. La parte inferior de la Puerta debe de estar oculta bajo la superficie. Es igual. Está abierta.

A la derecha de la ola suspendida, las casi invisibles Puertas del Paraíso apenas asoman por encima del agua, pero la escalera de caracol que lleva al reino de Elara se eleva en los Cielos de la Noche.

Suelto un suspiro que no siento salir de mis pulmones, pero imagino que me reconforta.

—Bien hecho —le digo a Sabine. Una sonrisa fugaz se dibuja en su rostro. Se apresura a envolver la flauta en la lana de cordero que le ha dado Pernelle y la guarda en una bolsa que lleva colgada del cinturón. Cas le devuelve su bastón y ella mira hacia los acantilados y la cueva de la orilla, esperando a que lleguen los muertos.

Echo un vistazo hacia el mar para saber cómo va Bastien. Se encuentra a casi quince metros de la orilla, remando a contracorriente hacia la Puerta de Tyrus, que está a otros veintitrés metros. Ninguna Leurress le acompaña en el bote, pero varias le echan un ojo. Confío en que lo ayudarán si lo ataca algún Encadenado.

No me apresuro a encontrarme con él al final del puente de tierra. No puede liberarme hasta que mi madre ocupe mi lugar. Me vuelvo hacia los acantilados y la entrada de la cueva.

—No vengáis todavía —murmuro. Primero Sabine tiene que colocarse cerca de la Puerta de Tyrus.

Una música atronadora resuena en mis oídos, vibrando desde las profundidades del Miroir y el Inframundo que hay debajo. Me mantengo quieta y anclo los pies, resistiendo el poderoso impulso de alejarme en busca de los reinos más profundos del Inframundo. El canto de sirena de Tyrus siempre me atrapa por mis ansias de aventura y me atrae hacia él.

Pero en lugar de añoranza, me repugna con amargura. No me da náuseas, pero siento su malestar. El hechizo de Tyrus no funciona conmigo, no cuando ya me ha atrapado. En lugar de eso, me aferro al hermoso canto de Elara, que me infunde valor. Ella quiere que lo consigamos y salvemos su reino.

Forgeron y Estelle aparecen en lados opuestos de la playa. Observan los acantilados mientras el paisaje se ilumina con un resplandor de otro mundo, de un color abrumadoramente *orvande*, no es *chazoure*. Un enorme número de almas prisioneras se arremolinan en el borde de los acantilados que envuelven la ensenada.

No son los Encadenados. Forgeron y los chacales deben haber enviado todas esas almas a los reinos más profundos del Inframundo. Estos son los Desencadenados que hay en el Miroir. Apenas veo un lugar donde no estén amontonados hombro con hombro. Han estado dispersos hasta ahora, tal vez observando a sus seres queridos, igual que yo. Ahora se amontonan desesperados ante el canto de sirena de Sabine, ansiosos por escapar del Inframundo y regresar al Paraíso.

Jadeo cuando empiezan a despeñarse por los acantilados. No se toman el tiempo de bajar a rastras de cabeza, como he visto hacer a los Encadenados. En cambio, muchos de ellos se tiran al mar. Muchos más caen tras ellos. Algunos se estrellan contra la orilla desde una altura de treinta metros. Me estremezco. Sé que no pueden volver a morir, pero notarán el dolor. ¿O no? Puede que no, si yo no puedo, y soy *orvande*, igual que ellos.

Mientras se dirigen hacia la Puerta de agua, Sabine y las Ferriers no los ven. Solo pueden ver a las almas *chazoure* que también empiezan a congregarse. Para una noche de travesía, el número de almas es considerable. Algunas almas llevan sueltas en el mundo mortal más de un mes, pero no parecen más que relámpagos frente a la tormenta de Desencadenados del Miroir.

Las Leurres de mi *famille* empiezan a transportar a los muertos. La mayoría se las arreglan en la orilla. Los hacen pasar en grupos pequeños por la fila de las diez Ferriers con las mejores gracias para

nadar en el mar. Ninguna tiene un bote con remos como el de Bastien. Incluso si las Leurress tuvieran provisiones para noches raras como la de hoy, dudo que las Ferriers los utilizasen. Son más capaces de luchar sin tener que maniobrar con un bote contra las olas a la vez.

Una multitud de almas *orvande* se abalanza sobre los Encadenados, también en dirección al final del puente, pero no son tangibles para las Leurress, ni siquiera para las almas *chazoure* que transportan. Las almas *orvande* no pueden molestarlas ni atravesar la Puerta de agua. Sea cual sea el poder que retuvo a mi madre cuando estaba en el Miroir, también las retiene a ellas, a pesar de que son cada vez más. Ya hay al menos dos mil Desencadenados prisioneros en la ensenada intentando escapar del Inframundo. Quizás el padre de Bastien esté entre ellos. Aún no lo he visto en este reino.

Mientras Forgeron me vigila, Estelle corre por la playa y llama a las almas en pánico. Intenta calmarlas, pero no le hacen caso y siguen lanzándose al mar. No se balancean ni se mecen sobre sus olas. Ni siquiera flotan. Se hunden en el fondo del mar mientras que las que logran salir a la superficie se amontonan unas sobre otras.

Eso es una locura. ¿Cómo llegaré hasta la Puerta de Tyrus cuando sea la hora? Las almas *orvande* no molestan a las Ferriers, pero a mí pueden frenarme.

Me tambaleo hacia delante cuando uno se abalanza sobre mí por la espalda. Casi me arrolla en su desesperada carrera hacia las Puertas. Otra me golpea el costado cuando me cruzo en su camino. Avanzo hacia el acantilado que rodea la orilla con la esperanza de mantenerme al margen del caos hasta que llegue mi madre. Pero entonces mi vista agudizada vislumbra a Bastien.

Solo ha avanzado otros cuatro metros y medio en el mar. Dos Encadenados *chazoure* están en el agua rodeando su bote de remos, inevitablemente atraídos por el Inframundo, pero la atracción los enfada y descargan su frustración contra él. Ninguna Ferrier acude a ayudarlo. Están saturadas por las otras almas.

Uno de los Encadenados, un hombre con barba y brazos grandes se agarra del lado derecho del bote. Bastien se inclina hacia un lado. Grito su nombre mientras lucha por agarrarse al casco. Recupera el equilibrio, agarra un remo, ataca a ciegas al Encadenado y lo empuja al agua. Pero el segundo Encadenado se mete en el bote sin que Bastien se dé cuenta.

Corro hacia el mar, haciendo todo lo posible para no pisotear a las

almas *orvande* que se interponen en mi camino, pero son demasiadas y mi fuerza agraciada puede con ellas. Derribo a tres sin querer y casi me choco con Forgeron. Me lanza una mirada sombría.

—Ten cuidado, Leurress. —Su voz profunda retumba contra los lamentos de los muertos—. Solo te queda una oportunidad antes de que te conviertas en una Encadenada. No me obligues a hacerlo.

Aprieto los labios y miro a Bastien. Es incapaz de ver a sus oponentes, está batallando con el segundo hombre *chazoure*. Están peleándose por el control de su remo mientras el primer Encadenado vuelve a nadar hacia el bote. Si consiguen meter a Bastien en el agua, lo ahogarán. Las Ferriers que están más cerca no se percatan de que se encuentra en apuros. Están luchando contra más Encadenados poderosos.

Vuelo a mirar a Forgeron y aprieto la mandíbula.

—No estoy obligándote a nada. Tienes elección, ¿recuerdas? —Antes de que pueda responder, lo aparto de mi camino de un empujón y corro hacia Bastien.

Me cuesta avanzar entre las almas *orvande* presas del pánico, pero utilizo mi agilidad de íbice y mi velocidad de halcón. Avanzo y me abro paso entre las masas. Sigo sin ser lo bastante rápida. Ahora, los Encadenados están en el bote de remos de Bastien. Está a unos veinte metros, a la deriva con la marea rumbo a la orilla, y a mí el agua solo me llega hasta las rodillas. Una chica con una trenza dorada pasa junto a mí y se zambulle en el mar. Abro grandes los ojos. *¿Jules?*

Nada hacia el bote. Sus brazadas son temblorosas, pero decididas. Corro tras ella, tras Bastien, abriéndome paso entre enjambres de muertos *orvande* que no molestan a Jules.

Bastien tiene el cuchillo desenvainado cuando la ve. Está apuñalando a ciegas a hombres que no sangran cuando palidece en medio de la oscuridad.

—¿Jules? —Se queda boquiabierto—. ¿Qué demonios haces aquí?

Está demasiado cansada como para responder. Sigue nadando hacia él. Se abre paso entre las olas cuando suben, pero algunas de las corrientes más fuertes la retienen bajo el agua. Tose cuando sale a la superficie, agitando los brazos como una loca.

Maldigo mientras intento avanzar, ahora el agua me llega a la cintura. ¿Por qué ha venido Jules? Está demasiado débil como para ayudar a Bastien. Hace días que la veo toser sangre. Solo lo distraerá.

La golpea otra ola y vuelve a hundirla bajo el agua. Bastien se

queda mirándola demasiado tiempo. El barbudo Encadenado lo golpea en la mandíbula. Se sujeta al casco del bote y parpadea con fuerza.

Vuelvo a gritar su nombre. Ahora el agua me llega al cuello. Una ola me pasa por encima. Intento nadar, pero no puedo actuar sobre el agua. Nado y pataleo, pero no consigo salir a la superficie. Solo logro salir a flote cuando una ola me empuja.

El bote de remos sigue a la deriva hacia la orilla. Ahora Jules está a dos metros de él. Yo estoy a seis. El segundo Encadenado deja a Bastien y salta tras ella. La agarra por los hombros y tira de ella hacia abajo.

Doy otro paso y el fondo marino desciende de repente. Ahora estoy totalmente bajo el agua. Por instinto, aguanto la respiración y luego me recupero. No me hace falta respirar. Decidida, sigo sumergiéndome en el mar.

Me abro paso entre los Desencadenados. Sus extremidades y sus rostros *orvande* resplandecen ante mí mientras avanzo. Casi cuatro metros más adelante, me encuentro con Jules. Se hunde despacio por el peso del Encadenado. Le salen burbujas de la boca mientras se revuelve. Lo apuñala con uno de sus finos cuchillos. Él la suelta. Ella patalea hacia la superficie y toma aire.

Avanzo metro y medio antes de encontrarme con un muro de almas *orvande*, amontonadas unas encima de otras. Otras trepan por encima de ellas, frenéticas por alcanzar la Puerta de Tyrus. Yo hago lo mismo, rápida y ágil con mi gracia de íbice. Cuando llego a la cima de sus cuerpos contorsionados, salgo del agua.

Ahora tengo el bote de remos cerca, solo está a dos metros. No veo a Jules por ninguna parte. Bastien y el Encadenado barbudo están de rodillas en medio del bote, en una pelea sin tregua por el cuchillo. El hombre lo dirige hacia la garganta de Bastien.

Salto desde la cima de las almas amontonadas con mi gracia de halcón, odio tener que usarlas como palanca para alcanzar a Bastien. Justo cuando salto, se mueven debajo de mí. Caigo y me deslizo bajo el agua.

Jules y el Encadenado están de nuevo bajo la superficie, a seis metros de profundidad. La está inmovilizando en el fondo del mar. Mi sexto sentido me recorre la columna vertebral y me abro paso hacia ella.

Agarro al Encadenado, pero no puedo moverlo como a las almas *orvande*. Soy tan intangible para él como lo soy para Jules cuando la

agarro en vano. Bastien es el único que puede salvarla. Pero, ¿cómo voy a llegar hasta él?

Pienso rápido en las leyes del Miroir. Me acuerdo de Estelle dándole un puntapié a la arena sin removerla; de algún modo, esa arena seguía manteniéndonos en pie, aunque estuviéramos en otro reino. No, la arena no nos sostenía. Nos manteníamos en pie porque nuestras mentes nos decían que debíamos hacerlo.

Puedo nadar. De hecho, ni siquiera tengo que hacerlo.

Me imagino en el bote de remos y, de repente, estoy allí, junto a Bastien.

Me esfuerzo por mantener la calma, a pesar de la hoja que se cierne sobre él y que está a punto de cortarle el cuello. Y a pesar de Jules, que está a punto de ahogarse.

—Bastien —le digo, y busco la Luz en su alma.

Frunce el ceño. Me escucha.

—Llama a Isla —le digo—. Pide ayuda. —Nunca me ha gustado Isla, es mi rival desde que era una cría, pero es la Ferrier que está más cerca y tiene una gracia que le da el oído de un lobo.

—¡Isla! —grita Bastien—. ¡Ayúdame! —Tiene la voz medio ahogada, pero a casi ocho metros de aquí, Isla se aparta del alma *chazoure* Desencadenada a la que está guiando. Abre grandes los ojos.

Le perdono todas las palabras y miradas de desprecio que me ha dirigido cuando se lanza de inmediato hacia el bote de remos. La mandíbula de pez espada que lleva en el collar le confiere una gran velocidad en el agua. Llega al bote en cuestión de segundos. Se lanza al interior, le quita a Bastien el Encadenado de encima, le saca el cuchillo de las manos y lo arroja hacia el camino de Ferriers que están sobre el puente de tierra.

—El cuchillo. —Bastien abre la mano, no hay tiempo para darle las gracias. Isla se lo da. Se zambulle para ir a por Jules. Isla va tras él. Llevo mi mente al fondo del mar y, en un abrir y cerrar de ojos, estoy allí.

Isla alcanza a Jules antes que Bastien. Le quita al Encadenado de encima. Jules apenas está consciente. Bastien la agarra, sale del fondo del mar y nada hacia la superficie. Isla se acerca para ayudarlos. Agarra el otro brazo inerte de Jules y sube a toda velocidad en busca de aire.

Estoy a punto de seguirla cuando veo a Forgeron bajo el agua. Lleva un martillo de herrero en el cinturón. Camina sobre un lecho de

coral que no le corta, y viene hacia mí, esquivando con habilidad las almas *orvande* que se interponen en su camino.

Merde.

Pienso en mí en la superficie. No puede encadenarme si no consigue atraparme.

Mi entorno cambia en un abrir y cerrar de ojos. Estoy sentada en el bote, pero Bastien y Jules no están. Al menos están en la superficie. Isla sigue ayudándolos a acercarse al bote.

Escudriño las profundidades y busco a Forgeron.

Me doy la vuelta. El herrero está encima del agua, de pie sobre ella. A un poco menos de cuatro metros de distancia, camina con paso firme hacia mí.

—No tienes por qué hacer esto. —Me pongo en pie—. Puedes elegir a quién encadenas.

Une las cejas en una línea tensa.

—No, no puedo, y sabes por qué.

Se acerca a mí. Me alejo antes de que me agarre del brazo con su mano enorme.

Ahora estoy cerca del final del puente de tierra inundado y de pie sobre el agua. Siento pánico. Intento agarrarme de algo, pero no hay nada sólido cerca. Empiezo a hundirme, entonces cierro las manos en puños y aprieto la mandíbula. *Para*, me digo. *Esto no es agua de verdad, no en el Miroir. Estoy en un lugar independiente al mar Nivous, a la ensenada y a la tormenta. No pueden conmigo*.

Me incorporo. Me mantengo en pie sobre la superficie. Miro a mi alrededor, esperando encontrar a Sabine nadando cerca de las dos Puertas. Es *matrone*. Debería estar realizando el último paso de la travesía. En cambio, Pernelle y Roxane están en su puesto.

Miro hacia la orilla y me tenso. Entre las masas de almas *orvande* y *chazoure*, veo una corona hecha con el cráneo de una víbora y un murciélago, una capa de pelo negro oscuro y unas charreteras hechas con plumas y las garras de un búho real.

Mi madre. Ya está aquí.

Está enfrentándose a Sabine. Unos metros más allá, el rey Godart se gira y Cas y él se miran fijamente a través de la playa. Ambos sacan sus armas. *No, no, no*. Este no era el plan. Se supone que mi *famille* debería estar ayudando a Sabine. No puede arrastrar a mi madre a la Puerta de Tyrus ella sola. Pero las Ferriers están desbordadas luchando contra Encadenados que han aumentado su poder.

Estoy corriendo a través del agua hacia mi hermana cuando Forgeron vuelve a encontrarme. Se cruza en mi camino.

—Has elegido tu destino. Ya no puedes escapar de él.

Me alejo de él tres metros. Una fracción de segundo después, lo tengo delante otra vez. Lo intento dos veces más. Es inútil. Ahora estoy al otro lado de la Puerta de agua, a centímetros de la ola de un metro que se cierne sobre la superficie. Forgeron me tiene contra ella.

—¡Espera, por favor! —Levanto las manos, entonces me doy cuenta y las escondo rápidamente detrás de mí. Pero no hace falta que me las agarre. Se dirige al cuello.

—¡Forgeron, no la toques!

Estelle.

Aparece a su lado y él se queda quieto como una estatua.

—Ailesse es la hija de mis hijas —dice—. También de las tuyas.

A pesar del pánico que siento, el asombro se apodera de mí. Por supuesto que Forgeron es mi padre, varias generaciones atrás. Estelle me dijo que nunca había amado a otro.

—Le debemos lealtad a nuestra *famille*, no a Tyrus —dice.

Forgeron frunce el ceño. No la mira a ella. Me mira a mí.

—Si lo desobedezco —responde—, no volverás a ver a tu descendencia.

—Tomé esa decisión cuando vine aquí. Te elegí a ti por encima de todo. —Se acerca un paso a él—. ¿No es hora de dejar atrás el pasado y abrazar el presente?

Aprieta la mandíbula.

—Nuestras hijas son fuertes, Forgeron. No me necesitan. Pero tú sí.

Le tiembla la barbilla, pero no se deja convencer. Despacio, se acerca a mí.

—Aurélien. —La voz de Estelle es solo un susurro, pero carga con el peso de siglos.

La angustia desgarra el rostro de Forgeron.

—No me llames así.

—Es tu nombre.

—Ya no. Soy un herrero, un arma, un forjador de cadenas.

—Eres la canción de mi alma. Mi único amor. Mi vida eterna.

—Eres mi padre —susurro yo también.

Estelle se acerca aún más a él, sus ágiles pies se deslizan sobre el agua.

—Entrégame tus cadenas, Aurélien. Dale a Ailesse su vida.

Él se vuelve hacia ella con un gesto de dolor en el rostro.

—Pero los chacales…

—No golpearás tu martillo —dice tranquila—. Tyrus puede separarnos de los vivos, pero no puede obligarte a hacer nada.

La tensión de sus anchos hombros disminuye.

—Estelle —murmura, y se acerca a ella con cuidado. Las caras de ambos están casi tocándose—. ¿Estás segura?

Se inclina hacia él y lo besa. Acaricia su rostro con las manos. En su frente se forma un delgado anillo de *orvande*, grabado con hermosas volutas. No es el tercer eslabón de una cadena. Es la corona de una reina.

El bote de remos de Bastien llega a la Puerta de Tyrus. Jules y él buscan a Sabine, pero no está allí con Odiva. Mi hermana y mi madre están luchando en la playa. Cas y Godart también están allí, abriéndose paso entre las masas, decididos a batirse en duelo. Las Ferriers luchan contra los Encadenados *chazoure* en el mar y en la orilla, mientras los Desencadenados que están atrapados avanzan hacia la Puerta de Tyrus. Sus cuerpos se amontonan unos sobre otros como si fueran olas cubiertas de *orvande*.

La necesidad se apodera de mí.

—Necesito vuestra ayuda —les digo a Estelle y Aurélien, desearía no tener que interrumpirlos, sobre todo después de lo mucho que han esperado este momento.

Se separan y me miran a mí y a su alrededor, un poco desorientados. Imagino lo que deben estar viendo: solo a mí y a los Desencadenados atrapados en el Miroir estéril, sin ver a las Ferriers, la ensenada ni las almas *chazoure* del mundo mortal.

—¿Podéis contener a los Desencadenados cuando intente escapar? —*Por favor, Elara, déjame salir de este lugar para poder ayudar a mis amigos*—. Entonces podré liberar a todas estas almas y enviarlas de vuelta al Paraíso.

Necesitaré la flauta de Sabine y un milagro para lograrlo, pero confío en el poder de la música ritual. Existen varios cantos de sirena: uno para el rito de iniciación, otro para abrir las Puertas, otro para atraer almas al Inframundo y otro para atraer almas al Paraíso. ¿Quién dice que no se pueden escribir más cantos de sirena? ¿Y si toco una canción nueva esta noche y uso la Luz de Elara para que me sirva de guía? Una canción nueva podría romper la barrera del reino de Tyrus y llamar a las almas que están atrapadas por error.

Estelle se vuelve hacia Aurélien y arquea una ceja. Él sonríe, deslizando su enorme mano alrededor de la de ella.

—Juntos somos lo bastante fuertes.

Vuelvo a observar a los Desencadenados. Aunque ahora son muchísimos más, tiene que haber el mismo número de Encadenados o más atrapados en las profundidades del Inframundo.

—Bien —respondo—. Entonces, preparaos.

Esta noche puedo hacer más que liberar almas inocentes. Ahora sé cómo podemos derrotar a Tyrus mis amigos y yo.

37
Bastien

Aguanta, Ailesse. Voy a por ti. No he dejado de tener el pulso acelerado desde que escuché su voz. Está aquí de verdad. Y depende de mí.

Meto los remos en el agua y mantengo el bote firme contra la marea.

—Vamos, Ferriers. —Intento ver la playa oscura. Ailesse también necesita su ayuda.

Vislumbro el vestido blanco de Sabine cuando esquiva un golpe del bastón de Odiva. Su *famille* debería estar ayudándola, pero están ocupadas luchando contra un ejército invisible de Encadenados. No tiene que ser fácil, pero no me queda paciencia. Obligar a Odiva a ir hasta la Puerta de Tyrus es más importante. Mientras tanto, en la playa, Cas hace chocar su arma contra la de Godart. Han comenzado su duelo.

—Sabine y las Ferriers no llegarán a tiempo —dice Jules. Está sentada frente a mí, con el pelo suelto de la trenza pegado a la frente y el cuello. Los dos estamos calados hasta los huesos—. La Puerta no va a estar abierta para siempre.

La ola negra se eleva dos metros a mi izquierda. Roxane y otra Ferrier que no conozco están en el agua frente a ella. No puedo ver el alma que intentan transportar, pero debe ser muy poderosa para que tengan que forcejear las dos.

—Tienes razón. —Le doy la vuelta al bote con los remos.

—¿Qué haces?

—Tenemos que ayudar a Sabine. Tengo que ayudarla —me corrijo —. Tú te bajas en el otro lado de la orilla. —Me castañetean los dientes—. No sé en qué estabas pensando al venir aquí. Casi consigues que te maten.

—No vuelvas a la orilla.

—¿Tienes una idea mejor?

—Sí. —Respira hondo. Parece papel triturándose en su pecho—. Conseguiremos sacar a Ailesse por nuestra cuenta.

Aprieto los remos con los dedos y con tanta fuerza que me tiemblan las manos. Los músculos me arden de rabia. Por fin me doy cuenta de por qué Jules ha tenido una energía casi maníaca estos últimos días a pesar de estar tan enferma. Ha descubierto una forma de ayudar de verdad: quiere intercambiarse con Ailesse.

—Si crees que voy a dejarte pasar por la Puerta del Inframundo, has perdido la puta cabeza.

La sonrisita resignada que esboza hace que me den ganas de estrangularla.

—Me estoy muriendo, Bastien.

—No. Te estás curando. Y cuando los Encadenados se hayan ido…

—¡No estoy curándome! El daño ya está hecho. —Tose con fuerza en la manga de su camisa y la sangre se esparce por la tela húmeda—. Mi alma pende de un hilo. Noto que ese hilo se deshilacha. Déjame morir a mi manera.

—¿Morir en el Inframundo? —Intento tomármelo a risa, pero tengo la garganta muy cerrada—. Sería una tortura.

—Sería *temporal*. Me liberarás cuando liberes a los otros Desencadenados. Encontraré a tu padre e iré con él al Paraíso. —Sus ojos brillan con lágrimas—. Piénsalo. Allí también estaré con mi padre.

Agacho la cabeza. Dejo caer uno de los remos y me coloco los dedos en el rabillo de los ojos.

—Tú y yo hicimos un pacto hace ocho años para vengarnos —continúa—. Esta es mi última batalla, lo que puedo hacer para luchar por lo que tanto nos ha costado.

—¡Para, Jules! —Se me quiebra la voz—. No voy a oír esto.

—Tienes que hacerlo. —Me agarra la mano—. Ailesse tiene que ser libre para ayudar a Sabine a derrotar a Odiva y conectar las dos Puertas.

—Encontraremos otra manera.

—Déjame ir, Bastien. —Se acerca a mí, arrodillándose en el casco del bote—. Confío en ti para que salves mi alma.

La miro a través de las lágrimas calientes que me emborronan la vista. No puedo… No dejaré morir a mi mejor amiga.

Aprieto la mandíbula, me deshago de su mano y agarro los remos. Tiro con fuerza de ellos.

—Bien —dice Jules, y se levanta rápido—. Entonces haremos esto a mi manera.

Salta del bote.

Me quedo mirándola, horrorizado. El agua oscura junto a la Puerta se la traga.

—¡Jules! —La adrenalina me recorre. Suelto los remos y me lanzo tras ella.

Veo todo negro. Tanteo a ciegas, buscando un brazo, una pierna… cualquier cosa que me permita sujetarla y apartarla de allí.

Mis ojos se adaptan un poco. Veo los vestidos blancos de las dos Ferriers que hay cerca de aquí. Siguen luchando contra los Encadenados. Entonces veo la trenza de Jules. Se arrastra tras ella mientras nada hacia la Puerta. El velo negro es aún más oscuro que el agua. No puedo evitar mirarlo fijamente. Durante un segundo, todos mis músculos se relajan. Me dejo llevar por la corriente. *Ailesse*.

Desde el otro lado de la Puerta, sus ojos se encuentran con los míos y me da un vuelco el corazón. Está iluminada por un extraño resplandor y su pelo rojizo se arremolina en el agua como si fuera fuego.

Mira a Jules, que se lanza directamente hacia ella, y abre mucho los ojos.

—¡No! —El agua amortigua su voz.

Vuelvo a nadar con fuerza. Jules está a un metro de la puerta. Me agarro a su bota cuando intenta moverse más deprisa. Mueve la pierna y el tacón me da en el brazo.

—¡Jules, no! —Ailesse levanta las manos para intentar detenerla. No puede, está atrapada en la Puerta. Jules la atraviesa y le agarra la muñeca. Agarro a Jules por el otro brazo.

—¡Por favor! —grito, pero mi voz se pierde en un chorro de burbujas.

Tiro de ella, pero no suelta a Ailesse. Se mueve un poco y luego se queda inmóvil. Me preocupa que esté a punto de ahogarse, pero tiene una expresión serena… y tranquila. La ira que la ha alimentado, que la ha mantenido con vida desde que teníamos doce años, ha desaparecido. Una leve sonrisa se dibuja en su boca.

Nos mira a Ailesse y a mí, como si pidiera permiso.

Permiso para morir.

Tengo el corazón en un puño. Hago todo lo que puedo para contener un sollozo entrecortado y no perder más aire. Se suponía que Jules no tenía que acabar así. Pero lo menos que puedo hacer es ayudarla a conservar su alma antes de que el resto de su Luz desaparezca.

Mi pulso se ralentiza cuando aflojo el agarre que ejerzo sobre su brazo. Se desliza por mi mano hasta que atrapo su mano. Solo un segundo. *Te salvaré*, gesticulo. Haré lo que me ha pedido. La traeré de vuelta al Paraíso con mi padre, aunque eso me cueste la vida.

Te quiero, me responde.

Veo a la chica que corría conmigo por las calles de los barrios pobres, que practicaba con el cuchillo hasta que los chicos de Dovré la respetaron, que me seguía cada luna llena mientras cazábamos una Hechicera de Huesos.

Abro los dedos… y la dejo ir.

Jules se abre paso a través de la Puerta, sin soltar a Ailesse. Un segundo después, Ailesse sale empujada con cara de asombro. Nos agarramos de las manos y nadamos hacia la superficie.

Salimos a la superficie. Jadeo y respiro entrecortadamente.

—Ailesse…

Sus brazos se deslizan bajo los míos. Apoyo la cabeza en su cuello, sollozando sin parar. Me sostiene con su fuerza agraciada para que no me hunda. Perder a Jules… Volver a abrazar a Ailesse… Es demasiado.

A nuestro alrededor reina el caos: los aullidos sobrenaturales de los Encadenados, los gritos de guerra de las Ferriers, el cielo que ruge a medida que la tormenta se intensifica… pero Ailesse es una fuerza en calma que se opone a todo. No me regaña por derrumbarme. Tampoco me tranquiliza. Se limita a llevarme por el agua, posando una y otra vez sus labios sobre un lado de mi cara, hasta que consigo controlarme.

No pasa mucho tiempo hasta que recupero fuerzas y respiro con más tranquilidad. Una determinación feroz se apodera de mí. No puedo permitir que el sacrificio de Jules sea en vano.

Apoyo la frente contra la de Ailesse, disfrutando de su calor un segundo más antes de decir:

—Estoy listo.

Me besa en la boca con cariño. No sé lo que significa para nosotros, pero cierro los ojos y me permito albergar esperanzas. Cuando se aparta para mirarme, veo a la intrépida guerrera que conocí en Castelpont hace tres meses.

—Sé cómo derrotar a Tyrus —dice.

Arqueo las cejas.

—Primero tendremos que derrotar a tu madre.

Baja la mano hasta la bolsa de huesos de la gracia que lleva al cuello.

—Creo que puedo darnos una oportunidad de luchar.

38
Sabine

Me lanzo con el bastón y golpeo a mi madre en el abdomen, otro intento desesperado de empujarla al mar y a la Puerta de Tyrus. Su bastón se mueve a una velocidad impresionante. Bloquea el golpe. Su búho real es más rápido que mi atajacaminos, pero mi ciervo rojo es más veloz que su murciélago nóctulo. Excepto porque ella tiene más experiencia en el uso de sus gracias, nuestras habilidades son similares.

Salta por encima de mí y me da un golpe en el brazo. Siseo, aunque podría haberme dado en la cabeza. No quiere matarme. Todavía no. Me vuelve a golpear cuando aún estoy dolorida. Me tambaleo hacia la orilla. También quiere llevarme hacia las Puertas. ¿Me necesita para formar otro canal entre el Paraíso y el Inframundo? Lo único que sé es que Tyrus quiere el resto de las almas de Elara y mi madre se ha convertido en su sierva.

Esquivo su siguiente golpe. Nuestros bastones chocan. Agarro el suyo con una mano y ella, el mío. Luchamos la una contra la otra en un combate a empujones.

—¿Por qué me pediste que fuera tu heredera? —Jadeo. La lluvia me resbala por la cara—. Para ti nuestra *famille* ya ni siquiera es sagrada.

—El mundo siempre necesitará a las Ferriers. —Mi madre aprieta los dientes, sus ojos negros están a escasos centímetros de los míos—. Lo que le pase al Paraíso no cambia eso.

—¿De verdad quieres que todas las almas sean Encadenados?

—Es el destino que se planeó para todos los mortales. Se suponía que los reinos del Más Allá no iban a dividirse.

—¡Piensa en lo que estás diciendo, madre! —Mis pies se clavan en la arena mientras empujo con más fuerza—. Las Leurress también son mortales. Si los reinos se unen, entonces, cuando muramos, también nos convertiremos en Encadenadas. Eso supondría una tortura eterna. No puedes querer eso para nosotras.

Su rostro se endurece con terquedad.

—Tyrus honrará las almas de las Leurress.

—No hay lugar honorable en el Inframundo.

—Tyrus me prometió…

—¡Tyrus es un mentiroso! —Me separo y retrocedo para crear más espacio para luchar—. Dice cualquier cosa con tal de conseguir lo que

quiere. Debería saberlo; su gracia de chacal dorado me llena de dudas y confusión tanto como de un falso orgullo. Si la inmortalidad es esto, no merece la pena.

La mirada de mi madre se desvía hacia el bulto de mi colgante en forma de media luna metido bajo el escote del vestido. Se humedece los labios.

—Entonces dame el hueso, hija. —Deja caer su peso sobre la pierna de atrás y sujeta el bastón hacia abajo y por detrás. Su vestido empapado por la lluvia no entorpece su impecable agilidad—. Yo estoy preparada para soportarlo.

El pánico me recorre las venas.

—Nunca te lo daré.

La ataco en dirección al cuello. Mueve el bastón alrededor de la cadera y me quita el arma. Gira para golpearme en el hombro. Me apresuro a bloquear el golpe cuando oigo un ruido como de madera quebrándose.

—¡Bastien! —grita una chica.

¿Ailesse?

El bastón de mi madre me golpea. Salgo despedida hacia la arena. Hago una mueca, pero ruedo con rapidez, lanzándome a propósito al caos de Ferriers que luchan entre almas. Me apresuro a pasar junto a ellas y me arrastro por el otro lado de una roca de metro y medio para esconderme.

Observo el mar y se me acelera el corazón. No estoy imaginándomelo. Ailesse está ahí de verdad. Está en el mar, a unos catorce metros. Bastien y ella nadan junto a los restos de su bote. Un Encadenado intenta ahogarlo, pero Ailesse lo ataca y lo empuja hacia otra Ferrier.

No lo entiendo. ¿Cómo la ha liberado Bastien? ¿Y dónde está Jules? La vi con él cuando abrí las Puertas.

Un chirrido capta mi atención por encima de los desgarradores sonidos de la batalla. Lanzo un grito ahogado. Una oleada de esperanza recorre mi cuerpo. La lechuza plateada. Ha llegado. Bate las alas y planea sobre Cas, que lucha contra el rey Godart.

Se interpone entre ellos justo cuando Godart se lanza a apuñalar a Cas con la espada. La distracción le da a Cas la oportunidad de desviar el ataque. Antes de que Godart pueda atacar nuevamente, la lechuza plateada vuela hacia su cara y arrastra las garras por su mejilla. Él grita, pero es un ruido furioso, no es de dolor.

—¡Sabine! —Es Ailesse otra vez. Si puede verme a esta distancia, en medio de la oscuridad, todavía conserva sus huesos de la gracia.

Me giro hacia ella, pero no me atrevo a gritarle de vuelta. Revelaría mi escondite. A pesar de la resistencia de mi chacal, no estoy preparada para volver a luchar contra mi madre. No creí que tuviese que hacer esto sola.

—¡Lánzame la flauta! —Ailesse está a diez metros de la orilla. Bastien está justo detrás de ella con el agua a la altura del pecho—. ¡Sé cómo liberar a los Desencadenados!

Noto como abro los ojos de par en par. *¿La flauta puede liberarlos?* Saco el instrumento de la funda que llevo en el cinturón. *Lánzalo*, me ordeno, pero mis músculos se bloquean y aprieto con más fuerza la flauta. Si se la doy a mi hermana, le puedo estar entregando el título de *matrone*.

Eso es lo que ya he decidido hacer. Entonces, ¿por qué no puedo soltarla? Intento lanzarla otra vez, pero no consigo moverme. Estoy paralizada, el corazón me late a mil por hora. La sangre se me sube a la cabeza. *¿Qué me pasa?* Maté al chacal y tallé la flauta con su fémur, pero este instrumento nunca debió ser mío. Debería renunciar a él.

Miro a Ailesse con los ojos entrecerrados. No debería sorprenderme que ella se alce con la victoria esta noche. Siempre fue la mejor líder, la mejor luchadora, la mejor Leurress. Me arde el estómago. Ni siquiera pude ayudar a salvarla.

—¡Rápido! —Mira hacia el otro lado de la roca.

Respiro con los dientes apretados. *Muévete, Sabine. Suelta la flauta. No será la última vez que salves a alguien*.

La tensión de mi cuerpo disminuye. Me pongo de pie y arqueo el brazo hacia atrás. Justo cuando me dispongo a lanzar la flauta, algo duro y delgado me presiona la tráquea. El bastón de mi madre me empuja hacia atrás. Está detrás de mí, ahogándome con él.

—Suelta la flauta. —Su aliento me arde en la oreja.

Parpadeo para disipar el dolor y la creciente presión que siento en los pulmones, pero no la suelto. No es mía y no puedo dejar que sea suya.

En un movimiento rápido, me quita el bastón del cuello y me golpea en la muñeca. Mi agarre se debilita. La flauta cae a la arena.

Me lanzo al suelo para recuperarla, pero llego demasiado tarde. La levanta y la parte en dos.

Me quedo paralizada, aturdida.

Los truenos retumban en el cielo. Mi corazón retumba con ellos.

No pasa nada, no pasa nada. Mi madre tiene la flauta de hueso original y…

Saca la otra flauta del bolsillo de su vestido y también la parte en dos.

—Los Desencadenados se quedan con Tyrus —declara con audacia y en voz alta.

A cuatro metros y medio de la orilla, Ailesse también está paralizada y con los ojos llenos de horror.

Detrás de ella, sobre el mar que se extiende en la distancia, donde termina el puente de tierra inundado, las Puertas negras del Inframundo se cierran y desaparecen las Puertas brillantes y la escalera de caracol que conducen al Paraíso.

39
Ailesse

Me quedo inmóvil.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Bastien. Su vista no está agraciada. No puede ver a mi madre en la orilla en medio de la oscuridad. No sabe lo que ha hecho.

—Las… las ha roto. —La marea me golpea la espalda. Bastien avanza un paso, pero me quedo inmóvil ante su fuerza—. Las necesitábamos para… —Sacudo la cabeza. Intento respirar. No estoy acostumbrada a la exigencia de mis pulmones ni a la forma en que el corazón me late con fuerza contra la caja torácica. No puedo ordenar mis pensamientos—. ¿Cómo los liberaremos ahora?

—No lo entiendo. —La lluvia se desliza por su cara—. ¿Qué se ha roto? ¿Quién ha roto el qué?

—Las flautas. Mi madre… ha roto las dos.

Bastien se queda sin aliento.

—*Merde*.

Justo lo que siento.

Durante un momento de asombro y estupor, la batalla que se está librando en el mar y en la orilla cesa. No hay Puertas. Los Desencadenados dejan de avanzar. Los Encadenados dejan de resistirse. Ya no veo las almas *orvande* del Mirior, pero me las imagino paradas.

Las Ferriers buscan qué ha cambiado. Entonces, un alma —un hombre demacrado de los Desencadenados—, retrocede en la arena. Ese pequeño movimiento provoca una conmoción entre los muertos. Muchos más retroceden. Algunos se dan la vuelta en el mar. El primer hombre echa a correr. El pánico se apodera de todos. El movimiento desencadena una marejada. Todas las almas empiezan a huir de la ensenada.

Otra vez no. Muchas almas ya han sido transportadas esta noche, pero unas cien siguen sueltas.

Las Ferriers actúan rápido, intentando agruparlas. Una Encadenada pasa corriendo por mi lado. Estoy yendo a buscarla instintivamente cuando un chillido agudo capta mi atención.

La lechuza plateada está aquí. Revolotea por encima de Cas. Se lanza a por Godart. Ya tiene cortes en la cara por las garras. Se las clava en el ojo derecho. Él aúlla y se lo tapa con la mano. Mi madre jadea y corre hacia él, alejándose de Sabine.

—¡Godart!

—¡Vamos, Ailesse! —Bastien me agarra del brazo—. Si Cas muere, tú mueres.

Un sudor frío me baja por el pecho. Corremos hacia la orilla.

Ni siquiera me duele la rodilla cuando salgo del agua. Esperaba que mi lesión volviera una vez regresara a través de la Puerta de Tyrus, pero mi pierna es fuerte. Está sana.

Respiro hondo. Puedo derrotar a mi madre. La derrotaré. La derrotaremos.

Avanzo más rápido. Acaba de llegar a donde está Godart. El blanco de sus ojos está rojo por la sangre, y la lechuza plateada se abalanza hacia él para volver a atacar. Mi madre agarra la pata de la lechuza y la lanza lejos. La lechuza sale despedida por los aires y aterriza de bruces en la orilla.

Jadeo. Es el pájaro sagrado de Elara. Mi madre se ha rebelado contra la diosa.

Corro más rápido. Godart y ella no tardarán en atacar a Cas.

Sabine se lanza hacia mí. Tiene los ojos desorbitados. Está empapada por la lluvia y tiembla por completo.

—Lo siento, Ailesse. Lo siento mucho. Es culpa mía que Odiva rompiera las flautas. No actué lo bastante rápido. Lo…

La abrazo.

—Shh, shh. —Volvemos a ser unas niñas. Se acaba de despertar de otra noche de pesadillas. Ha soñado con que otra Leurress muere por no matar a su *amouré*. Jura que nunca hará lo que se tiene que hacer para convertirse en una Ferrier—. Estoy aquí. Ahora todo está bien. —Pero no lo está. Y nunca lo estuvo. Sabine fue la única con la sensibilidad para reconocerlo. Fue la única que entendió de verdad la Luz de Elara, mucho antes de que yo aprendiera a invocar su poder.

Se me eriza la piel. *Luz*. Sigue siendo la respuesta.

Me aparto de Sabine y la agarro por los hombros.

—No necesitas la flauta. Tienes voz. Vuelve a abrir las Puertas. Ya conoces el canto de la sirena.

Sabine parpadea dos veces y frunce el ceño.

—No funciona así. No puedo cantar la canción.

—Sí que puedes. La Luz de Elara tiene el poder de penetrar en el reino de Tyrus. Así es como te hablé en la visión. Así es como le hablé a Bastien. La Luz tiene más poder de lo que nuestra *famille* se da cuenta. Odiva no quería que lo supiéramos. Quería que

dependiéramos de Tyrus. —Le acaricio los brazos para animarla—. Recurre a la Luz que hay en ti. *Canta*, Sabine.

Se aferra al bulto debajo del escote de su vestido, donde se esconden sus huesos de la gracia. Su rostro se empaña por la duda.

—Puedes hacerlo. —Le doy un beso rápido en la mejilla. Tengo que darme prisa y ayudar a Cas. La lechuza plateada sigue agitándose en el agua y mi madre ha sacado un cuchillo de hueso. Se dirige hacia mi *amouré*—. En nuestra *famille* nadie aprecia la Luz como tú. Estabas hecha para ser *matrone*.

Traga saliva.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Lo digo de verdad. Espero que mi sonrisa efímera sea suficiente para convencerla. Le transmito todo el amor y la verdad que puedo antes de tomar su bastón del suelo y salir corriendo. Bastien me alcanza y lo tomo de la mano.

—¡Espera! —grita Sabine—. Aunque pueda abrir las Puertas, ¿cómo liberaré a los Desencadenados sin ti? Tenemos que comunicar las Puertas.

No dejo de correr.

—Canta una nueva canción si es necesario, y usa a las Ferriers —grito por encima del hombro—. También son hijas de Elara. Su Luz es poderosa. —Unidas, tengo que creer que somos más fuertes que Tyrus —. Me uniré a ti cuando pueda.

Cuando lo haga, iré a por el dios del Inframundo, como él atacó a su novia robándole a los Desencadenados de su reino. Exigiré el fin de esta guerra y de los sacrificios de sangre.

Bastien me mira mientras seguimos corriendo.

—Sobre esa oportunidad de luchar que has dicho que tenemos contra tu madre, estoy preparado cuando tú lo estés.

Asiento y respiro hondo para concentrarme. Busco la Luz que hay dentro de Bastien, el canto de su alma, sabiendo que ambos estamos dispuestos a dar amor y a recibirlo.

Frunzo el ceño, luchando por crear una conexión. Tengo el estómago encogido y las piernas me tiemblan. Estoy a punto de enfrentarme a mi madre. Pero en cuanto murmuro el nombre de Bastien, me centro en las brasas incandescentes de su interior. Las avivo con mi propia Luz y comparto lo que tengo, sin necesidad de sangre, huesos ni sacrificios.

Exhalo, encontrándome con su mirada.

—¿Las sientes?

Sonríe y me da un apretón con la mano, su apretón de tiburón tigre es firme.

Ahora somos un equipo formidable. Compartimos mis gracias.

40
Sabine

Me pongo sobre en el límite de la orilla que da al puente de tierra inundado y cruzo los brazos sobre mi estómago revuelto. La marea me baña los pies, pero el frío me aturde. *¿Cantar para abrir las Puertas?* Podría reírme si la situación no fuera tan apremiante.

Pernelle se da cuenta de que estoy pasándolo mal.

—Vi a Odiva romper las flautas. —Se acerca a toda prisa—. No fue tu culpa, Sabine. No te preocupes. Necesitamos tu ayuda con los Encadenados. Se están escapando nuevamente.

Finjo una confianza que no tengo y levanto la barbilla.

—Sé cómo hacer que vuelvan.

Frunce el ceño.

—Pero eso es imposible.

—Ailesse aprendió a hacerlo cuando estaba en el Inframundo. —No es del todo cierto—. Me ha enseñado.

La mirada de Pernelle recorre la orilla hasta mi hermana y Bastien, que están acercándose a Odiva. Frunce los labios un segundo y asiente para sí misma. Levanta la voz hacia el resto de Ferriers.

—¡Todo va bien! Sabine puede llamar a las almas.

—¡No, para! —Agarro a Pernelle del brazo—. No estoy lista para… —*Quería intentarlo sin que me estén mirando todas*.

Demasiado tarde. Las Ferriers que se encuentran más cerca nos miran expectantes. Algunas, como Roxane, están en el agua. Se acerca a nosotras.

—¿Cómo vas a llamarlos para que vuelvan? —Frunce el ceño.

Quiero un caparazón para esconderme, una cueva oscura, el túnel más profundo de las catacumbas.

—Voy a volver a abrir las Puertas… cantando el canto de sirena.

La delgada ceja de Roxane se arquea.

—¿Cantando?

Asiento sin decir nada, tengo las mejillas encendidas.

Las palabras corren como la pólvora entre las Leurress. Las treinta y dos Ferriers se reúnen a mi alrededor. Algunas, como Pernelle, tienen una mirada llena de esperanza. La mayoría parecen tan dubitativos como yo, pero siguen acercándose. Ninguna va a ayudar a Ailesse, Bastien o Cas. Le tienen demasiado miedo a nuestra vieja *matrone* y al rey Godart, que comparte sus gracias.

El corazón me late a mil por hora cuando las miro a todas.

Supongo que debo empezar ahora.

Me aclaro la garganta… y comienzo a tararear. No sé qué más hacer. Esta canción no tiene letra. Se hizo para tocarse con una flauta, no para que la profanase la Ferrier más joven de la *famille* fundadora.

Pernelle me toca la espalda, lo que me hace sentir como una niña.

—Creo que tendrás que cantar más alto, querida.

Asiento con la cabeza, temblando bajo la lluvia torrencial. No hay un lugar seguro al que mirar —a donde quiera que mire me encuentro con miradas escépticas—, así que me miro los pies.

Es imposible tararear más alto. Tengo que abrir la boca. Entono la melodía sin más letra que un tímido «ahhhh» para cada frase.

La canción nunca me había parecido tan larga y temblorosa, tan ahogada y disonante. Estoy muy nerviosa como para mantener el tono. No he captado para nada la esencia cautivadora y preciosa del canto de sirena. Si los Encadenados o los Desencadenados pueden oírme, deben de estar riéndose a carcajadas.

Cuando termina la canción, echo un vistazo al mar oscuro. La marea se ha calmado. Ni una sola ola roza la superficie. En la zona donde deberían elevarse las Puertas no se mueve nada, salvo las ondas provocadas por la lluvia.

Me regaño a mí misma: *¿De verdad creías que podías invocar el poder divino con tu voz?*

Lo que sea que Ailesse haya aprendido en el Inframundo es algo superior a mí. Me giro para mirarla. Bastien y ella están rondando a Odiva, haciendo que se aleje de Cas y Godart, pero la expresión altiva de mi madre indica que no está preocupada. Se me revuelve el estómago. Debería ir a ayudar a mis amigos. El brazo derecho de Cas sangra y está cojeando. No sirve de nada intentar abrir las Puertas.

Pero si no lo hago, los Encadenados volverán a estar sueltos por ahí otras dos semanas y seré la culpable de muchas muertes más. ¿Cuántos muertos me culpan ya por perder la vida? ¿Cuántos más ni siquiera pueden señalarme con el dedo porque ya no tienen alma?

—Vuelve a intentarlo —dice Pernelle. Esboza una sonrisa, pero tiene el ceño fruncido. ¿Cree en mí de verdad o solo represento las últimas chispas de fe que le quedan? Ha visto de primera mano el sacrilegio de mi madre cuando Odiva resucitó a Godart, cuando mató a Maurille y rompió las dos flautas. Pernelle también ha visto a los Encadenados evadir a las Ferrier una y otra vez. Quedan muy pocas esperanzas de salvar aquello por lo que mi *famille* ha sacrificado

tanto… salvo para mí.

—Sí, Sabine. —Vivienne da un paso adelante. El pelo, castaño, se le pega a la cara por la lluvia—. Vuelve a intentarlo.

Ferrier tras Ferrier, repiten lo mismo, plegarias desesperadas para que pueda hacer algo que las ayude a cumplir con su deber de proteger a los vivos de los muertos.

Roxane es la última en decir algo. Inclina la cabeza, las púas de su corona de cuernos se hunden antes de erguirse y mirarme a los ojos.

—Vuelve a intentarlo, Sabine.

El corazón me late más rápido. La presión aumenta sobre mis hombros. Todas cuentan conmigo.

Cierro los ojos con fuerza. Obligo a mis pulmones a abrirse. Ailesse me dijo que *recurriera a la Luz que hay en mi interior*.

¿Dónde está esa Luz? Lo único que siento son mis dudas aplastantes, la gracia del chacal dorado que me sepulta aún más junto al arroyo de la hondonada.

Me vuelven a resonar las palabras que le dije a mi madre. *¿Por qué me pediste que fuera tu heredera?* Ahora sé la respuesta: porque soy la hija más débil. Sabía que no sería capaz de liderar a nuestra *famille* en una rebelión contra ella.

Vuelvo a cantar la primera estrofa del canto de sirena. Ni siquiera puedo aguantar la última nota. Se me seca la boca, se me cierra la garganta, me arden los ojos. Unas lágrimas calientes me resbalan por las mejillas. Me las limpio con rabia.

A lo lejos, en algún rincón de mi mente se oye un grito: ¡Esto es el c*hacal dorado, no tú! ¡Destrúyelo!*

El pánico se apodera de mí. *¡No!* No puedo destruir el colgante en forma de media luna. Su fuerza es lo único que me mantiene en pie contra todas mis inseguridades. Puede protegerme de los muertos y canalizar el poder del Inframundo. La inmortalidad. Solo un necio querría sabotear este regalo.

No necesitas la inmortalidad. El ciervo rojo te da la fuerza suficiente.

¡Para! Soy quien manda. Soy la *matrone*. Debería tener cinco huesos de la gracia. Ya he perdido mi cráneo de salamandra, no puedo perder otro.

Tres metros y medio a la derecha, vislumbro algo en la marea. Un bulto gris oscuro. No, es plateado.

Jadeo y corro hacia la lechuza, llevándola a mi regazo. Tiene las alas empapadas de agua y los párpados rasgados por el cansancio. Mis

oídos agraciados captan el leve y agitado sonido de su respiración. Más lágrimas me escaldan la cara al ver a una criatura tan hermosa y soberbia así de débil y frágil.

Me doy cuenta de que *esto es Luz*, dando nombre a mi dolor. Es la misma angustia que me hizo llorar por toda la sangre y la muerte que he visto en mi vida. Es la rabia y la vergüenza que siento por haber nacido como lo que soy: una chica destinada a sacrificar animales majestuosos como este, una chica destinada a masacrar al chico al que querrá. He anhelado un camino mejor. He lamentado que no lo hubiera.

Pero, ¿y si…? ¿Y si ese camino empieza conmigo?

—Lo siento —le susurro a la lechuza plateada. Lleva semanas sin guiarme ni transmitirme visiones—. Quiero hacer las cosas mejor. ¿Me ayudarás? —No puedo creer que le esté pidiendo esto, pero sigo adelante antes de perder el valor o, lo que es más importante, el tembloroso agarre que tengo sobre mi Luz—. ¿Compartirás tus gracias conmigo?

Sus preciosos ojos se abren de par en par.

—No quiero matarte. No quiero tus huesos. No quiero robarte nada. Quiero que trabajemos juntas. —Le acaricio las plumas húmedas —. Tienes la gracia de Elara. Esta es tu oportunidad de que Tyrus te devuelva lo que es tuyo por derecho.

Chilla con tanta suavidad que parece un ronroneo, pero siento que su Luz brilla con más intensidad. Espero a que su dignidad y su poder fluyan hacia mí, pero no ocurre. Agacha la cabeza. Sus ojos miran directamente el bulto bajo la parte delantera de mi vestido, donde se esconde mi colgante en forma de media luna. Ahora entiendo el problema. Mi gracia de chacal está bloqueando mi Luz… y bloqueando su poder.

Saco el collar y tomo el colgante. Mis músculos se tensan y vuelven a paralizarme. No puedo renunciar a él. El chacal me dio la audacia necesaria para atravesar una vidriera. Me dio la fortaleza para enviar las víboras al Beau Palais, y la saña para matar al ciervo rojo y quedarme con los cinco huesos de gracia de una *matrone*. Sin él no sería más que la hermana debilucha de Ailesse.

No digas que no eres suficiente.

Pero, ¿y si no lo soy?

Tienes Luz. Son las palabras de Ailesse otra vez. *Aférrate a ella.*

Dudo. ¿La Luz puede ser más fuerte que la fuerza de Tyrus?

La lechuza plateada vuelve a ronronear, un chillido suave pero incondicional. Siento el sonido reverberar en mí, como si fuera mi propia voz, mi propia canción.

Exhalo despacio. Me desato el colgante del collar con dedos temblorosos.

—Pernelle —la llamo. La Leurress mayor se acerca a mí—. ¿Me prestas tu bastón? —Dejo a la lechuza de plata con cuidado sobre la arena.

Me lo pasa. Trago saliva y coloco mi colgante en una piedra que hay cerca. Lo dejo ahí un buen rato, sin soltarlo. El sudor me recorre, caliente y frío. *Elara, ayúdame*.

Reúno toda mi energía. La cabeza me da vueltas, el corazón se me acelera. Al final, se me relajan los músculos. Con mucho esfuerzo, aparto la mano del colgante.

En cuanto lo suelto, dejo de sentir su poder. Pero eso no basta. No puedo permitir que se les conceda la inmortalidad a mi madre o a mi padre.

Me pongo de pie, ensancho los hombros e inspiro con fuerza.

Golpeo con el extremo del bastón mi hueso de la gracia de chacal dorado.

41
Bastien

Mi visión de tiburón tigre se abre paso entre la oscuridad y la lluvia. Con las gracias de Ailesse, el cielo sin luna parece más bien un amanecer gris, incluso con todas las nubes de tormenta. Capto cada detalle del cuchillo de Odiva cuando me lo arrebata: el color envejecido del hueso, los afilados dientes al final de la hoja, una manada de chacales grabada en la empuñadura.

Salto hacia atrás y me quedo sin aliento. Mis reflejos son asombrosamente rápidos. El cuchillo me araña la camisa, no la piel. Odiva sigue empujándome hacia la pared del acantilado que tengo detrás. Estoy a punto de tocarla.

—¡Salta, Bastien! —grita Ailesse. Se pone de pie. Odiva la ha lanzado a varios metros de distancia.

Saltar. Cierto, podría hasta volar.

Tenso los músculos y doy una fuerte patada sobre la piedra caliza. Salgo disparado por los aires. Es imposible no chillar por la descarga de adrenalina. Giro sobre la cabeza de Odiva y me precipito hacia el suelo. Mi aterrizaje es un auténtico desastre. Ruedo y resbalo en la arena mojada, pero me levanto enseguida con una sonrisa aturdida en la cara. Se me acelera el pulso, estoy dispuesto a más. Con semejante energía, todo es posible. *La venganza* es posible.

Hago crujir los nudillos. Aprieto los puños. Observo los ojos negros de Odiva a través de los tres metros y medio que nos separan. *Esta es la noche en que por fin morirás*.

Sus labios rojos como la sangre se curvan.

—El chico al que quieres es muy seguro de sí mismo —le dice a Ailesse, que se coloca en posición táctica a su derecha—. ¿Por eso le deseas más que a tu propio *amouré*? —Odiva inclina la cabeza hacia mí como un halcón—. No te culpo. Bastien puede ser arrogante, pero al menos tiene una fuerte inclinación a sobrevivir, independientemente de las gracias que tú le des. No puedo decir lo mismo del pobre Casimir.

Miro unos catorce metros más allá de Ailesse, al lugar dónde Cas está luchado contra Godart. Está haciéndolo bien, pero está claro que, con cinco gracias en su arsenal, Gordart lleva ventaja. Cas está empapado por la lluvia y una buena cantidad de sangre. Tiene heridas en el brazo y la pierna. Graves. Godart tiene a Cas arrinconado contra una roca, y se acerca, usando la espada para jugar con él. Le hace

pequeños cortes. Le da en los brazos y en las piernas con la parte plana de la espada para herirlo.

—¡Ve a ayudarlo! —le digo a Ailesse. Ella no está más débil, lo que significa que Cas no ha perdido Luz. Pero sus vidas siguen unidas por sus almas. Si él muere, ella muere. Eso también me mataría a mí—. Yo puedo arreglármelas con tu madre.

Su mirada aguda dice que Odiva ni siquiera ha empezado a retarnos. Se mueve de un lado a otro, nos mira a Cas y a mí, y luego inspira profundamente, como si se acordara de algo.

—¡La calavera de salamandra! —le grita a Cas—. ¡Quítasela! Godart no puede vivir sin ella.

Odiva pierde la sonrisa. La expresión de Cas se vuelve seria. No tarda en arremeter contra Godart, luego agarra el cordón del collar y lo corta con su propia espada. La calavera cae a la arena. Godart intenta agarrarla, pero Cas le hace un corte en la mano y agarra la calavera. La estrella contra la roca seguida de la empuñadura de su espada. Se rompe en pedacitos.

Observo, aguantando la respiración. No sé muy bien qué esperar… tal vez que la carne de Godart se derrita y los huesos se conviertan en cenizas, pero no pasa nada. Gruñe y vuelve a atacar a Cas. Sus espadas chocan.

Una serie de temblores me suben por la columna vertebral y el hombro izquierdo. Mi sexto sentido. Así lo describió Ailesse. Miro en esa dirección. Odiva se acerca a su hija lentamente.

—Niña estúpida.

Ailesse le lanza otra mirada a Godart, frunciendo el ceño. Está tan confundida como yo.

—Al menos ahora están más cerca de tener una pelea justa —dice —. Godart no podrá curarse.

—¿Curarse? —Las fosas nasales de Odiva se agitan—. Tu *amouré* le ha robado todas sus gracias.

Ailesse entrecierra los ojos.

—El cráneo de salamandra… le unía a tus gracias —dice, dándose cuenta—. Pero… ¿cómo? Era el hueso de la gracia de Sabine, no el tuyo.

Odiva se yergue.

—Olvidas que tenía la sangre de Sabine y, por ende, la mía.

No estoy muy al tanto de los detalles de la magia oscura de Odiva, pero una cosa está clara: ahora es una pelea justa. Al menos para Cas.

Odiva carga contra Ailesse con su cuchillo de hueso. Una nueva rabia se ha apoderado de ella. Se acabaron los jueguecitos.

Ailesse blande el bastón para bloquear el golpe de su madre. Odiva salta por encima de ella y le hace un corte en el brazo a Ailesse. Ella jadea y suelta el arma. Corro hacia ella. La sangre brota de la herida. *Merde*, el corte es profundo.

Odiva se aparta un mechón de pelo negro de la cara.

—Esto no es lo que quería para ti.

—No. —Ailesse se aferra a su brazo ensangrentado—. Querías que me pasase la eternidad en el Inframundo.

Odiva levanta un hombro.

—Habrías tenido algo parecido a la vida real en el Miroir.

—¡Deja de poner excusas! Me sacrificaste sin piedad, sabiendo muy bien que acabaría convirtiéndome en una Encadenada allí.

—Y, aun así, aquí estás. —Odiva arruga la nariz mientras observa a Ailesse. Si alguna vez Odiva sintió algo de amor por ella, ya no lo siente. Ahora solo desprende odio—. Lo que significa que después de todo debo matarte con mis propias manos, primogénita.

Ailesse busca a tientas su bastón. Es lenta con el brazo herido. Intento agarrarlo por ella, pero Odiva se me adelanta, veloz como un murciélago nocturno. Lanza el bastón contra el costado de Ailesse y las costillas se le rompen con un chasquido repugnante. Ailesse cae sobre la arena, retorciéndose.

—¡Ailesse! —Me arde la sangre. Miro a Odiva con furia. Está muerta. Me aseguraré de ello.

Me abalanzo sobre ella dando estocadas y puñaladas salvajes con el cuchillo de mi padre. Su bastón me bloquea cada movimiento.

—A ti también te mataré, muchacho. —No hay vida ni luz en su mirada de ojos negros, solo oscuridad—. Igual que mi *famille* mató a tu patético padre.

Los latidos de mi corazón rugen en mis oídos.

—No te atrevas a hablar de su muerte.

Sonríe.

—Muy bien. —Me golpea con fuerza hasta que caigo al suelo. Clava su bastón en la arena, desenvaina su cuchillo de hueso y me inmoviliza con una rodilla—. Entonces hablaré de *tu* muerte, Bastien. O mejor aún, te mataré yo misma.

Apunta la hoja hacia mi corazón. La lluvia cae por la punta afilada.

—Y esta vez, me aseguraré de que mueras.

42
Sabine

La Luz que hay en mi interior irradia con las gracias de la lechuza plateada. El cielo brilla… veo mejor en la oscuridad, y escucho aún mejor. Pero lo que más noto son los cambios en mi actitud y en mi estado de ánimo.

Camino por la arena con los pasos silenciosos de una cazadora, ya sin el peso de las mentiras o las dudas. Mis nuevas gracias no me obligan a sentir de otro modo, sino que me convencen con cariño de que soy dueña de mí misma y de lo que creo. Y, ahora, cantaré con esa confianza.

El canto de sirena sale de mí, cada nota es clara e inquebrantable. Le transmito la fuerza de mis pulmones y el poder de mis convicciones. Le doy la rabia de Elara por un matrimonio milenario con un dios tirano.

Me alejo del mar. Un instinto dentro de mí me dice que las Puertas no necesitan un puente de tierra hundido en el que apoyarse. Yo soy el puente. Las Ferriers de mi *famille* son los pilares de sus cimientos. Llevamos la antorcha de la Luz de Elara. Brilla más en nosotras. Somos las hijas de la diosa.

En medio del lugar en el que estamos juntas, dos brillantes columnas de fuego surgen de la arena. Se curvan en la parte superior y se unen para formar un imponente arco de cuatro metros y medio.

Me quedo atónita. Es una puerta de fuego, el elemento que faltaba, como dijo Marcel. O más concretamente, el último elemento que podría crear una puerta al Inframundo.

La lluvia azota el arco ardiente, pero su fuego no flaquea ni se extingue. Es estable, por inexplicable que parezca, como el viento que surgió del pozo de la caverna y mantuvo unido el polvo resplandeciente, o la sedosa ola negra que permaneció flotando cuando debería haberse venido abajo. Miro a mi derecha y veo que la Puerta translúcida de Elara también se ha levantado. El brillo plateado de su escalera de caracol se eleva hasta los Cielos de la Noche.

—Cantad conmigo —les pido a Pernelle y a Roxane.

—No nos sabemos el canto de sirena —contesta Pernelle.

—Las Puertas ya están abiertas —añade Roxane.

La lechuza plateada se acerca a la Puerta de fuego. Sus plumas se secan bajo el calor que desprende. Mira hacia el Inframundo de Tyrus, despliega toda la envergadura de sus alas y dirige las puntas de sus

plumas hacia la arena. Es una postura de batalla. Está declarándole la guerra. Está lista para que sus Desencadenados vuelvan a casa.

—Todavía necesita que cantemos —les explico a Pernelle y Roxane. Me dirijo al resto de Ferriers—. Necesita toda nuestra Luz y fuerza.

Las Leurress se acercan y se colocan detrás de mí. Están heridas, sangran y están empapadas por la tormenta, pero también son fuertes y nobles, mi *famille* está unida.

Vuelvo a cantar. Sigo una nueva melodía, una canción que es cosecha propia. No tiene letra, es un canto en la noche con una melodía apasionada. Le infundo aquello en lo que más creo: dignidad humana, respeto por la vida, hermandad, devoción.

Las Ferrier se unen a mí, una a una, siguiendo su ritmo y repitiendo las estrofas musicales. Pero luego sus voces se vuelven más audaces. Añaden sus propias armonías y cantos agudos. Nuestro coro se eleva, más hermoso que cualquier canto de sirena interpretado en huesos, más poderoso que el canto profundo y furioso que resuena en el Inframundo, resistiéndose a nosotras.

Le doy la mano a Pernelle. Ella se la da a Roxane. Las treinta y dos Ferriers y yo no tardamos en estar unidas en un camino serpenteante. Chantae y yo somos los extremos. Yo soy la que más cerca está de la Puerta de fuego y ella es la que más cerca está del Paraíso. Parece que entiende qué tiene que hacer a continuación, porque agarra una columna de la Puerta de volutas de Elara. Me vuelvo hacia el ondulante arco de fuego y vacilo al sentir que su calor me abrasa la cara.

La lechuza plateada se eleva en el aire y bate sus alas hacia mí. Me anima, me dice que estaré a salvo.

Aprieto los dientes. *Nuestra Luz es más fuerte que tus llamas, Tyrus*.

Agarro la columna de fuego.

Quema y abrasa, pero puedo soportarlo. Sigo cantando con mis hermanas, y cada una de nosotras se transforma, incandescente en color *chazoure*. La lechuza plateada vuela sobre nosotras y se oye un sonido triunfante. El canal entre el Inframundo y el Paraíso está abierto.

Las almas desencadenadas atraviesan la Puerta de fuego de estampida. Salen en oleadas, en un clamor de libertad.

Más almas se acercan desde los acantilados y la cueva de la costa, los Encadenados y los Desencadenados que siguen atrapados en el

mundo mortal. Las Puertas abiertas los llaman para que regresen.

—Algunas tenéis que ir a transpórtalos —le grito a las Leurress—. El resto mantendremos las Puertas unidas.

Roxane, Nadine, Dolssa y once Ferriers más se quitan de la cadena, pero no antes de que las Leurress que están a ambos lados de ellas se acerquen y se tomen de las manos. Las catorce Ferriers agarran sus bastones y empiezan a guiar a las almas que se acercan.

Veo a una preciosa mujer *chazoure* con un brazalete de dientes de delfín bajar por la playa con el resto de Desencadenados. Jadeo al ver a la Leurress que murió en el puente de la caverna. *Maurille*.

Damiana le da un abrazo y la guía al Paraíso con cariño. Me arden los ojos. Ojalá pudiera transportarla yo misma, pero estoy más que agradecida de que ahora pueda descansar en paz. Me sonríe antes de atravesar la Puerta plateada.

—Sé fuerte, cariño —me dice, y se aleja hacia el interior.

Respiro con fuerza y sigo cantando con mis hermanas. La canción va creciendo, cada vez más rápida, aguda y furiosa. Le exigimos a Tyrus que libere a todos los Desencadenados de Elara de su reino. Todas las almas atrapadas siguen saliendo por su Puerta de fuego, llorando de alivio.

La esperanza crece en mi pecho. Que Maurille se haya ido parece una señal. Vamos a ganar. La victoria está casi al alcance de nuestra mano.

Un relámpago ilumina el cielo. Atrae mi mirada hacia la lejana orilla donde mis amigos están luchando. Pero a la única que veo en pie es a Ailesse. Bastien está desplomado a sus pies. Y Cas…

El corazón me late con fuerza.

Cas está tendido sobre la arena bañada por la sangre.

43
Ailesse

A unos catorce metros detrás de mí, Cas se arrastra para salir del charco de su propia sangre. Se levanta para enfrentarse a Godart otra vez. No sé de dónde ha sacado la resistencia para seguir luchando contra él durante tanto tiempo. Godart ya no puede acceder a las gracias de mi madre, pero Cas sigue siendo el más débil de los dos. Ya estaba malherido cuando aplastó el cráneo de la salamandra, así que, al final, no ha sido una lucha en igualdad de condiciones.

Ojalá pudiera hacer algo para ayudarlo, pero no puedo dejar que Bastien luche solo contra mi madre. Lleva más de un minuto inconsciente a mis pies.

Levántate, levántate. Tiene la sien izquierda herida por el bastonazo de mi madre. Estuvo a punto de apuñalarlo —apenas pude apartarla a tiempo—, pero sigue empeñada en matarlo. Lo único que se lo impide es un grupo de ocho Desencadenados. Se apresuraron a socorrerme cuando pedí ayuda, pero no podrán contener a mi madre durante mucho tiempo. Está luchando contra ellos con rapidez y la implacable atracción del Más Allá también los aleja, uno a uno.

En la orilla, el resto de los Desencadenados se dirige al Paraíso por el canal entre las Puertas. Cuando el arco de fuego surgió de la arena, mi madre lanzó un grito ahogado. Yo casi rompo a llorar. Nunca he estado más orgullosa de mi hermana.

Por fin, Bastien abre los ojos. Suspiro. *Gracias, Elara*.

Alargo la mano para levantarlo, las costillas rotas me duelen y mi madre se burla mientras se defiende de los últimos tres Desencadenados. Quiere a Bastien muerto antes de matarme, estoy segura. Así sufriré más. Se ha vuelto un monstruo, no se parece en nada a la mujer que una vez admiré de niña. Pero ya me he cansado de sufrir por su culpa. Puedo canalizar la Luz igual que mi hermana, como hice en el Miroir y como cuando luché contra mi madre en el puente de la caverna.

Invoco mi propia alma, mi propio nombre. Mi madre me lo dio, pero su poder es más profundo que la palabra que pronunció cuando nací. Ahora mi nombre es independiente a ella. Brilla con la Luz que me transmitió Estelle y, antes que ella, la diosa Elara. Y soy yo, y no mi madre, quien decide mantener esa gloria viva en mí.

La fuerza fluye por mis miembros, con más gracia que mi tiburón tigre, mi íbice alpino o mi halcón peregrino. Pero también me aferro a ese poder. Lucharé con todo lo que pueda aprovechar. El oscuro

reinado de mi madre termina esta noche.

Camina hacia Bastien con el bastón en alto. Él está arrodillado, apenas consciente. No está preparado para ella.

Yo sí.

Suprimo el dolor de mis costillas rotas y mi brazo ensangrentado. Me abalanzo sobre ella antes de que pueda llegar hasta él. Somos dos fuerzas furiosas a punto de colisionar.

Me agarro de un extremo del arma y me balanceo a su alrededor. Le arrebato el bastón de una patada a mi madre y lo empujo hacia ella. El otro extremo le golpea la barbilla y se escucha un fuerte crujido.

Sorprendida, se tambalea hacia atrás. Antes de que pueda recuperarse, le arranco su collar de tres vueltas con los dientes, las garras y los colgantes; sus charreteras de plumas y garras; su corona con el cráneo y las vértebras. Los arrojo lejos, más allá de unas rocas. Los huesos de su raya de cola látigo, su oso albino, su búho real, su murciélago nocturno y su víbora áspid ya no están.

Sus ojos negros son unos pozos de furia incontenible.

—Niñata desgraciada y abominable. —Es una violación quitarle los huesos de la gracia a una Leurress sin su consentimiento, pero no he hecho nada distinto a lo que hizo mi madre cuando le quitó el cráneo de salamandra a Sabine.

Saca su cuchillo de hueso, pero ha perdido velocidad y fuerza. La agarro de la muñeca y le arranco la hoja de las manos. Coloco la punta afilada en la base de su cuello. Se le acelera el pulso. Inspira con cuidado por la nariz.

—Yo te traje a este mundo, Ailesse. ¿Así es como vas a honrarme?

Me río.

—No he aprendido de ti nada de honor. Tú eres la hipócrita que me echó de este mundo. Eres una amenaza para tu propia *famille* y un peligro para todos los Desencadenados que han pisado este mundo. Esto no puede seguir así, madre. Tú… no puedes seguir haciendo esto.

Me tiembla el cuchillo. Nunca he matado a otra persona, pero ahora tengo que hacerlo. Estoy segura de que Elara me ha dado permiso para hacerlo. Pero me parece que esto está mal, que es premeditado. Mi madre está indefensa. Parece pequeñita y débil, sin sus formidables huesos de la gracia. También parece más joven. Es fácil imaginarla siendo una novicia, una chica que nunca ha tocado una flauta de hueso, o atraído a un hombre a un puente del bosque, o

concebido una hija antes de matar al padre, o que ha conocido y enamorado de otro hombre y que lo ha perdido antes de poder hacer una vida con él.

—No te manches las manos con mi muerte —dice mi madre, su voz es un graznido avergonzado—. Sé mejor que yo, Ailesse. No puedes querer lo que yo he soportado.

Observo sus lágrimas brillantes. Está manipulándome, lo sé. Entonces, ¿por qué me duele el pecho, noto un nudo en la garganta y los ojos se me empañan por lo que siento?

—Me moría por quererte —susurro.

Una lágrima se desliza por su mejilla, pero la lluvia se la lleva enseguida.

—Lo sé.

Me encojo de hombros. Suspiro y aparto el cuchillo. Se queda colgando de mi mano inerte.

—Vete. Llévate a Godart contigo. Deja Galle del Sur y a las Leurress para siempre. Al menos podrás estar con tu amor.

Empiezo a alejarme. Ya no puede hacerme daño ni a mí ni a mis amigos.

—¡Ailesse! —Bastien suelta un grito para advertirme.

Me late el sexto sentido. Miro hacia atrás. Odiva saca otro cuchillo de una funda oculta que lleva a la espalda. Sigue llorando, pero son lágrimas de furia.

Me ataca con el cuchillo. Soy más rápida que ella. Justo antes de que pueda matarme, la apuñalo en la base de la garganta.

Abre los ojos de par en par. Pierde fuerza. Se le cae el cuchillo. Cae de rodillas e intenta hablar. No sale ninguna palabra, solo un horrible jadeo. Le he cortado la tráquea y una arteria.

La sangre roja le mana por el cuello. Se ahoga en ella. Me mira furiosa y sorprendida. Se desploma sobre la arena.

Tengo la boca abierta y las manos extendidas. No sé qué hacer. Miro a mi madre retorciéndose en el suelo y sin poder respirar, con el cuchillo clavado en el cuello. Le he provocado una herida mortal, pero podrían pasar minutos antes de que muera.

Bastien corre hacia mí. Ahogo unos sollozos ardientes mientras mi madre gorgotea más sangre. No soporto verla así.

—Haz que pare —le pido, mi voz apenas es un susurro.

Despacio, se aleja de mí y se arrodilla junto a mi madre. Dirige la punta afilada del cuchillo de su padre hacia su corazón. La

empuñadura tiembla. Ella le mira desesperada, con convulsiones cada vez más fuertes. Él me mira pidiendo permiso. Lágrimas calientes caen por mi cara. Asiento con la cabeza.

El cuchillo se clava en el pecho de mi madre, seguro y rápido. La mujer sufre una última convulsión. Luego su expresión se apaga. Su cuerpo se queda inmóvil. Su cabeza se inclina hacia un lado.

Me tapo la boca con la mano y niego con la cabeza una y otra vez.

—Ailesse… —Los ojos de Bastien se llenan de dolor. Se acerca a mí, me abraza y me da un beso en la sien.

La angustia se apodera de mis costillas rotas y hace que todos mis músculos se conviertan en agua. Ahora es Bastien quien me sostiene, lo hace de la misma forma en que yo lo sostuve en el mar. Me acaricia el pelo empapado por la lluvia y me susurra palabras de consuelo. No creo que se imaginara así el final de su venganza, pero eso hace que su abrazo sea aún más significativo.

Mis oídos agraciados captan el sonido de otra persona respirando, jadeando. Mi sexto sentido me recorre la columna vertebral debido a sus movimientos débiles. Entonces, una sacudida más fuerte me atraviesa la parte baja de la espalda. Miro hacia atrás, hacia donde están luchando Cas y Godart. Ambos están malheridos y sangrando.

Cas se apoya en una roca. Se aprieta con la mano una puñalada en el costado. Godart cojea hacia él, arrastrando la espada por la arena. Cas se separa de la roca, pero apenas puede mantenerse en pie sin apoyarse en algo.

—Ve —le digo a Bastien y me limpio las lágrimas con rapidez.

Asiente, dejando el cuchillo en el pecho de mi madre. Recoge el cuchillo que le cayó a ella al suelo y yo agarro su bastón. Corremos hacia Cas, pero está a catorce metros de nosotros, y Godart a menos de tres metros de él.

Godart tensa el músculo de la mandíbula. Alza su espada. Cas tiene los ojos entrecerrados, apenas los tiene abiertos. Mi visión aguda se fija en el débil movimiento de sus dedos sobre la empuñadura. Ni siquiera tiene fuerzas para levantar la espada.

—¡Cas! —grita Bastien, pidiéndole que no se rinda. Mi vida sigue en juego esta noche, está atada a la suya.

A menos de un metro de mi *amouré*, Godart levanta la espada con ambas manos. La sangre le chorrea desde el nacimiento del pelo hasta el ojo derecho que tiene hecho trizas.

—Ahora, vas a morir, príncipe bastardo.

—¡Cas! —grito cuando la espada de Godart cae.

La expresión de Cas brilla como el acero. Se aparta de la roca de un salto, gira para esquivar el golpe de Godart y le clava su propia espada en la espalda de Godart. La hoja de plata lo atraviesa de lleno y le sale por el pecho. El rostro de Godart se contrae en una expresión de horror. Cas saca la espada de un tirón.

—No soy un bastardo —dice—. No soy un príncipe. Soy un rey. Soy el hijo de Durand Trencavel. Soberano de Galle del Sur.

La sangre brota de la boca de Godart. Se desploma boca abajo en la arena.

Por fin llegamos a Cas. Bastien lo envuelve en un fuerte abrazo.

—Bien hecho.

Cas sonríe, pero entonces las rodillas empiezan a fallarle. Vuelve a agarrarse el costado ensangrentado.

—Cuidado con las muestras de amor fraternal, ¿vale?

Bastien se ríe.

—Sí, Su Majestad.

Paso el brazo por debajo del de Cas para ayudarle a levantarse.

—Vamos. No hemos terminado.

Lo ayudamos a caminar por la orilla hasta donde Sabine y las Leurress mantienen abierto el camino entre las Puertas. Ahora solo hay un pequeño número de almas que sale del arco ardiente y se adentra en el delicado resplandor del Paraíso. Ya no hay más Encadenados o Desencadenados *chazoure* vagando por la ensenada. El trabajo de las Ferriers casi ha terminado. El mío no.

Sabine cierra los ojos, concentrada. Le tiembla la mano al agarrar la Puerta en llamas. Grito su nombre y me mira. No tarda en darse cuenta de que nos acercamos los tres y de a quién hemos dejado atrás. A nuestra madre. A su padre. Sus almas aún no han salido de sus cuerpos, pero pronto lo harán.

—Oh, Ailesse. —Frunce el ceño.

Le dice algo a Pernelle, la lechuza plateada se acerca volando y se queda revoloteando cerca de la Leurress mayor. Pernelle asiente, toma aire y ocupa el lugar de Sabine sosteniendo la Puerta de fuego.

Sabine corre por la arena hacia mí y vuelvo a romper en sollozos al oírla llorar. Siento haberle causado un nuevo dolor, pero también siento un alivio inmenso. Las dos hemos sobrevivido.

Se lanza hacia mí y da un abrazado muy poderoso. Yo le devuelvo el abrazo con toda mi fuerza agraciada.

—Vamos a estar bien. —Le acaricio el cabello—. La única familia que necesito eres tú.

—Lo mismo digo. —Asiente contra mi cuello—. Gracias por creer en mí esta noche.

—Yo siempre creeré en ti. Eres mi hermana, mi *matrone*.

Cas se acerca a nosotras y Sabine se vuelve hacia él, todavía solloza. Dejo que él también la consuele. Cuando se abrazan, comparto una mirada con Bastien. Él asiente. Todavía no hemos terminado. Hemos restablecido el equilibrio entre los reinos del Más Allá y hemos alejado a los muertos de la tierra de los vivos, pero sigo atada a Casimir. Mi *famille* también sigue siendo esclava de Tyrus.

Espero hasta que el último de los Desencadenados sale del Inframundo y entonces me coloco frente a la Puerta de Tyrus. Sus llaman me rozan el vestido y el pelo, pero no prenden. Ardo con demasiada Luz. La lechuza plateada desciende en picado, se posa sobre mi hombro y le acaricio las alas.

—Creo que tu novia tiene un mensaje para ti, Tyrus —digo, a través de la tormenta de brasas—. No permitirá que sigas abusando de sus almas. —La lechuza plateada chilla.

Tyrus nos ignora. Su canto de sirena despliega su música oscura sin ninguna irregularidad en la melodía. Pero, ahora, la tentación de ir a él no es más que un vago deseo. Soy muy consciente de su corrupción como para dejarme engañar y atravesar su Puerta.

Me yergo.

—Has amenazado a Elara y has atormentado a tus propias hijas Leurress durante siglos. Nos has hecho cargar con tu propia miseria y has convertido nuestro deber sagrado en una burla. Somos las guardianas de las almas y las defensoras de los vivos, y ya no nos veremos obligadas a matar. Y por eso ahora te desafiamos.

Detrás de mí, siento la Luz de todas mis hermanas, instándome a seguir adelante. Cada una de ellas está aquí debido a que mató a su *amouré* porque le dijeron que tenía que hacerlo.

—¡Mantendremos el canal abierto! —grito hacia las brasas—. Aún quedan almas en tu reino que sacar. Vaciaremos el Inframundo de todos los Encadenados y te abandonaremos, te dejaremos solo para toda la eternidad sin más compañía que tu propia desesperación, a menos que pongas fin a tu exigencia de sacrificios de sangre. No habrá más ritos de iniciación, ni más vínculos entre almas ligados a la muerte, ni más sacrificios de vidas a cambio de poder.

El canto de sirena de Tyrus retumba, como si se estuviera riendo de mí.

Hundo los pies en la arena.

—¿No me crees? Elara recibirá con gusto a tus almas. El Paraíso no tiene límites. Seguro que puede encontrar un lugar en el que albergarlas. —La lechuza plateada suelta un chillido explosivo, respaldando mi afirmación—. Para empezar, puede que muchos no se merezcan las cadenas. —¿Cuánta piedad tenía Tyrus con los mortales por los errores que cometían mientras vivían? No mucha, si se toma como ejemplo su severidad en el Miroir—. Y la diosa hará algo más. Después de que te dejemos sin almas, abandonará su reino separado del tuyo. Gobernarás un reino desierto y vacío, y Elara se regocijará.

Las llamas del arco se reducen un poco, un fuego lento y letal. He enfadado a Tyrus. Es un comienzo.

Miro a Sabine.

—Hazlo. Canta para liberar a los Encadenados.

Abre mucho los ojos. No he tenido tiempo de explicarle mi plan, pero Tyrus debe ver que no es una amenaza vacía. Contamos con el poder para dejarlo seco.

Sabine se tranquiliza rápidamente y frunce el ceño. Toma aire y canta una canción que nunca he oído. Nadie la ha oído. Es todo notas menores y un staccato violento. Habla sin palabras de los peores Encadenados, los más despreciables, crueles y codiciosos. Las Ferriers se unen a ella, sus armonías son discordantes y desacompasadas. Es justo lo que necesita la canción. La lechuza plateada se aparta de mi hombro y aletea a su alrededor, lanzando sus propios chillidos agudos.

Más allá de las brasas encendidas tras la Puerta, los Encadenados *chazoure* más ruines empiezan a converger. Aúllan y están furiosos. Ellos también quieren escapar del Inframundo.

El arco de fuego aumenta de tamaño, ardiendo más alto, quemando más y con más saña. El calor me abrasa la cara y me chamusca los ojos, pero no retrocedo. No dejaré que Tyrus me intimide.

La canción de las Ferriers se convierte en un canto de gritos y lamentos, el idioma de los Encadenados. Es horrible, cacofónico y terriblemente perfecto.

Dos almas se tambalean por la playa, son Gordart y mi madre. Unas cadenas recién forjadas les encadenan las extremidades y la garganta. Ninguna Ferrier lucha contra ellos. No hace falta. Odiva y

Godart no pueden resistirse al canto de sirena de Tyrus. Ruge rabioso y amargo. Obliga a sus sirvientes a enfrentarse a su destino.

Me encuentro con la mirada desesperada de mi madre y se me parte el corazón. ¿Habría tomado las mismas decisiones horribles que tomó en vida si se le hubiera permitido amar a quien quería desde el principio?

Pasa por delante de mí, aspirada cerca de la Puerta de Tyrus. En el último momento, le tomo la mano. Ella jadea y agarra a su vez la de Godart. Sus ojos ya no son negros; son *chazoure*, y brillan llenos de lágrimas.

—Perdóname, Ailesse.

Dudo y se me acelera el pulso.

—Quiero hacerlo. —Aferrarme a la amargura del pasado no me traerá paz. Si puedo perdonar a mi madre, ¿Elara podrá? ¿De verdad su reino puede acoger a un alma encadenada y ofrecerle un camino hacia la redención?

Hay una forma de averiguarlo.

Retrocedo despacio por la arena, usando toda mi Luz y mi fuerza agraciada. Arrastro a Godart y a mi madre lejos del arco de fuego, luego giro y los lanzo en la otra dirección, hacia la resplandeciente Puerta del Paraíso.

Caen dentro del reino de la diosa. Ninguna ráfaga de energía los lanza de nuevo al exterior. Sus cuerpos se relajan. Sus expresiones tensas se relajan. Mi madre suelta un suspiro y me dedica una elegante inclinación de cabeza y una sonrisa frágil. De la mano de Godart, se da la vuelta y asciende por la escalera que conduce al Paraíso.

El pecho se me hincha por la esperanza. Tal vez lleguemos a querernos algún día.

Las llamas de la Puerta de Tyrus rugen con más fuerza, se extienden. Los gritos en el Inframundo se intensifican. Vuelvo corriendo al arco de fuego, que casi me engulle. El pelo me cae por los hombros. Mis pies se llenan de ampollas en la arena. Aprieto los dientes y me aferro al resplandor de la Luz de Elara en mi interior.

Rostros deformados y desfigurados se acercan desde el otro lado de la Puerta: los más crueles de los Encadenados que Tyrus ha torturado en lo más profundo de su reino. En algún lugar más allá de sus cuerpos *chazoure* hay dos almas *orvande* que ya no puedo ver, igual que ellas ya no pueden verme a mí. Pero Estelle y Aurélien son ancestrales y sabios. Deben saber lo que está pasando. Ahora me

imagino a Aurélien con el martillo en alto y listo.

El alma que está más cerca de la Puerta, un hombre con los ojos arrancados y los labios cosidos, avanza tambaleándose. Me busca entre las brasas. Le faltan dos dedos.

Las llamas de la Puerta se agitan como locas. El canto de sirena de Tyrus se enfrenta a nosotras en una agitación frenética y furiosa. Si la Puerta se rompe por completo —si Sabine y las Ferriers permiten que esa barrera caiga—, no habrá forma de contener a los Encadenados violentos. Sí, Tyrus habrá perdido, pero seguramente nos maten.

—¿Quieres que esto termine? —grito con todas mis fuerzas. Una uña de la mano destrozada del hombre me agarra la blusa. No me alejo—. Es sencillo, Tyrus. Deja de coaccionar a tu novia para que se una a ti. Si la amas, demuéstraselo. Deja ir tu rabia y tu odio. Acaba con el vínculo de mi alma. Termina tu reinado de sacrificios de sangre.

La Puerta de fuego palpita. Las llamas crecen y se reducen, como si estuviera indeciso.

La mano marchita se arrastra hasta mi garganta. Puede que solo tenga tres dedos, pero son largos y los tiene en tensión. Pueden estrangularme sin problemas. Me aprietan el cuello. Me aprieta como un tornillo de banco.

Me mantengo en mi sitio. El corazón me late a mil por hora. Veo destellos en la negrura. *Por favor, por favor, Elara. No me dejes morir así.*

El arco se eleva a una altura imponente. Se dispara por lo menos cuarenta y cinco metros en el cielo. El canto de sirena de Tyrus se intensifica, es un ruido ensordecedor en mis tímpanos.

Las Ferriers cantan más alto, a todo volumen. En el centro de su desafío, siento su Luz poderosa y unida. La Puerta de Elara y la escalera translúcida destellan con ráfagas de plata opaca. Las estrellas de los Cielos de la Noche penetran en las nubes de tormenta. La diosa también nos envía toda su fuerza.

No puedo hablarle a Tyrus en voz alta, así que lo hago mentalmente, esperando que mis palabras aún le lleguen. *Elara podría darte una segunda oportunidad si aprendieras a mostrar afecto* —le digo —. *Quizás entonces vuestros reinos podrían volver a unirse y podrías conceder el perdón al Encadenado arrepentido. El Más Allá podría convertirse en un lugar donde la redención sea posible para todos*.

La mano marchita me aprieta con más fuerza. La oscuridad se

apodera de mi visión. Estoy a punto de perder el conocimiento. A punto de morir. Tyrus no me ha oído. O eso, o no le importa. Nunca cambiará.

De repente, las llamas estallan. El canto de sirena termina. El arco vuelve a su tamaño original. La mano que me agarra se retira.

Mis músculos se aflojan. Suelto un suspiro tembloroso y respiro con fuerza.

Lo ha hecho. Tyrus se ha rendido.

Despacio, me incorporo. El calor irradia en mi interior. Miro hacia las brasas y llamo a Aurélien por su nombre de herrero:

—Golpea tu martillo, Forgeron. Ya está hecho.

No puedo ver su arma, pero oigo cómo golpea contra el suelo. Los alaridos y aullidos de los chacales se elevan. Han venido a llevarse a los Encadenados a las profundidades del Inframundo.

Me aferro a la esperanza de que Tyrus se pruebe a sí mismo y conceda más piedad a sus almas. Quizás entonces avancen hacia el Miroir una vez más. Imagino a Forgeron en un nuevo papel: el rompecadenas. Imagino a Estelle conduciendo a las almas perdonadas para que salgan del Inframundo y regresen a sus hijas, las Ferriers vivas. Mi *famille* y yo podríamos guiarlas al Paraíso.

Sabine y las Ferriers dejan de cantar. Pernelle suelta la columna que arde. Las otras Leurress dejan de darse las manos. El canal se cierra. La Puerta de fuego se desvanece. Solo sale humo de la arena.

Me tiemblan las piernas. Me llevo la palma de la mano al pecho. No puedo creer que lo hayamos conseguido.

Bastien corre hacia mí y me atrapa entre sus brazos. Se ríe, me besa en la boca, en las mejillas, en la frente. Me duelen las costillas rotas. No me importa.

—¡Has estado increíble! —me dice.

Sonrío, mareada. Todavía estoy temblando por lo que acaba de pasar.

—Hemos… hemos ganado, ¿verdad?

Vuelve a reírse y me acuna la cara entre las manos.

—Hemos hecho más que eso. Hemos doblegado al Infierno. —Me besa por segunda vez, es un beso profundo, tierno y vertiginoso. Me inclino hacia él y por fin, por fin, la tensión que llevaba meses acumulando se disipa.

Me aparto y le miro a los ojos con serenidad.

—No quiero ser tu amiga nunca más. —Frunce el ceño—. No, eso

no. —Frunzo el ceño. Sigo mareada—. Quería decir que no quiero que seamos solo amigos… pero me gustas. De hecho, te quiero. —¿Cómo se lo dijo Estelle a Forgeron?—. Eres el alma de mi canción. —Parpadeo—. La canción de mi alma.

Bastien se ríe y me envuelve en otro abrazo.

—Por favor, sigue hablando. Nunca me he divertido tanto. —Le doy un manotazo en el brazo y él se ríe más fuerte, dándome un beso en la mejilla—. Yo también te quiero —dice.

Sonrío y miro a su lado buscando a Sabine, pero no está donde la vi la última vez. Echo un vistazo a las Ferriers y el zumbido de mis oídos desaparece. Lo sustituye el suave y encantador canto del Paraíso. A unos metros, la brillante Puerta de Elara sigue en pie. La lechuza plateada está posada ante ella como una centinela, con su cara en forma de corazón inclinada hacia mí. ¿La está manteniendo abierta? ¿Por qué?

Vuelvo a buscar en la orilla y por fin veo a mi hermana. Cas y ella están a varios metros, junto al mar. Tampoco están solos, aunque Cas no puede ver a las dos almas *chazoure* que están con ellos. A una la conozco. Reconozco a la otra, aunque nunca nos hayamos visto, porque tiene la mandíbula de Bastien y el mismo pelo alborotado.

Miro los ojos azul mar de Bastien, le doy un beso y sonrío.

—¿Te gustaría volver a compartir mis gracias?

Arquea una ceja.

—¿Por qué?

Suelto un suspiro y le doy un apretón en las manos.

—Tu padre y Jules siguen aquí, y creo que te gustaría verlos una última vez.

44
Bastien

He olvidado cómo se respira. Cómo se piensa. Cómo se camina. No sé cómo, pero mis piernas me llevan hasta la orilla.

Él está aquí. Ella ha vuelto.

Mi padre. Jules.

Ahora tengo la visión del halcón de Ailesse. Vuelvo a ver el mundo con un tinte color violeta, y con él, el color de las almas.

Sabine y Cas se apartan para darme espacio. Miro a las dos personas que más he querido en mi vida. El corazón no deja de latirme. Se me seca la garganta a pesar de la llovizna. No sé qué decir. No sé a quién abrazar primero. ¿Puedo abrazarlos?

Jules pone los ojos en blanco.

—Sigo siendo yo, Bastien.

Me río y me quito las lágrimas de la mejilla.

—Verdad.

Me envuelve en un fuerte abrazo. Me alegra volver a notar su fuerza. Ha estado muy débil.

—¿Lo ves? —me dice—. Sabía que podía confiar en ti. Ni siquiera me has dejado en el Inframundo el tiempo suficiente para que pudiera contar buenas historias.

Resoplo.

—Supongo que de nada.

Mueve la mano para señalarse a sí misma.

—¿Qué tal me queda el *chazoure*?

Contemplo su pelo trenzado, los pantalones ajustados que lleva, la blusa escotada y las botas altas, que brillan en distintos tonos.

—Creo que estás lista para conquistar el Paraíso y desafiar a cualquier chico que se atreva a llamarte Julienne.

Sonríe.

—Vaya que sí. —Pero luego su expresión se tranquiliza y juguetea con la manga de la camisa—. ¿Puedes darle un mensaje a Marcel de mi parte?

Respiro hondo. No sé cómo voy a darle la noticia.

—Claro.

—Dile… —A Jules se le entrecorta la voz. Durante un rato no puede hablar. Baja la cabeza y cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro. Cuando deja de temblarle la barbilla, vuelve a mirarme a los ojos—. Dile que será un gran escriba. Dile que quiero que Birdine y él

tengan doce hijos y que envejezcan y se pongan gordos juntos.

Asiento con la cabeza, sonriendo. Ese futuro es fácil de imaginar: Marcel y Birdine viviendo en Dovré, su casa llena de libros y con olor a agua de rosas, con demasiados niños correteando a sus anchas.

—¿Y tú? —Se me vuelve a entrecortar la voz—. ¿Serás feliz?

Le brillan los ojos.

—No lo dudes ni un segundo. Comeré tarta y dormiré en una cama mullida y nunca más tendré que robar. Estaré con mi padre, Bastien. —Se muerde el labio y mira a mi padre por encima del hombro—. Te dejaré disfrutar de este momento con el tuyo.

Se aleja, y yo me vuelvo hacia él, pasándome la mano por el pelo empapado de lluvia. Estoy hecho un manojo de nervios. No tengo ni idea de cómo empezar una conversación. Durante ocho años preparé cómo llevar a cabo mi venganza, pero nunca dediqué ni un momento a prepararme para esto. En ningún rincón de mi mente había imaginado que tendría este momento robado con él.

Los dos damos un tímido paso hacia el otro, apoyamos el peso de nuestros cuerpos en la pierna izquierda y nos metemos las manos en los bolsillos. Suelto una risita nerviosa. De tal palo, tal astilla.

Sigo sin saber qué decir, así que me quedo mirándolo y trato de memorizar los más insignificantes detalles que he olvidado a lo largo de los años. Tiene el puente de la nariz un poco torcido. Tiene una larga cicatriz en el dorso de la mano, quizá de un desliz con el cincel y el martillo. Su pelo no es tan espeso como recordaba y la piel de debajo de los ojos es más fina y está un poco descolgada. Estaba empezando a envejecer cuando murió y yo ni siquiera me di cuenta. Me había aferrado a una imagen más joven de él en mi mente, el padre que podía correr por el campo conmigo a cuestas, el hombre que esculpía todo el día y aún tenía energía para contarme cuentos junto a nuestra chimenea todas las noches.

—¿Sufriste mucho? —suelto de repente.

Ladea la cabeza.

—¿Perdón?

—Me refiero a cuando te mataron. —Me tiembla el labio inferior. Me lo froto, pero no se queda quieto—. ¿Sufriste mu…? —Se me forma un nudo en la garganta. *Merde*, aquí vuelven las lágrimas. No puedo contenerlas. Lo que más me ha atormentado todo este tiempo es la agonía que sintió cuando lo apuñalaron.

Sus ojos se llenan de dolor.

—Bastien… —Suspira y niega con la cabeza—. Eso fue un momentito de nada dentro de *millones* de momentos. Cuando pienso en mi vida, no pienso en mi muerte. No quiero que tú tampoco lo hagas. —Frunce el ceño—. Espero haberte dado más que eso.

Me paso la mano por la nariz.

—Lo hiciste. No podría haber tenido una infancia más feliz.

Esboza una sonrisa triste, incluso un poco cansada. ¿No me cree? Se acerca y coloca sus grandes manos de escultor a cada lado de mi cara.

—Doy gracias por el tiempo que pasamos juntos, y estoy muy orgulloso de ti. Has pasado muchos de los años más duros que tiene que vivir un chico que se cría solo y que también cuida de sus amigos. Pero quiero para ti algo más que sobrevivir. —Baja un poco la cabeza para que estemos frente a frente—. Gracias por hacer todo lo posible por honrar mi vida, hijo. Ahora quiero que honres la tuya.

Tomo aire y asiento, solemne.

—Lo entiendo. Te prometo que lo haré. —Miro detrás de mí, a Ailesse. Está a unos metros y nos observa. Su sonrisa me reconforta—. Padre, quiero presentarte a alguien.

Aprieta los labios, se alisa la falda y se acerca.

—Hola.

Tomo su mano y entrelazo sus dedos con los míos.

—Padre, ella es Ailesse.

Sonríe con picardía.

—No es una desconocida.

—¿No?

—Sigo formando parte de tu vida, Bastien. —Se cruza de brazos—. Y os he echado un ojo.

—Uh. —Me vienen a la mente algunos momentos acalorados y me arden las orejas—. Pero no todo el tiempo, ¿verdad?

Se ríe y me estrecha contra él. Había olvidado que me abrazaba así, casi aplastándome con sus fuertes brazos. No quiero que me suelte.

—He estado esperando a que la llevaras a ver los delfines —dice. Se aparta y me acaricia la cara.

Me rasco la nuca.

—Bueno, últimamente no ha estado lo que se dice disponible.

Ailesse arquea una ceja.

Mi padre se ríe y le tiende la mano. Pero ella lo abraza.

—Cuidado con sus costillas rotas —le digo antes de que la estreche demasiado fuerte.

Es delicado con ella. Incluso le da un beso en la mano, como todo un caballero.

—Cuidaos el uno al otro —añade, devolviéndome a Ailesse. La rodeo con un brazo y ella apoya la cabeza en mi hombro.

Justo cuando todo me parece cómodo y que está bien, la lechuza plateada nos sobrevuela y chilla. Ailesse se vuelve hacia mí.

—Es hora de despedirse —me susurra.

Respiro con fuerza. Abrazo a mi padre y a Jules por última vez.

—Gracias por darme la vida —le dice Ailesse a Jules al abrazarla.

Los acompañamos a la Puerta de Elara y los vemos entrar uno al lado del otro.

Mucho después de que el resto de Ferriers se hayan marchado, Ailesse y yo permanecemos de pie bajo la lluvia. Contemplamos el cielo hasta que se vislumbran los últimos destellos plateados de mi padre y Jules mientras suben la escalera de caracol hacia el Paraíso.

Que ellos estén en paz hace que yo esté en paz y es mucho más satisfactorio que la venganza.

45
Sabine

—¿Puedes bajarte de ahí? —le pido a Ailesse, intentando no entrar en pánico mientras se pasea por el fino parapeto de Castelpont. Las piedras del puente están secas por el sol de la mañana, ya que las tormentas de verano por fin han desaparecido, pero no puedo dejar de verla resbalándose y cayendo doce metros en el cauce del río vacío. Me alegra volver a ver a Ailesse tan libre y tan ella misma, pero…—. No puedo curar una fractura en la cabeza, ¿sabes?

—Tal vez sí. —Gira sobre la punta de uno de sus pies y camina en la otra dirección. Los muros de piedra caliza del Beau Palais brillan a sus espaldas desde el castillo, situado más allá de la muralla—. No parecería nada descabellado viniendo de ti. Cuento contigo para que me cures las costillas rotas. —Bajo su corpiño de encaje, su torso está envuelto en un vendaje de lino ceñido. Yo misma se lo puse.

—Bueno, primero tengo que atrapar a esta salamandra de fuego. —Estoy agachada en la orilla, a la sombra de un sauce. Me mantengo quieta mientras una cola negra con manchas amarillas asoma entre el mantillo junto al tronco del árbol. Mi cráneo de salamandra quedó destrozado en la pelea de Cas contra Godart, y estoy impaciente por recuperar mi poder curativo.

La lechuza plateada puso el listón muy alto al permitirme compartir sus gracias sin derramar sangre, pero estoy decidida a volver a alcanzar ese listón. Todavía hay muchas personas en Dovré que sufre por la Luz que han perdido. Si puedo volver a tener las gracias de una salamandra de fuego, si puedo compartirlas con los demás, podré devolverles la Luz. Por los sueños visionarios que he tenido en los últimos cinco días, creo que es posible.

Ailesse se ríe como siempre conmigo, sin ser cortante ni condescendiente, sino cariñosamente divertida.

—Ay, Sabine. No tienes que atraparla.

—¿Y cómo quieres que lo haga? No va a quedarse quieta.

Vuelvo a acercarme, pero en cuanto estoy a menos de un metro de ella, la salamandra sale del mantillo y se escabulle por la orilla del río. Se esconde bajo una rama que se ha caído.

Suspiro. ¿Cómo voy a demostrar a mi *famille* que ya no tienen que sacrificar animales si no puedo demostrar que mi experiencia con la lechuza plateada no fue algo puntual? Ninguna Leurress perdió sus gracias cuando Tyrus se rindió, pero las futuras Ferriers necesitarán obtener nuevas gracias en el futuro y quiero demostrarles que hay una forma mejor de hacerlo.

—¿Os habéis besado ya? —me pregunta Ailesse cuando estoy arrastrándome hacia la rama caída.

—¿La salamandra y yo?

—No. —Suelta una risita y recorre otro tramo del parapeto, con la elegancia y la agilidad de sus pies de íbice—. Cas y tú, por supuesto. Ya no puedo espiaros así que tienes que contármelo todo.

Niego con la cabeza, pero no puedo contener una sonrisa que hace que vuelva a sentirme como una niña de doce años.

—¿Cuándo nos habríamos besado? Ha estado encerrado en el Beau Palais, reuniéndose con sus consejeros… o lo que sea que haga un rey para restablecer el orden en su castillo. Ni siquiera lo he visto desde la luna nueva. —Los cinco días que han pasado parecen una eternidad.

Ailesse arquea las cejas.

—Entonces, ¿no ha habido ningún encuentro secreto en el bosque cuando todo el mundo está durmiendo?

—¡No! —Resoplo—. ¿Qué pensaría nuestra *famille* si me vieran salir a hurtadillas por la noche?

—Pensarían que es refrescante tener un *matrone* tan joven y apasionada.

Me río y me froto las mejillas, que deben de estar muy rojas. Ailesse pone morritos, burlona, y me río más.

—¡Para ya!

Hace unos días, no podría haber imaginado un momento tan alegre entre nosotras. La Sabine que llevaba el colgante del chacal no habría permitido que Ailesse la convenciera de seguir adelante como *matrone* y mucho menos que se burlara de mí por lo enamorada que estoy de su antiguo *amouré*. Su vínculo con Cas se rompió cuando Tyrus se rindió y Ailesse ha estado prácticamente dando saltitos de alegría

desde entonces.

La salamandra de fuego sale de debajo de la rama caída. Maldigo y empiezo a correr.

—¡Atrápala! —le grito a Ailesse mientras se lanza al puente.

—Pero soltará la cola.

—¡Pues no la atrapes por la cola!

Baja del parapeto con cuidado con las costillas. Cuando pone un pie abajo, se abalanza sobre la salamandra a toda prisa, pero la esquiva y se escabulle por el semimuro hasta el lugar donde estaba Ailesse. Me abalanzo sobre ella en cuanto se desliza entre una profunda grieta que hay en las piedras.

Resoplo con fuerza y me pongo las manos cerradas en puños en las caderas.

—¿Estás segura de que es una salamandra de fuego de verdad y no el engendro de un Encadenado? —pregunta Ailesse.

Me río y le doy un golpecito en el hombro. Estallamos en carcajadas.

Alguien camina hacia nosotras. Oigo los pasos a lo lejos en el momento en que Ailesse se estremece por su sexto sentido. Nos giramos hacia el camino que rodea la muralla. Ailesse jadea y a mí me da un vuelco el corazón. *Cas*.

Ailesse suelta un gritito y me aprieta las manos.

—¡Prométeme que me lo contarás todo!

Antes de que pueda responderle, me da un beso en la mejilla y sale corriendo del puente en dirección contraria. Pongo los ojos en blanco, pero contengo una risita.

Cuando Cas se acerca, suelto un suspiro y me recojo algunos rizos sueltos en el moño que llevo con la mitad del pelo recogido. Espero no estar demasiado sudada. Hoy hace calor ya de por sí y llevo más de una hora persiguiendo a la salamandra de fuego.

Llega al principio del puente y me sonríe, tímido, y se le dibuja un hoyuelo en la cara. Otra oleada de calor recorre mi cuerpo.

Todavía está un poco pálido y le duele el costado izquierdo cuando se mueve; no tardaré en poder ayudarlo a recuperarse de sus heridas, pero por lo demás, tiene buen aspecto. Lleva un elegante jubón escarlata y unos pantalones bombachos metidos por dentro de las botas pulidas. Desearía ir vestida con algo más bonito que mi sencillo vestido marrón de caza, pero a Cas no parece importarle. Sus ojos azules se clavan en mí mientras camina hacia la parte superior del

puente, donde estoy plantada.

—Te he visto desde el Beau Palais —me dice, recorriendo el parapeto con un dedo—. ¿Va a ser este nuestro nuevo punto de encuentro?

—Puede ser. —Sonrío. Quizá por eso, de entre todos los sitios a los que podría haber ido, he venido aquí a atrapar la salamandra de fuego.

Se une a mí y nos miramos el uno al otro durante un rato. Sus rizos rubios sueltos brillan más claros al sol, y una suave brisa hace que un mechón le caiga sobre la frente. Siento mariposas en la barriga.

—¿Qué tal está tu *famille*? —me pregunta.

—Están bien. —Me giro y apoyo los brazos cruzados sobre el parapeto—. Aunque algunas están un poco nerviosas porque ahora el rey de Galle del Sur sabe dónde transportan a los muertos.

Asiente y también se apoya en el semimuro, igual que yo. Tenemos los codos casi juntos.

—Espero que, con el tiempo, lleguen a confiar en mí. Nos veo a las Leurress y a mí como aliados. Te prometo que nunca expondré su forma de vida.

Nunca lo dudé. Bueno, tal vez hace un mes sí, pero ahora no.

—Gracias. —Compartimos otra mirada que me deja un poco sin aliento—. ¿Y tú qué tal? ¿Todo bien en Dovré? —Me apresuro a rectificar—: Dadas las circunstancias, claro. —Sigo decidida a curar a las personas.

Vuelve a asentir, parpadeando contra la brillante luz del sol.

—El movimiento de los disidentes se ha debilitado. Resulta que a la mayoría no les gustaba mucho el rey Godart. —Se queda callado un rato, y luego se aclara la garganta—. Mi coronación será dentro de tres días. —Da un golpecito a la pared con la punta del pie—. ¿Te gustaría…?

Noto mariposas en la barriga. El corazón se me acelera.

—¿Te gustaría acompañarme como mi invitada especial?

Levanto las cejas y aprieto los labios.

—Define especial. —Reprimo una sonrisa—. ¿Cómo de especial?

Cas emite un sonido que está a medio camino entre un quejido y una carcajada, y deja caer la cabeza entre sus manos. Tiene las orejas de un rojo de lo más adorable.

—Sabine… —Suspira—. He pensado mucho en lo que dijiste la otra noche. —Vuelve a mirarme a los ojos—. Sobre que piensas que

eres el segundo plato, yo no te veo…

Lo interrumpo con un beso. Se queda paralizado, sorprendido, pero entonces lleva sus manos a mi mandíbula y me acaricia el rostro. Se funde conmigo, me besa con tanta ternura y me hechiza tanto que me pregunto si tiene su propia magia, mucho más fuerte que un canto de sirena.

Cuando por fin se aparta para mirarme, capto algo negro y amarillo por el rabillo del ojo. Me tenso.

—No te muevas, Cas.

Mira con cuidado hacia donde yo estoy mirando. La salamandra de fuego ha vuelto. Nos mira desde la grieta del parapeto.

—Hola —susurro con dulzura y busco la Luz que hay dentro de la diminuta criatura—. ¿Puedo hablar contigo sobre tus gracias?

46
Ailesse

Me encuentro con Bastien al atardecer en un pasto de flores de niebla azules. Marcel y Birdine también están aquí. Los cuatro colaboramos para levantar de un carro de madera un pesado pilar de piedra caliza de un metro y lo colocamos en vertical en el suelo, a la sombra de un avellano.

Bastien se arrodilla y quita un poco de polvo del grabado que ha tallado con las herramientas de su padre. Es una imagen de las Puertas del Paraíso, con una escalera que sube en espiral hacia las nubes.

Bastien dice que es un trabajo con muchos defectos y sencillo, pero si ellos estuviesen aquí con nosotros, sé que su padre habría estado orgulloso y Jules sonreiría de oreja a oreja.

Seguramente estén tal que así.

Siete días después, en el puerto cerca del astillero real, el sol sigue brillando. No me canso de disfrutarlo después de tantas semanas bajo tierra, en interiores o bajo la lluvia. Tengo la nariz y las mejillas ligeramente salpicadas de pecas e incluso un poco quemadas. Es maravilloso.

Bastien y yo estamos en el muelle, cerca de *La Petite Rose*, esperando la última llamada para embarcar. Nos esperan nuevas aventuras. Vamos a ver el volcán de las Islas Ember y las gigantescas cataratas de la costa de la selva tropical de Dagulu. A partir de ahí, ¿quién sabe qué haremos?

Sabine y Cas han venido a despedirnos, pero ahora ella está sentada en un banco con un marinero que parece muy débil. No oigo de qué hablan entre el alboroto de los pasajeros y algunos mercaderes que ven cómo cargan los últimos barriles en el barco. Pero por la expresión seria de Sabine y la mano gentil que pone sobre el brazo del marinero, es fácil adivinar lo que está pasando, aunque dudo que el marinero sea consciente de ello. Lo está curando, le está devolviendo su Luz.

Lo ha estado haciendo en secreto estos últimos días, en momentos tan sencillos y desapercibidos como este. Sus pacientes no tienen ni idea de que la chica buena y hermosa que escucha sus problemas es una Hechicera de Huesos de los mitos y los cuentos de hadas de las viejas historias galas. A ella no le gustaría que lo supieran. Se conforma con saber que se despertarán a la mañana siguiente, y cada mañana después de esa, sintiéndose más fuertes. Yo soy la prueba de

ello. Ya me ha curado la pequeña Luz que perdí y a Cas también, por no hablar de mis costillas rotas, su herida de espada, la contusión en la cabeza de Bastien y el resto de dolores y molestias que hemos sufrido desde la luna nueva. Incluso consiguió levantar al tío de Birdine de su lecho de muerte. Birdine se pasó un día entero llorando.

Cas deja a Sabine y al marinero unos minutos a solas y se acerca a Bastien y a mí. El coronado rey de Galle del Sur hoy lleva ropa poco llamativa, así como un gorro de lana para ocultar su pelo. Hasta ahora nadie lo ha reconocido.

Le pasa a Bastien un saco de tela áspera con dos hogazas de pan que asoman por la parte superior, y mi nariz agraciada capta el olor a carne salada y queso duro.

—Un poco de comida para el viaje.

El brazo de Bastien se hunde al agarrarlo, el peso le pilla por sorpresa. Frunce el ceño y mira dentro. Miro con él, curiosa. En el fondo del saco hay un montón de monedas de oro.

—Cas, esto es demasiado. —Bastien niega con la cabeza—. Ya nos has pagado los billetes.

—Considéralo una compensación por encerrarte en mis mazmorras.

—Creo que estamos en paz, ya que tú también fuiste nuestro prisionero.

—Bueno, entonces considéralo un regalo de un amigo. Podría ayudarte a empezar una vida honrada.

Bastien sonríe.

—¿Entonces no puedo decir que le robé a un rey?

Cas se encoge de hombros.

—Si eso ayuda a tu reputación. Nunca se sabe. Tu barco podría ser asaltado por piratas.

Bastien se ríe y sacude un poco el saco, haciendo sonar las monedas.

—Gracias, Cas.

Sabine se une a nosotros y se lleva a Bastien a un lado para despedirse de él primero. Cas y yo nos quedamos mirándonos, incómodos. Me aclaro la garganta.

—Así que… seguimos siendo amigos, ¿no? —No me hago ilusiones de que le quede algo de cariño hacia mí, pero no quiero que piense que el cariño que me profesaba no era significativo o que sus sentimientos me daban igual.

—Claro. —Sonríe—. No somos enemigos, así que debemos ser amigos. No hay término medio después de la abducción mutua, de forjar y romper vínculos entre almas, y las otras experiencias en las que hemos desafiado a la muerte.

Se me escapa una pequeña carcajada.

—Cierto. —Le lanzo una mirada furtiva a Sabine y me muerdo el labio—. Escucha, nunca conocí a tu madre, Cas —digo, recordando su motivo para sentirse atraído por mí después de que el poder de mi canto de sirena se desvaneciera—. No sé hasta qué punto me parezco a ella, pero sí sé que no hay nadie en el mundo mejor que Sabine. Tu madre, si de verdad era como yo, no tendría ninguna duda al respecto. Se alegraría mucho por ti.

Su sonrisa se suaviza y se mira los pies un segundo antes de asentir y susurrar:

—Gracias.

Sabine se acerca a mí y se sorbe los mocos.

—Prométeme que esto no es un adiós.

Le tomo ambas manos entre las mías.

—Te lo prometo. Puede que hasta vuelva con historias de las otras Leurress que conozca. Puedo contarles todo lo que la *famille* fundadora ha logrado, para que compartan nuestras bendiciones. —Quiero que el resto de nuestro pueblo sepa que puede vivir como nosotras, sin la carga del sacrificio de sangre.

Nos abrazamos. Me aferro con fuerza a ella mientras una oleada de amor hace que los ojos se me llenen de lágrimas.

—Gracias por ser mi mejor amiga… y la mejor hermana que jamás podría haber pedido.

Suelta un sollozo suave.

—Te quiero, Ailesse.

—Yo también te quiero.

En el barco, alguien hace la última llamada para que los pasajeros suban a bordo. Respiro hondo, me alejo de Sabine y me limpio la nariz.

—¿Listo? —le pregunto a Bastien.

Ya tiene nuestro equipaje colgado del hombro, pero luego echa un vistazo al ajetreado muelle y frunce el ceño.

—Marcel dijo que estaría… Ah, ahí está.

No puedo distinguir a Marcel entre la multitud con mi sexto sentido; me pica todo el cuerpo por toda la gente que hay. Pero

enseguida veo una melena alborotada y un andar despreocupado. Marcel no tiene prisa, ajeno al nerviosismo del resto de las personas del puerto. Nos descubre, esboza una sonrisa y nos muestra lo que parece un pergamino.

—He hecho una cosa para vosotros. —Llega a nosotros mientras subimos por el tablón que hace de pasarela de embarque—. Lo copié de *Baladas de la Vieja Galle.*

Bastien sonríe.

—Como un auténtico escriba.

Marcel asiente, dando saltitos sobre las puntas de los pies.

—¿Os acordáis de cuando estuvimos todos juntos confinados en las catacumbas? —dice, como si los días que pasé allí cautiva estuvieran entre sus mejores recuerdos. Desenrolla el pergamino—. Esta es la canción sobre las Leurress que os enseñé a los dos. Fue el momento en que nos dimos cuenta de lo grave que era el vínculo entre almas, aunque al final no fueses el *amouré* de Ailesse —añade dirigiéndose a Bastien. Con una risita, Marcel se aparta el pelo de la cara antes de leer:

La bella doncella en el puente, el hombre condenado al que debe matar.
Sus almas cosidas, ni una puntada se debe soltar.
Su muerte le pertenece en tierra, costa o mar, a ella y a nadie más.
Para que su aliento atrape su sombra para siempre jamás.

Sonríe de oreja a oreja, vuelve a enrollar el pergamino y se lo da a Bastien.

—En fin, he pensado que podría ser una especie de amuleto de la buena suerte… ya sabéis, para recordaros, si tenéis un día duro, que nada puede ser peor que lo que ya habéis pasado.

Sin palabras, me vuelvo hacia Bastien, cuya expresión desconcertada y divertida coincide perfectamente con mi reacción interior. Pero su voz es sincera cuando responde.

—Bueno, gracias, Marcel —dice.

—Siempre. —Se acerca al tablón de embarque que tenemos delante y sube, distraído.

—¿Vienes con nosotros? —bromeo.

—Uy. —Se baja de un salto.

Me río y le doy un abrazo. Cuando Bastien le abraza después, sus

ojos se empañan un poco.

—Cuídate, ¿de acuerdo?

Marcel cierra los ojos y apoya la barbilla en el hombro de Bastien.

—De acuerdo.

Subimos al barco y buscamos un sitio en la borda para despedirnos de nuestros amigos. Sabine está acurrucada contra Cas, que la rodea por la cintura con los brazos. Me lanza un beso.

Mientras *La Petite Rose* zarpa del puerto, le dirijo a Bastien una mirada socarrona y me apoyo en la barandilla.

—Todavía lo tienes, ¿verdad?

—¿Tener el qué?

Alcanzo el bolsillo de su pantalón, tiro de él hacia delante y meto la mano dentro.

Se sobresalta.

—Ailesse, ¿qué…?

Saco un trozo de mi camisa y lo agito delante de él.

—¿De verdad necesitas esto?

Abre la boca y se sonroja.

—¿Cómo sabes qué…? —Se ríe y niega con la cabeza—. ¿Cuánto viste mientras estuviste en el Inframundo?

Me encojo de hombros con timidez.

—Digamos que conté tus baños.

—¿Ah, sí?

Asiento con la cabeza.

—Y, por desgracia, nunca te bañaste.

Se ríe entre dientes y me agarra de la cintura para acercarme a él. Me pone el pelo por detrás de la oreja y me da un beso, sonriendo contra mis labios.

—Vamos. —Me da la mano y voy con él hasta la cubierta del castillo de proa, donde hay menos gente—. Puede que veamos algún delfín.

Esperamos dos horas, pero el tiempo pasa rápido entre más besos robados, historias del padre de Bastien y mis historias sobre Sabine. Y entonces, por fin, los delfines empiezan a saltar de dos en dos a lo largo de la estela del barco.

Cuando cae la noche, Bastien y yo seguimos en la cubierta, enredados el uno en el otro y demasiado emocionados por nuestro viaje como para dormir. La luna creciente nos baña con su luz plateada y nuestro barco avanza bajo las constelaciones de los Cielos

de la Noche de Elara.

Las estrellas que forman las garras del Chacal siguen buscando a la Cazadora. Puede que la distancia entre ellos se reduzca con el tiempo. En cualquier caso, no se deja intimidar. Ella marca su propio camino, es su propio norte y la estrella polar descansa sobre su frente.

Agradecimientos

Escribir el final de la historia de Ailesse, Sabine y Bastien fue todo un desafío, pero me hizo la más feliz. Muchas gracias a todos aquellos que me han dado una mano.

A mi agente, Josh Adams, que lleva siete años a mi lado. Eres más que mi agente, eres mi amigo. Gracias por seguir haciendo mis sueños realidad.

A mi editora, Maria Barbo, de la que he tenido el placer de aprender desde nuestro primer libro juntas: *Burning Glass*. Cuatro libros después, sigues siendo mi maravillosa editora emperadora.

A mi casa editorial, Katherine Tegen y al increíble equipo de Katherine Tegen Books HarperCollins, sobre todo a mi asistente editorial Sara Schonfeld. Gracias por todas tus habilidades y por tu generoso apoyo.

Al maravilloso equipo de diseño: al director artístico Joel Tippie, a Amy Ryan, y a Charlie Bowater, que ha ilustrado otra portada preciosa. Os estoy más que agradecida.

A las increíbles autoras que han impulsado estos libros con sus *blurbs*: Stephanie Garber, Mary E. Pearson, A. G. Howard, Evelyn Skye, Jodi Meadows y Sara B. Larson.

A las cajas literarias que dieron a conocer esta historia a miles de lectores. En especial, gracias a OwlCrate, a FairyLoot, a LitJoy Crate y a The Bookish Box.

A mi marido, Jason, que sigue apoyándome como el mejor y es mi lector más entregado. Que sea tan sobreprotector con mis personajes principales es adorable.

A mis hijos: a Isabelle por inspirarme con su música; a Aidan por ayudarme representando los movimientos más complicados de las escenas de lucha; y a Ivy, por recordarme qué es lo más importante en la vida.

A mis amigas escritoras, en especial a Jodi Meadow, Erin

Summerill, Lindsey Leavitt Brown, Kerry Kletter, Ilima Tood, Robin Hall y Emily Prusso. Y aquí va una mención especial a mis mejores amigas, Sara B. Larson y Emily R. King, que se merecen el más bonito de los rincones del Paraíso de Elara por todo el tiempo que me han dedicado y todo el cariño que me han dado en el último año.

A mis amigas francesas, Sylvie, Karine y Agnés. Esta historia no existiría sin la huella que dejasteis en mí cada una de vosotras cuando era una adolescente. Gracias por vuestra sororidad desinteresada.

A mi padre, Larry. Te noté a mi lado cuando escribí la escena en la que Bastien habla con su padre muerto al final del libro. Las palabras que le dijo a Bastien fueron como si tú me las dijeses a mí.

A mi madre, Elizabeth (Buffie). Eres toda una diosa. Gracias por hacerme creer que era capaz de hacer auténticas maravillas. Sigo dependiendo de que creas en mí con firmeza.

Y a Dios. No puedo imaginarme vivir un solo día sin saber que eres real, infinitamente misericordioso y que velas por mí con amor y paciencia. Gracias por tu verdadera gracia.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK